

ANTOLOGÍA EUDESIANA

Textos de san Juan Eudes y de la
Escuela Francesa de Espiritualidad

Septiembre de 2017

P. Álvaro Duarte Torres, cjm

ANTOLOGÍA

EUDESIANA

(AD USUM)

CONTENIDO

PRESENTACIÓN.....	7
1. Contemplación del misterio de la Trinidad	11
LA VIDA CRISTIANA	13
2. Cristo, centro de nuestra vida.....	13
3. La vida cristiana es continuación y plenitud de la vida de Jesucristo	14
4. La Cabeza y los miembros	15
5. “Omnia in ómnibus Christus”: Cristo es todo en todos.....	17
6. El Cuerpo Místico	18
7. ¿Qué es un cristiano?.....	19
8. La fe.....	21
9. Muerte al pecado.....	22
10. Renuncia al mundo.....	23
11. Desprendimiento de sí mismo	24
12. Desprendimiento de Dios mismo.....	26
13. La abnegación de sí mismo.....	28
14. El amor a la Cruz	29
15. La oración.....	30
16. La oración mental	32
17. La oración vocal	33
18. Hacer todas sus acciones en espíritu de oración.....	33
19. La lectura espiritual	33
20. Hablar de Dios	34
21. Comenzar nuestras acciones con Jesús	34
22. Las virtudes cristianas.....	35
23. La humildad	36

24. La caridad.....	37
25. La voluntad divina	39
26. Los misterios de Cristo en la vida de la Iglesia	40
27. Cómo honrar los misterios de Jesús.....	42
28. La formación de Jesús en nosotros	43
29. Cómo formar a Jesús en nosotros	44
30. El Espíritu Santo y el cristiano.....	46
31. Ser cristiano es hacer profesión de Jesucristo	47
32. La misa es participación en el sacrificio de Jesucristo	49
33. La confianza	50
34. Actos de amor a Jesús.....	51
35. La Divina Voluntad	54
Carta a la Hermana de la Natividad de Herson	54
Carta a la Hermana María de la asunción eustache de taillefer	54
36. El amor y el servicio a la Iglesia	55
37. Participación de los laicos en la Misa	56
38. Santificación de las acciones ordinarias.....	58
39. El martirio.....	59
40. El espíritu del martirio.....	61
41. La acción de Jesús en los que sufren.....	62
42. Nuestra vocación a la santidad	63
43. Vocación apostólica de la orden de Nuestra Señora de la Caridad	65
EL BAUTISMO.....	67
44. El bautismo es un nuevo nacimiento	67
45. El bautismo es muerte y resurrección	68
46. El bautismo es una alianza admirable	69
47. El Padre eterno y la alianza bautismal.....	71
48. El Hijo de Dios y la alianza bautismal	72
49. El cristiano y la alianza bautismal	73
50. Hemos sido bautizados en nombre de la Trinidad	74

51. El Bautismo es una Nueva Creación	76
52. El “carácter” bautismal	76
EL SACERDOTE	78
53. Jesucristo, Soberano Sacerdote	78
54. “El Santo Orden del Sacerdote de Jesús”	78
A todos los santos pastores, sacerdotes y levitas que están en la Iglesia triunfante	78
A todos los pastores y a todos los sacerdotes que constituyen el estado eclesiástico	79
55. El sacerdote asociado a la Santa Trinidad	81
56. Sacerdocio y Misterio de la Santísima Trinidad	82
57. El sacerdote es un enviado de Jesús para actuar en su nombre ..	83
58. El sacerdote, predicador de la Palabra de Dios	84
59. El sacerdote es testigo de las exigencias del Evangelio	85
60. El sacerdote, partícipe del sacerdocio de Jesucristo	87
61. El sacerdote, pastor según el corazón de Dios.....	88
62. El celo del sacerdote por la salvación de las almas.....	89
63. Consejo a los Predicadores.....	91
64. “Juan Eudes, Sacerdote Misionero”.....	92
A los directores del Colegio de Lisieux	92
Al señor Blouet de Camilly, En París	93
Obediencia dada a M. Sesseval, alias Damville, para las misiones extranjeras	94
65. Una oración litúrgica.....	96
66. El sacerdote y la Virgen María	96
EL CORAZON DE JESÚS	98
67. Qué es el Corazón de Jesús	98
68. Jesús nos ha dado su Corazón.....	99
69. El Corazón de Jesús	100
70. Jesús nos ama.....	101
71. El Corazón de Jesús, Templo y Altar del amor Divino	102

72. El Corazón de Jesús	103
73. El amor de Jesús por nosotros.....	104
 LA VIRGEN MARIA.....	 106
 74. María, tipo perfecto de la vida cristiana	 106
75. Cómo debemos honrar a la Virgen María	106
76. La vida de Jesús en María y de María en Jesús	108
77. Porqué debemos honrar al Corazón de María	109
78. El Corazón de María rebosa de amor a Dios y de caridad hacia nosotros.....	109
79. María ha llevado y llevará a Cristo en su Corazón	111
80. El Cuerpo Místico nació en el Corazón de María	111
81. María conservaba todos estos recuerdos y los meditaba en su Corazón	113
82. El Corazón de María, maravilloso manantial.....	115
83. El Corazón de la Madre de misericordia	116
84. La «Madre admirable».....	117
85. El Magnificat.....	118
86. “El Corazón de Jesús y María”	119
 SAN JUAN EUDES	 121
 87. El testamento de san Juan Eudes.....	 121
88. El voto del martirio, de san Juan Eudes	122
 TEXTOS DE LA ESCUELA FRANCESA	 124
 PEDRO DE BÉRULLE (1575-1629).....	 124
 89. Jesucristo, servidor y adorador del Padre	 124
90. La ofrenda de Cristo a su Padre.....	125

91. El «Fiat» de la Virgen	126
92. El silencio de la Virgen en el nacimiento de Jesús	127
93. Jesús, realización de nuestro ser	129
94. Los misterios y los estados de Jesús	130
95. María y Jesús	131
96. El silencio de Jesús infante y de María	132
97. Voto de esclavitud (primera redacción).....	133
98. Jesús, Hijo, servidor y adorador del Padre	134
99. Bérulle y el misterio del verbo encarnado.	135
100. “Los sacerdotes de Jesús” según Bérulle	136
101. El estado del sacerdocio, vocación a la santidad según el Cardenal de Bérulle.....	136
102. Dirigir un alma es dirigir un mundo	137
 CARLOS DE CONDREN (1588-1641)	 138
 103. Cómo prepararnos a celebrar la misa	 138
104. La comunión eucarística.....	139
105. El Espíritu Santo	141
106. Un concierto de admiración	142
107. Sacrificio y anonadamiento.....	143
108. El ideal del Oratorio.....	143
109. Carta a un misionero del Oratorio.....	144
110. Los misterios de Dios y de Jesús.....	145
111. El sacrificio según Condren	146
112. El Cristo total	147
 JUAN BAUTISTA NOULLEAU (1604-1672)	 148
 113. La vida cristiana es una incorporación a Jesucristo.....	 148
 JUAN JACOBO OLIER (1608-1657).....	 150

114. Un misionero funda un seminario.....	150
115. De la religión de Jesucristo	150
116. Cristo, pan de vida.....	151
117. Cristo, hostia viva que nos transforma en Él	153
118. La vida de Jesús en María.....	154
119.El sacrificio de Jesús según J.J Olier.....	155
120. Condren y Olier en Oración	157
La “Pequeña Oración” de Condren	157
La Oración del Señor Olier.....	157
Otra forma de la Oración del Señor Olier.....	158
121. Una carta de dirección.....	158
122. Actos para el Oficio divino (recitación del breviario)	160
123. Manera de meditar sobre las virtudes	161
124. Como sacramentos que lo llevan	163
125. Del espíritu cristiano	164
Del Espíritu y de dos vidas de Nuestro Señor Jesucristo	164
126. Toda la Iglesia es un solo Cristo.....	165
127. El corazón del sacerdote, tan grande como la Iglesia.....	165
128. Un modelo de carta de dirección	166
A la Marquesa de Portes (verano de 1649)	166
129. La oración de Jesús en la Iglesia.....	169
Actos para el Santo Oficio.....	169
 SAN VICENTE DE PAÚL(1581-1660).....	 170
 130. La caridad.....	 170
131. El servicio a los pobres	171
132. Los peores enemigos de la Iglesia.....	172
133. Las dos realidades inseparables: el servicio al Evangelio y a los pobres.....	173
134. El servicio a los pobres ha de ser preferido a todo	174

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE (1651-1719)	175
135. El ministerio de los Hermanos, ministerio de los Apóstoles	175
136. Los Hermanos, embajadores de Jesucristo.....	176
137. La oración apostólica del educador.....	177
138. Un auténtico Beruliano	178
Método de Oración.....	178
Acto de unión a Jesús	178
139. “Soportar los defectos de sus hermanos”.....	179
140. La unión de los Hermanos en el Corazón de Jesús	179
SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONFORT (1673-1716)	180
141. En honor y unión de Jesús	180
142. Métodos para rezar el rosario	181
143. Jesús que vive y reina en María.....	182
144. Grignon en Chartres	183
145. Carta de un joven sacerdote a su director (Dic. 6, 1700)	183
146. La Cruz de la Sabiduría	185
147. El amor de la sabiduría Eterna.....	186
148. La perfecta consagración a Jesucristo	187
149. Cántico de honor de Jesús que vive en María durante la encarnación.....	188
TEXTOS DE SANTA MARÍA EUFRASIA PELLETIER.....	190
150. El celo apostólico.....	190
151. Imitación del Buen Pastor.....	192
152. Las renunciaciones del Apóstol.....	193

PRESENTACIÓN

En la difusión de la espiritualidad eudista se ha visto la necesidad de tener textos a la mano para poder conocer o profundizar esta espiritualidad, que ciertamente ofrece una gran riqueza y aporta un gran beneficio para las personas, que buscan una profundización en su vida espiritual y en el conocimiento de Jesucristo.

Tanto en la Congregación como en la gran familia eudista el Leccionario litúrgico recibió una gran acogida. Pronto surgió un uso particular de este Leccionario, puesto que, a pesar de ser un libro para uso litúrgico, ha servido para lecturas, reflexiones, meditaciones, retiros, estudio, etc.

Pronto se agotó la edición, por lo cual se volvió a reproducir la edición original, continuando con el mismo tipo de uso, lo cual puso en claro la necesidad de tener una publicación con textos escogidos, a manera de florilegio o antología. De lo anterior, y constatando la necesidad y utilidad de semejantes textos, pensé en arreglar para el uso, especialmente de los candidatos en formación, una edición con un lenguaje más para el pueblo que para eruditos.

Dado que el uso que se hacía del Leccionario era principalmente para reflexión, oración o estudio y no tanto para la Liturgia, decidí conservar los textos pero suprimir los responsorios, de modo que se prestara mejor al uso que, de hecho, se le estaba dando.

Por otra parte, el contenido original del Leccionario se enriqueció con otros textos que ya anteriormente habían sido sugeridos por el Padre Milcent. Este arreglo respeta los textos del Leccionario original, ha sido enriquecido con otros textos y se ha preparado en un lenguaje sencillo, especialmente para uso privado y no comercial.

Damos gracias a Dios que ha permitido realizar este trabajo para el bien de muchas personas y para su gloria.

P. Álvaro Duarte, cjm.

1. Contemplación del misterio de la Trinidad

¡Cuánto me regocijo, Padre, porque tu Hijo y tu Espíritu Santo te aman y te alaban eternamente como conviene a tu grandeza!

Consideremos lo que las tres divinas personas son y realizan en recíproca actividad.

El Padre comunica incesantemente a su Hijo su ser, su vida, todas sus perfecciones, su gloria, su felicidad, sus bienes y tesoros.

El Hijo atribuye sin cesar a su Padre todo cuanto de Él ha recibido y se encuentra en perpetuo estado de relación, de gloria y de alabanza con Él.

El Padre y el Hijo comunican al Espíritu Santo lo que ellos son y poseen, su poder y sabiduría. El Espíritu Santo se halla en atribución constante al Padre y al Hijo, como su principio, de todo lo que de ellos recibe. Y por estas comunicaciones y procesiones divinas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no tienen sino una misma esencia, viven la misma vida, gozan de un mismo poder, sabiduría, bondad y santidad, y se hallan en unidad y sociedad perfectas.

Las tres divinas personas viven en mutua y continua contemplación, en perpetuo y recíproco ejercicio de alabanza, de amor y de glorificación.

«Por todo ello, Trinidad santísima, te adoro, bendigo y glorifico. Me uno al amor y a las alabanzas que sus divinas personas se dan mutuamente. Te ofrezco la gloria que tienes en ti misma y por ellas te digo con la santa Iglesia: *Te damos gracias por tu inmensa gloria.*

Te agradezco, Padre eterno, la divina generación de tu Hijo. Te doy gracias, Padre e Hijo, por la producción, en unidad de origen, de tu Espíritu Santo. Te doy gracias, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por la reciprocidad de tu amor, de tu gloria y de tus alabanzas. Dios y Padre: Cuánto me regocijo porque tu Hijo y el Espíritu Santo te aman y alaban eternamente como conviene a tu grandeza. Hijo único de Dios: mi alma se alegra por el amor y la gloria infinita que recibes de tu Padre y de tu Espíritu Santo. Mi corazón se goza, Espíritu Santo, por la amor y las alabanzas que te dan sin cesar el Padre y el Hijo.

¡Divina comunidad, unidad, sociedad, amor y vida de las tres Personas eternas! ¡Qué alegría siento al verte colmada de gloria y felicidad y al saber que eres un solo Dios que vives y reinas por los siglos de los siglos!»

Todas las perfecciones y maravillas de la esencia divina y de las tres divinas personas son otros tantos motivos para honrar a un Dios tan grande y admirable.

¡Cuánto honor reclama de nosotros su majestad infinita! ¡Cuánto amor merece su incomprendible bondad y caridad! ¡Qué santo temor reclama su justicia! ¡Qué obediencia exige su soberanía! ¡Cuánta pureza de corazón pide de nosotros la divina santidad!

Tenemos una obligación infinitamente mayor hacia el Padre por la vida y el ser que comunica a su Hijo con su generación eterna, y hacia el Padre y el Hijo por lo que comunican al Espíritu Santo, que por la creación de millares de mundos.

De igual manera debemos mayor servicio y obediencia al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por sus efusiones recíprocas y eternas de amor, alabanza y gloria, que por todas las gracias que hemos recibido o podemos recibir de su divina liberalidad. Porque los intereses de Dios deben sernos infinitamente más gratos y apetecibles que los que se refieren a nosotros mismos.

Entreguémonos, pues, a Dios para servirlo y honrarlo en todas las formas que él pide de nosotros. Y lo que desea con mayor insistencia es que lo imitemos como a nuestro modelo. Jesús nos dice: *Sean perfectos como su Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48). Y su Apóstol: *Sean, pues, imitadores de Dios* (Ef. 5, 1) Por eso entreguémonos a él con ardiente deseo de imitarlo en su santidad, pureza, caridad, misericordia, paciencia, vigilancia, mansedumbre y demás perfecciones. Y roguémosle que imprima en nuestro ser la más perfecta imagen y semejanza de su santidad, de su vida y de sus virtudes divinas.⁽¹⁾

LA VIDA CRISTIANA

2. Cristo, centro de nuestra vida

El Padre quiere que su Hijo sea todo en todas las cosas. Contempla y ama todas las cosas únicamente en Él

El primero y principal, más aún, el único objeto de la contemplación, del amor y de la complacencia del Padre eterno es su Hijo Jesús. Digo el único, porque como el Padre ha querido que su Hijo sea *todo en todas las cosas* (Ef. 1, 23), *porque en él quiso Dios que residiera toda plenitud* (Col 1, 17), según palabras del Apóstol, así también en ellas no contempla y ama sino a Él. Y así como el mismo san Pablo nos enseña que *por medio de él fueron creadas todas las cosas* (Col 1, 16), también nos advierte que por Él y para Él son todas las cosas (Hb 2, 10). Y como *en Cristo están escondidos todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia* (Col 2, 3), de su bondad, hermosura, gloria, felicidad y demás perfecciones, también nos repite con insistencia que ha puesto sus complacencias y delicias en este Hijo único y amado (Mt 3, 17), sin excluir, claro está, al Espíritu Santo que es el Espíritu de Jesús y una sola cosa con él.

A imitación de nuestro Padre celestial, Jesús debe ser también el único objeto de nuestro espíritu y de nuestro corazón. También nosotros debemos mirar y amar todas las cosas en él, y en ellas sólo debemos amarle y mirarle a él, hacer nuestras acciones en él y para él, depositar nuestra alegría y nuestro paraíso en él. Porque como Jesús es el paraíso del Padre eterno, que en Él encuentra sus complacencias, así también es nuestro paraíso por don de Dios y del mismo Jesucristo.

Por eso Cristo nos pide que moremos en él: *Permanezcan en mí* (Jn. 15, 4). Y su discípulo amado nos repite dos veces este mandamiento: *Permanezcan en él, hijitos míos, permanezcan en él* (1Jn 2, 28). Y san Pablo nos asegura que *no hay ya condenación alguna para los que están en Cristo Jesús* (Rm 8, 1).

Pero cuando digo que Jesús debe ser nuestro único objeto no estoy excluyendo ni al Padre ni al Espíritu Santo. Porque el mismo Jesús nos advierte: *Quien me ha visto a mí también ha visto al Padre* (Jn 14, 9). El que habla de Jesús habla, asimismo, de su Padre y del Espíritu Santo. Quien lo honra y lo ama está honrando y amando al mismo tiempo a su Padre y a su Santo Espíritu; y quien lo mira como a su objeto único mira en él al Padre y al Espíritu Santo.

Hermano, que este amable Salvador sea el objeto único de tus pensamientos, deseos y afectos, el único fin de tus acciones, tu centro, tu paraíso. Que sea tu lugar de refugio y que a él dirijas tu espíritu y tu corazón. Permanece siempre en él, es decir, que tus pensamientos, deseos y afectos se realicen en él y todo lo hagas en él y para él.

Recuerda a menudo que estás delante de Dios y en Dios mismo (cf. Hch 17, 28); que nuestro Señor Jesucristo, por su divinidad, te rodea por todas partes, más aún, te penetra y te llena tanto que está más en ti que tú mismo; que piensa constantemente en ti tiene los ojos y el corazón dirigidos hacia ti.⁽²⁾

3. La vida cristiana es continuación y plenitud de la vida de Jesucristo

Como yo estoy en el Padre, y vivo por la vida que Él me comunica, así también ustedes están en mí, y viven de mi vida y yo estoy en ustedes comunicándosela.

Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre, rey de los hombres y de los ángeles, no es solamente nuestro Dios, el Salvador y el Señor soberano, sino también nuestra Cabeza porque somos miembros de su cuerpo, como dice san Pablo (Ef. 5, 30). Por eso estamos unidos con Él en la forma más íntima posible: la de los miembros con su cabeza; unidos espiritualmente por la fe y por la gracia que de Él recibimos en el bautismo, y unidos corporalmente por la unión de su cuerpo con el nuestro en la santa Eucaristía. Y así como los miembros están animados del espíritu de su cabeza y viven de su vida, también nosotros debemos estar animados del espíritu de Jesús, caminar tras sus huellas, revestirnos de sus sentimientos e inclinaciones, realizar nuestras acciones con las disposiciones e intenciones que él tenía al ejecutar las suyas; en una palabra, continuar y completar la vida, la religión y devoción que Cristo tuvo sobre la tierra.

Esta afirmación se apoya en la palabra de quien es la misma verdad: Yo soy el camino, la verdad y la vida y he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia. Yo sigo viviendo y ustedes vivirán. Aquel día conocerán que yo estoy en mi Padre y ustedes en mí y yo en ustedes. Es decir, como yo estoy en mi Padre y vivo por la vida que Él me comunica, así ustedes están en mí y viven de mi vida, y yo estoy en ustedes comunicándola.

Todos estos textos sagrados nos enseñan que Jesucristo debe estar viviendo en nosotros, que no debemos vivir sino en él y que nuestra vida ha de ser continuación y expresión de la suya.

Para comprender más claramente esta verdad fundamental de la vida cristiana y establecerla con fuerza en tu espíritu, debes pensar que Jesucristo tiene dos clases de cuerpo y de vida.

El primero es su cuerpo personal, tomado de la santa Virgen, y su primera vida es la de ese cuerpo mientras estaba en la tierra. Su segundo cuerpo es su cuerpo místico, la Iglesia, que san Pablo llama el Cuerpo de Cristo (1Co 12,27); y su segunda vida es la que lleva en ese cuerpo que formamos todos los cristianos. La vida posible y temporal que Jesús tuvo en su cuerpo personal terminó con su muerte; pero él desea continuarla en su cuerpo místico hasta el fin de los siglos, para dar gloria a su Padre por las acciones y padecimientos de una vida mortal, laboriosa y pasible, no sólo durante treinta y cuatro años, sino hasta el fin del mundo. Esta vida se va realizando cada día en los verdaderos cristianos y sólo estará completa al final de los tiempos.

Así como san Pablo nos asegura que él completa los sufrimientos de Jesucristo, puede decirse con verdad que un cristiano, miembro de Jesucristo y unido a Él por su gracia, continúa y completa con todas las acciones hechas en el espíritu de su Cabeza las que Jesús realizó durante su vida mortal. Y así cuando un cristiano, ora, trabaja o ejecuta cristianamente cualquier acción, continúa y completa la oración, la vida laboriosa y demás acciones de Jesucristo.

Precisamente la vida cristiana consiste en continuar y completar la vida de Jesús. Debemos ser otros tantos Jesús sobre la tierra, continuadores de su vida, de sus acciones y padecimientos, realizados santa y divinamente en su espíritu.⁽³⁾

4. La Cabeza y los miembros

Jesús quiere ser tu corazón y tu vida.

Querido hermano, el mismo Jesús que ha querido ser el Corazón y la Vida de la santísima Madre quiere ser también tu corazón y tu vida: *Cuando se manifieste Cristo, que es su vida* (Col 3,4), y si ha querido contarte entre sus miembros también quiere

vivir en ti para que puedas decir con su Apóstol: *Es Cristo quien vive en mí* (Gal 2, 20). Es este su designio y su más ardiente deseo.

Y por ser Jesucristo nuestro Señor verdaderamente tu Cabeza, y tú uno de sus miembros, se producen grandes realidades. Te pertenece como la cabeza a sus miembros; todo lo tuyo es suyo: el espíritu, el corazón, el cuerpo, el alma y todas sus facultades; y tú debes usar de ellos, como de bienes propios, para servir, alabar, amar y glorificar a Dios.

Y porque tú le perteneces, como los miembros a su cabeza, Cristo desea intensamente servirse de todas tus facultades como propias, para gloria y alabanza de su Padre. No solamente Cristo es tuyo, sino que quiere también estar, vivir y reinar en ti, como la cabeza vive en sus miembros y los gobierna. Él quiere que todo lo tuyo viva y reine en ti: su Espíritu en tu espíritu, su Corazón en tu corazón, todas las facultades de su alma en las tuyas para que se realicen en ti aquellas palabras: *Glorifiquen y lleven a Dios en su cuerpo* (1Co 6, 20) para que *la vida de Jesús se manifieste en nosotros* (cf. 2Co 4,10).

Y no sólo perteneces al Hijo de Dios sino que debes permanecer en él como los miembros en su cabeza. Todo cuanto hay en ti debe injertarse en él y recibir de él vida y dirección. No hallarás vida fuera de él, que es la única fuente de la vida verdadera. Sin él todo es muerte y perdición. Él debe ser el único principio de tus actividades y energías, debes vivir sólo de él y para él conforme a estas divinas palabras: Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí. *Que si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor. Pues tanto en vida como en muerte somos del Señor. Para esto murió Cristo y retornó a la vida, para ser Señor de vivos y muertos* (Rm 14, 7-9).

Eres, en fin, una sola cosa con Jesús como los miembros con su cabeza. Por eso debes tener con él un solo espíritu, una sola alma, una sola vida, una sola voluntad, un solo sentir, un solo corazón. Él debe ser tu espíritu, tu corazón, tu amor y tu vida.

Todas estas maravillas que tienen su origen en el bautismo se acrecientan y vigorizan por el sacramento de la confirmación y por el buen uso que hace el cristiano de las demás gracias que Dios le comunica, y alcanza su perfección soberana por la santa Eucaristía.

(San Juan Eudes, *El Admirable Corazón de Jesús* 1,5: O.C. VI, 107. 113-115.)

5. “Omnia in ómnibus Christus”: Cristo es todo en todos

El primero y principal, más aún, el único objeto de la mirada, del amor y la complacencia del Padre eterno, es su Hijo Jesús. Digo el único pues Dios Padre ha querido que su Hijo Jesús sea todo en todas las cosas, y que todas las cosas subsistan en Él y por Él (Ef. 1,23; Col. 3, 11, 17), según la palabra del apóstol; de suerte que Dios mira y ama todas las cosas en Él, y no mira y ama sino a Él en todas las cosas. Y, como el mismo apóstol nos enseña que hizo todas las cosas en Él y por Él, también nos enseña que hizo todas las cosas para Él (Col. 1,16; Hb 11,10). Y como puso en Él todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia (Col. 2,3), de su bondad y belleza, de su gloria y felicidad y de todas sus demás divinas perfecciones, también Él mismo nos anuncia con claridad y repetidas veces que ha puesto toda su complacencia y sus delicias en ese Hijo único y muy amado (Mt. 3,17; Cf. 2 Pe. 1,17). Esto no excluye, claro está, al Espíritu Santo, ya que es el Espíritu de Jesús y que no es más que uno con Jesús.

A imitación del Padre Celestial, a quien debemos seguir e imitar como a nuestro Padre, Jesús debe ser el único Objeto de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Debemos, pues, mirar y amar todas las cosas en Él, y nada debemos mirar y amar fuera de Él en todas las cosas. Debemos hacer todas nuestras acciones en Él y para Él... por eso nos pide que establezcamos en Él nuestra morada: *Permanezcan en Mí* (Jn. 15,4). Y su discípulo amado nos reitera este mandamiento por dos veces: *“Permanezcan en Él, - nos dice- Hijitos míos, permanezcan en Él”* (1 Jn. 2,27). Y San Pablo, para conducirnos a ello, nos asegura que no hay condenación para los que permanecen en Jesucristo (Rom. 8,1). Y por el contrario, puede decirse que fuera de ellos no hay sino perdición, maldición e infierno.

Cuando digo que Jesucristo debe ser nuestro único objeto, eso no excluye al Padre y al Espíritu Santo. En efecto, el mismo Jesús nos asegura que quien lo ve a Él, ve a su Padre (Jn. 14,9), (...) El que habla de Él, habla también de su Padre y de su Espíritu Santo; quien lo honra a Él y lo ama, honra y ama igualmente a su Padre y a su Espíritu Santo; y quien lo mira como a su único objeto, mira igualmente al Padre y al Espíritu Santo.

6. El Cuerpo Místico

Jesús, Hijo de Dios e Hijo de Hombre, Rey de los hombres y de los Ángeles, no es solamente nuestro Dios, nuestro Salvador y nuestro soberano Señor, sino también nuestra cabeza, puesto que nosotros somos sus miembros y su cuerpo, como dice San Pablo, *hueso de sus huesos y carne de su carne* (Ef. 5,30). Por consiguiente estamos unidos a Él con la mayor unión posible, cual es la de los miembros con su cabeza; unidos a Él espiritualmente por la fe y por la gracia que nos ha dado en el Bautismo; unidos a Él corporalmente por la unión de su santísimo cuerpo con el nuestro en la Santa Eucaristía...; así como los miembros son animados por el Espíritu de su cabeza y viven de su vida, así nosotros debemos estar animados por el Espíritu de Jesús, vivir de su vida, andar por sus caminos, estar revestidos de sus sentimientos e inclinaciones, hacer todas nuestras acciones con las disposiciones e intenciones con las cuales Él hacía las suyas. En una palabra, continuar y practicarla vida, la religión y la devoción que ejerció Él mientras estuvo en la tierra.

Esta proposición está muy bien fundamentada; pues está apoyada, en muchos lugares, sobre las sagradas palabras del que es la verdad misma. Acaso no lo han oído decir en varios pasajes del Evangelio: Yo soy la vida y Yo he venido para que ustedes tengan vida... Yo vivo y ustedes vivirán. En ese día conocerán que yo estoy en mi Padre, y ustedes en Mí, y Yo en ustedes (Jn. 14,6; 19). Es decir, que así como yo estoy en mi Padre, viviendo la vida de mi Padre que Él me va comunicando, así ustedes están en Mí viviendo de mi vida, y Yo estoy en ustedes, comunicándoles esta misma vida; y así como Yo vivo en ustedes, también ustedes vivirán Conmigo y en mí...

Nuestro Señor tiene dos clases de cuerpo y dos clases de vida. Su primer cuerpo es su cuerpo personal, tomado de la Santísima Virgen; y su primera vida, es la vida que tuvo en ese mismo cuerpo, mientras estaba en la tierra. Su segundo cuerpo, es su cuerpo místico, a saber, la Iglesia, que San Pablo llama *Corpus Christi*, El cuerpo de Jesucristo; y su segunda vida, es la vida que tiene en ese cuerpo y en todos los verdaderos cristianos, los que son miembros de ese cuerpo. La vida pasible y temporal que Jesús tuvo en su cuerpo personal, se cumplió y terminó en el momento de su muerte; pero Él que quiere continuar esta misma vida en su cuerpo místico, hasta la consumación de los siglos, con el fin de glorificar a su Padre por medio de las acciones y sufrimientos de

una vida mortal, laboriosa y pasible, no solamente en el espacio de treinta y cuatro años, sino hasta el fin del mundo. De suerte que la vida pasible y temporal que tiene Jesús en su cuerpo místico, es decir, en los cristianos, no tiene todavía su cumplimiento; con todo, se va cumpliendo días tras días, en cada verdadero cristiano, y no tendrá su perfecto cumplimiento hasta el fin de los tiempos.

Por eso dice San Pablo que él completa lo que falta a los sufrimientos de Jesucristo en favor de su cuerpo, que es la Iglesia (Col. 1,24), y lo que San Pablo dice de sí mismo puede decirse de cada verdadero cristiano, cuando sufre algo con espíritu de sumisión y amor a Dios. Y lo que San Pablo dice de los sufrimientos se puede decir de las demás acciones que un cristiano hace en la tierra...

Por eso, cuando un cristiano hace oración, continúa y completa la vida laboriosa de Jesucristo; cuando trata con el prójimo en espíritu de caridad, continúa y completa la vida de trato humano de Jesucristo...

Puesto que Jesucristo es nuestra cabeza y nosotros somos sus miembros que tenemos con Él una unión incomparablemente más estrecha, más noble y más elevada que la unión existente entre la cabeza y los miembros de un cuerpo natural (...), debemos estar animados de su Espíritu y vivir de su Vida de un modo más particular y más perfecto, que los miembros de un cuerpo natural lo están con el espíritu y la vida de su cabeza.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C.I., 161)

7. ¿Qué es un cristiano?

Ser cristiano es ser hijo de Dios, hermano de Jesucristo, templo del Espíritu Santo.

Un cristiano es un hijo de Dios que tiene un mismo Padre con Jesucristo, su Hijo único: *A cuantos le acogieron, creyendo en él, les dio el poder llegar a ser hijos de Dios* (Jn 1, 12). *Subo a mi Padre y a su Padre*, dice el Salvador resucitado (Jn 20, 17). Miren qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!, dice san Juan (1Jn 3, 1).

Por habernos creado, Dios es nuestro principio, nuestro rey y soberano, y nosotros sus creaturas, súbditos y servidores. Pero por la regeneración bautismal que nos ha dado

un nuevo ser y una vida divina, Dios es nuestro Padre y nosotros sus hijos y podemos decirle: Padre nuestro que estás en los cielos. Por lo tanto:

1. Así como hemos renacido por el bautismo del regazo de nuestro Padre Dios, también debemos permanecer, siempre y necesariamente en Él. Si por un solo instante dejara de llevarnos en sus brazos perderíamos al instante nuestro nuevo ser y la vida nueva que de él recibimos en el bautismo.
2. Somos los hermanos de Jesucristo, de su sangre y de su estirpe real y divina, y formamos parte de su genealogía. El cristiano, como hombre nuevo y nueva creatura, nacida de Dios, no conoce otra genealogía que la de Jesucristo, ni otro Padre fuera de Dios: *No llamen a nadie padre de ustedes en la tierra* (Mt 23, 9). Desde ahora nosotros no conocemos a nadie con criterios puramente humanos, dice san Pablo (2Co 5, 1 6). Y nuestro Señor dice: *Lo que nace del espíritu, espíritu es* (3, 6).
3. Somos los herederos de Dios y coherederos con su Hijo. ¡Qué maravillosa dignidad, nobleza y grandeza del cristiano que nos obliga a renunciar a Satanás y a entregarnos a Dios con el ardiente deseo de vivir como hijos suyos, y ser fieles a la nobleza de nuestra cuna, de no traicionar nuestra estirpe ni deshonar a nuestro Padre! Un cristiano es un miembro de Jesucristo. Tenemos con él una alianza y unión mucho más noble, estrecha y perfecta que la de los miembros con su cabeza en un cuerpo humano. Por lo cual pertenecemos a Jesucristo, estamos sometidos a su dependencia y dirección y somos una sola cosa con Él, como los miembros con su cabeza.

Entreguémonos, pues, a Jesucristo y propongámonos vivir de su vida. Porque sería monstruoso que en el cuerpo un miembro llevara una vida distinta de la de su cabeza. Por eso san Gregorio de Nisa afirma que el cristianismo es hacer profesión de vivir de la vida de Jesucristo. Un cristiano es un templo del Espíritu Santo. *¿No saben, acaso, que su cuerpo es templo del Espíritu Santo?*, dice san Pablo (1Co 6, 19), y la prueba de que somos hijos de Dios es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo (Ga 4, 6).

El Espíritu Santo nos ha sido dado como Espíritu de nuestro espíritu, Corazón de nuestro corazón, Alma de nuestra alma, y para que esté siempre con nosotros y en nosotros como en su templo. Consideremos atentamente estas verdades y grabémoslas

en nuestro corazón para despertar en nosotros la alabanza y el amor a Dios porque nos ha hecho cristianos. Repudiemos nuestras ingratitudes y pecados y llevemos en adelante una vida digna de la perfección de nuestro Padre, de la santidad de nuestra Cabeza y de la pureza del Espíritu cuyo templo somos.

(San Juan Eudes, *Coloquios interiores* 9: O.C. II, 168-173.)

8. La fe

Debemos mirarlo todo con los ojos de Jesucristo.

El primer fundamento de la vida cristiana es la fe. Porque el que se acerca a Dios debe creer que existe; sin la fe es imposible agradar a Dios. La fe es la firme seguridad de los bienes que se esperan, la plena convicción de las realidades que no se ven (Hb 11,6).

La fe es la piedra fundamental de la casa y del reino de Jesucristo. Es una luz celestial y divina, una participación de la luz eterna e inaccesible, un destello del rostro de Dios, para hablar conforme a la Escritura, es como un divino carácter por el cual la luz del rostro de Dios se imprime en nuestras almas (Sal 4, 7). La fe es una comunicación y extensión de la luz y ciencia divinas infundida en el alma de Jesús en el momento de su encarnación. Es la ciencia de la salvación, la ciencia de los santos, la ciencia de Dios, que Jesucristo sacó del seno del Padre y trajo a la tierra para disipar nuestras tinieblas e iluminar nuestros corazones. Con ella nos da los conocimientos necesarios para servir y amar perfectamente a Dios, y somete nuestros espíritus a las verdades que nos ha enseñado y que nos sigue enseñando por sí mismo y por medio de su Iglesia.

Por la fe expresamos, continuamos y completamos en nosotros la sumisión, docilidad y sometimiento voluntario y sin oscuridad del espíritu humano de Cristo frente a las luces y verdades que su Padre eterno le ha comunicado. Esta luz y ciencia divina nos dan un conocimiento perfecto, en cuanto es posible en esta vida, de cuanto hay en Dios y fuera de Él. La razón y la ciencia humanas a menudo nos engañan porque sus luces son débiles y limitadas para penetrar lo infinito e incomprensible de Dios. Además, están entenebrecidas por el pecado y no llegan a percibir claramente ni siquiera las cosas externas a Dios. En cambio, la luz de la fe es una participación de la verdad y de la luz de Dios y no puede engañarnos, porque nos hace ver las cosas tal como están en su verdad y a los ojos de Dios.

De manera que, si miramos a Dios con los ojos de la fe, lo veremos en su verdad, tal como es y, en cierta forma, cara a cara. Pues aunque la fe vaya unida a la oscuridad y no nos permita ver a Dios con la claridad con que se le ve en el cielo, sino como a través de una nube, sin embargo, no rebaja su grandeza a la escala de nuestros espíritus, a la manera de la ciencia, sino que penetra a través de sus sombras hasta la infinitud de las perfecciones divinas y nos hace conocer a Dios tal como es, infinito en su ser y en todos sus atributos.

La fe nos hace conocer que todo cuanto hay en Dios y en Jesucristo, Hombre-Dios, es infinitamente grande y admirable, adorable y digno de amor. Nos hace palpar la veracidad y la fidelidad de las palabras y promesas de Dios y que él es todo bondad, dulzura y amor para los que le buscan y confían en él. Y así como debemos mirar todas las cosas a la luz de la fe para conocerlas de verdad, también debemos realizar todas nuestras acciones guiadas por esta luz para hacerlas santamente. Porque así como Dios se conduce por su sabiduría divina, los ángeles por su inteligencia angélica, los hombres sin fe por la razón, los mundanos por sus máximas, los voluptuosos por sus sentidos, así los cristianos deben conducirse por la misma luz que guía a Cristo, su Cabeza, es decir, por la fe, que es una participación de la ciencia y luz de Jesucristo. Debemos, pues, esforzarnos en adquirir, por todos los medios, esta ciencia divina y guiarnos únicamente por ella. Para este fin, al comenzar nuestras acciones, sobre todo las más importantes, postrémonos a los pies del Hijo de Dios, adorémosle como guía y consumidor de la fe, y como la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 2, 4-5: O.C.I, 168-172.)

9. Muerte al pecado

Puesto que estamos obligados a continuar en la tierra la vida santa y divina de Jesús, tenemos que revestirnos también de los sentimientos e inclinaciones de Jesús, según esta enseñanza del Apóstol: *“Sientan en ustedes lo mismo que Cristo”* (Flp. 2,5)...

Ahora bien, Jesucristo (...) tiene tal horror al pecado que bajó del cielo a la tierra, se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo, vivió treinta y cuatro años en la tierra,

en una vida llena de trabajos, de desprecios y de sufrimientos, derramó su sangre hasta la última gota y murió de la más vergonzosa y cruel de todas las muertes; todo esto por el odio que tiene al pecado y por su gran deseo de destruirlo en nosotros. Debemos continuar en nosotros esos mismos sentimientos (...); debemos continuar la guerra que Él hizo al pecado mientras estuvo en la tierra.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I, 173)

10. Renuncia al mundo

No basta a un cristiano el estar libre del vicio y tener horror a toda clase de pecado; además de eso, es necesario que trabaje cuidadosa y fuertemente por establecerse en un perfecto desprendimiento del mundo y de las cosas del mundo. Entiendo yo por mundo la vida corrompida y desarreglada que se lleva en el mundo, el espíritu condenable que se tiene en él, los sentimientos e inclinaciones perversas que en él se siguen, y las leyes y máximas perniciosas según las cuales se vive en él. Entiendo por cosas del mundo, todo lo que el mundo estima, ama y busca tanto, a saber: los honores y alabanzas de los hombres, los vanos placeres y sus alegrías, las riquezas y comodidades temporales, las amistades y afectos fundados en la carne y en la sangre, en el amor propio o en el propio interés...

El mundo ha sido siempre, y seguirá siéndolo, contrario a Jesús; siempre lo ha perseguido y crucificado, y sin cesar lo perseguirá y crucificará, hasta la consumación de los siglos; y los sentimientos e inclinaciones, las leyes y máximas, la vida y el espíritu del mundo son tan opuestos a los sentimientos e inclinaciones, leyes y máximas, a la vida y al espíritu de Jesús, que es imposible que puedan subsistir juntos. Porque los sentimientos e inclinaciones de Jesús no buscan sino la gloria de su Padre y nuestra santificación; mientras que los sentimientos e inclinaciones del mundo no buscan más que el pecado y la perdición...

El Espíritu de Jesús es un espíritu de luz, de verdad, de piedad, de amor, de confianza, de celo y de reverencia con respecto a Dios y a todo lo que es de Dios; el del mundo es por el contrario un espíritu de error, de incredulidad, de tinieblas, de ceguera, de desconfianza, de murmuración, de impiedad, de irreverencia y de dureza con respecto a Dios y a todos cuanto se refiere a Dios.

El Espíritu de Jesús, es un espíritu de humildad, de modestia, de desconfianza de sí mismo, de mortificación, y abnegación, de constancia y firmeza; el espíritu del mundo, por el contrario, es un espíritu de orgullo, de presunción, de amor desordenado de sí mismo, de ligereza e inconstancia. El Espíritu de Jesús es un espíritu de misericordia, de caridad, de paciencia, de dulzura, y unión para con el prójimo; el espíritu del mundo, por el contrario, es un espíritu de venganza, de envidia, de impaciencia, de cólera, de maledicencia y de división.

Si desean ser verdaderamente cristianos, es decir, si desean pertenecer perfectamente a Jesucristo, vivir de su vida, estar animados de su espíritu y conducirse según sus máximas, es necesario que se mantengan en estado de renunciar enteramente y de decir un adiós eterno al mundo. No quiero decir que sea necesario dejar el mundo, para encerrarse entre cuatro paredes, a menos que Dios los llame a ello; sólo quiero decir que deben hacer una profesión pública, generosa y constante de no vivir de la vida del mundo y de no conducirse por su espíritu y sus leyes.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I,177).

11. Desprendimiento de sí mismo

Ya es mucho haber renunciado al mundo, como lo acabamos de decir; pero eso no basta todavía para llegar al perfecto desprendimiento, que es uno de los primeros fundamentos de la vida cristiana. Nuestro Señor exclama en alta voz que el que quiera venir en pos de Él, que renuncie a sí mismo y que le siga (Mt. 16,24). Y por eso, si queremos ser seguidores de Jesucristo y pertenecerle, es necesario renunciar a nosotros mismos, es decir, a nuestro propio espíritu, a nuestro propio sentir, a nuestras propias voluntades, deseos e inclinaciones, y a nuestro amor propio, que nos lleva siempre a odiar y evitar todo cuanto puede traer alguna pena o mortificación al espíritu y a la carne, y que induce a amar y buscar todo lo que puede dar placer y gusto.

Dos razones nos obligan a esta abnegación y renuncia de nosotros mismos.

- Porque todo lo que hay en nosotros tiene tanta depravación y desarreglo, consecuencia de la corrupción del pecado, que no hay nada en nosotros, en cuanto de nosotros, que no sea contrario a Dios, que no ponga impedimento a sus designios y que no se oponga al amor y a la gloria que le debemos.

- Porque nuestro Señor Jesucristo, que es nuestra cabeza y nuestro modelo, y en quien no había nada que no fuera santísimo y divino, vivió sin embargo en tal aniquilamiento de su espíritu humano, de su propia voluntad y del amor de sí mismo, que nunca hizo nada por su propio parecer y espíritu humano, sino bajo la dirección del espíritu de su Padre; que nunca siguió su propia voluntad, sino la de su Padre.

Si somos verdaderamente sus miembros, tenemos que entrar en esos sentimientos y disposiciones, tomando una fuerte Resolución de vivir en adelante en una entera separación, olvido y odio de nosotros mismos.

Para esto tengan cuidado de adorar frecuentemente a Jesús en ese desprendimiento de sí mismo, y darse a Él, suplicándole que los desprenda enteramente de ustedes mismos, de su propio espíritu, de su propia voluntad y de su amor propio, para unirse perfectamente a Él, y regirse en todo según su espíritu, según su voluntad, según su puro amor.

Al empezar las acciones, eleven así su Corazón hacia Él: “¡Jesús, renuncio según mi capacidad a mi propio espíritu, a mi propia voluntad y a mi amor propio, y me doy todo a ti, a su santo espíritu y a su divino amor; sácame de mi mismo y condúceme en esta acción según su santa voluntad!”

En las ocasiones de contradicción, por la diversidad de opiniones que a cada paso se presenta, aun el caso que les parezca tener la razón y la verdad, considérense sin embargo felices de tener la oportunidad de renunciar a su propio parecer, cediendo a la opinión ajena, con tal de que no esté comprometida la gloria de Dios.

Cuando sientan deseos e inclinaciones hacia alguna cosa, destrúyanlos inmediatamente a los pies de Jesús, y manifiéstেনle que no quieren tener voluntades o inclinaciones distintas de las suyas.

Tan pronto como se den cuenta de tener una tendencia afectiva y sensible hacia alguna cosa, al instante mismo vuelvan su corazón y sus afectos a Jesús, de esta manera: “¡Mi amado Jesús, te doy todo mi corazón y todos mis afectos!”. “¡Único objeto de mis amores, haz que yo no ame nunca nada sino en Ti y para Ti!”

Cuando les vengan causas de mortificación para el cuerpo o para el espíritu, u ocasiones de privarse de algún gusto (lo que ocurre a cada momento) reciban de buen

grado por el amor de Nuestro Señor, y bendíganlo por darles la ocasión de mortificar su amor propio y de honrar las mortificaciones y privaciones soportadas por Él en la tierra.

Cuando experimenten alguna alegría o consuelo, devuélvanlo todo al que es la fuente de todo consuelo, y díganle: “¡Jesús! No quiero nunca consuelo distinto del tuyo, que eres todo santidad. ¡Ya es para mí, Señor, bastante alegría saber que eres Dios y que eres mi Dios! ¡Jesús! Sé siempre Jesús, es decir, siempre lleno de gloria, de grandeza y de gozo, con eso estaré contento.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I,184).

12. Desprendimiento de Dios mismo

La perfección de la abnegación o desprendimiento cristiano no consiste solamente en desprenderse del mundo y de sí mismo; nos obliga, además a desprendernos en cierta manera hasta del mismo Dios. ¿No saben acaso que Nuestro Señor estando aun en la tierra, aseguró a sus Apóstoles que les convenía que Él se alejara de en medio de ellos para irse a su Padre y para enviarles el Espíritu Santo? ¿Por qué eso, sino porque estaban apegados al consuelo sensible que su presencia y el trato visible de su sagrada humanidad les proporcionaba? Esto era impedimento para que el Espíritu Santo viniera a ellos; hasta ese punto es necesario el desprendimiento de todas las cosas, por santas y divinas que sean, para estar animados del Espíritu de Jesús, que es el Espíritu del cristianismo.

Por eso digo yo que es necesario desprenderse, en cierta manera hasta del mismo Dios; es decir, de las dulzuras y consuelos que suelen acompañar de ordinario la gracia y el amor de Dios; piadosos propósitos que formamos para la gloria de Dios; piadosos deseos que tenemos de más perfección y de más amor de Dios; hasta el deseo que podamos tener de ser librados de la prisión del cuerpo, para ver a Dios, para estar unidos a Él perfectamente y para amarlo pura y continuamente. En efecto cuando Dios nos hace sentir las dulzuras de su bondad en nuestros ejercicios de piedad, debemos poner mucho cuidado de no quedarnos apegados a ello; debemos más bien humillarnos al instante, considerándonos indignos de todo consuelo y disponiéndonos a que se nos prive de él, y manifestando nuestro deseo de servirle y amarle, no por el consuelo que Él da, tanto en este mundo como en el otro, a los que le aman y le sirven, sino por el amor de Él mismo y por su agrado solamente.

Cuando hayamos emprendido algún piadoso propósito o hagamos una santa acción por la gloria de Dios, si bien debemos esforzarnos todo lo que podamos para realizarla, debemos sin embargo cuidarnos de todo apego; de suerte que si por algún motivo nos vemos obligados a interrumpirlo o prescindir totalmente de ese propósito de acción, no perdamos la paz y la tranquilidad de nuestro espíritu, sino que permanezcamos contentos a la visita de la voluntad y permisión divinas, que todo lo conducen y son igualmente amables.

De la misma manera por más que debemos poner todo empeño para vencer nuestras pasiones, nuestros vicios e imperfecciones y para hacernos perfectos en el ejercicio de toda suerte de virtudes, sin embargo, debemos trabajar en ello sin angustia y sin apego, de modo que cuando no sintamos en nosotros todas las virtudes y todo el amor de Dios que quisiéramos, permanezcamos no obstante en paz y sin inquietud, humillándonos por los obstáculos de nuestra parte, estimando nuestra propia bajeza, contentándonos con lo que Dios quiera darnos, perseverando siempre en el deseo de progresar, y teniendo confianza en la bondad de Nuestro Señor que nos dará las gracias necesarias para servirle según la perfección que Él pide de nosotros.

Igualmente, si bien es cierto que debemos estar en una espera, deseo y aspiración continuas con respecto a la hora y el momento feliz que nos separara enteramente de la tierra, del pecado y de la imperfección y nos unirá perfectamente con Dios y con su puro amor; y que debemos trabajar fuertemente por el cumplimiento de la obra de Dios en nosotros, a fin de que cumpliéndose ella prontamente en nosotros, nos llame pronto hacia sí; con todo, ese deseo debe ser sin apego y sin inquietud. De suerte que, si es el beneplácito de Nuestro Señor que permanezcamos todavía muchos años separados de la suavísima visita de su amable rostro, quedemos contentos a la visita de su amable voluntad, aun si le contentara hacernos soportar tan dura privación hasta el día del juicio.

Esto es lo que yo llamo estar desprendido de Dios y en esto consiste el perfecto desprendimiento que todos los cristianos deben tener del mundo, de sí mismos y de todas las cosas. ¡Cómo es dulce estar así libre y desprendido de todo!

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I, 187)

13. La abnegación de sí mismo

Tengan en ustedes los sentimientos de Jesucristo. Él, a pesar de su condición divina, se anonadó a sí mismo.

Adora a Jesús cuando pronuncia estas palabras: *El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo* (Lc 9, 23). Adora el pensamiento, el amor y los designios que tuvo en ese momento sobre ti. Pídele perdón por los obstáculos que le has presentado; entrégate a él para poner por obra estas palabras, y considera que Jesús realizó primero lo que luego enseñó, pues se renunció perfectamente a sí mismo.

Mientras Jesucristo estuvo en la tierra nunca se rigió por su propio espíritu, sino por el Espíritu de su Padre; nunca hizo su propia voluntad, sino la de su Padre, y no buscó su propia complacencia (Rom. 1 5,3), sino la satisfacción y el interés de su Padre; no vivió para sí, sino para su Padre. Derramó hasta la última gota de su sangre, se despojó de su propia vida, se anonadó a sí mismo (Flp. 2, 7) y permanecerá en un prodigioso desprendimiento, tanto de su humanidad como de su divinidad, en el santísimo sacramento, hasta el fin de los siglos.

Da gracias a Cristo por la gloria que ha dado y dará eternamente a su Padre con su aniquilamiento y por las bendiciones que con él te ha merecido, así como por el ejemplo que nos ha dejado.

Entrégate a él para revestir sus sentimientos e imitarlo en la abnegación de sí mismo: *Tengan entre ustedes los sentimientos propios de una vida en Jesucristo. Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario, se anonadó a sí mismo.* Jesús, con esas palabras, no solamente nos obliga a renunciar al mundo, a Satanás, a los vicios y pecados, a algo que podamos juzgar apetecible y precioso, o a una parte de nosotros mismos, sino que dice: *El que quiera venir conmigo que se niegue a sí mismo* (Lc 9, 23), que se despoje de sí mismo, del hombre viejo (Col 3, 9), que se considere muerto a sí mismo (Col 3, 3), pues el que pierda su vida por mi causa la volverá a encontrar (Mt 10, 39). Nos pide que lo prefiramos a él contra nosotros mismos: Si alguien quiere ser de los míos y no me prefiere a su padre, a su madre y hasta a sí mismo, no puede ser discípulo mío (Lc 14, 26). Y esto por varias razones.

En primer lugar no nos pertenecemos a nosotros mismos (1 Co 6, 19), sino a Dios por títulos innumerables. No podemos disponer pues, de nosotros, ni tenemos derecho de vivir, actuar, pensar ni hablar nada para nosotros mismos. Nuestra obligación es renunciarnos enteramente para pertenecer totalmente a Dios. Estamos obligados a seguir a Jesús si deseamos tener parte con él. Y no podemos seguirlo sin renunciarnos, porque somos tinieblas, pecado, muerte e infierno. Y las tinieblas no pueden seguir e imitar a la luz, ni el pecado a la gracia, ni la muerte a la vida, ni el infierno al paraíso.

Por lo demás nada hay en el mundo más opuesto a nuestra salvación que nosotros mismos, pues llevamos las fuentes de todos los males: nuestro espíritu entenebrecido y envenenado por el pecado; nuestra voluntad y amor propio, causa de innumerables desórdenes; la ambición, la soberbia y el orgullo, raíz de todos los vicios.

Renunciemos, pues, a menudo, a nosotros mismos, al menos al comienzo de nuestras principales acciones y entreguémonos a Jesús para realizarlas en él, con su fuerza y en su espíritu.

(San Juan Eudes, *Memorial de la vida eclesiástica* 5, 14: O.C. III, 204-208.)

14. El amor a la Cruz

Una de las gracias más señaladas que nuestro Señor nos concede en este mundo es hacernos partícipes de su cruz.

Jesús nos da a beber de su cáliz y nos entrega lo que más ha amado en esta tierra. Después de su Padre la cruz es el primer objeto de su amor, ya que por ella destruyó el pecado, que es la fuente de todos los males, y nos mereció todos los bienes del cielo y de la tierra. Con la cruz nos da lo que ha tomado para sí mismo y lo que dio a sus seres más queridos: a su dignísima Madre, a sus apóstoles y mayores amigos. Todos los que han sido gratos a Dios han experimentado muchas tribulaciones, dice el Espíritu Santo; porque eras grato a Dios, dice el ángel Rafael a Tobías, se hizo necesario que fueras probado en la aflicción.

Por eso las Sagradas Escrituras nos declaran que la cruz y los sufrimientos son la gloria, el tesoro, el paraíso y el bien supremo del cristiano en la tierra. Líbreme Dios, dice san Pablo, de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Ga 6, 14). Y, hablando en nombre de todos los cristianos, dice también: *Nosotros nos gloriamos en*

las tribulaciones (Rm 5, 3). Santiago, por su parte, nos invita a considerar las tribulaciones como el mayor motivo de alegría. Podemos decir que quien ha hallado en su camino la cruz ha encontrado un gran tesoro, que lo enriquecerá para siempre si sabe hacer buen uso de él. Los mayores consuelos que podemos tener en este mundo, aun los espirituales y divinos, son flores que se marchitan y pasan pronto; en cambio el sufrimiento es una bella moneda de oro, sólida y permanente. Es la piedra preciosa de valor inestimable, es la tierra noble que, bien cultivada, enriquece al afligido con infinitos bienes celestiales y eternos.

Nada purifica tanto al hombre como el sufrimiento. Nada lo hace tan agradable a los ojos de la divina Majestad, porque le da la verdadera nobleza cristiana que consiste en configurarnos con nuestro gran Rey y Salvador crucificado. Es preciso hacer buen uso de las tribulaciones. Porque quien sufre cristianamente da a Dios la mayor gloria, a imitación del Hijo de Dios que, para honrar a su Padre y reparar la afrenta producida por el pecado, no conoció ni escogió un camino distinto al de la cruz y el sufrimiento. Además, el que sufre como cristiano, adquiere inestimables tesoros de gracia en la tierra y de gloria en el cielo. Por el contrario, el que no sabe sufrir priva a Dios de una gloria incomparable y se defrauda a sí mismo con una pérdida que, si la conociera, jamás podría consolarse.

Por eso, cuando nos sobrevenga una aflicción, adoremos la voluntad santísima de Dios, sometiéndonos y abandonándonos totalmente a su designio sobre nosotros. Bendigamos, alabemos y demos gracias a Dios en todo momento, pero con mayor afecto en el tiempo de la desolación que en los consuelos, porque las aflicciones son señales mayores de su bondad.

Adoremos a nuestro Señor Jesucristo, crucificado, varón de dolores; entreguémonos al amor inmenso que lo clavó en la cruz y, unidos a ese amor, aceptemos de todo corazón nuestras cruces en honor y acción de gracias por las suyas. Supliquemos a Jesús que las bendiga y santifique, y repare ante el Padre celestial el mal uso que hemos hecho de ellas, para que, junto con las suyas, glorifiquen a Dios.

(San Juan Eudes, *Memorial de la vida eclesiástica* 3, 19: O.C. III, 98-100.)

15. La oración

Orar es continuar la oración de Jesucristo

El ejercicio de la oración es uno de los principales fundamentos de la vida y santidad cristianas, porque toda la vida de Jesucristo ha sido una perpetua oración que debemos continuar y reproducir en la nuestra. Es tan importante y necesaria, que la tierra que pisamos, el aire que respiramos, el pan que nos alimenta, el corazón que palpita en nuestro pecho, no son tan necesarios a nuestra vida humana como la oración para que un cristiano viva cristianamente.

La oración es una elevación respetuosa y amorosa de nuestro espíritu y corazón hacia Dios. Es un dulce coloquio y santa comunicación del alma cristiana con su Dios. En ella consideramos y contemplamos a Dios en sus perfecciones, en sus misterios y obras: lo adoramos, bendecimos, amamos y glorificamos; nos entregamos a él, nos humillamos en su presencia por nuestros pecados e ingratitudes, imploramos su misericordia, aprendemos a asemejarnos a él por la imitación de sus virtudes y perfecciones; y, finalmente, le pedimos cuanto necesitamos para amarlo y servirlo.

La oración es una participación de la vida de los ángeles y de los santos, de la vida de Jesucristo y de su santa madre y de la misma vida de Dios. Porque los ángeles, los santos, María y Jesús viven en un continuo ejercicio de oración, de contemplación y de amor a Dios y de intercesión por nuestras necesidades. Y la vida de las tres personas divinas es una mutua contemplación, glorificación y amor, lo cual es, precisamente, la sustancia de toda oración.

La oración es la felicidad perfecta, la dicha soberana, el verdadero paraíso en la tierra. Por este santo ejercicio el cristiano se une con Dios que es su centro, su fin y su bien supremo. En ella nos apoderamos de Dios y Él de nosotros. Por ella le damos nuestros homenajes de adoración y amor y recibimos, en cambio, sus luces, bendiciones y mil señales de su amor infinito. En ella, finalmente, Dios encuentra sus delicias en nosotros, conforme a su palabra: *Ponía mis delicias en estar con los hijos de los hombres* (Pr 8, 31). La oración nos hace experimentar que los verdaderos deleites están en Dios y que mil años de falsos placeres del mundo no equivalen a un instante de las dulzuras que Dios hace gustar a quienes colocan su dicha en conversar con él.

Finalmente, la oración es la ocupación más digna, noble y elevada, porque es la misma de los ángeles, los santos, la santa Virgen, Jesucristo y la Trinidad bendita por toda la eternidad, como será también la nuestra por siempre en el cielo. Esta es la genuina y propia función del hombre y del cristiano, puesto que el hombre ha sido creado para

Dios, para vivir en familiaridad con él, y el cristiano está sobre la tierra únicamente para continuar en este mundo la ocupación de Jesucristo.

Por eso te exhorto encarecidamente y te suplico en nombre de Dios: si Jesús se complace en estar con nosotros en la oración, no le privas de este gozo, antes bien experimenta la verdad de las palabras del Espíritu Santo, respecto a que no causa amargura su compañía ni tristeza la convivencia con ella, sino placer y alegría (Sb 8, 16). Considera este asunto como el principal, el más necesario, urgente e importante de todos.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 2, 11: O.C. I, 191-193.)

16. La oración mental

Hay muchas maneras de oración, entre las cuales señalaré aquí cinco principales:

La primera es la que suele llamarse oración mental o interior, en la que el alma habla interiormente con Dios, tomando por tema de su conversación algunas de las perfecciones divinas, o algún misterio, virtud o palabra del Hijo de Dios, o lo que hizo y lo que hace aún ahora, en el orden de la gloria, de la gracia y de la naturaleza, en su Santa Madre, en sus Santos, en su Iglesia y en el mundo natural; y ocupando primeramente su entendimiento en considerar con dulce y fuerte atención y aplicación de espíritu las verdades que se encuentran en ese tema capaces de excitarla a amar a Dios y a detestar sus pecados; en seguida, aplicando su corazón y su voluntad a producir muchos actos y afectos de adoración, alabanza, amor, humillación, contrición, oblación, y resolución de evitar el mal y de hacer el bien, y otros semejantes, según las sugerencias del espíritu de Dios.

Esta forma de oración es tan santa, tan útil y tan llena de bendiciones, que se le puede explicar con palabras. Por eso, si Dios te la concede y te da esa gracia, debes agradecérselo, ya que se trata de un gran don que te hace. Si todavía no te ha concedido esa gracia, pide que te la dé y haz por tu parte todo lo que puedas para corresponder a su gracia, y para ejercitarte en esa santa acción que Dios te enseñará mejor que todos los libros y todos los doctores del mundo, si te arrojas a sus pies con humildad, confianza y pureza de corazón, como lo diré más adelante.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I, 194)

17. La oración vocal

La segunda manera de oración, es la que se llama vocal, que se hace hablando con la boca a Dios, ya sea recitando la Liturgia de las Horas, el rosario o cualquiera otra oración vocal. Y no es esta menos útil que la precedente, con tal que la lengua vaya unida al corazón, es decir que al hablar a Dios con la lengua le hables también con el corazón y con aplicación de espíritu. De esta manera tu oración será un tiempo vocal y mental; si por el contrario, te acostumbras a muchas oraciones vocales por rutina y sin atención, te alejarás de la presencia de Dios más disipado, más frío y más flojo en tu amor de lo que eras antes. Por eso, con excepción de las oraciones de regla, te aconsejo que hagas pocas, acostumbrándote a hacerlas santamente, con mucha atención y aplicación a Dios, ocupando tu espíritu y tu corazón en algunos pensamientos y afectos santos mientras habla tu lengua; recordando que debes continuar la oración que Jesucristo hacía en la tierra; dándote a Él con ese fin; uniéndote al amor, a la humildad, a la pureza y santidad, y a la atención perfectísima con que Él oraba; y suplicándole que imprima en ti las disposiciones e intenciones santas y divinas con las cuales hacía Él su oración.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I, 195)

18. Hacer todas sus acciones en espíritu de oración

La tercera manera de oración, consiste en hacer cristiana y santamente todas tus acciones, aún las más pequeñas, ofreciéndolas a nuestro Señor al principio, y elevando de vez en cuando el corazón hacia Él mientras las hagas.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I, 196)

19. La lectura espiritual

La cuarta manera de hacer oración, es por la lectura de los buenos libros, leyendo en ellos no a la carrera y con precipitación, sino con calma y con atención de espíritu a lo que lees, deteniéndote a considerar, a pensar con reflexión, a pensar y saborear las verdades que más te atañen para imprimirlas en tu espíritu, de ahí sacarás diversos actos y afectos, según lo que se dijo a propósito de la oración mental. . .

Pero ten el cuidado, al comenzar la lectura, de dar tu espíritu y tu corazón a nuestro Señor, suplicándole que te de la gracia de sacar el fruto que Él pide de ti y que realice en tu alma por su medio lo que desea obrar en ella para su gloria.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I, 197)

20. Hablar de Dios

He aquí la “quinta manera de oración”: Es también cosa muy útil, muy santa y que suele inflamar mucho los corazones en el amor divino: hablar y disertar de vez en cuando y familiarmente los unos con los otros sobre Dios y las cosas divinas. Es en esto en lo que debería ser su conversación y razonamiento ordinarios; en esto deberían poner su recreo y regocijo. A esto nos exhorta el príncipe de los apóstoles cuando dice: *Si alguno habla, que sus palabras sean como las palabras de Dios* (1 Pe 4, 11).

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I, 198)

21. Comenzar nuestras acciones con Jesús

Ya que Jesús, hijo único de Dios, hijo único de María, es según el lenguaje de su apóstol, el autor y consumidor de la fe y de la piedad cristiana, y, según Él mismo, el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin de todas las cosas (Hb 12, 2; Ap. 22, 13); es muy justo que sea Él el principio y el fin de toda nuestra vida, de todos nuestros años, de todos nuestros meses, de todas nuestras semanas, de todos nuestros días, y de todas nuestras acciones. Por eso, como hubiéramos debido consagrarle el principio de nuestra vida, si para ese entonces hubiéramos tenido el uso de la razón, y puesto que deseamos terminarla en su gracia y en el ejercicio de su amor, si deseamos obtener este favor de su bondad, debemos tener el cuidado de consagrarle, por algún ejercicio de piedad y de amor, el principio y el fin de cada año, de cada mes, de cada

semana, y especialmente de cada día. Es asunto de grandísima importancia comenzar y acabar bien cada día; pero particularmente comenzarlo bien, llenando nuestro espíritu desde la mañana con algún buen pensamiento, y ofreciendo a nuestro Señor nuestras primeras acciones, pues de ahí depende la bendición para todo el resto del día.

Por eso, tan pronto como despiertes por la mañana, eleva tus ojos al cielo y tu corazón hacia Jesús, para consagrarle por ese medio el primer uso de tus sentidos y los primeros pensamientos y afectos de tu espíritu y de tu corazón.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I, 97)

22. Las virtudes cristianas

Continúen las virtudes de Jesucristo.

Puesto que nuestra misión es continuar y completar la vida santa que Jesucristo tuvo en la tierra, si deseas vivir cristiana y santamente y hacer vivir y reinar en ti a Jesucristo, debes ejercitarte en las virtudes que él practicó durante su vida mortal.

1. Los que se conducen según el espíritu y la gracia de Jesucristo consideran la virtud no solamente en sí misma, sino en su principio y en su fuente, en Jesucristo, de quien se deriva toda gracia y que contiene en grado soberano toda virtud. Todo cuanto hay en Jesús es santo, divino y digno de adoración: por eso también la virtud que se halla santificada y deificada en Él. Si consideramos una virtud en Jesucristo, nos sentimos infinitamente más impulsados a estimarla, amarla y buscarla que mirándola en sí misma y según el aprecio que de ella tienen el espíritu y la razón humana.
2. Quienes se conducen por el espíritu cristiano en la práctica de las virtudes saben muy bien que, por sí mismos, no pueden realizar el menor acto de virtud y que si Dios los abandonara caerían al punto en un abismo de vicios y pecados. Y dado que la virtud es un don de la pura misericordia de Dios, la imploran con confianza y perseverancia y aportan todo esfuerzo y diligencia para ejercitarse en ella.

Sin embargo, los verdaderos cristianos no se apoyan sobre sus deseos, esfuerzos, propósitos y plegarias, sino que todo lo esperan de la bondad de Dios sin turbarse ni

desanimarse por los fracasos aparentes. Permanecen tranquilos y humildes ante Dios y atribuyen sus pocos éxitos a sus faltas e infidelidades. Piensa que si Dios nos tratara como lo merecemos no solamente no escucharía nuestras peticiones, sino que nos privaría de las gracias anteriormente concedidas, pues ya es gran beneficio de su bondad que no nos rechace y abandone por completo.

Estas consideraciones reavivan en nosotros el fuego del amor a Dios, fortalecen nuestra confianza en su bondad infinita y nuestro propósito de buscar por todos los medios las virtudes necesarias para servirlo y glorificarlo.

3. Los verdaderos cristianos cuando anhelan la virtud y se esfuerzan por hacer frecuentes actos internos y externos de amor a Dios, de caridad hacia el prójimo, de paciencia, obediencia, humildad, mortificación y demás virtudes cristianas, no buscan su propio interés, satisfacción y recompensa, sino agradar a Dios e imitar y agradar a su Cabeza, Jesucristo. Porque la virtud cristiana consiste precisamente en ejercitar las mismas virtudes que Jesús practicó mientras estaba en la tierra.

Por esta razón, para practicar cristianamente las virtudes, debemos guiarnos por el mismo espíritu, motivos e intenciones que tuvo Jesucristo. Así la humildad cristiana es una prolongación de la humildad de Jesucristo, la caridad cristiana una continuación de su caridad. Y lo propio sucede con todas las demás virtudes.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 2, 22: O.C. I, 205-208.)

23. La humildad

La verdadera humildad de corazón consiste en ser humilde como lo fue Jesucristo sobre la tierra.

Si buscas, de verdad, vivir cristiana y santamente, uno de tus primeros cuidados ha de ser adquirir la humildad cristiana. Es ésta la virtud que nuestro Señor nos recomienda con insistencia cuando nos dice: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29). San Pablo considera la humildad como la virtud de Cristo por excelencia. Sin ella es imposible llamarse verdadero cristiano.

Es la humildad, unida al amor, lo que hace a los santos y a los grandes santos. Si un alma es verdaderamente humilde, diré que es en verdad santa, con una santidad proporcionada a su grado de humildad. La íntima unión de la humildad de espíritu y de la humildad de corazón da su perfección a la humildad cristiana. La humildad de espíritu es el profundo conocimiento de lo que somos realmente, no ante los ojos y el juicio engañoso de los hombres ni de la vana presunción de nuestro espíritu, sino ante la mirada y juicio de Dios. Para ello es preciso mirarnos, guiados por la fe, en la luz y la verdad de Dios, en la cual veremos que, como hombres, nada tenemos ni podemos, que nada somos por nosotros mismos y que, como hijos de Adán y pecadores, somos enemigos de Dios, incapaces de todo bien.

Sin embargo, aunque la humildad de espíritu nos haga ver lo que somos por nosotros mismos y en Adán, no nos obliga a olvidar lo que somos en Cristo Jesús y las gracias que Dios ha derramado sobre nosotros por medio de su Hijo, sino a reconocer que todo lo que hay de bueno en nosotros proviene de la sola misericordia de Dios sin merecimiento nuestro. Pero la humildad de espíritu que nos revela nuestra miseria e indignidad resultaría diabólica si no va acompañada de la humildad de corazón que debemos imitar de Jesucristo y que consiste en amar nuestra bajeza, abyección y pequeñez, alegrándonos de que en la misma forma nos consideren y traten los demás sin pretender excusarnos ni justificarnos sino por grave necesidad. Humilde de corazón será el que nunca se queja de nadie y acepta los desprecios, las humillaciones, los oprobios y cuanto pueda rebajarlo.

La verdadera humildad de corazón, que Jesucristo quiere que aprendamos de él y que es la humildad perfecta del cristiano, consiste en ser humilde como lo fue Cristo en la tierra, odiando todo espíritu de grandeza y de vanidad, amando el desprecio y la humillación, prefiriendo en todo lo más vil y humillante y viviendo en constante disposición de ser humillados tanto como Jesucristo en su encarnación, en su vida, en su pasión y en su muerte.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 2: O.C. I, 214-225.)

24. La caridad

Amémonos unos a otros como Cristo nos ha amado.

No sin motivo el Hijo de Dios, después de enseñarnos en su Evangelio que el primero y principal mandamiento es que lo amemos con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, añade que el segundo es en todo semejante al primero, y es el que nos ordena amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Porque estos dos amores son inseparables: son un mismo y único amor, puesto que hemos de amar a nuestro prójimo con el mismo corazón y afecto con que amamos a Dios, y amar al hermano, no en sí mismo, ni para él, sino en Dios y por Dios, o mejor dicho, es a Dios a quien debemos amar en nuestro prójimo.

Así es como Jesús nos ama: en su Padre y para su Padre, o más bien amando a su Padre en nosotros. Y quiere que nos amemos los unos a los otros como él mismo nos ama: *Este es mi mandamiento, que se amen unos a otros* (Jn 15, 12). Así pues, la caridad cristiana consiste en amarnos mutuamente como Jesucristo nos ama. Y él nos ama de tal manera que su vida entera, su cuerpo, su alma, su tiempo, su eternidad, su divinidad y humanidad, todo lo que él es, todo cuanto tiene y puede lo pone a nuestra disposición, demostrando así que es todo amor por nosotros.

Mira, pues, a tu prójimo en Dios y a Dios en él. Mírale como quien ha salido del corazón y de la bondad de Dios, como una participación suya, creado para regresar a Dios, para alojarse un día en su regazo, para glorificarlo eternamente: como alguien en el que Dios será eternamente glorificado, por vía de misericordia o de justicia. Mira a tu prójimo como objeto del amor de Dios en cualquier estado en que se halle: porque Dios ama todo lo que ha creado y no odia a ninguna de sus creaturas; sólo odia el pecado que no es obra suya.

Mira a tu prójimo como salido contigo de un mismo principio, hijo de un mismo Padre, creado con el mismo fin, perteneciente a un mismo Señor, rescatado con la misma sangre preciosa de Jesucristo, miembro de la misma Cabeza que es Jesús y del mismo cuerpo que es la Iglesia; alimentado con el mismo cuerpo y sangre de Cristo, con quien, por lo tanto, debes tener un mismo espíritu, una misma alma, un solo corazón.

Mira a tu prójimo como templo del Dios vivo que lleva en sí la imagen de la santísima Trinidad y el sello de Jesucristo; como porción del mismo Jesús, hueso de sus huesos y carne de su carne; como el ser por quien Jesucristo tanto trabajó y sufrió, empleó todo su tiempo y entregó su sangre y su vida.

Míralo, en fin, como a Jesucristo, ya que él nos asegura que *cada vez que lo hiciste con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hiciste* (Mt 25, 40).

Si midiéramos la importancia de estas verdades, ¡cuánta caridad y respeto tendríamos los unos por los otros! ¡Cómo temeríamos ofender la unión y la caridad cristianas en pensamientos, palabras y acciones! ¡Qué no haríamos y soportaríamos los unos por los otros! ¡Con cuánta caridad y paciencia toleraríamos y excusaríamos las faltas ajenas!

¡Con cuánta dulzura, modestia y miramientos trataríamos a los demás! ¡*Qué cuidado pondríamos en agradar a nuestro prójimo*, según el deseo de san Pablo: *Que cada uno cuide de complacer al prójimo para su bien, para su edificación!* (Rm 15, 2).

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 2, 31-34: O.C. I, 257-260.)

25. La voluntad divina

Cuando Jesús hacía su entrada en este mundo dijo: “Vengo, Dios, para hacer tu voluntad.

La sumisión continua que debemos tener al santo querer de Dios es la virtud más universal y de ocurrencia más habitual, pues en toda hora se presenta la ocasión de renunciar a nuestra propia voluntad para acatar la de Dios. Jesucristo, nuestro Señor, desde el primer instante de su vida y de su entrada en este mundo, hizo profesión de no hacer jamás su voluntad, sino la de su Padre, como lo atestigua el autor de la carta a los Hebreos: Cristo, al entrar en este mundo, dice (dirigiéndose a su Padre): *Ya estoy aquí, Dios, para cumplir tu voluntad pues así está escrito de mí en el rollo de la Ley* (Hb 10, 5). Y más adelante dirá el mismo Jesús: *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* (Jn 6,38), Y aunque su voluntad era santa, deificada y adorable, Jesús la hizo a un lado y en cierta manera la silenció para seguir la de su Padre, repitiendo en todo momento lo que iba a decir, la víspera de su muerte, en el jardín de los Olivos: *Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya* (Lc 22, 42).

La sumisión y obediencia cristianas consisten precisamente en continuar la sumisión y obediencia perfectísimas de Jesucristo. No sólo al querer, expresado directamente por su Padre celestial, sino a las voluntades que él le manifestó a través de su santa madre,

de san José, del ángel que lo llevó a Egipto, de los judíos y hasta de Herodes y Pilato. Porque no solamente Jesús se sometió a su Padre, sino a todas las creaturas para gloria de su Padre y por amor nuestro.

Jesucristo, además, colocó toda su complacencia, su felicidad y su paraíso en someter su voluntad a la de su Padre: *Mi alimento -dice él- es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado* (Jn 4, 34). Por eso, en todo cuanto hacía experimentaba un placer infinito porque estaba cumpliendo la voluntad del Padre. En sus sufrimientos colocaba su gozo y su felicidad, según el Espíritu, porque ése era el beneplácito de Dios. Por eso, el Espíritu Santo, hablando del día de la pasión y muerte de Jesús lo llama *el día de la alegría de su corazón* (Ct 3, 11). De igual manera en todas las cosas que iban sucediendo o que estaban por suceder en el mundo Cristo encontraba la paz y el contento de su espíritu porque en todo descubría siempre la amabilísima voluntad del Padre.

Por eso, nosotros, en calidad de cristianos que debemos revestir los sentimientos y disposiciones de nuestra Cabeza, no solamente hemos de estar sometidos a Dios y a todas las cosas por su amor, sino que debemos colocar nuestro contento, felicidad y paraíso en ello. Es esta la petición que hacemos todos los días a Dios: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

Yo no digo que debes sentir contento y gozo sensible en toda acción y sufrimiento y en todo cuanto acontece en el mundo: esto sólo pertenece a los bienaventurados. Hablo aquí del gozo y contento de espíritu y de voluntad que se puede adquirir fácilmente mediante la gracia de nuestro Señor. Porque basta decir: «Dios mío, quiero, si es de tu agrado, por amor a ti, colocar toda mi alegría en desear, hacer o sufrir esto o aquello, porque es tu voluntad y beneplácito». Por este medio y esta práctica, repetidos frecuentemente, se irá disminuyendo y aun borrando la pena y repugnancia natural que podrías sentir en varias ocasiones y encontrarás dulzura y contento, aun sensible, allí donde antes sólo experimentabas pena y amargura.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 2, 31-34: O.C. I, 245-256.)

26. Los misterios de Cristo en la vida de la Iglesia

El misterio de Cristo en nosotros y en la Iglesia

Debemos continuar y completar en nosotros los estados y misterios de la vida de Cristo, y suplicarle con frecuencia que los consuma y complete en nosotros y en toda su Iglesia. Porque los misterios de Jesús no han llegado todavía a su total perfección y plenitud. Han llegado ciertamente a su perfección y plenitud en la persona de Jesús, pero no en nosotros, que somos sus miembros, ni en su Iglesia, que es su cuerpo místico. El Hijo de Dios quiere comunicar y extender en cierto modo y continuar sus misterios en nosotros y en toda su Iglesia, ya sea mediante las gracias que ha determinado otorgarnos, ya mediante los efectos que quiere producir en nosotros a través de estos misterios. En este sentido quiere completarlos en nosotros.

Por esto san Pablo dice que Cristo halla su plenitud en la Iglesia y que todos nosotros contribuimos a su edificación y *a la edad de Cristo en su plenitud* (Ef. 4, 13), es decir, a aquella edad mística que él tiene en su cuerpo místico, y que no llegará a su plenitud hasta el día del juicio. El mismo Apóstol dice, en otro lugar, que él *va completando las tribulaciones que aún le quedan por sufrir con Cristo en su carne mortal* (Col 1, 24).

De este modo el Hijo de Dios ha determinado consumir y completar en nosotros todos los estados y misterios de su vida. Quiere llevar a término en nosotros los misterios de su encarnación, de su nacimiento, de su vida oculta, formándose en nosotros y volviendo a nacer en nuestras almas por los santos sacramentos del bautismo y de la sagrada Eucaristía, y haciendo que llevemos una vida espiritual e interior, *oculta con Él en Dios*.

Quiere completar en nosotros el misterio de su pasión, muerte y resurrección, haciendo que suframos, muramos y resucitemos con Él y en Él. Finalmente, completará en nosotros su estado de vida gloriosa e inmortal cuando haga que vivamos con Él y en Él una vida gloriosa y eterna en el cielo. Del mismo modo quiere consumir y completar los demás estados y misterios de su vida en nosotros y en su Iglesia, haciendo que nosotros los compartamos y participemos de ellos, y que en nosotros sean continuados y prolongados.

Según esto, los misterios de Cristo no estarán completos hasta el final de aquel tiempo que Él ha destinado para la plena realización de sus misterios en nosotros y en la Iglesia, es decir, hasta el fin del mundo. Nuestra vida en la tierra no tiene otro fin que el de realizar estos grandes designios de Jesús sobre nosotros. Por eso debemos emplear nuestro tiempo, nuestros días y nuestros años en trabajar y cooperar con Jesús en la

obra divina de completar sus misterios en nosotros. A ello debemos colaborar con las buenas obras, la oración y la aplicación frecuente de nuestro espíritu y de nuestro corazón para contemplarlos, adorarlos y honrarlos y para entregarnos a Jesús, rogándole que realice en nosotros, por sus misterios, cuanto sea de su agrado y únicamente por su gloria.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 3, 4: O.C. I, 310-312.)

27. Cómo honrar los misterios de Jesús

Jesús, en sus misterios, ha tenido un pensamiento, un designio y amor especial por cada uno de nosotros.

Entre infinidad de maravillas que encierra cada misterio de la vida de Jesús, hay siete aspectos que debemos considerar y honrar y cuyo conocimiento nos dará abundancia de luz, de apertura y de facilidad para aprovechar esos misterios.

El primero es el cuerpo o el exterior del misterio, lo que sucedió externamente en él. Por ejemplo, en el misterio del nacimiento de Jesús, la desnudez, la pobreza, el frío, el desvalimiento y pequeñez con que vino al mundo.

El segundo aspecto es el espíritu e interior de cada misterio del Hijo de Dios, o sea la virtud, el poder y la gracia particular que le son inherentes, como algo propio y especial, como también los pensamientos e intenciones, los afectos, sentimientos, disposiciones y ocupaciones interiores de Jesús al realizarlo. En una palabra, todo lo que en ese misterio tuvo lugar en el espíritu, en el corazón y en el alma santa de Jesús, como también en el espíritu y corazón de todas las personas que tomaron parte en él. Esto, que yo llamo el espíritu, el interior, el alma del misterio, es lo que debemos considerar y honrar principalmente en él. Porque los misterios de Jesús no son cosa del pasado, como algo terminado, sino que están siempre presentes según el espíritu, el interior, la verdad y la sustancia que en ellos se encierran.

El tercer aspecto que honramos en los misterios de Jesús son los efectos que Él ha producido y sigue produciendo en cada uno de ellos. El Hijo de Dios aparece en las Sagradas Escrituras como el Cordero inmolado desde el comienzo del mundo (Ap. 13, 8). Porque ha realizado desde el principio del mundo y obra sin cesar, por su encarnación, su muerte y demás misterios, efectos admirables de gloria, de felicidad, de

luz, de gracia, de misericordia y de justicia, en el cielo, en la tierra y en el infierno, sobre los hombres, los ángeles y todas las creaturas del universo.

El cuarto aspecto es que debemos adorar en cada misterio los designios particulares que tenía Jesús al realizarlo. Porque él tuvo una razón especial, un fin determinado en cada uno de ellos, como el de honrar, al Padre eterno y glorificarse a sí mismo, hacer resaltar ese misterio por caminos particulares y ocultos, santificar las almas y producir otros efectos admirables que escapan a nuestro conocimiento.

El quinto aspecto que consideramos y honramos en los misterios de Jesús es la participación, el papel, el nexo especial que en ellos tuvo la santa Virgen María.

El sexto aspecto que veneramos en cada misterio es el papel desempeñado por los ángeles y santos que intervinieron en él de manera particular.

El séptimo aspecto, finalmente, es que debemos considerar y honrar en los misterios de Jesús la parte singular y especialísima que nosotros tenemos en ellos. El Hijo de Dios, en cada misterio, tuvo un pensamiento, un designio y un amor particular por cada uno de nosotros, para comunicarnos gracias y favores especiales para nuestra vida terrena y celestial.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 3, 7: O.C. I, 322-329.)

28. La formación de Jesús en nosotros

El designio del Padre es que su Hijo viva y reine en nosotros.

El mayor de los misterios y la más grande de las obras es la formación de Jesús en nosotros como lo señalan estas palabras de san Pablo: *Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en ustedes* (Ga 4, 19). Es lo más sublime que realizan en el cielo y en la tierra las personas más excelentes que hay en ellos: el Padre eterno, el Hijo y el Espíritu Santo, la santa Virgen y la santa Iglesia. Es la acción más grande del Padre eterno, cuya ocupación durante toda la eternidad es producir continuamente a su Hijo en sí mismo. Y fuera de sí no ha realizado nada más admirable que formarlo en el seno purísimo de la Virgen en el momento de la encarnación. Es la obra por excelencia del Hijo de Dios sobre la tierra, formarse a sí mismo en su santa madre y en la divina Eucaristía. Y del Espíritu Santo, que lo formó

en las entrañas de la Virgen María, la cual no ha hecho ni hará jamás algo más sublime que colaborar a esta divina y maravillosa formación de Jesús en ella.

Es la acción más grande y santa de la Iglesia, que lo produce, en cierta manera, por boca de los sacerdotes en la divina Eucaristía y lo forma en el corazón de sus hijos.

Por eso también nuestro principal deseo, empeño y ocupación debe ser formar a Jesús, haciéndolo vivir y reinar en nosotros con su espíritu, su devoción, sus virtudes, sentimientos, inclinaciones y disposiciones. A ello deben tender todos nuestros ejercicios de piedad. Es esta la obra que Dios coloca en nuestras manos, para que en ella trabajemos sin descanso. Y esto por dos razones poderosas.

1. Para que se realice el designio y ardiente deseo del Padre celestial de ver a su Hijo vivir y reinar en nosotros. Porque desde que su Hijo se aniquiló por su gloria y por amor nuestro, el Padre quiere recompensarlo estableciéndolo como Rey en todas las cosas. El Padre ama de tal manera a su Hijo que no quiere ver sino a Él en todo. Jesús es el objeto único de sus miradas, de su complacencia y de su amor. Por eso quiere que Cristo sea *todo en todo* (1 Co. 15, 28).
2. Para que Jesús, una vez formado y establecido en nosotros, ame y glorifique dignamente en nosotros a su Padre eterno y a sí mismo, según la palabra de san Pedro: *Que Dios sea glorificado en todo, por medio de Jesucristo* (1Pe 4, 11), ya que sólo Él es capaz de hacerlo dignamente.

Este doble motivo debe encender en nosotros el ardiente deseo de formar a Jesús en nuestras almas y de poner todos los medios para conseguirlo.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 2, 40: O.C. I, 271-279.)

29. Cómo formar a Jesús en nosotros

Cuatro cosas debemos hacer para formar a Jesús en nosotros:

1. La primera es acostumbrarnos a verlo a Él en todas las cosas, de manera que todos nuestros actos de devoción y todas nuestras acciones tengan como objeto único a Él, con todos sus estados, misterios y ocupaciones. Porque Él es todo en todas las cosas: el ser de cuanto existe, la belleza de las cosas bellas, el

poder de los poderosos, la sabiduría de los sabios, la virtud y santidad de los santos. Y casi nada ejecutamos que él no haya realizado en este mundo, de manera que son sus acciones las que debemos mirar e imitar cuando hacemos las nuestras. Y al pensar a menudo en él, mirándolo en todas las cosas, mantenemos nuestro pensamiento lleno de él y lo vamos formando y afirmando en nuestro espíritu.

2. Hemos de formar a Jesús no sólo en nuestro espíritu, con el pensamiento y la mirada puestos en Él, sino también en nuestro corazón por la práctica asidua del divino amor. Para ello elevaremos a menudo hacia él nuestro corazón y realizaremos todas nuestras acciones únicamente por su amor procurando consagrarle todos los afectos de nuestro corazón.
3. Es menester formar a Jesús en nosotros mediante el aniquilamiento de nosotros mismos. Porque si queremos que Jesús viva y reine perfectamente en nosotros tenemos que hacer morir y desaparecer de nuestro corazón todas las creaturas, para no mirarlas ni amarlas por sí mismas, sino en Jesús y a éste en ellas. Debemos comprender que el mundo y cuanto hay en él no existe ya para nosotros, que en el mundo sólo tenemos en cuenta a Jesús y que sólo a él debemos agradar, mirar y amar. También hemos de empeñarnos en el aniquilamiento de nosotros mismos, de nuestro parecer y voluntad, de nuestro amor propio, del orgullo y vanidad, de nuestros vicios e inclinaciones malas, de los deseos e instintos de nuestra naturaleza caída, para que solamente Jesús viva y reine plenamente en nosotros. Es este el fundamento, el principio y el primer paso de la vida cristiana. Es esto lo que la Palabra de Dios y los santos Padres llaman perderse a sí mismo, morir a sí mismo, renunciarse a sí mismo. Es este uno de los principales empeños y desvelos a que debemos consagrar nuestra vida, mediante la abnegación, humillación, mortificación interior y exterior, y uno de los medios más poderosos para formar y establecer a Jesús en nosotros.
4. Como esta obra sublime de formar a Jesús en nosotros supera infinitamente nuestras fuerzas, el medio principal es acudir al poder de la gracia divina y a la intercesión de la Santa Virgen y de los santos. Supliquémosles, por tanto, a menudo, que nos ayuden con sus ruegos. Entreguémonos al poder del Padre eterno, al amor y celo ardentísimo que tiene por la gloria de su Hijo y roguémosle a Él y al Espíritu Santo que nos aniquilen enteramente para que Jesús viva y reine en nosotros.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 2, 41: O.C. I, 273-275.)

30. El Espíritu Santo y el cristiano

El Espíritu Santo ha sido enviado para formar y hacer vivir a Jesús en nosotros, para incorporarnos y unirnos a Él, para hacernos nacer y vivir en Él.

El Espíritu Santo ha actuado para hacernos cristianos. Porque ha sido Él quien formó a nuestro Redentor, nuestro Salvador y nuestra Cabeza en las entrañas de la santa Virgen. Él lo animó y condujo en sus pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, y en el sacrificio que hizo de sí mismo en la cruz para hacernos cristianos, conforme a la palabra de Dios: *Por medio del Espíritu eterno se ofreció a Dios* (Hb 9, 14).

Y después de que Cristo subió al cielo, el Espíritu Santo fue enviado a este mundo para formar y establecer el cuerpo de Jesucristo que es la Iglesia y aplicarle los frutos de la vida, de la sangre, pasión y muerte de Jesús. Sin la venida del Espíritu en vano hubiera sufrido y muerto Jesucristo.

Además, el Espíritu Santo viene en nuestro bautismo para formar a Jesucristo en nosotros, para incorporarnos, hacernos nacer y vivir en él, para aplicarnos los efectos de su sangre y de su muerte y para animarnos, inspirarnos, empujarnos y conducirnos en todo lo que debemos pensar, hacer y sufrir como cristianos, para gloria de Dios. De suerte que *no podemos pronunciar como conviene el santo nombre de Jesús, ni tener un buen pensamiento, sino bajo la inspiración del Espíritu Santo* (cf. 1Co 12, 3).

Un cristiano, por consiguiente, es un templo del Espíritu Santo. *¿No saben -dice san Pablo- que su cuerpo es templo del Espíritu Santo?* (1Co 6, 19). Por nuestra condición de hijos de Dios y por formar una sola cosa con Jesucristo, como los miembros con su cabeza, tenemos que estar animados por el mismo Espíritu. De ahí la palabra de san Pablo: *La prueba de que son hijos de Dios es que Dios ha enviado a sus corazones el Espíritu de su Hijo* (Ga 4, 6) y, en otra parte: *El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Dios* (Rm 8, 9).

Así pues, el Espíritu Santo se nos ha dado para que sea el Espíritu de nuestro espíritu, el Corazón de nuestro corazón, y el Alma de nuestra alma. Para que esté siempre con nosotros y en nosotros, no sólo como en su templo, sino como una parte de su cuerpo, es decir, del cuerpo de Jesucristo, que es el suyo, y que debe estar animado por él, ya que los miembros y todas las partes del cuerpo deben estar animadas por el mismo espíritu de su cabeza.

¡Cuántas maravillas han realizado el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo para hacernos cristianos! Y, por lo mismo, ¡qué cosa espléndida significa ser cristiano! Cuánta razón tenía san Juan cuando, en nombre de todos nosotros, decía: *¡El mundo no nos conoce!* (1Jn 3, 1). ¡Cuánta obligación tenemos de bendecir y amar a las tres divinas personas por habernos llamado y elevado a la dignidad de cristianos! Por eso nuestra vida debe ser santa, divina y espiritual, ya que *todo el que ha nacido del Espíritu es espíritu* (Jn 3, 6).

Espíritu divino: me entrego totalmente a ti para que tomes posesión de mí y me conduzcas en todas las cosas. Haz que viva como un hijo de Dios y miembro de Jesucristo; como quien ha nacido de ti y te pertenece en plenitud.

Cuando pensamos en todo esto concluimos que es inmensa la dignidad de un cristiano, hijo de Dios, miembro de Jesucristo, animado por su Espíritu, y que es infinita nuestra obligación de llevar una vida de santidad. Por eso es tan culpable quien peca mortalmente: arroja al Espíritu Santo de su templo para reemplazarlo por el espíritu del mal; crucifica y da muerte en sí mismo a Jesucristo ahogando su Espíritu por el cual Jesús vivía en él, para establecer y hacer vivir en su lugar a su enemigo, Satanás.

(San Juan Eudes, *Coloquios interiores* 9-10: O.C. II, 172-173. 176-177.)

31. Ser cristiano es hacer profesión de Jesucristo

Que toda nuestra vida sea un sacrificio perpetuo de alabanza y de amor a Dios.

La devoción de Jesucristo, nuestro Señor, consistió en cumplir a la perfección todas las voluntades de su Padre; en servirle a Él y a los hombres y en realizar todas sus acciones en su calidad de hostia y de víctima, únicamente para gloria y amor del Padre. Son éstas las tres profesiones solemnes de Jesús desde el instante de su encarnación y que ha cumplido perfectamente en su vida y en su muerte.

1. Desde el momento de su entrada al mundo hizo Jesús profesión de obediencia: renunció a su propia voluntad para hacer siempre la voluntad del Padre y colocó en ello su gozo y felicidad.
2. Jesús hizo profesión de ser el servidor del Padre. Éste es el título que su Padre le asigna por medio del Profeta: *Tú eres mi siervo* (Is 49, 3), y que Jesús mismo asumió: *Tomó la condición de esclavo* (Flp 2,7). Se rebajó a un estado y forma de vida humilde y se entregó al servicio de sus creaturas hasta el oprobio y suplicio cruel y servil de la cruz, por amor a nosotros y para gloria de su Padre.
3. Jesús hizo profesión de ser hostia y víctima consagrada e inmolada a la gloria de su Padre desde el primero al último instante de su vida.

He ahí en qué consiste la devoción de Jesús; y en ello mismo debemos colocar la nuestra, ya que la devoción de los cristianos no puede ser distinta de la suya. Como en el bautismo hacemos profesión de adherirnos a Jesucristo y de permanecer en Él, igualmente hacemos como Él tres grandes profesiones, santas y divinas, que debemos meditar frecuentemente.

1. Con Jesucristo hacemos profesión de no seguir jamás nuestra propia voluntad, sino de someternos a todas las voluntades de Dios, de obedecer a toda clase de personas en lo que no sea contrario a Dios, y ponemos en ello nuestra alegría y felicidad.
2. Hacemos profesión de servir a Dios, a su Hijo Jesucristo y a todos los miembros de Jesucristo, según la palabra de san Pablo: *Nosotros nos presentamos como siervos de ustedes por Jesús* (2Co 4, 5). En virtud de esta profesión los cristianos nada tienen en propiedad, ni el derecho a disponer de sí mismos, ni de los miembros y sentidos de su cuerpo ni de sus facultades espirituales, ni de su vida, tiempo y bienes temporales sino para Jesucristo y sus miembros.
3. Hacemos profesión de ser hostias y víctimas en constante ofrenda a la gloria de Dios. *Los exhorto* -dice san Pablo-, *por la misericordia de Dios, a presentar sus cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios* (Rm 12, 1). Por esta razón estamos obligados a glorificar y amar a Dios con todas nuestras facultades corporales y espirituales y a emplear todas nuestras fuerzas en hacerlo amar de los demás; a no buscar en nuestras acciones y en todo lo nuestro sino su gloria y su amor; a vivir de tal manera que toda nuestra vida sea un perpetuo sacrificio de alabanza y de amor a él; a estar listos para ser inmolados y consumidos por su gloria.

En una palabra, el cristianismo es *profesión de llevar la vida de Jesucristo*, dice san Gregorio de Nisa. Y san Bernardo nos asegura que nuestro Señor *no coloca entre sus seguidores a quienes no viven de su vida*.

En el santo bautismo hacemos profesión de llevar la vida de Jesucristo. No sólo hacemos profesión de pobreza, castidad y obediencia, sino de Él mismo, de su vida, de su espíritu, de su humildad, caridad, pobreza, obediencia y de todas las otras virtudes que se encuentran en él.

En una palabra, hacemos la misma profesión de Cristo ante su Padre en el instante de su encarnación y que cumplió a la perfección durante su vida: no hacer jamás nuestra propia voluntad, sino cifrar nuestro contento en acatar todo querer de Dios; vivir en estado de servidores de Dios y de los hombres, por amor a Dios, como hostias y víctimas sacrificadas constantemente a su gloria.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 2, 38; 7, 13: O.C. I, 265-269. 515.)

32. La misa es participación en el sacrificio de Jesucristo

Debes ofrecer con el mismo Jesucristo, el sacrificio que se ofrece a Dios sobre el altar.

Desde que sales de casa para ir a misa debes pensar que no vas sólo como asistente y espectador, sino a realizar la acción más santa, divina, excelsa e importante que puede hacerse sobre la tierra, y que, por consiguiente, debes realizarla santamente como lo más trascendental que tengas en el mundo.

Digo que vas a «realizar» porque todo cristiano es una sola cosa con Cristo, sumo Sacerdote, y participa de su sacerdocio. Por eso la Escritura llama «sacerdotes» a los cristianos. Como cristianos tenemos, pues, derecho, no sólo de asistir al santo sacrificio, sino de hacer junto con el sacerdote lo que él hace, es decir, ofrecer con él y con el mismo Jesucristo el sacrificio que se ofrece a Dios sobre el altar.

Adora a nuestro Señor Jesucristo, que por nosotros se hace presente, y ruégale que así como él cambia la naturaleza terrestre del pan y del vino en su cuerpo y sangre, transforme también la pesadez, frialdad y sequedad de nuestro corazón terrestre y árido,

en el ardor y diligencia de los santos afectos y disposiciones de su corazón. Luego recuerda que los cristianos forman una sola cosa con Cristo, como los miembros con su cabeza, y que Jesucristo, en este sacrificio, es al mismo tiempo sacerdote y víctima. Así, también los que participan en la misa deben hacerlo en calidad de sacerdotes, para ofrecer con Jesucristo, el sumo Sacerdote, el mismo sacrificio que él ofrece y en calidad de víctimas que son una sola cosa con él y que han de ser inmoladas y sacrificadas con Jesucristo a la gloria de Dios.

Como cristiano y miembro de Jesucristo participas de su sacerdocio y llevas el nombre y la condición de sacerdote. Debes, por tanto, desempeñar tus derechos sacerdotales, ofreciendo en la misa a Dios, con el sacerdote y con Jesucristo, el sacrificio de su cuerpo y sangre con las mismas disposiciones de Jesús. Únete, con la intención y el deseo, a estas disposiciones de Jesús y ruégale que las imprima en ti para que ofrezcas el mismo sacrificio en íntima comunión de sentimientos con él.

Y porque eres también hostia, al ofrecer a Jesús en la misa, tú debes ofrecerte también como víctima, o mejor rogar a Jesucristo que venga a ti o te atraiga a él, que te una e incorpore a él en su calidad de hostia, para sacrificarte con él a la gloria del Padre.

Y como se inmola a la víctima del sacrificio y se consume en el fuego, suplícale a Jesús que te haga morir a ti mismo, a tus pasiones, a tu amor propio y a todo lo que a él desagrada: que te consuma en el fuego de su amor para que en adelante tu vida entera sea un perpetuo sacrificio de alabanza, de gloria y de amor a su Padre y a Él.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 6: O.C.I, 459-463.)

33. La confianza

La humildad es la madre de la confianza: en efecto, al vernos desprovistos de todo bien, de toda virtud y de todo poder y capacidad para servir a Dios, y que somos un verdadero infierno lleno de toda clase de mal, y de horror, nos sentimos obligados a no apoyarnos en nosotros mismos, ni sobre nada de lo que es nuestro, sino a salir fuera de nosotros mismos como fuera de un infierno, para acogernos a Jesús como nuestro paraíso, donde encontraremos con gran abundancia todo cuanto nos falta en nosotros mismos; y para apoyarnos y confiar en Él, como en el que nos ha sido dado por el Padre Eterno, para ser nuestra redención, nuestra justicia, nuestra virtud y nuestro todo. A eso nos

conduce cuando nos convida con todo su amor y su poder, a que vayamos a Él llenos de confianza, cuando nos dice: *Vengan a Mí, todos los que están fatigados y sobrecargados y yo les daré descanso y les descargaré del peso de sus miserias*; también nos asegura que no rechazará a nadie de cuantos vengan a Él (Mt. 11, 28; Jn. 6, 37).

Para afianzarnos más en esta sagrada confianza, nuestro dulcísimo y amabilísimo Salvador se sirve, con respecto a nosotros, de los nombres y cualidades más dulces y amorosas que pueda haber. Se llama nuestro amigo y lo es en realidad, nuestro abogado, nuestro médico, nuestro pastor, nuestro hermano, nuestro Padre, nuestra alma, nuestro Espíritu y el esposo de nuestras almas; y nos llama sus ovejas, sus hermanos, sus hijos, su porción, su heredad, su alma, su corazón y a nuestras almas sus esposas.

Nos asegura, en diversas lugares de sus Santas Escrituras, que nos cuida y vigila continuamente; que nos lleva siempre en su seno, en su corazón en sus entrañas... y en otro lugar: Que aunque sea posible que una madre se olvide del hijo que ha llevado en sus entrañas, Él de ninguna manera se olvidará jamás de nosotros (1 Pe. 5, 7; Is 46, 3 y 49, 15) si le hemos ofendido, nos promete que si volvemos a Él con humildad, arrepentimiento, confianza en su bondad y resolución de apartarnos del pecado, nos recibirá, nos abrazará, se olvidará de nuestros pecados y nos revestirá del ropaje de su gracia y de su amor, de que nos habíamos despojado por la falta (Lc 15, 22; Ez. 18, 21)...

Finalmente la confianza es un don de Dios que sigue a la humildad y al amor. Pídela pues, a Dios, y te la dará; procura hacer todas tus acciones en espíritu de humildad y por el puro amor de Dios, y saborearás muy pronto la dulzura y la paz que suele acompañar la virtud de confianza.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I,233)

34. Actos de amor a Jesús

Entre los deberes y ejercicios de un alma verdaderamente cristiana, el más noble, el más santo, el más elevado y el que Dios nos pide principalmente, es el ejercicio del divino amor. Por eso debes tener un gran cuidado en todos tus ejercicios de piedad y

en todas tus demás acciones, de manifestar a Nuestro Señor Jesucristo, que los quieres hacer, no por el temor del infierno, ni por la recompensa del paraíso, ni por el mérito, ni por tu satisfacción y consuelo; sino por amor a Él, para agradarle, solamente para su gloria y su puro amor...

Es verdad, bien lo sé Salvador mío, este corazón tan despreciable e imperfecto no es digno de amarte; y tú eres dignísimo de ser amado, y no has creado este pobre corazón más que para que te ame; y hasta le mandas, bajo pena de muerte y de muerte eterna, que te ame. Dios de mi corazón, no hay necesidad de mandato: eso es lo que quiero, Señor, eso es lo que deseo, es por eso por lo que mi corazón suspira. Sí mi Jesús amado, no quiero tener ningún otro deseo fuera de este. Lejos todo otro pensamiento, toda otra inclinación, todo otro querer. No deseo sino una cosa: nada más quiero sino amar a Jesús.

¡Deseado de mi alma, escucha mi oración, si lo tienes a bien; escucha los suspiros de mi corazón y ten piedad de mí. Tú lo sabes bien, Señor, lo que te voy a pedir, pues mi corazón te lo ha dicho muchas veces. No pido ninguna otra cosa, fuera de la perfección de tu santo amor. Nada más deseo sino amarte y crecer siempre más y más en ese deseo...

¡Divino amor, sé la Vida de mi vida, el Alma de mi alma y el Corazón de mi corazón. Que yo no viva más que en Ti y de Ti. Que yo no subsista sino para Ti. Que yo no tenga ningún otro pensamiento, que no diga ninguna otra palabra, que no haga ninguna otra acción, sino por Ti y para Ti.

¡Belleza eterna, eterna bondad! Si yo tuviera una eternidad de vida sobre la tierra, debería emplearla toda en tu amor. Obligado estoy por consiguiente a emplear en ello lo poco de vida y de tiempo que me queda. Señor mío, lo consagro toda a tu santo amor. Haz que yo no viva sino para amarte, y que no pase ningún momento de mi vida que no esté empleando en tu santo amor. ¡O morir o amar! Pero, sobre todo haz que yo te ame por toda la eternidad. Sea lo que sea, me uno desde ahora a todo el amor que te será dado en toda la eternidad.

¡Señor y Dios mío, cuan excesiva es tu bondad y cuan admirable es tu amor hacia mí! Me amas, me deseas, me buscas con tanto cuidado y ardor como si tuvieras necesidad de mí, como si yo fuera algo y como si yo te fuera muy necesario. Tanto deseas poseerme, y tanto temes perderme, como si al poseerme o perderme, poseyeras o

perdieras un gran tesoro. Buscas mi amistad con tanta insistencia como si de ello dependiera tu felicidad.

Yo quiero, si te place, que todos mis pensamientos, palabras y acciones, todo el uso de los sentidos de mi cuerpo y de las potencias de mi alma, todas mis respiraciones, todos los latidos de mi corazón, todos los movimientos de mi vida, todo cuanto ha habido, hay y habrá en mí, y aun todos mis pecados, en cuanto a eso puede hacerse, por el poder de tu sabiduría y de tu bondad que sabe bien hacer cooperar todas las cosas, aun los pecados, al bien de los que te aman: yo quiero que todas estas cosas se conviertan en otras tantas voces por las cuales yo te vaya diciendo continua y eternamente, con todo el amor del cielo y de la tierra: "Te amo, te amo, sí, mi Señor Jesús, yo te amo"¹.

Madre de Jesús, Ángeles de Jesús, Santos y Santas de Jesús, creaturas todas de Jesús, tengan compasión de mis dolores; hablen por mí al bien amado de mi alma, díganle que yo languidezco de amor por Él. Díganle que solo quiero en el tiempo y en la eternidad su puro amor; ni el cielo, ni la gloria del cielo, ni las grandezas del paraíso, ni las dulzuras de su gracia, sino su purísimo amor. Díganle que yo no puedo vivir más sin ese puro amor. Díganle que se apresure, pues, a realizar en mi sus designios y la obra de su gracia y a consumirse todo en su divino amor, para que me lleve pronto al reino eterno de ese mismo amor, "Así sea, ven, Señor Jesús"².

Jesús, Tú eres todo amor en todos los momentos, estados y misterios de tu vida; pero sobre todo, no eres más que amor y dulzura en el momento de tu nacimiento y en el estado de tu santa infancia. Que te ame pues en ese momento y en ese estado; que el cielo y la tierra te amen conmigo, y que todo el mundo se transforme en amor hacia su Creador y su Dios transformando todo en amor y dulzura hacia el mundo.

¡Amor de Jesús!, que triunfas en todos sus estados y misterios pero especialmente en el estado de su infancia y en el misterio de su cruz, y que en estos dos misterios llevas en triunfo su omnipotencia en la impotencia, su plenitud en la pobreza, su soberanía en la dependencia, su sabiduría eterna en la infancia y la muerte a que has reducido a mi Jesús en el misterio de su nacimiento y de su Cruz.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C., 1383)

¹*Amo te, amo te, etiam, Domine Jesu, amo te.*

²*Amen, Veni, Domine, Jesu.*

35. La Divina Voluntad

Carta a la Hermana de la Natividad de Herson

Rouen, 7 de Enero de 1660

Queridísima Hermana:

La divina Voluntad sea nuestra guía en todas las cosas.

Es verdad que los meses míos son a veces muy largos, y más largos de lo que pienso, pero no de lo que quiero; en efecto, por la misericordia de mi Señor, me parece que no quiero nada, ni en este mundo ni en el otro, sino una sola cosa, que es abandonarme enteramente en las manos de la adorabilísima voluntad de mi Dios, para que me lleve a donde le plazca y haga de mí, en todo lugar y en todo tiempo, todo cuanto le sea agradable. Es por eso por lo que no puedo decirte todavía cuando regresaré a Caen; sé muy bien que, mediante la gracia de nuestro Señor, será cuando lo quiera yo, pero todavía no sé cuándo lo querré, es decir, no sé cuándo lo querrá mi Dios.

Me das a conocer muy bien tu interior, querida hermana; no tengo más qué decir a todo eso, sino que procures no inquietarte en tu pobreza y miserias; permanece en paz, en humildad, en paciencia y confianza en tu superiora, con felicidad en la observancia de las reglas.

(San Juan Eudes, O.C. X, 522)

Carta a la Hermana María de la asunción eustache de taillefer

París, Septiembre – Octubre de 1660

J.M.J.

Le doy mil gracias, mi queridísima hija, y también a todas nuestras queridísimas hermanas, por sus caritativos recuerdos y todas sus sinceras bondades. Les aseguro

que no las olvido delante de Dios, y que las llevo todos los días a todas y cada una en particular, en el santo altar.

Si yo siguiera mis inclinaciones, les aseguro que estaría muy pronto en Caen, para hablarles algunas veces sobre las bondades incomparables de nuestro bondadoso y adorabilísimo Salvador, más bien que estar aquí recorriendo las calles de París. Pero que nos guarde Dios de hacer nunca nuestra voluntad y que nos conceda la gracia de reconocer siempre que no tenemos otro asunto en este mundo, sino hacer en todo y por todas partes la suya *Corde magno et animo volenti*. Qué alegría saber que ese es nuestro único negocio y que todos los poderes de la tierra y del infierno, no podrían, si lo queremos con la gracia de Dios, impedirnos hacer un solo momento hacer este único negocio, sino que mientras más se esfuerzan por impedirnoslo, más nos ayudan hacerlo.

(San Juan Eudes, O.C. X, 537)

36. El amor y el servicio a la Iglesia

Esos hombres no se pertenecían: solo existían para la Iglesia.

Adora a la Santa Trinidad por todo lo que ella es en la Iglesia. Adora el amor incomprensible y los altos y eternos designios que tiene sobre ella. Adórala y bendícela por todo lo que en ella realiza sin cesar. Entrégate al amor y al celo que por la Iglesia tienen el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Para despertar en ti el amor y el servicio a la Iglesia piensa que ella es la hija predilecta del Padre eterno, que la ama hasta el punto de entregarle a su Hijo único por esposo y a su Espíritu Santo como su espíritu y su corazón.

La Iglesia es la hermana, la madre, la esposa de Jesús, su cuerpo y su plenitud, como dice san Pablo, es decir, su coronamiento y perfección. Ella es su herencia, su reino, su casa, su tesoro, su corona, su gloria y sus delicias.

La Iglesia es tu madre, que te ha engendrado para Dios por el santo bautismo y que te lleva siempre en su regazo. Es tu nodriza que te alimenta con el pan celestial de la divina Palabra y con la carne deificada y la sangre preciosa de su Esposo. Ella es tu reina, tu

gobernante y tu guía segura por el camino hacia el paraíso. Es tu maestra que te enseña las verdades celestiales, lo que necesitas saber y hacer para agradar a Dios.

La Iglesia merece todo tu amor, tu respeto y tu celo ardiente por su honor, su servicio y todos sus intereses. Por eso le debes sumisión a sus enseñanzas, obediencia a sus mandatos, veneración por sus sacramentos, ritos y costumbres y por todo lo suyo. Debes sentir como propias sus aflicciones, agradecer a Dios los favores que le concede. Debes pedir al Señor que la conserve, la dilate y santifique cada día más y sobre todo que le envíe pastores y sacerdotes según su Corazón.

Recuerda el amor encendido que los Apóstoles y santos sacerdotes han tenido a la Iglesia. Considera su celo devorador, los cuidados vigilantes y el grandísimo interés que tuvieron por la santificación y dilatación de la Iglesia, por la observancia de sus leyes, por la fiel y santa administración de sus sacramentos; por la dispensación sincera y cuidadosa de la divina palabra, por el digno comportamiento en todas sus funciones y sobre todo para procurar en todas las formas la salvación de sus hijos.

Considera lo que han hecho los santos para alcanzar estos fines: cómo vivieron, sufrieron y se comportaron esos hombres que no se pertenecían y sólo existían para la Iglesia a la cual dedicaban sus desvelos, sus afectos, sus pensamientos y palabras, sus acciones, bienes y fuerzas, su tiempo, su espíritu, su cuerpo, su alma, su vida y todo lo que poseían, sabían y podían. Cada uno de ellos podía apropiarse la palabra de san Pablo: *Me consumiré yo mismo todo entero por el bien de sus almas* (2Co 12, 15).

Ruega a los Apóstoles y a los santos sacerdotes que te hagan participar de su celo y de su amor a la Iglesia y esmérate por seguirlos por este camino.

(San Juan Eudes, *Memorial de la vida eclesiástica* 5, 28: O.C. III, 218-222.)

37. Participación de los laicos en la Misa

Lo que se debe hacer para asistir dignamente al santo sacrificio de la misa:

1. Tan pronto como salgas de tu casa para ir a la Misa, debes pensar que vas, no solamente para asistir o ver, sino para hacer una acción que es la más santa y

divina (...) que tenga lugar en el cielo y en la tierra; y que por consiguiente debe hacerse santa y divinamente, es decir, con disposiciones muy santas y divinas, y con un grandísimo cuidado y aplicación de espíritu y de corazón, como el asunto de mayor consecuencia que tengas en el mundo. Digo que vas a hacer, pues no siendo todos los cristianos sino uno con Jesucristo que es el soberano sacerdote reciben en la Escritura el nombre de sacerdotes, y por eso tiene derecho no solamente de asistir al santo sacrificio de la Misa, sino también de hacer con el sacerdote lo que éste hace, es decir, ofrecer con él y con Jesucristo mismo el sacrificio que se ofrece a Dios sobre el altar, y participando por tanto de su divino sacerdocio.

2. Al entrar en la Iglesia debes humillarte profundamente en tu corazón, considerándote muy indigno de entrar en la casa de Dios, de hallarte ante su faz y de participar en misterio tan grande, que comprende en sí todos los misterios y todas las maravillas del cielo y de la tierra.
3. Después de haber adorado a nuestro señor Jesucristo, que se hace presente sobre el altar para recibimos los homenajes y adoraciones que le debemos; y después de haberle pedido que, así como cambia la naturaleza baja y terrestre del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre, así también cambie y transforme la pesadez, frialdad, y sequedad de nuestro corazón tan árido y terrestre, en el ardor, ternura y agilidad de los afectos y disposiciones santas y divinas de su divino y celeste corazón; debes recordar que siendo uno con Jesucristo los cristianos, como los miembros con su cabeza, y estando Jesucristo en este sacrificio en calidad de sacerdote y de hostia a la vez; de igual manera todos los que asisten deben hacerlo también en calidad de sacerdote o sacrificadores, para ofrecer con Jesucristo soberano sacerdote el mismo sacrificio que Él ofrece; y también en calidad de hostias y de víctimas, que no son más que una hostia como no son más que un sacerdote con Jesucristo, y que deben ser inmolados y sacrificados con el mismo Jesucristo a la gloria de Dios.
4. Y puesto que es necesario que la hostia que va a ser sacrificada sea matada, luego consumida en el fuego, pídele que te haga morir a ti mismo, es decir, a tus pasiones, a tu amor propio y a todo cuanto le desagrada; que te consuma en el fuego sagrado de su divino amor, y que en lo venidero haga de tu vida un perpetuo sacrificio de alabanza, de gloria y de amor hacia su padre y hacia Él.

5. Finalmente, después de haber agradecido a nuestro señor por las gracias que te ha concedido en la santa Misa, retírate con una firme resolución de emplear bien el día de su servicio y con el pensamiento de que debes ser en adelante una hostia muerta y viva al mismo tiempo; muerta en todo lo que no es de Dios; viva en Dios y para Dios, enteramente consagrada y sacrificada a la pura gloria y al puro amor de Dios.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I, 459)

38. Santificación de las acciones ordinarias

Hagamos nuestras acciones en Jesucristo, por Jesucristo y en su Espíritu.

Es muy importante saber que no sólo los religiosos, sino todos los cristianos, de cualquier estado y condición, están obligados, como miembros de Jesucristo, a vivir de la vida santa de su Cabeza, y a realizar cristianamente todas sus acciones, grandes y pequeñas.

¿Qué quiere decir «cristianamente»? Significa hacerlas en Jesucristo y por Jesucristo, en su Espíritu, con sus disposiciones santas y divinas.

A ello estamos obligados por infinitas razones. Pero te ruego que consideres a menudo que Jesucristo es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, y que cuando estamos en gracia tenemos con él una unión más íntima y perfecta que los miembros de un cuerpo natural con su cabeza. Por eso hemos de hacer nuestras acciones por Él y en Él. Por Él, porque somos propiedad suya, ya que todo cuanto es de los miembros pertenece también a la cabeza; y en Él, es decir, animados por su espíritu, con sus disposiciones e intenciones, como los miembros deben seguir e imitar a su cabeza.

Me dirás tal vez: «Pero, ¿quién puede conocer las disposiciones e intenciones de Jesucristo cuando ejecutaba sus acciones?» Y te respondo.

1. Sabemos, por la luz de la fe, que Jesucristo hizo sus acciones con sentimientos de humildad, dulzura, paciencia, caridad con el prójimo, con la mirada puesta en Dios y con toda suerte de virtudes; y que sus intenciones fueron el amor y la gloria del Padre, buscando agradarle y cumplir su voluntad.

2. Que no es necesario conocerlas en detalle. Basta tener el deseo y el propósito de hacer tus acciones en el espíritu de Jesucristo y con sus disposiciones e intenciones: así resultará fácil, con su gracia, actuar santa y cristianamente.

Procura, pues, al comienzo de tus acciones, al menos de las más importantes, elevar tu corazón a Jesús para decirle: 1) que renuncias a ti mismo, a tu amor propio y a tu propio espíritu, a tus propias disposiciones e intenciones; 2) que te entregas a Él, a su amor y a su Espíritu para actuar como Él. Por este medio le darás gran honor y adelantarás grandemente, en poco tiempo, por los caminos de su gracia.

Te he propuesto estas prácticas como señalándote con el dedo el camino para andar siempre en la presencia de Dios y para vivir en el Espíritu de Jesús. Este mismo Espíritu te sugerirá otras más, si te entregas a Él al comienzo de tus acciones. Porque quiero que retengas muy bien lo siguiente: la principal de las prácticas, el secreto más importante, la devoción más excelente es no tener apego a ninguna práctica o ejercicio particular de devoción, sino esmerarte en tus ejercicios piadosos y en tus acciones por entregarte al Espíritu Santo de Jesús con humildad, confianza y desprendimiento de todas las cosas. Así, el Espíritu de Jesús, al ver que no tienes apego a tu propio espíritu, a tus propias devociones y disposiciones, tiene poder y libertad para actuar en ti según su beneplácito, para inspirarte las disposiciones y sentimientos que le plazca y para conducirte por los caminos de su agrado. Y después de entregar la vida cristiana a él de esta manera, estarás atento para percibir los sentimientos y disposiciones que pondrá en ti, y para seguir su impulso y su dirección.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 6, 1 y 18: O.C. I, 440-444. 452.)

39. El martirio

Los mártires pertenecen a Jesús en manera propia y especial.

La perfección de la vida cristiana es el martirio. La gracia del martirio es el mayor prodigio que Dios obra en los cristianos, y lo más grande y maravilloso que los cristianos pueden hacer por Dios es sufrir el martirio por Él. El beneficio más señalado que hace Jesucristo a quienes ama especialmente es hacerlos semejantes a él en su vida y en su muerte, y hacerlos dignos de morir por Él, como él murió por su Padre y por ellos.

Donde aparece mejor el poder maravilloso de su amor es en los santos mártires, los más admirables de todos los santos delante de Dios. Son los santos de Jesús, como él mismo los llama por medio de la Iglesia: *Sancti meí*; porque si es verdad que todos los santos pertenecen a Jesús, los mártires le pertenecen de manera propia y especial, porque vivieron y murieron por él. Por eso les profesa un amor singular y extraordinario y les promete lo más grande y ventajoso.

Bienaventurados, en verdad, los que son de esa manera amados por Jesús y que lo aman a su vez. Los que llevan en sí mismos la imagen perfecta de su santa vida y de su amorosa muerte; los que son llamados a la cena de bodas del Cordero. Los que lavan sus vestidos en la sangre de ese mismo Cordero. ¡Bienaventurados ellos, que no quieren vida sobre la tierra sino para emplearla toda a su gloria y sacrificarla finalmente por amor a ese dulce y amabilísimo Cordero!

Y para usar el lenguaje del Espíritu Santo, el martirio es el fin de toda la perfección y la consumación final y perfecta de toda santidad. Porque el hombre no puede hacer nada más grande por su Dios que sacrificarle lo más grato que tiene: su sangre y su vida, y morir por Él, que es el verdadero y perfecto martirio.

Porque hay varias clases de mártires y de martirios. Son mártires en cierta manera, delante de Dios, los que se encuentran en verdadera disposición y voluntad de morir por nuestro Señor, aunque de hecho no mueran. Son también mártires, en cierta manera, según san Cipriano, los que están listos a morir antes que ofender a Dios. Mortificar su carne y sus pasiones, resistir a los deseos desordenados y perseverar así hasta el fin por amor a nuestro Señor es una especie de martirio, dice san Isidoro. Sufrir pacientemente, por el mismo motivo, las necesidades y miserias de la pobreza, u otra aflicción, y soportar con dulzura las infamias, calumnias o persecuciones, y no devolver mal por mal, sino bendecir a los que nos maldicen y amar a los que nos odian, es otra clase de martirio, según san Gregorio.

Pero el verdadero y perfecto martirio no consiste solamente en sufrir, sino en morir. De ahí que la muerte es de la esencia de martirio consumado. Para ser, pues, verdadera y perfectamente mártir, en el sentido que da la Iglesia a esta palabra, es necesario morir, y morir por Jesucristo. Morir por Jesucristo, es decir: o por su misma persona o para sostener el honor de alguno de sus misterios o sacramentos, o por la defensa de su Iglesia, o para reafirmar alguna verdad enseñada por él o alguna virtud por él practicada.

¡Madre de Jesús, reina de todos los mártires! ¡Santos mártires de Jesús!, rueguen por favor a este mismo Jesús que por su infinita bondad obre estas cosas en mí, solo por su gloria y por su puro amor. Ofrezcan este voto mío y pídanle que lo confirme y cumpla por la virtud de su preciosa sangre, así como lo voy a firmar con mi propia sangre, en testimonio del deseo que tengo de derramarla hasta la última gota por su amor.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*. 2, 44: O.C. I, 284-290)

40. El espíritu del martirio

¿Cuál es el espíritu del martirio? Es un espíritu que tiene cinco cualidades muy excelentes:

Es un espíritu de fuerza y de constancia, que no puede ser doblegado ni vencido por promesas ni por amenazas, ni por suavidad ni por rigor, y que solo teme a Dios y al pecado.

Es un espíritu de humildad muy profunda, que aborrece la vanidad y la gloria del mundo, y que ama los desprecios y las humillaciones.

Es un espíritu de desconfianza de sí mismo y de segurísima confianza en nuestro Señor Jesús, como en aquel que es nuestra fuerza y en cuya virtud lo podemos todo.

Es un espíritu de perfectísimo desprendimiento del mundo y de todas las cosas que son del mundo. Pues, lo que han de sacrificar su vida a Dios, deben sacrificarle todo lo demás.

Es un espíritu de ardentísimo amor a nuestro señor Jesucristo, que lleva a todos los que están animados de este espíritu a hacerlo todo y a sufrirlo todo por el amor de aquel que lo hizo todo y lo sufrió todo por ellos.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, O.C. I, 296).

41. La acción de Jesús en los que sufren

Carta a la señora de Budos, abadesa de Santa Trinidad de Caen, que se hallaba enferma.

Siento gran solidaridad contigo al verte sumida en dolor y desaliento; pero al mismo tiempo en tus sufrimientos sólo estoy viendo a Jesús con su amor y su misericordia.

Él está presente en ti: está en tus angustias y padecimientos; está allí amorosamente y convertido totalmente en amor por ti, permitiendo tus amarguras. Está conduciéndote y encaminándote, por estos senderos penosos y ásperos, hacia la perfección del amor. Él está sobrellevando amorosamente contigo todos tus sufrimientos corporales y espirituales; y, aunque no lo sientas, está allí sin duda alguna, porque de otra manera no podrías soportar el menor de los males que te aquejan.

Él está contigo purificándote, santificándote y preparándote a grandes destinos, con tal que le correspondas de la manera que Él te pide. Él tiene el designio de llenarte de su amor en forma mucho más abundante que los dolores que te abruman. Aún más, quiere transformarte en amor hacia él, por medio de la cruz y el sufrimiento, como su cruz y pasión lo han transformado a Él en amor por ti.

Finalmente, está contigo con el deseo ardiente de atraerte a él, de perfeccionarte y consumarte en Él por medio de los mismos sufrimientos. Así su Apóstol dice: *Convenía ciertamente que perfeccionara por medio del sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación* (Hb 2, 10).

¡La dignidad, santidad y excelencia de los sufrimientos son tan grandes que sirvieron a la perfección y consumación de Jesús, Hombre-Dios, el cual es, a su vez, la perfección y consumación de todas las cosas! Grande, en verdad, ha sido la humillación de Jesús al rebajarse al estado de necesitar perfección y consumación; ¡pero también es grande la dignidad de los sufrimientos al ser empleados por él y por su eterno Padre para este fin!

¿No es, acaso, un honor inmenso, un señalado favor, una señal del amor extraordinario de Jesús por ti y no deberías ser fuente poderosa de consuelo que Él quiera perfeccionarte por los sufrimientos como Él mismo llegó a la perfección por los suyos?

Bendito sea por siempre este amable crucificado por hacerte participar de las bendiciones de su cruz.

Veo en el mundo infinidad de personas crucificadas, pero pocas lo están por amor a Jesús. Muchas están crucificadas por su amor propio y por el amor desordenado que tienen al mundo. Pero, felices los que están crucificados por el amor de Jesús; felices los que viven y mueren en la cruz con Él. Tú serás de estos últimos si llevas tu cruz con amor, como Jesús, aceptándola, abrazándola y amándola de todo corazón, en honor y unión del mismo amor con que Él la aceptó y la llevó por ti.

Y para que todo esto se convierta en realidad en tu vida, fija tus ojos en Jesús que está siempre presente y que la penetra y llena mucho más que tus angustias y dolores. No vea otra cosa en tus padecimientos sino a Jesús con su bondad y su amor que dispone todo lo que a ti se refiere. Aplícate y atiende solamente a Él, no a tus molestias y contrariedades.

Aparta suave y fuertemente tu espíritu de todo pensamiento u objeto que pueda producirte inquietud. Vuélvete completamente hacia Jesús que siempre tiene los ojos amorosamente fijos en ti. Adhiérete firmemente a Él y a su divino amor, pues Él es tu todo y fuera de Él nada quieras anhelar.

(San Juan Eudes, *Cartas*, 9: OO.C. XI, 30-31)

42. Nuestra vocación a la santidad

Dios nos ha elegido en su Hijo, antes de la creación del mundo, para que seamos santos e irreprochables en su presencia.

Presta oídos al Espíritu Santo que te dice por boca de su Apóstol: *Ésta es la voluntad de Dios, tu santificación* (1Ts 4, 3).

Esto no se ha dicho solamente para los que viven en claustros y monasterios. Pues si es verdad que los religiosos, por su profesión y por los medios de que disponen, deben ser santos y modelos de santidad, también todo bautizado está obligado a ser santo por múltiples motivos:

Santo, porque lleva el santísimo nombre de cristiano. Santo, porque es el hijo de aquel que es la esencia y el principio de toda santidad. Santo, porque en el bautismo el

cristiano recibe la gracia divina que es una participación de la santidad de Dios y hace de los bautizados que la conservan *partícipes de la naturaleza divina* (2Pe 1, 4). Santo, porque, mediante el bautismo, el cristiano es miembro de una Cabeza que es Jesucristo, el Santo de los santos, y de su cuerpo místico que es la santa Iglesia. Santo, porque al cristiano lo debe animar el mismo espíritu que a Jesucristo, su Cabeza, es decir, el Espíritu Santo. Por eso san Pablo exclama: *El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Dios* (Rm 8, 9).

Santo, porque el cristiano debe estar revestido del mismo Jesucristo, es decir, de su santidad, y de todas sus virtudes: *Los que han sido bautizados en Cristo se han revestido de Cristo* (Ga 3, 27). Santo debe ser el que se alimenta de la santa y divina comida que es la carne deificada y la sangre preciosa del Hijo de Dios. Santo porque es el hijo de la Reina de todos los santos.

Santos debemos ser porque somos los hijos de los santos, de los patriarcas, profetas, apóstoles y demás santos que han contribuido a nuestro nacimiento espiritual. Santos porque somos instruidos en una santa escuela y porque hacemos profesión de seguir una ley de santidad. Santos, porque Dios *nos eligió para que fuéramos consagrados e irreprochables ante él por el amor* (Ef. 1,4). Santos, porque el Hijo de Dios nos ha rescatado para que *servamos a Dios con santidad y justicia todos nuestros días* (Lc 1, 68. 74. 75).

Me preguntarás: «¿Cómo una criatura tan frágil, débil y miserable, puede ser santa como Dios es santo?» Pero aunque esto sea imposible para la debilidad humana, se hace posible y fácil con la gracia que Dios no rehúsa a quien la pide con fervor.

Para ello sólo se nos exige una cosa, muy deliciosa, por cierto. ¿Qué más delicioso y fácil que amar? ¿Qué hay más agradable que amar al que es infinitamente bueno, bello, perfecto y amable, al que es todo bondad, belleza y perfección, al que nunca te ha hecho mal alguno, sino bienes incalculables, al que es todo corazón, caridad, amor por nosotros? Ama, pues, a este Dios bueno y amable, y serás santo.

¿No sabes, acaso, que el amor transforma al amante en el objeto amado? Si amas las cosas terrestres, dice san Agustín, terminas volviéndote todo terrestre. Si amas las cosas celestiales te volverás celestial; si amas las cosas divinas llegas a divinizarte. Ama, pues, al Santo de los santos y llegarás a ser santo; ama a Dios y llegarás a ser Dios por participación y semejanza.

Pero si amas a Dios debes odiar lo que odia él: *Ustedes, que hacen profesión de amar al Señor, aborrezcan el mal* (cf. Sal 96, 10), es decir, el pecado que es el único objeto de su odio. Si amas a Dios, ama lo que él ama, todas las virtudes y especialmente la humildad, la caridad y la pureza de espíritu y de corazón. Si amas a Dios, desprende tu corazón y tus afectos de todo lo creado para entregarlos enteramente al que se entregó por nosotros. Si amas a Dios haz lo que agrada a Dios y sigue su voluntad manifestada por sus mandamientos, por las reglas y obligaciones de tu estado y profesión y por las órdenes de tus superiores. *El que me ama guarda mis mandamientos* (Jn 14, 21).

(San Juan Eudes, *El Admirable Corazón de Jesús* 4, 4: O.C. VI, 386-394.)

43. Vocación apostólica de la orden de Nuestra Señora de la Caridad

Carta a las hermanas de Nuestra Señora de la Caridad de Caen.

Ustedes, queridísimas hijas, tienen, en cierta manera, la misma vocación con la Madre de Dios. Así como Dios escogió a María para formar a su Hijo en ella y por ella en el corazón de los fieles, también las ha llamado a ustedes a esta comunidad para hacer vivir a su Hijo en ustedes y para resucitarlo, mediante ustedes, en las almas en las cuales había muerto por el pecado. Por eso es santa su vocación y es prodigiosa la bondad de Dios con ustedes por haberlas llamado a un Instituto verdaderamente apostólico.

Pero sepan que esta ocupación de ustedes desagrada grandemente al espíritu maligno, el cual a nadie odia tanto como a quienes trabajan en la salvación de las almas. Por eso no dejará de poner tentaciones a su vocación. Les mostrará las molestias y dificultades que en ella tienen que soportar. Pero recuerden, amadas hijas, que no hay condición alguna en este mundo exenta de trabajo y sufrimiento y que si no sufren con Jesús tampoco reinarán con Él. Y que nuestra felicidad en este mundo consiste en estar crucificados con Él.

Por eso nada debemos temer tanto como la ausencia de la cruz en nuestra vida. Contemplan un crucifijo y miren lo que Él ha sufrido para salvarnos. ¿Sería acaso razonable estar asociadas con Él en esta obra tan grande, que lo hizo venir a este mundo para salvar a los pecadores con la entrega dolorosa de sí mismo, y que ustedes

estuvieran dispensadas de sufrir? ¿No deberíamos morir de vergüenza a la vista de nuestras debilidades y cobardías? Las más pequeñas dificultades nos desalientan, y convertimos las moscas en elefantes. Nos entristecemos de lo que debería regocijarnos, temblamos cuando no hay motivo alguno de temor. Queremos gozar de las ventajas de la vida religiosa pero rechazamos la cruz. Y en esto nos equivocamos tristemente: porque toda devoción que no nos lleve a renunciarnos a nosotros mismos, a nuestros deseos o satisfacciones propias, a llevar nuestra cruz en pos de Cristo por el camino que Él recorrió en busca de las almas extraviadas, es mera ilusión y engaño.

¿No saben, queridas hermanas, que el camino real para llegar al cielo es el camino de la cruz, que no hay otro distinto y que las virtudes genuinas y sólidas, las que necesitamos para agradar a Dios, sólo se adquieren con muchas penas, sudores, mortificaciones y violencias sobre nosotros mismos? ¿No han oído al Señor que nos dice: *El reino de los cielos padece violencia y sólo lo arrebatan los que se esfuerzan contra sí mismos?* (Mt 11, 12). ¿No saben que fue necesario que Jesús mismo pasara por infinitas tribulaciones para entrar en su propia gloria que por tantos títulos era suya?

¿Cómo pretenden ustedes ser del número de sus miembros y esposas si no buscan asemejarse a él? ¿Quieren que se invente un Evangelio nuevo para ustedes? ¿Desean que Dios les envíe un Mesías distinto, un Mesías de azúcar y de rosas? ¿Quieren llegar al paraíso por caminos distintos del que recorrieron la Madre de Dios y todos los santos? ¿O quieren ustedes llegar solas al paraíso y abandonar a sus pobres hermanas en el camino del infierno por ser ustedes tan delicadas que temen la molestia que les cause tenderles la mano para rescatarlas?

Les aseguro, queridísimas hijas, que es imposible que nuestro Señor deje caer a aquellos que por amor a él ayudan a los demás a levantarse. La pureza no puede jamás mancharse cuando va unida a la verdadera caridad, así como los rayos del sol no pueden mancharse con el lodo. Destierren sus temores y confíen en aquel que las ha llamado para esta divina ocupación. Si desconfían de ustedes mismas y se apoyan en él no las abandonará para dejarlas caer.

(San Juan Eudes, *Cartas* 2, 8: O.C. X, 511-514.)

EL BAUTISMO

44. El bautismo es un nuevo nacimiento

El Bautismo es un nacimiento admirable, viva imagen del nacimiento eterno y temporal del Hijo de Dios.

La Escritura llama al bautismo regeneración y renacimiento: es *el baño bautismal de regeneración* (Tt. 3, 5). *El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios* (Jn 3, 5). Esta generación y nacimiento tiene como prototipo y ejemplar la generación eterna del Hijo de Dios en el seno de su Padre y su generación y nacimiento temporal en las entrañas virginales de su madre.

Pues así como en su generación eterna el Padre comunica a su Hijo su ser, su vida y todas sus divinas perfecciones, así, en nuestro bautismo, este mismo Padre nos da, por su Hijo y en su Hijo, un ser y una vida santos y divinos.

Y así como en la generación temporal del Hijo de Dios, su Padre le da un nuevo ser y una vida nueva, la cual, aunque santa y divina, se halla revestida de mortalidad, de pasibilidad y de las miserias de la vida humana, así también la vida nueva que Dios nos da en el bautismo está rodeada y sitiada por la fragilidad, la debilidad, la mortalidad y todas las miserias de la condición humana.

Además, como el Espíritu Santo fue enviado para formar al Hijo de Dios en las entrañas de la santa Virgen, así es también enviado para formarlo y hacerlo nacer por el bautismo en nuestro ser y para incorporarnos y unirnos con él, haciéndonos nacer y vivir en él: *Hay que nacer de agua y de Espíritu.*

Y así como las tres personas divinas han cooperado conjuntamente con un mismo poder y bondad en la obra admirable de la encarnación, también se hallan presentes en nuestro bautismo y cooperan juntas para darnos el nuevo ser y la vida nueva.

Así, nuestro bautismo es una generación inefable y un nacimiento que es viva imagen de la generación y del nacimiento eterno y temporal del Hijo de Dios. Por lo mismo nuestra vida debe reproducir perfectamente la de Jesucristo. *Hemos nacido de Dios* (Jn 1, 13). Dios nos ha *creado en Cristo Jesús* (Ef. 2, 10), *formados por la acción del Espíritu*

Santo (Jn 3, 6). Por eso hemos de vivir sólo de Dios, en Él y por Él, con la vida misma de Jesucristo, animados, guiados y poseídos únicamente por su Espíritu.

Humillémonos al vernos tan distantes de la vida que debe llevar todo cristiano. Entreguémonos a Dios con el deseo sincero de empezar a vivirla, rogándole que destruya en nosotros la vida del mundo y del pecado y establezca su vida divina, para que no seamos de aquellos a quienes san Pablo llama *excluidos de la vida de Dios* (Ef. 4, 18).

(San Juan Eudes, *Coloquios interiores* 11, 2: O.C. II, 181-182.)

45. El bautismo es muerte y resurrección

Por el bautismo morimos a todo lo que no es Dios, para vivir solo en Dios con Jesucristo

El bautismo es una muerte y una resurrección.

Es una muerte, porque, nos dice san Pablo: *Si uno murió por todos, consiguientemente todos han muerto* (2Co 5, 14), es decir, todos los que se han incorporado a Él por el Bautismo. Si somos miembros de una Cabeza crucificada y muerta, debemos estar crucificados y muertos para el mundo, el pecado y nosotros mismos.

El bautismo es una resurrección: por él salimos de la muerte del pecado para entrar en la vida de la gracia.

Como muerte y resurrección, el bautismo toma por modelo el misterio pascual de Jesucristo. Porque, nos dice san Pablo, *cuantos en el bautismo fuimos sumergidos en Cristo Jesús fuimos sumergidos en su muerte. Por nuestro bautismo fuimos sepultados con Él, para participar de su muerte; para que así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva* (Rm 6, 3- 4).

De esta manera, por el bautismo, estamos obligados a morir a las cosas terrenas para llevar con Jesucristo una vida celestial: porque ya no pertenecemos a la tierra, sino al cielo, donde tenemos colocados nuestro espíritu y nuestro corazón, como lo proclamaban los primeros cristianos por boca de san Pablo: *Nuestros derechos de*

ciudadanía radican en los cielos (Flp 3, 20). Si han sido resucitados con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Pongan su corazón en las cosas del cielo, no en las de la tierra (Col 3, 1-2).

Finalmente, como bautizados, debemos mostrar la verdad de estas palabras: *Han muerto y su vida está oculta con Cristo en Dios (Col 3, 3)*. Debemos morir a todo lo que no es Dios, para vivir sólo en Dios con Jesucristo, *como hombres que hemos resucitado de la muerte a la vida (Rm 6, 13)*, como resucitados que llevamos sobre la tierra una vida celestial y santa, adornada de todas las virtudes, en ejercicio continuo de amor, de adoración y de alabanza a Dios y de caridad hacia el prójimo.

Esta es la vida que debemos llevar todos los bautizados. Si en su lugar llevamos la vida del mundo, de los paganos, convertidos en seres irracionales y en verdaderos demonios, estamos renunciando a nuestro bautismo y nos hacemos dignos de mayor condenación que ellos. Qué horrendo es el pecado, que extingue en nosotros la vida noble y preciosa que recibimos en el bautismo, la vida de Dios y de Cristo en nuestras almas, para poner en su lugar una vida despreciable, pecadora y diabólica. Detestemos, pues, nuestros pecados. Renunciemos de todo corazón a la vida del mundo y de nuestra antigua condición pecadora. Entreguémonos a Jesús rogándole que la destruya en nosotros y establezca la suya celestial y divina.

(San Juan Eudes, *Coloquios interiores* 11, 3: O.C. II, 182-184.)

46. El bautismo es una alianza admirable

El bautismo es una alianza del hombre con Dios que encierra grandes maravillas.

Por su incomprensible misericordia Dios nos libra de la alianza maldita que, por el pecado, nos ligaba a Satanás, como sus hijos y sus miembros, y nos hace entrar en sociedad maravillosa con Él: *Dios es fiel, por quienes hemos sido convocados a la unión con su Hijo*, dice san Pablo (1Co 1, 9). *Lo que hemos visto se lo anunciamos*, escribe san Juan, *a fin de que vivan en comunión con nosotros. Y esta nuestra comunión de vida es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1Jn 1, 3)*.

Se trata de la alianza más noble y perfecta que pueda existir. Supera las alianzas entre amigos, entre hermanos, entre padres e hijos, entre esposo y esposa, porque es la alianza de los miembros con su Cabeza, que es la más íntima y estrecha de todas.

Más aún la unión natural y corpórea de los sarmientos con la vid y de los miembros del cuerpo con su cabeza, tan estrecha en el mundo físico, es solamente figura y sombra de la unión espiritual y sobrenatural que por el bautismo contraemos con Jesucristo. Y lo que es todavía más maravilloso: nuestra alianza bautismal con Jesucristo, y por Él con el Padre eterno, es tan alta y divina que Jesús mismo la ha comparado a la unión entre el Padre y el Hijo: *Que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean perfectos en la unidad* (Jn 17, 22-23). Así la unidad entre el Padre y el Hijo es el modelo de la unión que sellamos con Dios por el bautismo y ésta, a su vez, es la imagen viviente de aquélla.

Lo que destaca y ennoblece nuestra alianza con Dios en el bautismo es que se fundamenta y tiene su principio en la sangre preciosa de Jesucristo, por la acción del Espíritu Santo. De tal manera que este mismo Espíritu, que es la unidad del Padre y del Hijo, es al mismo tiempo el lazo de unión de nuestra sociedad perfecta con Jesucristo y por Él con el Padre eterno, unión calificada con estas palabras: *Que sean perfectos en la unidad* (Jn 17, 23).

Así, mediante el bautismo, somos una sola cosa con Jesucristo y por Jesucristo con Dios Padre, de la manera más elevada y perfecta que pueda existir después de la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo eterno. Es una alianza incomparable y una inefable sociedad, tan excelente que nos obliga a vivir en alabanzas y acciones de gracias a Dios por su bondad infinita. *¡Gracias sean dadas a Dios por su don inefable!* (2Co 9, 15).

De ahí la santidad que debe distinguir nuestra vida, a causa de la asociación tan íntima que hemos adquirido con el Santo de los santos. Si somos una sola cosa con Dios debemos tener también un mismo corazón, un mismo espíritu, un mismo sentir y un mismo afecto con él: *Quien se une al Señor es un espíritu con él* (1 Co 6, 17).

Sólo debemos amar y odiar lo que Dios ama y odia. Odiar el pecado que es soberanamente merecedor del odio de Dios. Pecar mortalmente significa violar y quebrantar esta alianza contraída con Dios en el bautismo, para volver a ser aliados de su enemigo, Satanás. Es afrentar la unión del Padre y del Hijo destruyendo en nosotros lo que era su imagen. Es profanar e inutilizar la sangre preciosa de Cristo que es el fundamento de esta alianza. Es apagar el Espíritu de Dios, vínculo sagrado de esta

sociedad, desobedeciendo así a la palabra celestial: *No impidan las manifestaciones del Espíritu* (1 Ts 5, 19).

¡Por eso debemos sentir horror por nuestros pecados para no recaer en ellos y velar por la conservación de esta rica y preciosa alianza con Dios, tratando con todas nuestras fuerzas de hacerla compartir por nuestros hermanos!

(San Juan Eudes, *Coloquios interiores* 12, 1: O.C. II, 184-187.)

47. El Padre eterno y la alianza bautismal

El Padre eterno ha contraído una obligación con nosotros.

El Padre eterno te ha hecho el honor de recibirte en alianza y sociedad con Él, mediante el bautismo, como a uno de sus hijos y de los miembros de su Hijo. Se ha comprometido a mirarte con los mismos ojos, a amarte con el mismo corazón, a tratarte con el mismo amor con que mira, ama y trata a su propio Hijo, con el que formas una sola cosa como un miembro con su cabeza.

Esto hace que nuestro Señor, cuando habla a su Padre de aquellos que Él le ha dado para que sean sus miembros, le diga: *Yo les he dado a conocer tu nombre, para que los ames con el mismo amor con que Tú me amas* (Jn 17, 26), así como un poco antes había dicho: *Tú los has amado como me has amado a mí* (Jn 17, 23).

¿Quieres conocer los efectos maravillosos del amor que tiene por ti el Padre celestial? Mira los regalos que te ha hecho cuando te recibió en su alianza mediante el bautismo. Ante todo puso en tu alma su gracia, de la que el menor grado vale más que todos los reinos de la tierra. Te ha dado el don inconcebible de la fe, el tesoro inapreciable de la esperanza, el abismo insondable y fecundo de la caridad y todas las demás virtudes, dones y frutos del Espíritu Santo, junto con las bienaventuranzas evangélicas.

Y lo que es mayor aún: se ha entregado a sí mismo junto con su Hijo y su Espíritu Santo, y ha venido a morar en tu corazón. Y si no lo destierras estará siempre allí según la promesa de la verdad eterna: *Si alguno me ama, mi Padre lo amará: y vendremos a él para hacer nuestra morada en él* (Jn 14, 23).

Desde tu bautismo la mirada paternal de Dios está fija en ti, según estas palabras: *Fijaré en ti mis ojos* (Sal 31, 8), su espíritu se halla ocupado continuamente en pensar en ti, su

corazón dedicado a amarte sin cesar, su poder, sabiduría y bondad se emplean en protegerte, conducirte y colmarto de bienes corporales y espirituales.

Y, después de todo ello, Dios te promete que, si eres fiel a las cláusulas de este mutuo contrato, serás heredero suyo en el cielo y coheredero con su Hijo, y poseerás bienes tan grandes y admirables como ningún ojo los ha visto jamás, ni oído alguno los ha escuchado, ni espíritu de hombre haya imaginado. He ahí de qué manera se ha comprometido contigo el Padre celestial en esta alianza bautismal.

(San Juan Eudes, *Contrato del hombre con Dios en el santo Bautismo* 3: O.C. II, 212-214.)

48. El Hijo de Dios y la alianza bautismal

A cuántas cosas se ha comprometido con nosotros el Hijo de Dios.

Cuando el Hijo de Dios te recibió en su alianza como a uno de sus miembros, se comprometió a mirarte, amarte y tratarte como a una parte de sí mismo, hueso de sus huesos, carne de su carne, espíritu de su espíritu, ya que eres una sola cosa con Él. Se ha comprometido a darte a su Padre eterno por Padre tuyo: Subo a mi Padre y a su Padre. Él te ha dado su Espíritu y su Corazón divino para que él sea el Espíritu de tu espíritu y el Corazón de tu corazón. *Yo les daré un corazón nuevo; les infundiré mi espíritu* (Ez 36, 26. 27). *La prueba de que son hijos es que Dios ha enviado a sus corazones el Espíritu de su Hijo* (Ga 4, 6). Te ha dado su santa madre, la bienaventurada Virgen María, por madre tuya: *He ahí a tu madre* (Juan 19, 27). Igualmente te da la maternidad de su Iglesia. Te ha hecho don de su carne y de su sangre, como alimento, en la santa Eucaristía: *Yo soy el pan de la vida* (Juan 6, 35). *Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida* (Juan 6, 55). *El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él* (Jn 6, 56).

El Hijo de Dios se ha comprometido a alojarte y hacerte vivir y descansar eternamente en su propia morada, es decir, no sólo en el cielo, sino en el regazo y corazón de su Padre: *Padre mío, deseo que los que tú me has dado estén allí donde yo estoy* (Jn. 17, 24). Jesús se ha obligado a darte el mismo reino y gloria que su Padre le dio a Él: *Les preparó el reino que mi Padre me ha preparado* (Lc 22, 29), y a sentarte con Él en su trono: Lo mismo que yo, cuando vencí, me senté en el trono de mi Padre (cf. Ap. 3, 21). Se ha comprometido a darte su propio nombre y a comunicarte las más excelentes

cualidades que Él mismo recibió de su Padre: porque, así como él es Hijo de Dios, ellos también serán llamados y llegarán a ser en verdad hijos de Dios (1Jn. 3, 1).

Todas estas cosas son, en verdad, grandes, admirables y dignas del poder y de la bondad de un Dios infinito. Y ya que tu Redentor ha querido que tú entraras en una sociedad tan estrecha que no formarás sino una sola cosa con él, como los miembros con su cabeza, es lógico que Él te ame como a sí mismo y que tengas con Él un mismo Padre, una misma madre, un mismo Espíritu, un mismo corazón, una misma vida, una misma morada, el mismo reino, la misma gloria, el mismo trono y el mismo nombre. Este es, querido hermano, el compromiso y alianza que tu Cabeza ha querido sellar contigo cuando, por el bautismo, te incorporó a Él como a uno de sus miembros. Y bien sabes que Él ha querido llamarse el Fiel y el Veraz (Ap. 19, 11).

(San Juan Eudes, *Contrato del hombre con Dios en el santo Bautismo* 3: O:C. II, 214-218.)

49. El cristiano y la alianza bautismal

Este es el compromiso del cristiano.

Cuando entraste en alianza con Dios, por el bautismo, te ofreciste, entregaste y consagraste a su divina majestad y te comprometiste a dos grandes cosas.

1. Por boca de tus padres y padrinos renunciaste a Satanás, a sus vanidades y obras pecaminosas.
2. Te vinculaste a Jesucristo por la fe, la esperanza y la caridad y así lo deberás seguir: por la fe en sus palabras y doctrina, por la esperanza en sus promesas, por la caridad que cumple sus mandamientos y sus máximas. Por eso debes revestir sus sentimientos, sus virtudes y su vida. Y lo debes seguir, no sólo como un servidor a su amo, sino como un miembro a su cabeza.

Esto le hace decir a san Gregorio de Nisa: *Ser cristiano significa ser una sola cosa con Jesucristo, y por consiguiente vivir de la vida de Jesucristo.* Así como la vida del brazo es continuación de la vida de la cabeza, así la vida del cristiano continúa la vida de Jesús en la tierra. Si por el bautismo hemos sido injertados en este árbol divino y nos hemos incorporado a esta adorable cabeza, debemos también vivir de su vida y seguir sus

huellas: *Quien dice que está siempre con Él debe andar de continuo como Él anduvo* (1Jn 2, 6).

Estas son las obligaciones que has contraído mediante las promesas que hiciste en el bautismo, no a un niño u hombre mortal, sino al Dios inmortal, en forma pública y solemne, a la faz de toda la Iglesia. Se trata de promesas escritas, dice san Agustín, por manos de los ángeles, con la sangre de Jesucristo, en los libros de la eternidad y consagradas por la santidad del gran sacramento del bautismo.

Muy útil sería que un cristiano renovara estas promesas bautismales no sólo una vez al año, sino todos los días. Al despertarse por la mañana, después de pronunciar el santo nombre de Jesús y María y de hacer la señal de la cruz, puedes pronunciar de todo corazón las siguientes palabras: Renuncio a Satanás para seguirte sólo a Ti, mi Señor, mi Redentor, mi Cabeza y mi vida. Y lo mismo conviene hacer al acostarse y cuando experimentes alguna tentación.

Esos cuatro términos, mi Señor, mi Redentor, mi Cabeza y mi vida, deben hacerte recordar los cuatro motivos principales de tu pertenencia a Jesucristo y ellos te obligan a unirse y entregarte a Él para seguirlo en su vida santa conforme a las promesas de tu bautismo.

En efecto, tú le perteneces:

1. Porque es tu Señor soberano, tu Creador, el que te conserva y te gobierna.
2. Porque te ha rescatado con el precio infinito de su sangre.
3. Porque es tu Cabeza y tú uno de sus miembros a él incorporados por el bautismo.
4. Porque él se ha entregado a ti tantas veces en la santa Eucaristía, para ser tu alimento y tu vida: Cristo, que es nuestra vida (Col 3, 4).

(San Juan Eudes, *Contrato del hombre con Dios en el santo Bautismo* 40: O.C. II, 220-221. 242-241)

50. Hemos sido bautizados en nombre de la Trinidad

Las tres divinas personas se hallan presentes en el santo bautismo.

Somos bautizados por nuestro Señor Jesucristo, pero en el nombre y la virtud de la Santísima Trinidad. Porque las tres divinas personas están presentes en el santo bautismo de una manera muy especial. Se halla presente el Padre, engendrando a su Hijo en nosotros y a nosotros en su Hijo, es decir, confiriendo a su Hijo un nuevo ser y una nueva vida en nosotros y a nosotros en Él.

Está presente el Hijo, que comienza a nacer y vivir en nosotros, y nos comunica su filiación divina, por la cual llegamos a ser, como Él, hijos de Dios. Está presente el Espíritu Santo, formando a Jesús en nosotros como lo formó en las entrañas de la Virgen María. Todos tres están presentes para separarnos de todas las cosas, para agregarnos y consagrarnos a ellos, para imprimir su sello y su imagen en nosotros, para establecer en nosotros su morada, su gloria, su reino y su vida. Y si nuestros pecados no lo impiden, las tres divinas personas permanecen siempre en nosotros, procurándose mutuamente una gloria inefable, reinando y viviendo en nuestros corazones.

Por eso también pertenecemos a Dios por estar enteramente consagrados a Él, y debemos emplear nuestra vida únicamente en su servicio y para su gloria. Te adoro, Trinidad santa, en tu divina esencia y en tus tres personas eternas; te adoro presente en mi bautismo, con los designios que entonces tuviste sobre mí. Te pido perdón por los obstáculos que he puesto a ellos. En satisfacción te ofrezco la vida, acciones y sufrimientos de mi Señor Jesús y de su santísima madre. Me doy a Ti, Trinidad divina, para cumplir tus designios. Ven a mí, a mi corazón y a mi alma, y sepárame de todo lo que existe fuera de Ti. Atráeme a Ti, vive y reina en mí, aniquila todo lo que en mí te desagrada, para que todos los actos de mi ser y de mi vida estén consagrados únicamente a tu gloria. Salvador mío, sepárame de mí mismo y de todo lo que hay fuera de Ti, para unirme e incorporarme a Ti. Despójame de mí mismo y de todas las cosas para llenarme de Ti y establecerte en mí. Haz de mí una imagen perfecta de ti como Tú eres la imagen perfectísima de tu Padre.

Concédeme participar en el amor filial que tú tienes por tu Padre, puesto que también es el mío. Haz que yo viva de tu vida santa y perfecta, digna de Dios, pues me has hecho participar de tu naturaleza divina. Que me revista de tal manera de Ti, de tus cualidades, perfecciones, virtudes y disposiciones y me transforme de tal manera en Ti, que no descubran en mí sino a Ti, tu vida, tu humildad, tu mansedumbre, tu caridad, tu amor, tu espíritu, ya que has querido que yo te continúe sobre la tierra.

(San Juan Eudes, *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas* 7, 9. 14. 15: O.C. I, 510. 517. 518.)

51. El Bautismo es una Nueva Creación

En las Sagradas Escrituras suele llamarse al Bautismo con los *términos de regeneración y nuevo nacimiento*: “*Por el agua del nuevo nacimiento*”; “*El que no renazca del agua y del Espíritu Santo*”... (Tt. 3,5; Jn. 3,5). Generación y nacimiento que tiene por ejemplar y prototipo la generación y el nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno de su Padre, y su generación y nacimiento temporal en el seno virginal de su Madre. En efecto, así como en su generación eterna su Padre le comunica su ser, su vida y sus divinas perfecciones: así nuestro Bautismo ese mismo Padre nos da, por medio de su Hijo y en su Hijo, un ser y una vida eternamente santa y divina.

Y como en la generación temporal del Hijo de Dios, su Padre le da un nuevo ser y una nueva vida, pero una vida que, no obstante ser muy santa y divina, está sin embargo revestida de mortalidad, de pasibilidad y de todas las miserias de la vida humana; de la misma manera, la vida nueva que Dios nos da por el Bautismo está rodeada y llena de fragilidad, debilidad, mortalidad y de todas las demás flaquezas de la vida humana a la cual va unida.

Además, así como el Espíritu Santo es enviado para formar al Hijo de Dios en las sagradas entrañas de la Bienaventurada Virgen: también es enviado para formarlo y hacerlo vivir por el Bautismo en el seno de nuestra alma, y para incorporarnos y unirnos con Él, haciéndonos nacer y vivir en Él... Y así como las tres divinas Personas conjuntamente han cooperado por la misma potencia y bondad en la obra admirable de la Encarnación: así también esas mismas personas se encuentran presentes en nuestro Bautismo, y cooperan conjuntamente para otorgarnos el nuevo ser y la nueva vida de Jesucristo que allí se nos da.

(San Juan Eudes, O.C. II, 18)

52. El “carácter” bautismal

El sacerdote traza una cruz sobre la frente y sobre el corazón del Bautizado: Este carácter exterior de Jesucristo, que es la cruz, significa otro carácter interior del mismo Jesucristo, que está grabado en nuestra alma por el sacramento del Bautismo, y que está grabado en ella tan profundamente que nada puede borrarlo; estando, por consiguiente, marcados así por su sello en el cuerpo y en el alma, ya no nos pertenecemos: *Non estis vestri*; ya pertenecemos a este divino Redentor que nos ha rescatado por el precio infinito de su sangre y de su Cruz.. Ya, por consiguiente, no tenemos derecho de vivir más que para el que ha inmolado su vida por todos en la muerte de la cruz, según estas divinas palabras del Apóstol: “Cristo ha muerto por todos para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (1 Cor. 6,19; 1 Cor. 3,23; 2 Cor. 5,15).

Después del Bautismo propiamente dicho, el sacerdote hace una unción con el santo crisma. Esto significa, que Cristo los ha hecho participantes en cierta manera de su divino sacerdocio, a fin de que le ofrezcan un perpetuo sacrificio de alabanza y de amor, y se inmolen sin cesar a ustedes mismos junto con todo cuando les pertenece, a la gloria de su divina Majestad.

Por esto San Pedro llama al cristianismo *Regale Sacerdotium*, “Sacerdocio Real”; por eso los cristianos tienen la calidad de reyes y de sacerdotes en la Sagrada Escritura: “*Tú has hecho de nosotros una realeza de sacerdotes para nuestro Dios*” (1 Pe. 2,9; Ap. 1,6; 5,10).

(San Juan Eudes, O.C. II, 226; 231)

EL SACERDOTE

53. Jesucristo, Soberano Sacerdote

Los contemplo como los asociados del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Adoremos a Jesús en su cruz, como soberano sacerdote que se inmola a sí mismo, y como hostia santa que es inmolada para la gloria de su Padre y para nuestra salvación. Démosle gracias por haberse sacrificado a sí mismo, y por habernos comunicado estas dos cualidades de sacerdote y de hostia. Pidámosle perdón por todas las faltas que hemos cometido en las funciones del sacerdocio. Démonos a Él y supliquémosle que nos dé el Espíritu de su divino sacerdocio; que nos haga dignos de ser otras tantas víctimas que sean sacrificadas con Él a la gloria de su padre, y que nos consuma en las sagradas llamas de su santo Amor.

(San Juan Eudes, O.C.III,293)

54. “El Santo Orden del Sacerdote de Jesús”

A todos los santos pastores, sacerdotes y levitas que están en la Iglesia triunfante

Grandes santos, que han sido escogidos desde toda eternidad por el Santo de los Santos, para ser revestidos, en excelentísima manera, de su admirable santidad; bienaventurados pastores, sacerdotes y levitas, que han sido elegidos entre mil por el Soberano Pastor y por el gran Sacerdote Jesús, para ser asociados a su eminentísima cualidad de gran Pastor de las almas, y a la muy sublime dignidad de su divino sacerdocio; postrado a sus pies, con todo el respeto y con toda la humildad posible, los saludo y honro, de cuantas maneras puedo y debo según Dios, como a mis maestros y padres, como astros brillantes en el cielo de la Iglesia, como a los verdaderos pastores del sagrado rebaño de Jesucristo, como a los oráculos del Verbo Eterno(...), como el ornamento y la gloria del sacerdocio, y como a los pastores y patronos del más grande, más digno y más admirable de todos los órdenes de la tierra y del cielo, cual es santo orden del divino y real sacerdocio de Jesús, que es su institutor, su fundador y su cabeza...

Yo los venero como a las imágenes vivas y perfectas de nuestro Soberano Sacerdote Jesucristo, Hijo único de Dios, con el cual ustedes no son más que un solo sacerdote, revestidos del mismo sacerdocio que su Padre eterno le dio, y no siendo más que con uno con Él, como los miembros no son más uno con su cabeza.

(San Juan Eudes, O.C. III, 3)

A todos los pastores y a todos los sacerdotes que constituyen el estado eclesiástico

Mis muy respetados Padres y muy queridos hermanos.

Después de haberme postrado a los pies de todos los santos pastores y de todos los santos sacerdotes que están en la Iglesia triunfante, para rendirles mis respetos y para consagrarles esta obrera, permítanme dirigirme ahora a ustedes y decirles particularmente lo que el Príncipe de los pastores y de los sacerdotes, San Pedro, dijo en general a todos los cristianos: *“Ustedes son linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable”* (1 Pe. 2,9). Después de la Santísima Virgen, son ustedes la conquista más gloriosa del Salvador, y el más precioso de todos los dones que su Padre Eterno. Ustedes son el primero y el más excelente fruto de sus trabajos, el más digno precio de su sangre, su principal porción su más noble parte, su más grato tesoro y su más rica heredad, y de la cual se propone también sacar más fruto para la gloria de su Padre, que de todas sus demás posesiones.

Además, Él los ha escogido para que le sirvan y amen por ustedes mismos, como también para que le hagan servir y amar por los demás; con este fin deben anunciar a todo el mundo las virtudes, es decir, las perfecciones y excelencias, los misterios y las maravillas de Aquel que los ha sacado de las tinieblas del pecado y del infierno, a su admirable luz. El que ha dicho hablando de sí mismo: Yo soy la luz del mundo, les dice también: *Ustedes son la luz del mundo, y es a ustedes a quienes se ha dado a conocer los misterios del reino de los cielos* (Jn. 8,12; Mt 5,14; Mt 13,11) y manifestarlos a los demás. A ustedes se han abierto los tesoros de la sabiduría y la ciencia de Dios, lo mismo que los tesoros de la gracia y de la misericordia, para que sean dispensadores de los unos y de los otros. Son de la sangre real y divina de Jesucristo, Hijo único de Dios; ustedes entran en su genealogía; son sus hermanos y sus miembros, y en un grado mucho más eminente que los demás cristianos; pues están revestidos de su

sacerdocio real y su sacerdocio no es más que uno con el suyo, y no son más que un sacerdote con el Soberano Sacerdote. Puesto que no hay más que un sacerdocio en la religión cristiana: *Unum est sacerdotium*, el cual se encuentra originaria y soberanamente en Jesucristo, y por extensión y comunicación en los otros sacerdotes: también, hablando propiamente, no hay más que un solo sacerdote, que es Jesucristo, Soberano Sacerdote...

¿A cuál de los Ángeles dijo alguna vez: *“Tú eres y serás sacerdote eternamente según el orden del verdadero Melquisedec”* (Sal 109,4); es decir, según el orden de mi Hijo Jesucristo? ¿A cuál de los Arcángeles, o de los principados, o de las potestades, ha dicho el Hijo de Dios: *“Todo lo que ates en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desates aquí abajo será desatado allá arriba”*? (Mt. 16,19). ¿A cuál de los Querubines o Serafines ha dado poder de borrar el pecado, de comunicar la gracia, de cerrar el infierno, de abrir el cielo, de formarlo a Él mismo en los corazones de los hombres y en la Santa Eucaristía, de ofrecerlo en sacrificio al Padre Eterno y de dar su Cuerpo, su Sangre y su Espíritu a los fieles?

¿A Cuál, en fin, de todos los Espíritus Celestes ha dicho lo que dice a todos los sacerdotes: *“Yo los envío como mi Padre me ha enviado a Mí”* (Jn. 20,21), es decir, yo los envío con el mismo fin por el cual mi Padre me ha enviado; para anunciar el mismo Evangelio que yo he anunciado; para dispensar los mismos misterios y las mismas gracias que yo he dispensado; para hacer y administrar los mismos sacramentos que yo he instituido; para ofrecer a Dios el mismo sacrificio que yo le he ofrecido; para disipar las tinieblas del infierno que cubren la faz de la tierra; para difundir aquí la luz del cielo, destruir la tiranía de Satanás, establecer el reino de Dios, y, en fin, para ejercer en la tierra las mismas funciones sacerdotales que ejercí yo, y para continuar y completar la obra de la redención del mundo, y también para continuar la misma vida que tuve yo en la tierra y las mismas virtudes que practiqué?”...

(San Juan Eudes, O.C. III, 8)

55. El sacerdote asociado a la Santa Trinidad

Los contemplo como los asociados del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ustedes, sacerdotes, son la parte más noble del cuerpo místico del Hijo de Dios. Son los ojos, la boca, la lengua y el corazón de su iglesia, más aún, del mismo Jesús.

Son sus ojos: mediante ustedes el Buen Pastor vela continuamente sobre su rebaño; por ustedes lo ilumina y lo conduce, por ustedes llora sobre las ovejas que se hallan entre las garras del lobo infernal.

Son su boca y su lengua: por ustedes Cristo habla a los hombres y continúa anunciando la misma palabra, el mismo Evangelio que Él proclamó en la tierra.

Son su corazón: mediante ustedes comunica la vida verdadera, de la gracia en la tierra y de la gloria en el cielo, a todos los miembros de su cuerpo místico.

Los contemplo y venero como asociados con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de manera célebre y admirable.

El Padre eterno los asocia con él en su más alta ocupación, que es la generación inefable de su Hijo, a quien hace nacer desde toda eternidad en su seno paterno, y en su más excelente cualidad que es su divina paternidad. Porque los hace, en cierta manera, padres de su Hijo al darles el poder de formarlo y hacerlo nacer en las almas cristianas y al hacerlos padres de sus miembros que son los fieles. Así ustedes llevan la imagen de su divina paternidad.

El Hijo de Dios los asocia con Él en sus más nobles perfecciones y ocupaciones. Porque los hace partícipes de su cualidad de mediador entre Dios y los hombres; de su dignidad de juez soberano del universo; de su nombre y oficio de salvador del mundo y de muchos otros títulos suyos. Y les da el poder de ofrecer con Él, a su Padre, el mismo sacrificio que ofreció en la cruz y que ofrece cada día sobre nuestros altares, que es su acción más santa y excelsa.

El Espíritu Santo los asocia con Él en su acción más grande y admirable. Porque él ha venido al mundo para disipar las tinieblas de la ignorancia y del pecado que cubrían la tierra, para iluminar los espíritus con la luz celestial, para encender los corazones en el

fuego sagrado del amor divino, para reconciliar a los pecadores con Dios, para borrar el pecado, comunicar la gracia, santificar las almas, fundar la Iglesia, aplicarle los frutos de la pasión y muerte de su Redentor y, en fin, para destruir en nosotros nuestra antigua condición pecadora y dar forma y nacimiento a Jesucristo.

Pues bien, todo esto es su ocupación ordinaria como sacerdotes, porque han sido enviados por Dios para formar a su Hijo Jesús en los corazones humanos. Tienen, pues, una alianza maravillosa con las tres divinas personas: son los asociados de la santa Trinidad; son los cooperadores del Dios todopoderoso en sus obras más excelentes.

(San Juan Eudes, *Memorial de la vida eclesiástica* 1: O.C. III, 14-16.)

56. Sacerdocio y Misterio de la Santísima Trinidad

Santísima y adorabilísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, postrado a tus pies, con toda la humildad y devoción del cielo y de la tierra, te adoro en todo lo que eres y en Ti misma y en todas tus obras, especialmente en tu Iglesia y en el divino sacerdocio que has establecido en ella para su gloria y para nuestra salvación.

Tú eres, Dios mío, el principio y la fuente de toda la dignidad, poder y santidad del sacerdocio cristiano; pues de Ti procede toda suerte de bien. Tú eres el fin de todas sus funciones; ya que no tienes otro fin sino el honor debido a tu divina Majestad. Tú eres la consagración, la bendición y la santificación de todos los sacerdotes y levitas de tu Iglesia; por la elección y la vocación especial de tu adorable voluntad, son escogidos y llamados a tan alta dignidad; por una comunicación de tu admirable paternidad, Padre santo, son constituidos los padres de los hijos de la luz, por una participación de tu divino sacerdocio, Jesús Hijo único de Dios, son los santificadores del Altísimo; por una efusión especial de tu infinita santidad, Divino Espíritu, son los santificadores de las almas; en ellos y por ellos, Rey del cielo, te haces visible sobre la tierra, y haces en ella obras que no pertenecen más que a un poder y a una bondad infinitos; finalmente Tú eres su porción, su tesoro y su gloria en la tierra y en el cielo.

Yo te adoro, te alabo y te glorifico, benignísima Trinidad, en todas estas cosas y en todo lo que eres con respecto a ellos y al santo orden en el cual has hecho entrar. Que todas las creaturas del universo te bendigan conmigo, Padre divino, por haber querido establecer este santo orden en tu Iglesia, de la cual eres Tú el primer principio y el primer

Autor, junto con tu Jesús que fue el institutor y la cabeza, y con tu Espíritu Santo que es en ella el director y el santificador; como también por haber querido fundar, acrecentar y santificar a tu Iglesia por ese mismo orden.

(San Juan Eudes, OC. III, 442)

57. El sacerdote es un enviado de Jesús para actuar en su nombre

El sacerdote es Jesucristo que vive y camina sobre la tierra.

El sacerdote es Jesucristo que vive y camina sobre la tierra. Porque ocupa su lugar, representa su persona, obra en su nombre y se halla revestido de su autoridad. *Como me envió mi Padre, así los envió yo*, dice el Señor (Jn 20, 21). Es decir: «Los envió para desterrar las tinieblas del pecado que cubren la tierra, y para iluminar al mundo con la luz celestial. Los envió para destruir la tiranía del pecado y establecer el reino de Dios. Los envió para continuar en la tierra la vida que yo llevé y las obras que realicé. Los envió para continuar mi oficio de mediador entre Dios y los hombres, de juez y de salvador».

Son éstas tres cualidades principales, entre muchas otras, las que Jesús comunica a los sacerdotes y especialmente a los pastores. Porque ellos son, en primer lugar, mediadores entre Dios y los hombres, para anunciarles la voluntad divina, para llamarlos, atraerlos y reconciliarlos con Dios; para dar a Dios los homenajes, adoraciones, alabanzas y satisfacciones que los hombres le deben y para tratar entre Dios y los hombres los asuntos más trascendentales del cielo y de la tierra, los que tienen relación con la gloria de Dios, la salvación del mundo y la aplicación a las almas del misterio pascual de su Hijo.

Los sacerdotes son jueces del mundo, no en asuntos terrestres y temporales, sino celestiales y eternos. Son ellos salvadores del mundo con Jesucristo que los asocia con Él en esta función. El Hijo de Dios quiere que cooperen en la salvación de las almas. Por eso la Palabra Sagrada dice que son cooperadores de Dios (1Co 3, 9). Quiere que se ocupen en continuar y completar sobre la tierra su obra más grande y divina, la redención del mundo, que es el fin de todas las funciones sacerdotales y pastorales.

En esta obra nuestro Señor Jesús ha empleado todos los instantes de su vida terrena, sus pensamientos, palabras y acciones, sus trabajos, su sangre y su vida. Por eso los sacerdotes y particularmente los pastores deben entregar a esta misma obra su corazón, su espíritu, sus pensamientos y afectos, todo su tiempo, todas sus fuerzas y mil vidas si las tuvieran, para poder decir con san Pablo: *La consumiré yo mismo todo entero por el bien de sus almas* (2Co 12, 15). Porque si por su negligencia llegara a perderse uno de sus hermanos, todas las heridas de Jesucristo y la sangre por Él derramada para salvarlo clamarían venganza contra ellos en el día del juicio: *Y a ti te pediré cuenta de su sangre* (Ez 3,18).

De manera que un sacerdote es Cristo que vive y camina sobre la tierra. De ahí que nuestra vida y costumbres deban ser una imagen viva y perfecta o mejor dicho una continuación de la vida y costumbres de Jesucristo. Esto nos obliga a estudiar cuidadosamente lo que Cristo enseñó y realizó, las virtudes que practicó, su manera de vivir y de actuar, y el horror que tuvo al pecado, para continuarlos y expresarlos en toda nuestra vida.

(San Juan Eudes, *Memorial de la vida eclesiástica* 5, 10, 2: O.C. III, 187-189.)

58. El sacerdote, predicador de la Palabra de Dios

Predicar es hacer hablar a Dios.

Predicar es hacer hablar a Dios, el cual, después de dirigirse a los hombres por los profetas en el Antiguo Testamento, y por su Hijo en la nueva ley, quiere hablarnos también ahora por los miembros de su Hijo, para darnos a conocer su voluntad e incitarnos a cumplirla. Predicar es distribuir a los hijos de Dios el pan de la vida eterna, para mantener, fortalecer y perfeccionar en ellos la vida divina que recibieron del Padre celestial por el nuevo nacimiento del bautismo: *Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn. 6, 69).

El origen de la predicación apostólica se halla en el seno de Dios, de donde salió el Verbo, la Palabra eterna y el primero de todos los predicadores, Jesucristo, nuestro Señor. De esa fuente trajo todas las verdades que vino a predicar a la tierra. El fin y objeto de esta función celestial es dar nacimiento y formar a Jesucristo en los corazones de los hombres, es hacerlo vivir y reinar en ellos; es disipar de los espíritus las tinieblas infernales e irradiar en ellos las luces celestiales; es combatir y aplastar el pecado en

las almas y abrir en ellas la puerta a la gracia divina; es echar por tierra la tiranía de Satanás en el mundo y establecer el reino de Dios; es reconciliar a los hombres con Dios y hacerlos sus hijos.

Y porque este oficio es tan importante y santo, los sacerdotes deben desempeñarlo con santas disposiciones. Los predicadores, asociados en esta función a los Apóstoles y a los más grandes santos, deben seguir sus pasos e imitar su vida. Como heraldos de Dios, embajadores de Jesucristo, dispensadores de sus misterios, oráculos del Espíritu Santo, deben revestir las virtudes del Hijo de Dios y dejarse poseer y animar por el amor, el celo y la fuerza de su divino Espíritu.

Los sacerdotes deben meditar y practicar cuidadosamente la palabra de san Pablo: *Como enviados de Dios y delante de él les hablamos en Cristo* (Cf. 2Co 2, 17.) Como enviados de Dios, los sacerdotes deben predicar no los pensamientos e invenciones de su espíritu, sino sacar de Dios, por la lectura de las Sagradas Escrituras y por la oración, lo que deben anunciar a los hombres. Delante de Dios, porque no deben buscar ni pretender otra cosa que la gloria de Dios y la salvación de las almas. Hablamos en Cristo, es decir, que los sacerdotes deben renunciarse a sí mismos para entregarse a Jesucristo, para hablar en Él, predicar en su espíritu y proclamar la verdad con las disposiciones e intenciones con que él predicó en la tierra a través de sus labios.

(San Juan Eudes, *El predicador apostólico* 2: O.C. IV, 12-16.)

59. El sacerdote es testigo de las exigencias del Evangelio

Carta a los sacerdotes del Seminario de Caen en la que relata una alocución del santo a la reina de Francia, en las Benedictinas de París, el 8 de febrero de 1631, en la fiesta del Corazón de María.

Desempeño el oficio de embajador de Jesucristo.

La reina llegó al final de mi sermón; le dije muchas cosas a propósito del incendio que quemó una parte del palacio del Louvre. Empecé a hablarle así: «No tengo, señora, otra cosa qué decir a su majestad, sino suplicarle humildemente, ya que el Señor la ha traído a este lugar, que no olvide nunca la vigorosa predicación que Dios ha hecho a usted y

al rey, con este incendio del Louvre. Usted está persuadida de que para los cristianos no hay cosas del azar, sino que todo sucede por la providencia y disposición de Dios.

Este incendio nos enseña varias cosas: Que los reyes pueden levantar palacios como el Louvre, pero que Dios les ordena dar alivio a sus súbditos, tener compasión de tantas viudas y huérfanos y de tantos pueblos oprimidos por la miseria. Que les está permitido a príncipes y reyes disfrutar de algunas diversiones honestas; pero que emplear en ellas todos los días, y semanas y meses y años y toda la vida, no es seguir el camino que lleva al paraíso. Que si el fuego temporal no perdonó la casa del rey, el fuego eterno tampoco perdonará a príncipes, ni princesas ni reyes ni reinas si no viven como cristianos, si no tienen piedad de sus vasallos, si no emplean su autoridad para destruir la tiranía del demonio y del pecado y para establecer el reino de Dios en el corazón de sus súbditos.»

Añadí que al decir estas cosas no buscaba otro interés que el de mi Señor y mi Dios, y el de la salvación de mi rey y de mi reina por quienes estaba listo a dar mil veces la vida. Que era lamentable ver a los grandes de este mundo sitiados por una tropa de aduladores que los envenenan con sus elogios y los pierden, de modo que nadie les dice casi nunca la verdad. Que los predicadores serían criminales ante Dios si mantuvieran cautiva la verdad en la injusticia, y que yo me consideraría digno de condenación si callara estas cosas a su majestad.

Finalmente le supliqué que recibiera estas palabras no como palabra de un hombre mezquino y miserable pecador, sino como palabras de Dios, ya que, por el lugar en que me encontraba y por ocupar el puesto de Dios, yo podía exclamar con san Pablo y con todos aquellos que tienen el honor de anunciar la santa Palabra de Dios: *Nosotros actuamos como enviados de Cristo (2Co 5, 20)* para hacer llegar la palabra del Rey de reyes a una gran reina.

Esto fue, casi palabra por palabra, lo que le dije. Lo escribo para que ustedes y nuestros amigos conozcan la verdad. Pido a Dios que los bendiga en todo y les dé la gracia de no buscar jamás nada distinto de agradarle, haciendo y diciendo lo que Él pide de nosotros.

(San Juan Eudes, *Cartas* 1, 53: O.C. X, 441-444.)

60. El sacerdote, partícipe del sacerdocio de Jesucristo

Si estamos revestidos del sacerdocio de Jesucristo estamos obligados a revestir su santidad.

Nuestro Señor Jesucristo nos asocia a su sacerdocio eterno y a sus más divinas cualidades con sus poderes y privilegios. Esto nos obliga a imitarlo en su santidad, a continuar su vida, sus ejercicios y las funciones sacerdotales. Y, para seguirlo en todo como nuestro modelo, consideremos lo que Él es y hace: primero, en relación con su padre; segundo, con todos los hombres y especialmente con su Iglesia; y, en tercer lugar, consigo mismo.

Si miramos lo que Cristo es y realiza en relación con su Padre, vemos que existe totalmente para Él y que el Padre es todo para Jesucristo. Sólo mira y ama a su Padre, como éste sólo a Cristo mira y ama. Todo el anhelo de Jesús es hacer conocer, adorar y amar a su Padre, y todo el designio del Padre es manifestar a Cristo a todos los hombres para que lo adoren y lo amen. Cristo es la complacencia, la gloria y el tesoro de su Padre, y, toda la riqueza, el honor y el contento de Jesús son buscar la gloria de su Padre y cumplir su voluntad. Para este fin Cristo desempeñó, con disposiciones santas y divinas, las funciones sacerdotales. De la misma manera el sacerdote es la propiedad de Dios, como Dios es su heredad. Así lo proclamó al entrar en la cléricatura: *El Señor es mi heredad y mi copa* (Sal 15, 5).

Por eso debe ser todo para Dios como Dios es todo para él. Debe dejarse poseer por Dios como su propiedad y no buscar en este mundo otra fortuna ni posesión fuera de Dios, que debe ser su único tesoro, al que debe entregar su corazón y sus afectos. Sobre todo pondrá cuidado en desempeñar santamente todas las funciones sacerdotales como el santo sacrificio del altar, el oficio divino, la administración de los sacramentos, la predicación de la palabra de Dios, etc. Porque todas estas cosas son santas y divinas y deben realizarse de una manera que sea digna de Dios, de la excelencia de nuestro ministerio, de la santidad del sumo Sacerdote en cuya compañía las realizamos; digna, en fin, del precio infinito de su sangre, por el cual nos ha elevado a la dignidad sacerdotal y nos ha alcanzado la gracia para ejercer sus funciones.

Para saber lo que es y realiza Jesucristo en relación con los hombres basta dar una mirada sobre las cosas que hizo y padeció mientras estaba en la tierra. Cada una de

ellas es una voz que está pregonando: De esta manera amó Dios al mundo. De esta manera amó Jesús a la Iglesia. Así ha amado Cristo a los hombres. Y al mismo tiempo estas voces nos dirán: Es así como se debe amar la Iglesia de Jesús. Así se debe trabajar por la salvación de las almas, así debemos realizarlo todo, sufrirlo todo, entregarlo todo, sacrificarlo todo, aún la sangre y la vida de un Dios, si las tuviéramos, para contribuir a la salvación de una sola alma: porque la más divina de las obras divinas es cooperar con Dios en la salvación de las almas.

Si, finalmente, consideramos lo que es y realiza Jesús en orden a sí mismo, vemos que no se contenta con ser el Sumo Sacerdote: quiere tomar también la condición de víctima. Y al sentirse como hostia destinada a la muerte y al sacrificio por la gloria del Padre, sin cesar se aniquila a sí mismo (Flp 2, 7). Toda su vida no es sino muerte continua a todas las cosas de este mundo y a su propia voluntad: *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*(Jn. 6, 38). Y su vida es un sacrificio continuado de cuanto hay en Él para honrar a su Padre. Por eso el que ha sido llamado a participar del sacerdocio de Jesucristo debe revestir, a ejemplo suyo, su condición de víctima.

(San Juan Eudes, *Memorial de la vida eclesiástica* 3, 10, 3: O.C. III, 189-192.)

61. El sacerdote, pastor según el corazón de Dios

El sacerdote debe estar siempre listo a dar su sangre y a sacrificar su vida.

¿Qué es un pastor según el corazón de Dios? Es un verdadero padre del pueblo de Dios, con un corazón rebosante de amor paternal para sus hijos. Ese amor lo impulsa a trabajar incansablemente para alimentarlos con el pan de la palabra y de los sacramentos, para que se revistan de Jesucristo y de su santo Espíritu, para enriquecerlos de todos los bienes posibles en lo que mira a su salvación y eternidad.

Es un evangelista y un apóstol, cuya principal ocupación es anunciar incesantemente, en público y en privado, con el ejemplo y la palabra, el Evangelio de Jesucristo, continuando en la tierra las funciones, la vida y las virtudes de los Apóstoles.

Es el esposo sagrado de la Iglesia de Jesucristo, tan encendido de amor por ella que todo su anhelo es embellecerla, adornarla, enriquecerla y hacerla digna del amor eterno del Esposo celestial e inmortal.

Es una antorcha que arde y brilla, colocada en el candelabro de la Iglesia. Ardiente ante Dios y brillante ante los hombres; ardiente por su amor a Dios y brillante por su amor al prójimo; ardiente por su perfección interior, brillante por la santidad de su vida; ardiente por el fervor de su intercesión continúa ante Dios en favor de su pueblo, brillante por la predicación de la divina palabra.

Un buen pastor es un salvador y un Jesucristo en la tierra. Ocupa el puesto de Jesús, representa su persona, está revestido de su autoridad, obra en su nombre, continúa su obra de redención del mundo. A imitación de Jesús, emplea su espíritu, su corazón, sus afectos, sus fuerzas, su tiempo, sus bienes y, si es necesario, entrega su sangre y su vida para procurar, de todas las formas, la salvación de las almas que Dios le ha confiado.

Un buen pastor es la imagen viva de Jesucristo en este mundo. De Cristo vigilante, orante, predicador, catequista, trabajador, del que peregrinaba de ciudad en ciudad y de aldea en aldea. Es la imagen de Cristo que sufre, agoniza y muere en sacrificio por la salvación de todos los hombres creados a su imagen y semejanza.

(San Juan Eudes, *Memorial de la vida eclesiástica* 1: O.C.III, 24-31...)

62. El celo del sacerdote por la salvación de las almas

Tengamos compasión de tantos hermanos nuestros, creados a imagen de Dios, rescatados con la sangre preciosa de su Hijo.

Ayudar a salvar las almas creadas a imagen de Dios y rescatadas con la sangre preciosa de su Hijo es realizar la gran obra de Dios, del Hombre-Dios y de la Madre de Dios, la obra por excelencia de la santa Iglesia, de los sacerdotes y pastores, y que supera incomparablemente todas las demás.

Es la gran obra del Hombre-Dios, Jesucristo, nuestro Señor. Todos los misterios que Él obró en la tierra por la salvación del mundo: su encarnación, nacimiento, circuncisión, presentación en el templo, huida a Egipto; su infancia, su vida oculta y laboriosa, solitaria y penitente, su trato con los hombres, su pasión y su muerte; todos sus pensamientos, palabras, acciones, sufrimientos, ignominias, llagas y dolores, todas las gotas de su sangre, nos están gritando: Así ama Jesús a los hombres.

Así los aprecia y ama por encima de todas las cosas. Los ama más que su descanso y sus propias satisfacciones, más que su reputación y sus intereses humanos, más que su sangre y su vida. Por eso lo abandona todo, se despoja de todo, lo entrega todo, todo lo hace y sufre por salvarnos. Por eso durante treinta y tres años se despoja de una gloria y de una felicidad que le pertenecían desde el momento de la encarnación, para que los hombres fueran para siempre gloriosos y bienaventurados.

¿Quién podrá jamás pensar y decir, Salvador mío, cuán grande es el amor que tienes a los hombres? Y si tanto los amas podemos afirmar con verdad que no hay en el mundo personas más queridas por ti que los que cooperan contigo en su salvación. Sobre ellos viertes a manos llenas y sin reservas tus gracias y bendiciones. Tengamos, pues, compasión de tantos hermanos nuestros que perecen todos los días, creados a imagen de Dios, rescatados con la sangre preciosa de su Hijo.

Sintamos piedad de tantos trabajos, heridas, dolores, lágrimas y sangre que nuestro Salvador ha ofrecido por ellos. Sintamos compasión de la muerte tan cruel y vergonzosa que sufrió para salvarlos. Tengamos compasión, también, de las lágrimas de su santísima madre y de las inmensas angustias que por ellos inundaron su maternal corazón. No dejemos pasar un solo día sin hacer el bien a nuestro prójimo, no nos cansemos jamás de este santo ejercicio.

Roguemos a menudo fervientemente al gran dueño de la mies celestial que envíe obreros a su mies. Imitemos a los santos apóstoles y discípulos del Redentor, de los cuales nos cuentan los Hechos de los apóstoles que estaban sin cesar ocupados, en el templo, en público y en privado, en las calles y en las casas, en enseñar, en predicar a Jesucristo, es decir, su vida, sus misterios, sus obras, sus virtudes, sus máximas y doctrinas.

Pero no perdamos ánimo si nuestra actividad no produce todo el fruto deseado. Porque si en toda nuestra vida no hiciéramos otra cosa que preservar un alma de un solo pecado mortal, sería un beneficio superior que librar al mundo de una peste universal y de todos los males corporales que pudieran desencadenarse sobre él.

(San Juan Eudes, *El buen confesor 2*: O.C.IV, 166-172. 196-197.)

63. Consejo a los Predicadores

Después de haber considerado atentamente la grandeza y la importancia de esta acción, hay que adorar a Nuestro Señor Jesucristo en las santas disposiciones con que predicaba cuando estaba en la tierra; renunciar fuertemente a sí mismo; darse a Él de todo corazón, suplicándole que nos anonade y se establezca Él en nosotros, para que sea Él quien predique por nuestra boca, ya que le pertenece a Él solo anunciar la palabra de su Padre; aceptar por su amor las confusiones y mortificaciones que nos pudieran sobrevenir; es también dar nuestra memoria al Padre, nuestro entendimiento al Hijo y nuestra voluntad al Espíritu Santo.

Ofrecer a la divina bondad los corazones de los oyentes y pedirle que los disponga a oír como conviene la Santa Palabra. Ofrecerlos también a la bienaventurada Virgen, a los Ángeles y a los Santos patronos del lugar donde se predica.

Estar de rodillas en el púlpito, humillarse de nuevo y abismarse en lo más profundo de su nada; y llamar desde allí al único a quien pertenece predicar, por estas palabras u otras semejantes: “Ven a mí³ para que me reduzcas a la nada en este lugar, para que seas Tú solo, y prediques tu divina palabra. Ven a los corazones de todos los que están aquí, para disponerlos a que hagan el buen uso que deseas de ellos”.

Al hacer la señal de la cruz y decir estas palabras: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo⁴, decirlas con gran atención y darse de lo más profundo de su corazón al Padre eterno para entrar en ese amor inmenso con que nos ha hablado Él en su Hijo; (...) (darse) al hijo de Dios para entrar en la caridad infinita con la cual nos ha anunciado la palabra de su Padre; y al Espíritu Santo para unirse al ardor, a la piedad y a todas las santas disposiciones con las cuales ha hablado Él por la boca de tantos santos predicadores. Y entregar también a sus oyentes el amor del Padre, a la caridad del Hijo y a la bondad del Espíritu Santo.

Decir Ave María en alta voz, pausadamente y con gran devoción.

Al predicar, hay que procurar conservar el espíritu de recogimiento y de piedad, considerando y saboreando las verdades que se anuncia. Cuando se habla contra los pecadores, pensar que se reprende uno a sí mismo.

³*Veni Domine Jesu, veni.*

⁴*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

(San Juan Eudes, O.C. IV, 21)

64. “Juan Eudes, Sacerdote Misionero”...

(Lion – sur – Mer, 23 de septiembre 1646)

Les ruego que vengan aquí para completar perfectamente su sacrificio, y para quedarse con sus hermanos que los aman tiernamente y desean ardientemente tenerlos para compartir la vida y la muerte⁵. Saben muy bien que los que miran atrás después de haber puesto la mano en el arado, no sirven para el reino de Dios. Vengan, mis amadísimos hermanos, en el nombre de Nuestro Señor y de su santísima Madre, y sean fieles a Aquel que los llama; vengan sin demora, para que empleemos juntos el resto de nuestra vida en el servicio de nuestro Buen Maestro, conquistándoles las almas redimidas al precio de su sangre.

(San Juan Eudes, *Cartas*, O.C. X, 385)

A los directores del Colegio de Lisieux

(Caen, 15 de Octubre 1657)

Jesús, el santísimo Corazón de María, sea su corazón, su espíritu y su fuerza en la obra que emprendan y comiencen por su amor en la diócesis de Lisieux. Oficio importantísimo. Es la obra de Dios y de Jesucristo, puesto que se refiere a la salvación de las almas. Es la obra de la Madre de Dios, de los Apóstoles y de los demás grandes santos. Es una misión de grandísima importancia, a la cual el Hijo de Dios, soberano Misionero, los envía y les dice *“Yo los envío como mi Padre me ha enviado”* (Jn 20, 21). Van a hacer esta misión con niños, en cuyas almas van a poner los fundamentos del Reino de Dios, y en las cuales hay muchos menos obstáculos, de ordinario, a las gracias divinas, que en las personas de más edad.

Con niños, que pertenecen a Dios por el Bautismo, que costaron la sangre del Hijo de Dios y que fueron creados para ver el rostro de Dios, poseerlo y bendecirlo eternamente; con niños que son tan gratos al Padre Celestial, que le ha dado a cada uno un príncipe

⁵*ad convivendum et ad commoriendum.*

de su corte para que le haga las veces de maestro guardián y en cierto modo hasta de servirlo; “*Es que no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?*” (Hb 1, 14); con niños, finalmente, por los cuales tuvo tanto amor y ternura nuestro buen Jesús, y de los cuales dijo: “*Dejen a los niños y no les impidan venir a Mí, pues el reino de los cielos es para los que se les parecen*” (Mat 19, 14).

Celebren todas estas verdades, mis queridos hermanos; por ellas agradecerán a Dios por la grandísima gracia que les ha hecho de emplearlos en tan santa misión; busquen pues y pongan con gusto todos los medios que puedan para cumplirla bien.

(San Juan Eudes, *Cartas*, O.C. X, 469)

Al señor Blouet de Camilly, En París

(Vasteville, 23 de Julio de 1659)

Muy querido hermano:

Yo no sabría decirte las bendiciones que Dios concede a esta misión: es ciertamente algo prodigioso. Hace mucho tiempo que no predico en la Iglesia, porque aunque es muy grande, resulta sin embargo muy pequeña para esta ocasión. Puedo decir con toda verdad que los domingos tenemos más de quince mil personas.

Hay doce confesores, pero, sin exageración, habría trabajo para cincuenta. Viene gente de ocho y diez leguas, y los corazones están conmovidos, que no se ve sino lloros, no se oye sino gemidos de los pobres penitentes y de las arrepentidas. Los frutos que ven los confesores en el tribunal, son maravillosos. Pero lo que nos aflige es que no podamos confesar ni la cuarta parte. Estamos abrumados. Los misioneros ven gente que permanece ocho días en espera, sin poder confesarlos, y que se echan a sus pies donde quiera que los encuentren, suplicándoles con lágrimas y con las manos juntas, que los oigan. Y con todo, estamos ya en la sexta semana.

Qué gran bien son las misiones. Qué necesarias son. Qué grande mal se hace cuando se les pone obstáculos. Si los que nos han impedido hacer muchas en esta diócesis supieran el mal que han hecho. “*Padre, perdónales porque no sabían lo que hacían*” (Lc 23,34).

Pidamos, queridísimo hermano, al Maestro de la misión que envíe obreros y digámosle con frecuencia de todo corazón: *Domine messis, mitte operarios in messem tuam* (Cf. Lc 10,2). ¿Qué hacen en París tantos doctores y tantos bachilleres, mientras las almas perecen a millares por falta de personas que les tiendan la mano para sacarlas de la perdición y preservarlas del fuego eterno? Ciertamente, si yo me escuchara, me iría a París a gritar en la Sorbona y en los otros colegios: ¡Fuego!, ¡Fuego!, ¡Fuego del infierno que abrasa todo el universo! ¡Vengan, señores doctores, señores bachilleres, señores abates, vengan todos, señores eclesiásticos, para ayudar a apagarlo!

(San Juan Eudes, *Cartas*, O.C. X, 431)

Obediencia dada a M. Sesseval, alias Damville, para las misiones extranjeras

Juan Eudes, sacerdote misionero, superior de la Congregación de Jesús y María, a todos cuantos vean esta carta, salud.

Acerca de lo que nos ha expuesto nuestro querido y amado hermano Pedro Sesseval, sacerdote misionero de nuestra Congregación, a saber: que al tener conocimiento de que se pierden innumerables almas en el reino de la China y reinos vecinos por falta de obreros evangélicos que les den la mano para librarlas de la perdición y ponerlas en el camino de la salvación, siente un ardiente deseo de unirse con varios eclesiásticos que se disponen a trasladarse al esas regiones. Mas, como quiere hacerlo todo con la perfección de una completa obediencia a los superiores que Dios le ha dado, nos suplica que le aceptemos ese propósito y le demos nuestra aprobación, nuestro consentimiento y nuestro permiso.

Nosotros, después de haber encomendado cuidadosamente este asunto a Dios, y después de haber hablado de eso con algunos de los principales de la Congregación, deseosos de cooperar en obra tan santa, por la cual sacrificaríamos de buen grado, mediante la gracia divina, hasta cien mil vidas si las tuviéramos, hemos consentido y consentimos con mucho gusto por las presentes, que el padre Sesseval cumpla su piadoso y loable deseo, pues conocemos su piedad, su prudencia, su capacidad y muchas otras virtudes y buenas cualidades que Dios le ha concedido.

Sí, queridísimo hermano nuestro, de todo corazón aprobamos la santa empresa que pretendes realizar por la gloria de Dios y salvación de las almas.

Vete, pues, en nombre de la Santísima Trinidad, para hacerla conocer y adorar en lugares donde no es conocida ni adorada. Vete en nombre de Jesucristo, Hijo único de Dios, para aplicar a las almas el fruto de la preciosa sangre que derramó por ellas.

Vete bajo la protección y salvaguardia de la divina María, para imprimir en los corazones el respeto y la veneración que le son debidos; y bajo la protección del bienaventurado San José, de San Gabriel, de nuestro Ángel guardián, de los Santos Apóstoles, de los lugares donde vayas, para trabajar con ellos en salvar las almas perdidas y abandonadas.

Vete en nombre y de parte de nuestra pequeña Congregación para hacer en China y demás lugares a donde la Providencia te conduzca, lo que ella quisiera hacer en todo el universo derramando su sangre hasta la última gota, para destruir allá la tiranía de Satanás y establecer el reino de Dios.

Pero recuerda que por ser esta obra muy apostólica, necesitas una intención muy pura para no buscar más que la gloria de Dios, una profundísima humildad y desconfianza de ti mismo, una gran confianza en su infinita bondad, una entera sumisión a su adorabilísima voluntad y a la de los preladados que los tendrás en su lugar, una paciencia invencible en los trabajos, un celo ardiente por la salvación de las almas y una sincera cordialidad para con los demás eclesiásticos y especialmente para con los religiosos de la Santa Compañía de Jesús, con los cuales te pedimos con mucha insistencia que vivas siempre en una perfecta unión y comprensión.

Medita con frecuencia estas virtudes, pídelas continuamente a Dios y procura cumplirlas fielmente. Que la divina bondad te la dé en perfección, con todas las demás gracias que te son necesarias y convenientes para cumplir perfectamente su santísima voluntad, y para que se comporte por todas partes como verdadero misionero de la Congregación de Jesús y María y como verdadero hijo de su amabilísimo Corazón.

Que el adorable Jesús y la divina María te den con este fin su Santa bendición; que ésta permanezca siempre en ti, y que te preceda, acompañe y siga por todas partes y en todas las cosas.

Con este deseo pronunciamos sobre ti, en el nombre de Jesús y María, en el amor sagrado de su amantísimo Corazón, estas preciosas palabras de la Santa Iglesia: *Nos cum Prole pia benedicat Virgo María.*

(San Juan Eudes, *Cartas*, O.C. X, 448)

65. Una oración litúrgica

Dios, Gloria de nuestros sacerdotes, Tú nos has dado a tu Hijo como Soberano Sacerdote y Pastor vigilante de nuestras almas; Tú le has agregado, para sacrificar una hostia pura, los santos sacerdotes levitas.

Por la oración de la Bienaventurada María siempre virgen y de los santos Sacerdotes y Levitas, dignate reanimar en tu Iglesia el espíritu de gracia que fue el tuyo. Llenos de este espíritu, procuraremos amar lo que ellos amaron y obrar como nos lo enseñaron por la palabra y por el ejemplo. Por nuestro Señor Jesucristo.

(San Juan Eudes, O.C. XI, 514)

66. El sacerdote y la Virgen María

Considera que los sacerdotes tienen una afinidad especial con la santa Madre de Dios.

Considera que los sacerdotes tienen una afinidad especial con la santa Madre de Dios. Porque, así como el Padre eterno la hizo partícipe de su divina paternidad al darle el poder de formar en sus benditas entrañas al mismo Hijo que engendra en sí mismo, así comunica a los sacerdotes esta misma paternidad y les da el poder de formar a Jesús en la santa Eucaristía y en el corazón de los fieles.

Como el Hijo de Dios quiso que María cooperara en la redención del mundo, así capacita a sus sacerdotes para que sean sus cooperadores en la obra de la salvación de las almas.

Como el Espíritu Santo asoció a María en la más divina de sus funciones y en su obra maestra, que es el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, así asocia a los

sacerdotes para extender y continuar este misterio en cada cristiano, en el cual el Hijo de Dios se encarna en cierta manera por el bautismo y por el sacramento del altar.

Mediante ella el Padre eterno nos ha hecho el don de su Hijo, y también nos lo da por medio de los sacerdotes. Y así como todas las gracias que salen del Corazón de Dios para venir a nosotros pasan por las manos de María, así también llegan a nosotros por medio de los sacerdotes. Como María es la tesorera de la santa Trinidad, también los sacerdotes poseen esta cualidad.

Finalmente así como ella ofreció su Hijo al Padre eterno, en el primero y último instante de la vida de Jesús, cuando bajó a sus entrañas y cuando entregó su espíritu en la cruz, también los sacerdotes lo ofrecen cada día en sacrificio sobre nuestros altares.

En virtud de esta estrecha alianza y afinidad maravillosa de los sacerdotes con la madre del sumo Sacerdote, tienen obligaciones muy particulares de amarla, honrarla, revestirse de sus virtudes, de su espíritu y disposiciones.

Humíllate por encontrarte tan lejos de este ideal y anhela de todo corazón alcanzarlo; ofrécete a María y pídele su ayuda eficaz. Si tienes verdadera devoción a la santa Virgen busca cuidadosamente los medios para honrarla.

Puedes hacerlo de pensamiento, aplicando tu espíritu a la consideración de sus misterios, cualidades, virtudes, acciones, sufrimientos; con actos interiores, reverenciándola como ella merece; alabándola y alegrándote por su grandeza y por lo que Dios ha hecho en ella; con palabras, hablando de sus excelencias y de los medios de servirla; con oraciones vocales, entre las cuales le es muy grato el santo rosario; con obras, ofreciéndole las que tú haces en honor de las suyas; con limosnas corporales o espirituales; con ayunos y otras mortificaciones. Pero el medio más excelente de honrar a la santa Virgen María es la cuidadosa imitación de sus virtudes.

(San Juan Eudes, *Memorial de la vida eclesiástica*5, 17, 2-3: O.C. III, 216-218)

EL CORAZON DE JESÚS

67. Qué es el Corazón de Jesús

El Corazón de Jesús es una hoguera de amor.

En nuestro Salvador adoramos tres corazones que forman un solo Corazón por la estrecha unión que tienen entre sí. El primero es su Corazón divino, su amor increado, que es Dios mismo. Es también el amor que Él tiene, desde la eternidad, en el seno adorable de su Padre, y que, con el amor de éste, es el principio del Espíritu Santo.

El segundo es el Corazón espiritual de Jesús, la parte superior de su alma santa, en la que el Espíritu Santo vive y reina de manera inefable y en la cual encierra los tesoros infinitos de la ciencia y de la sabiduría de Dios. Es también su voluntad humana, cuya función propia es amar, y que él sacrificó para realizar nuestra salvación por la sola voluntad de su Padre.

El tercer Corazón de Jesús es el santísimo Corazón corporal, unido hipostáticamente a la persona del Verbo, formado por el Espíritu Santo con la sangre virginal de la Madre de amor, y que en la cruz fue traspasado por la lanza.

Este amabilísimo Corazón de Jesús es una hoguera de amor. Ama a su Padre celestial con amor eterno, inmenso e infinito. Ama a su madre sin límites ni medidas. Como lo demuestran las gracias inconcebibles con que la ha colmado. Ama a la Iglesia triunfante, purgante y peregrinante. Los sacramentos -especialmente la Eucaristía, que es el compendio de todas las maravillas de la bondad de Dios- son otros tantos canales inagotables de gracia y santidad, cuya fuente es el océano inmenso del sagrado Corazón de nuestro Salvador. Finalmente, nos ama a todos y a cada uno, como su Padre lo ama a Él. Por eso todo lo hizo y lo sufrió todo para librarnos del abismo de males en los que el pecado nos había arrojado, y para hacer de nosotros hijos de Dios, miembros de Cristo, herederos de Dios, coherederos del Hijo, poseedores del mismo reino que el Padre ha dado a su Hijo.

Nuestros deberes para con este amable Corazón son: adorarlo, alabarlo, bendecirlo, glorificarlo y darle gracias; pedirle perdón por todo lo que él ha padecido a causa de nuestros pecados; ofrecerle en reparación todas las alegrías que le han dado todos los

que le aman y todos los sufrimientos aceptados por su amor. Finalmente amarlo fervorosamente.

También debemos utilizar este Corazón porque en realidad nos pertenece: nos lo han dado el Padre eterno, el Espíritu Santo, María y el mismo Jesús, para que sea el refugio de nuestras necesidades, el oráculo en nuestras dudas y dificultades, y nuestro tesoro. Nos lo han dado, finalmente, no sólo para que sea el modelo y la regla de nuestra vida, sino nuestro propio corazón, y así podamos, por este Gran Corazón, cumplir con Dios y con nuestro prójimo todos nuestros deberes.

(San Juan Eudes, *El Admirable Corazón de Jesús*, 12: OO.C. VIII, 344-347.)

68. Jesús nos ha dado su Corazón

Jesús nos da su Corazón que es el principio y origen de todos los demás dones.

Adora y contempla a nuestro Salvador en el exceso de su bondad y en los generosos dones de su amor. Porque nos da el ser y la vida con todos los bienes que los acompañan. Nos da este mundo inmenso, lleno de una multitud y diversidad de seres que nos sirven y aun nos recrean. Nos da sus ángeles como protectores y a sus santos como abogados e intercesores. Nos da su santa madre para que sea nuestra madre bondadosa. Nos da los sacramentos y misterios de su Iglesia, que nos salvan y santifican. Nos da su eterno Padre como nuestro Padre verdadero; su Espíritu Santo como nuestra luz, nuestro guía. Nos da todos sus pensamientos, palabras, acciones y misterios; todos sus sufrimientos y toda su vida consagrada a nuestro bien e inmolada por nosotros hasta la última gota de su sangre.

Además de todo ello nos da su propio Corazón que es el principio y origen de todos estos dones. Porque su Corazón divino lo hizo salir del seno adorable de su Padre y venir a la tierra para otorgarnos todas estas gracias que su Corazón, humanamente divino y divinamente humano, nos mereció y adquirió con sus angustias y dolores. ¿Cómo vamos a tratar a nuestro Redentor? Devolvámosle amor por amor y corazón por corazón. Ofrezcámosle y entreguémosle nuestro corazón como Él nos ha entregado el suyo: totalmente y sin reservas, para siempre y en forma irrevocable. Nos lo ha dado con un amor infinito: le daremos el nuestro unidos a este mismo amor.

Jesús no se contenta con darnos su Corazón. Nos da también el Corazón de su eterno Padre, el de su santa madre, los corazones de los ángeles y de todos los santos, y hasta los corazones de todos los hombres del mundo a quienes dice: -Éste es mi mandamiento: que se amen unos a otros (Jn. 15, 12); más aún, debemos amarnos como él mismo nos ha amado.

Por parte nuestra ofrezcámosle también, en acción de gracias, el Corazón de su eterno Padre, el de su santa madre, el de sus ángeles y santos y el de todos los hombres. Porque tenemos derecho a disponer de ellos como de nuestro propio corazón, ya que su Apóstol nos asegura que el Padre eterno nos ha dado, junto con su Hijo, todas las cosas (Rm 8, 32) y que todo es nuestro (1Co 3, 22).

Pero, sobre todo, ofrezcámosle su propio Corazón. Porque si nos lo ha dado nos pertenece y no podríamos ofrecerle nada que le sea más grato: porque ofrecerle su Corazón equivale a ofrecerle el Corazón de su Padre, con el cual, por la unidad esencial que los une, no tiene sino un solo Corazón, y el Corazón de su santa madre, que también tiene con él un solo corazón por unidad de voluntad y de amor.

(San Juan Eudes, *El Admirable Corazón de Jesús* 12: O.C. VIII, 311-312)

69. El Corazón de Jesús

Entrégate a Jesús para entrar en la inmensidad de su Corazón.

¡Qué excesivos y admirables son, Dios, tu bondad y tu amor por nosotros! Eres infinitamente digno de ser amado, alabado y glorificado. Pero como no tenemos corazón ni espíritu digno y capaz de llenar estas obligaciones, tu sabiduría ha inventado y tu inmensa bondad nos ha dado un medio admirable para cumplirlas plena y perfectamente. Porque nos has dado el Espíritu y el Corazón de tu Hijo, que es tu propio Espíritu y Corazón, para que sea también el nuestro, según la promesa que nos hiciste por boca del profeta: *Les daré un corazón nuevo y les infundiré un Espíritu nuevo* (Ez 36, 26). Y para que supiéramos cuáles eran ese espíritu y ese corazón nuevos que nos prometías, agregaste: Pondré mi Espíritu, que es mi Corazón, en medio de ustedes. Sólo el Espíritu y el Corazón de Dios son dignos y capaces de amar, bendecir y alabar a Dios como él lo merece. Por eso, Señor mío, nos diste tu Corazón, que es el de tu Hijo Jesús, como también el de su divina madre y los corazones de todos tus ángeles y santos que reunidos forman un solo corazón.

Y tú, que lees estas cosas, comprende bien que este Corazón se te ha dado para que sirvas y honres a Dios, y cumplas su voluntad con un Gran Corazón y un gran amor (2M 1, 3), es decir, con un corazón y un amor dignos de su infinita grandeza.

Para ello renuncia a tu corazón, es decir, a tu espíritu personal, a tu voluntad y amor propios; y entrégate a Jesús para entrar en la inmensidad de su gran Corazón, que encierra el Corazón de su santa madre y, de todos sus santos, y para sumergirte en ese abismo de amor, de caridad, de misericordia, de humildad, de pureza, de paciencia, de sumisión y de santidad.

No te contentes con amar a Dios con tu pequeño corazón humano: eso es bien poco, por no decir nada. Ámalo corde magno et animo volenti, con todo el amor de tu gran Corazón. Cuando te pregunten si lo amas, contestarás: «Sí, quiero amarlo con todo mi gran Corazón y me entrego a él para este fin». Si amas a tu prójimo y quieres ejercitar con él una obra de caridad, ámalo y haz por él todo lo que debes con la caridad de tu gran Corazón. Si es necesario sufrir algo, hazlo en unión de su espíritu de humildad, de paciencia, de sumisión y de amor. Si vas a cumplir alguna promesa, donación o sacrificio a Dios, de ti mismo o de alguna cosa, que sea en el espíritu de amor y de celo de tu gran Corazón. Cuando digas estas palabras- Doy gracias al Señor de todo corazón (Sal 110, 1) tendrás la intención de referirte a tu gran Corazón. Finalmente, en todas tus acciones renuncia a ti mismo y entrégate a Jesús para realizarlas en el espíritu y disposiciones de tu gran Corazón.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PBESBÍTEBO, «SOBRE EL ADMIRABLE CORAZÓN DE JESÚS». 3, 2: Oeuvres Complètes 6, 261-265.)

70. Jesús nos ama

Reflexionemos sobre estas palabras de Jesús: *Yo los amo* (Jn 15, 9).

Si un príncipe o un rey de la tierra se trasladara a la casa del último de sus vasallos y le dijera: «Vengo aquí expresamente para que sepas que te amo y que te haré experimentar los efectos de mi amor», ¡Qué gozo sentiría ese humilde hombre! Pues bien, hay algo mucho más sorprendente: el Rey de reyes, el Santo de los santos, el Hijo único de Dios e hijo único de María ha bajado del cielo expresamente hasta nosotros para decirnos: «Yo te amo. Yo, el creador de todas las cosas, yo, que gobierno el universo, el dueño de todos los tesoros del cielo y de la tierra, que hago todo cuanto quiero, sin que nadie pueda resistir a mi voluntad, te amo».

Escucha ahora de qué manera nos ama este adorable Salvador: Yo te amo, como el Padre me ama y te amo con el mismo Corazón y el mismo amor con que me ama mi Padre. El amor del Padre celestial por su Hijo es infinito, sin límite ni medida. Es un amor eterno, que siempre ha existido y no terminará jamás. Es un amor inmenso, que llena el cielo, la tierra y hasta el infierno. Es un amor esencial, porque el Padre lo ama con todo su ser y es todo corazón y todo amor para él.

De la misma manera nos ama nuestro Salvador: con amor infinito, eterno, inmenso, esencial. Todo cuanto hay en él: su divinidad y humanidad, su alma y su cuerpo, su sangre, todos sus pensamientos, palabras y acciones, sus privaciones, humillaciones y sufrimientos, todo lo que él es, posee y puede, está empleado en amarnos.

¿No te conmovió semejante amor? ¿No querrás amar al que es todo corazón y amor por ti? Porque después de pronunciar esas palabras: Yo te amo, como mi Padre me ha amado, Jesús añade: Permanece en mi amor. Si guardas mis mandamientos permanecerás en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor (Jn. 15, 9-10). Y continúa advirtiéndonos: Les he dicho estas cosas para que mi alegría esté en ustedes y su gozo sea perfecto (Jn. 15, 11). ¿Quieres, pues, proporcionar una gran alegría a tu Salvador y al mismo tiempo que tu corazón esté siempre contento? Sólo basta una cosa: que lo ames por encima de todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo.

¡Jesús!, te ofrezco en sacrificio las facultades de mi alma, los sentidos de mi cuerpo, mis miembros, mi corazón y mis entrañas y me inmolé enteramente a tu adorable voluntad. Mi único deseo es complacerte en todas las cosas. Haz de mí lo que quieras. Me abandono en las manos de mi Dios que desea mi bien más que yo mismo, pues es el único que lo conoce y puede realizarlo en mí,

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO, «SOBRE EL ADMIRABLE CORAZÓN DE JESÚS». 12, 13: Oeuvres Complètes 8, 275-283.)

71. El Corazón de Jesús, Templo y Altar del amor Divino

El Espíritu Santo, que es el amor increado y eterno, ha edificado este templo magnífico que es el Corazón de nuestro Redentor, y lo ha formado con la sangre virginal de la Madre de amor.

Fue consagrado y santificado por el sumo Pontífice y por la unción de la divinidad. Está dedicado al amor eterno. Es infinitamente más santo, más digno y venerable que todos los templos materiales y espirituales que han existido y existirán en el cielo y en la tierra. Sólo en este templo recibe Dios adoraciones y alabanzas dignas de su infinita grandeza. Es allí donde el supremo Predicador nos habla continuamente. Es un templo eterno, que nunca tendrá fin. Es el centro de la santidad, incapaz de cualquier profanación. Alegrémonos por las excelencias de este templo maravilloso y por toda la gloria que en él se da a la divina majestad.

El Corazón de Jesús, empero, no es solamente el templo: es también el altar del amor divino, sobre el corazón de Jesús cual está encendido, día y noche, el fuego sagrado de ese amor. Sobre este altar el sumo Sacerdote, Jesús, ofrece de continuo toda clase de sacrificios a la santa Trinidad.

En primer lugar se ofrece y sacrifica a sí mismo como la víctima de amor más santa y preciosa que pueda existir jamás. Ofrece perpetuamente su cuerpo, su alma, su sangre, su vida, sus pensamientos, palabras y acciones, todo lo que sufrió en la tierra, con un amor inmenso e infinito.

Sobre ese altar de su Corazón ofrece también Jesús todo cuanto su Padre le ha dado: todas las criaturas racionales e irracionales, sensibles e insensibles, animadas e inanimadas, y principalmente los seres humanos, son otras tantas víctimas que él ofrece para alabanza de su Padre.

Así, este sumo Sacerdote sacrifica todas las cosas a la gloria de su Padre, en el altar de su Corazón, y sólo él puede decir con verdad: *Con alegre corazón te he ofrecido todas las cosas* (1 Cro. 29, 17).

Ofrezcámonos a Jesús y roguémosle que nos coloque en la lista de esas víctimas consagradas; que nos consuma enteramente como holocaustos de su amor, en la hoguera que arde inextinguible en el altar de su Corazón.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO, «SOBRE EL ADMIRABLE CORAZÓN DE JESÚS». 12: Oeuvres Complètes 8, 3,37-339.)

72. El Corazón de Jesús

El Corazón de Jesús, nuestro Salvador, es una hoguera ardiente de amor por nosotros. De un amor que purifica, ilumina, santifica, transforma y deifica.

En ese amor se aquilatan los corazones más que el oro en el crisol. Ese amor disipa las tinieblas del infierno que cubren la tierra y nos hace penetrar en la luz admirable del cielo, como nos dice san Pedro: *Él nos ha llamado a salir de las tinieblas y a entrar en su luz maravillosa* (1Pe 2, 9).

Ese amor nos santifica, y destruye nuestro pecado para establecer el reino de la gracia. Ese amor transforma las serpientes en palomas, los lobos en corderos, las fieras en ángeles, los hijos del demonio en hijos de Dios, los hijos de la cólera y de la maldición en hijos de gracia y de bendición.

Finalmente es un amor que deifica: de hombres hace dioses, partícipes de la santidad de Dios, de su misericordia, paciencia, bondad, amor, caridad y demás perfecciones. En una palabra nos hace partícipes de la naturaleza divina (2Pe 1, 4).

El Corazón de Jesús es una hoguera que envía sus llamas en todas las direcciones, en el cielo, en la tierra y en todo el universo, y enciende los corazones de los serafines y encendería todos los corazones humanos si los hielos del pecado no lo impidieran.

El Corazón de nuestro Redentor rebosa un amor extraordinario por los hombres, buenos y malos, amigos y enemigos.

El corazón de Jesús es un amor tan ardiente que, todos los torrentes y diluvios de sus pecados no logran apagarlo: las aguas torrenciales no podrían apagar el amor.

¡Llamas sagradas del Corazón de mi Salvador, vengan a encender mi corazón y el de todos mis hermanos!

Si toda la caridad, afectos, ternura que se encontraran en todos los corazones que la omnipotencia de Dios podría formar se reunieran en un inmenso corazón capaz de contenerlos como una inmensa hoguera de amor, todos los fuegos y llamas de esta hoguera no serían siquiera una mínima chispa del amor inmenso que arde en el Corazón de Jesús por nosotros.

¡Quién me diera fundirme en este fuego! ¡Madre de Jesús, ángeles, santos y santas de Jesús, me entrego a todos ustedes y los entrego también a todos mis hermanos y hermanas y a todos los habitantes de la tierra para que nos sumerjan en lo más profundo de esta hoguera de amor!

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PIRESBÍTERO, «SOBRE EL ADMIRABLE CORAZÓN DE JESÚS». 12: Oeuvres Complètes 8, 350-352.)

73. El amor de Jesús por nosotros

¡Jesús, Dios de mi vida! Tú vives en ejercicio continuo de amor por mí y empleas todo cuanto hay en ti y todo lo que has creado en el cielo y en la tierra para demostrarme tu amor.

Todo lo que escuchan mis oídos y ven mis ojos, todo lo que mis demás sentidos gustan, palpan y olfatean, todo lo que mi memoria, mi inteligencia y mi voluntad pueden conocer y desear, lo visible e invisible de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; todas las

gracias temporales y eternas que he recibido de ti; tus ángeles y tus santos y los buenos ejemplos de sus virtudes; las maravillas que has obrado en tu santa madre; las perfecciones de tu persona divina, los estados y misterios de tu divinidad y humanidad; tus cualidades y virtudes, tus pensamientos y palabras, acciones y sufrimientos; todos tus pasos sobre la tierra, la sangre que has derramado, las llagas de tu cuerpo; todo lo que ha existido y existirá en los seres creados e increados, en tiempo y eternidad, son otras tantas voces que están pregonando sin cesar tu bondad y tu amor por mí.

¡Qué admirable eres, Señor y Dios mío, en tu amor por mí! Me amas, me deseas, me buscas con tanto empeño y ardor como si algún provecho sacaras de mí, como si yo te fuera necesario. Deseas tanto poseerme y temes tanto perderme como si poseyeras o perdieras un precioso tesoro. Buscas mi amor con tanto ahínco como si de ello dependiera tu felicidad. Y aun suponiendo, Señor, que toda tu gloria y tu felicidad estribaran en mi amistad, ¿qué más podrías hacer de lo que haces? Déjame, pues, hundirme en los abismos de tu bondad.

Y ¿cómo daré respuesta, Salvador mío, a tantas voces que me invitan a amarte? Quiero que todos mis pensamientos, palabras y acciones, todos los instantes de mi vida, todo cuanto ha habido, hay y habrá en mí, aún mis pecados, puesto que tu poder y tu bondad saben conducir todas las cosas al bien de los que te aman, sean otras tantas voces que, sin cesar, y con todo el amor del cielo y de la tierra, te griten: «Te amo, Jesús, Señor mío».

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO, «VIDA Y REINO DE JESÚS EN LAS ALMAS CRISTIANAS». 4, 8, 31: Oeuvres Complètes 1, 397-401)

LA VIRGEN MARIA

74. María, tipo perfecto de la vida cristiana

Jesús, hijo único de Dios, hijo único de María, te contemplo y adoro, como quien vive y reina en tu santísima Madre, y que eres todo, y haces todo en ella. En efecto, si a la palabra apostólica tú eres todo y haces todo en todas las cosas (1 Cor.12,6; Ef. 1,23), seguramente tú eres todo y haces todo en tu sacratísima Madre, eres su vida, su alma, su corazón, su espíritu, su tesoro. Estás en ella santificándola en la tierra y glorificándola en el cielo. Estás en ella obrando grandes maravillas y dándote más gloria en ella y por ella, que en todas las demás creaturas del cielo y de la tierra. Estás en ella, revistiéndola de tus cualidades y perfecciones, de tus inclinaciones y disposiciones e imprimiendo en ella una imagen perfectísima de ti mismo, de todos tus estados, misterios y virtudes y haciéndola tan semejante a ti que, quien ve a Jesús, ve a María y quien ve a María ve a Jesús. ¡Bendito seas, Jesús, por todo lo que eres y por todo lo que haces en tu santísima madre!...

Madre de Jesús, te honro y admiro en la santísima y admirable vida que tienes en tu hijo Jesús, vida adornada de toda clase de virtudes y perfecciones; vida de la cual un solo momento es más grato a Dios que todas las vidas de los ángeles y de los hombres; vida que da más honor y amor a Dios que toda las demás vidas juntas de la tierra y del cielo; vida que no es otra sino que la misma vida de tu hijo Jesús, que te la va comunicando de manera muy singular e inefable. Bendita seas, virgen santa, por todo el honor que has dado a tu amadísimo hijo durante toda vuestra vida. Te ofrezco toda mi vida, Madre de vida y de gracia, y la consagro toda en honor de la tuya, y suplico con todo mi corazón a tu hijo Jesús, Dios de vida y de amor, que hagas, por su grandísima bondad, que toda mi vida dé un homenaje continuo y eterno a su santísima vida y a la tuya.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO: Oeuvres Complètes 1, 432)

75. Cómo debemos honrar a la Virgen María

No debemos separar lo que Dios ha unido tan perfectamente. Jesús y María se hallan tan estrechamente compenetrados que quien ve a Jesús ve a María; quien ama a Jesús ama a María. No es, por tanto, verdadero cristiano quien no tiene devoción a la que es madre de Jesucristo y de todos los cristianos.

Para honrarla como Dios lo pide de nosotros y como ella misma lo desea, debemos:

1. Mirar y adorar en ella solamente a su Hijo. Ella misma así lo desea, porque en sí y por sí misma nada es, sino que su Hijo es todo en ella: él es su ser, su vida, su santidad, su gloria, su poder y su grandeza. Debemos agradecer a Jesús la gloria que se ha dado a sí mismo en ella y por ella, y rogarle que nos entregue a María y reciba nuestra vida y nuestras acciones en alabanza de las suyas; que nos haga partícipes del amor de María por él y de sus demás virtudes, que se sirva de nosotros para honrarla o, mejor dicho, para honrarse a sí mismo en ella.
2. Reconocer y honrar a María como a la madre de nuestro Dios y como madre y soberana nuestra. Agradecerle todo el amor, la gloria y los servicios que prestó a su Hijo Jesucristo, nuestro Señor. Consagrarle a ella, después de Dios, nuestro ser y nuestra vida; colocarnos bajo su dependencia, rogándole que nos gobierne en todo; darnos a ella en calidad de siervos para que disponga de nosotros según su beneplácito, para gloria de su Hijo; para que con nuestras acciones honre las de Jesús y para que nos asocie al amor y alabanzas que ella misma le ha dado y le dará por toda la eternidad.
3. Honrar a la santa Virgen con nuestro espíritu y pensamientos, considerando la santidad de su vida y la perfección de sus virtudes; con nuestras palabras, complaciéndonos en hablar y oír hablar de ella y sus grandezas; con nuestros actos, ofreciéndolos en honor y unión de los suyos; con nuestra imitación, tratando de reproducir en nosotros sus virtudes, especialmente su humildad, su caridad, su amor puro, su desprendimiento de todas las cosas, su pureza divina. El pensamiento de esta virtud engendrará en nosotros un deseo ferviente de huir, temer y aborrecer, más que la muerte, los menores pensamientos, palabras y acciones que puedan empañarla.

Finalmente podemos honrar a la Virgen con alguna plegaria o ejercicio devoto, como el santo rosario, práctica común a todos los cristianos y medio excelente de honrar el primer misterio de la vida de Jesús y la mayor maravilla de Dios en el cielo y en la tierra, a saber, el misterio de la encarnación del Hijo de Dios en la santa Virgen María. Nunca se repetirá demasiado el Ave María, porque jamás se pregonará suficientemente la memoria de este misterio.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO, «VIDA Y REINO DE JESÚS EN LAS ALMAS CRISTIANAS». 3, 11; 6, 36: Oeuvres Complètes 1, 337-339. 487-48S.)

76. La vida de Jesús en María y de María en Jesús

Te contemplo, Jesús, viviendo y reinando en tu santa madre. ¡Jesús, Hijo único de Dios e hijo único de María! Te contemplo y adoro viviendo en tu santa madre. Tú vives y reinas en ella como que lo eres todo y lo realizas todo en ella. Porque si, según la palabra apostólica, eres con plenitud de aquel que lo llena todo en todo y obra todas las cosas en todo (Ef. 1, 23; 1Co 12, 6), con mayor razón en tu santa madre.

Tú eres Jesús, su vida, su alma, su corazón, su espíritu, su tesoro. Tú estás en ella, santificándola en la tierra y glorificándola en el cielo. Estás en ella realizando obras más grandes y recibiendo por ella mayor gloria que por todas las demás creaturas del cielo y de la tierra. Estás en ella para revestirla de tus cualidades y perfecciones, de tus dones y disposiciones, e imprimir en ella una imagen perfectísima de ti mismo, de tus estados, misterios y virtudes; la haces tan semejante a ti que mirando a Jesús se ve a María y mirando a María se ve a Jesús. Bendito seas, Jesús, por lo que eres y obras en tu santa madre. Te ofrezco todas las complacencias, el amor y la gloria que has tenido y tendrás siempre en ella.

Te honro y admiro, Madre de Jesús, en la vida santa y admirable que tienes en tu Hijo Jesús, colmada de toda virtud y perfección. Un solo instante de esta vida agrada más a Dios que todas las vidas de los ángeles y de los hombres, y ella da a Dios un honor más grande y mayor amor que todas las demás vidas del cielo y de la tierra. Tu vida es la misma de Jesús, tu Hijo, que él te comunica de manera singular e inefable.

Bendita seas, Virgen santa, por el honor que has dado a tu Hijo amadísimo en toda tu vida. Te ofrezco la mía, Madre de vida y de gracia, y la consagro en tu honor, suplicando de todo corazón a tu Hijo Jesús, Dios de vida y de amor, que toda mi vida sea un homenaje continuo y eterno a su santa vida y a la tuya.

¡Jesús, Dios de mi vida y de mi corazón!, que desees ardientemente vivir en mí y hacerme vivir en ti con una vida santa y celestial: perdóname los obstáculos que he puesto a tus designios con mis pecados e infidelidades. Destruye en mí la vida corrompida y depravada del viejo Adán y comunícame tu vida santa y perfecta. Vive plenamente en mi espíritu, en mi corazón y en mi alma y realiza en mí todo lo que desees por tu gloria, amándote y glorificándote en mí. Madre de Jesús, alcánzame de tu Hijo que todo ello sea realidad en mí.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PIRESBÍTERO, «VIDA Y REINO DE JESÚS EN LAS ALMAS CRISTIANAS». 5, 9: Oeuvres Complètes 1, 432-434.)

77. Porqué debemos honrar al Corazón de María

Allegarse al Corazón de María es encontrarse con Jesús. El corazón representa todo el interior del hombre, pero principalmente su amor. Por eso, cuando honramos al Corazón de María no queremos recordar algún misterio, acción o cualidad, y ni siquiera la persona dignísima de la Virgen, sino la fuente y el origen de la santidad de todo ello: su amor y caridad.

Porque este amor santificó todas sus acciones, las facultades de su espíritu, su vida exterior e interior, con sus virtudes y perfecciones. El amor la hizo digna de ser madre de Jesús y de todos los miembros de Cristo y fuente inagotable de gracias.

Ustedes, todos los sedientos, vengan presurosos a beber de esta fuente. ¿Por qué vacilan? ¿Temen acaso rebajar la bondad de su Redentor cuando les dirige al Corazón de su madre? Porque María nada es, nada tiene y nada puede sino de Jesús, por él y en él. Es Jesús el que lo es todo, lo puede todo y lo hace todo en ella.

Y no solamente Jesús vive y permanece continuamente en el Corazón de María, sino que él mismo es el Corazón de su Corazón. Por eso, allegarse al Corazón de María es encontrarse con Jesús; honrar al Corazón de María es honrar a Jesús; invocar al Corazón de María, es invocar a Jesús. Este Corazón admirable es el ejemplar y el modelo de nuestros corazones; y la perfección cristiana consiste en llegar a ser imágenes vivas del Corazón santo de María. Además, así como el Padre eterno concedió a María concebir a su Hijo primero en su Corazón y luego en su seno virginal, así también le dio poder de formarlo en el corazón de los hijos de Adán. Por eso, ella colabora en la obra de nuestra salvación, empleando con amor increíble este poder especial. Y como ella llevó y llevará eternamente a su Hijo Jesús en su Corazón, ha llevado también y llevará siempre con él a todos los miembros de la divina Cabeza, como a hijos muy queridos. Y como frutos de su Corazón maternal que ella presenta como oblación continua a la divina majestad.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO, «SOBRE EL ADMIRABLE CORAZÓN DE JESÚS». 2, 4-5: Oeuvres Complètes 6, 148. 182; 8, 431.)

78. El Corazón de María rebosa de amor a Dios y de caridad hacia nosotros

María no amó jamás nada fuera de Dios y lo que Dios quiso que amara en él y por él. Entre las festividades de la Virgen María, la de su Corazón es como el corazón y la reina de las demás, porque celebra la sede del amor y de la caridad.

El objeto de esta solemnidad es el Corazón de la hija única y amadísima del Padre eterno, el corazón de la Madre de Dios, de la Esposa del Espíritu Santo, de la madre amorosísima de todos los fieles. Es un Corazón encendido de amor a Dios y de caridad por nosotros.

El Corazón de María es todo amor por Dios. Porque nunca ha amado nada fuera de Dios y lo que Dios quiso que amara en él y por él. Porque lo ha amado siempre con todo su corazón, con toda su alma, y con todas sus fuerzas. Porque no solamente ha querido siempre lo que Dios quería, sino que ha puesto en ello su gozo y felicidad.

El Corazón de María es todo amor por nosotros. Ella nos ama con el mismo amor con que ama a Dios porque es a él a quien mira y ama en nosotros. Nos ama con el mismo amor con que ama al Hombre Dios porque sabe que Cristo es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros y por lo mismo somos una sola cosa con él. Por eso nos mira y ama en cierta manera como a su Hijo y como a hijos propios. Llevamos esta gloriosa condición por dos razones: porque si es madre de la Cabeza lo es de sus miembros y porque nuestro Salvador, en la cruz, nos entregó a su madre en calidad de hijos. Jesús nos la ha dado no sólo por reina y soberana, sino en calidad de madre, que es la más ventajosa que podemos imaginar. A cada uno de nosotros repite lo que dijo a san Juan: Esta es tu madre. Y Jesús nos entrega a ella no sólo como servidores y esclavos, sino en calidad de hijos: He aquí a tu hijo, le dice, hablando de cada uno de nosotros en la persona del apóstol amado. Como si le dijera: «Estos son todos mis miembros que te entrego para que sean tus hijos. Los pongo en mi lugar para que los mires, y ames como a mí mismo y como yo los amo».

Madre de Jesús: tú nos cuidas y nos amas como a tus hijos y como a hermanos de tu Hijo y nos amas y amarás eternamente con el mismo amor de madre con que lo amas a él.

Por eso, querido hermano, en todos tus asuntos, necesidades, perplejidades y aflicciones, acude al Corazón de nuestra amorosa madre. Es un Corazón que vela sobre nosotros y nuestros intereses. Es un Corazón tan lleno de bondad, dulzura, misericordia y liberalidad que nadie ha acudido a él con humildad y confianza sin recibir sus consuelos. Es un Corazón generoso, fuerte y poderoso para combatir a nuestros enemigos, para alejar y destruir todo lo que nos perjudica, para alcanzar de Dios lo que pide y colmarnos de toda clase de bienes.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO, «SOBRE EL ADMIRABLE CORAZÓN DE JESÚS». 9, 4; 11, 2: Oeuvres Complètes 7, 461-46; 8, 114-122. 139 - 140.)

79. María ha llevado y llevará a Cristo en su Corazón

Un testimonio de la devoción particular de san Agustín por la Madre de Dios y que se refiere a su Corazón está contenido en las siguientes palabras de su libro sobre la santa virginidad: La divina maternidad de nada habría servido a María sí no hubiera llevado a Cristo más felizmente en su Corazón que en su carne.

Es éste uno de los más bellos elogios que se pueden hacer en honor del Corazón de la Reina del cielo, pues san Agustín lo exalta por encima de las entrañas benditas de la Madre de Dios. Y con toda razón:

1. Porque esta Virgen incomparable concibió al Hijo de Dios en su Corazón virginal antes de concebirlo en sus entrañas.
2. Porque si lo concibió en su seno es por haberse hecho digna de ello al concebirlo primero en su Corazón.
3. Porque en sus entrañas sólo lo llevó por espacio de nueve meses, pero en el Corazón lo lleva desde el primer instante de su vida y por toda la eternidad.
4. Porque lo ha llevado más digna y santamente en su Corazón que en su carne, ya que este Corazón es un cielo viviente en el que el Rey del universo recibe mayor amor y gloria que en los cielos excelsos.
5. Porque la Madre del Salvador lo llevó en su seno cuando él era pasible y mortal y en las debilidades de su infancia; en cambio lo llevará eternamente en su Corazón en su estado glorioso, impasible, e inmortal.

Por eso san Agustín tiene toda la razón cuando dice que María llevó a Jesús más feliz y excelentemente en su Corazón que en su carne.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO, « SOBRE EL ADMIRABLE CORAZÓN DE JESÚS». 7, 1: Oeuvres Complètes 7, 245-246.)

80. El Cuerpo Místico nació en el Corazón de María

El tercer cuadro del nobilísimo Corazón de la Reina del cielo, es lo que va expresado en estas santas palabras: “Dios nuestro Rey obró la salvación en medio de la tierra: Deus rex noster operatus est salutem in medio terrae (Sal 73). . . ¿Cuál es esta preciosa tierra? Es la Santísima Virgen. Respecto de ella, la primera tierra, considerada en el

estado en que Dios la había hecho y en que estaba antes de la maldición del pecado, es una sombra y un dibujo, aunque muy imperfecto.

De esta tierra habló el Espíritu Santo cuando dijo: *Aperiat terra et germinet Salvatore*: “Abrase la tierra para producir al Salvador” (Is 45,8). . .

En el medio de esta tierra es donde Dios obró nuestra salvación: *Operatus est salutem in medio terrae* (. . .) O según otra versión, *in intimo terrae* “en el medio, en el corazón de esta tierra”; es decir, en el Corazón y en el seno de esta Virgen incomparable. Sí, es en el medio de esta buena tierra, o por decirlo mejor, es en este bueno y bonísimo Corazón de María, Madre de Jesús *In Corde bono et optimo* (Lc 8,15), donde la palabra increada y eterna, saliendo del seno de Dios para venir a salvar a los hombres aquí abajo, ha sido recibida y conservada cuidadosamente; donde el trigo de los elegidos *Frumentum electorum* (Zac. 9,17) ha sido sembrado en abundancia, y donde produjo su fruto al céntuplo y mil veces al céntuplo.

Es lo que se declaró en esta divina profecía del Espíritu Santo, que contiene muchos grandes y admirables misterios. . . “Habrá profusión de trigo en la tierra, en la cima de los montes ondeará; como el Líbano, al despertar sus frutos, y sus flores cual hierba de la tierra (Sal 71,16).

¿Cuál es en efecto, les pregunto, ese trigo esparcido con profusión, sino el Hijo único de Dios, el verdadero trigo de los elegidos, el pan de Dios, que es la vida y la fuerza del corazón del hombre: *Panis cor hominis confirmet* (Sal.103,15). . . , que el Padre eterno ha esparcido y esparce todos los días a manos llenas, cuando nos lo ha dado con tanto amor por el misterio de la Encarnación, y que nos lo da continuamente con tanta bondad por la Santa Eucaristía? ¿Qué son esos montes de altas cimas, sino su dignísima Madre? . . .

Sobre estos montes de altas cimas, en el medio de esta tierra santa, en el buenísimo Corazón de la buenísima María, es donde este adorable trigo ha sido sembrado y esparcido primeramente, puesto que ella lo recibió primero en su Corazón, antes de recibirlo en sus entrañas. Después de lo cual se extendió por todo el universo bajo el sople de los predicadores apostólicos animados por el Espíritu Santo, y se multiplicó infinitamente en todos los corazones de los verdaderos cristianos.

De suerte que puede decirse con verdad que Jesús es el fruto, no solamente del vientre, sino del Corazón de María; como también que todos los fieles son frutos de ese mismo Corazón. En efecto, así como la fe, la humildad, la pureza, el amor y la caridad de su corazón la hicieron digna de ser Madre del Hijo de Dios; así también esas mismas virtudes de su sagrado Corazón, le han valido la calidad de Madre de todos los hijos de Dios. Y como el Padre eterno le ha dado el poder, revistiéndola de su divina virtud por la cual da nacimiento a su Hijo desde toda eternidad en su seno adorable: “La virtud del

Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 1,35); poder, digo, de concebir a ese mismo Hijo en su Corazón y en su seno virginal: del mismo modo le ha dado poder, al mismo tiempo, de formarlo y hacerlo nacer en los corazones de los hijos de Adán, y hacerlos por este medio miembros de Jesucristo e hijos de Dios. Y así como ella concibió, llevó y llevará eternamente a su Hijo Jesús en su Corazón, así concibió igualmente, llevó y llevará por siempre en ese mismo Corazón a todos los santos miembros de esta divina cabeza, como a sus hijos muy amados y como el fruto de su Corazón maternal, del cual hace una oblación continua y un sacrificio perpetuo a la divina Majestad.

Así es como esta buena tierra ha hecho fructificar el grano de trigo que cayó en ella, y fue sacrificado y como destruido, para no quedar solo sino para producir cantidad innumerable de otros granos. Así es como este buenísimo Corazón ha producido su fruto al céntuplo de diez mil veces. Así es como el Rey de Reyes y el Dios de dioses ha cumplido la obra de nuestra salvación en medio de la tierra.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO: Oeuvres Complètes 4, 144)

81. María conservaba todos estos recuerdos y los meditaba en su Corazón

El Corazón de la bienaventurada Virgen es el depositario y fiel guardián de los misterios de la vida de nuestro Salvador. María conservaba todas éstas cosas en su Corazón (Lc 2, 19). En efecto:

1. Conservaba todos los misterios y maravillas de la vida de su Hijo, en cierta manera en su Corazón sensible y corporal, principio de la vida y sede del amor y demás pasiones del ser humano. Porque todas las palpitations de este Corazón virginal, todos los sentimientos que de él procedían estaban dirigidos a Jesús y a todo lo relacionado con él: el amor para amarlo, el odio para detestar todo cuanto a él se opone, la alegría para gozarse de sus glorias y grandezas; la tristeza para afligirse por sus trabajos y sufrimientos.
2. María las conservaba en su Corazón, vale a decir, en su memoria, entendimiento y voluntad y en lo más íntimo de su espíritu. Porque todas estas facultades de la parte superior de su alma se ocupaban sin cesar en recordar, meditar, contemplar, adorar y glorificar todo lo que acontecía en la vida de su Hijo, aun las cosas más pequeñas, porque sabía que todo cuanto hay en él es infinitamente grande y adorable.

3. Ella las conservaba en su Corazón, o sea en su alma e interior, esforzándose constantemente por realizar aquellas divinas palabras: Colócame como un sello sobre tu Corazón (Ct 8, 6). Y así María trataba de grabar en su alma y en su vida interior una imagen perfecta de la vida santa y de las eminentes virtudes de su Hijo. Las conservaba, así, de la mejor manera que puede existir: mediante una perfecta imitación.
4. María las conservaba en su Corazón mediante el Espíritu Santo que era el Espíritu de su espíritu, el corazón de su Corazón. Él las conservaba para ella, se las sugería y recordaba para que fueran alimento de su alma y al mismo tiempo recibieran allí el honor y la adoración que merecen, como también para darlas a conocer a los Apóstoles y discípulos.
5. De la misma manera María las conservaba en su Corazón mediante su Hijo Jesús, que la llenaba, poseía y conducía más que su propio espíritu y Corazón y que iluminaba esplendorosamente su entendimiento e imprimía en su alma un profundo respeto y veneración por los misterios que se habían producido en ella o que ella había presenciado.
6. Finalmente María las conservaba en su Corazón, empleando toda su capacidad natural y sobrenatural de amar en un ejercicio continuo de amor purísimo y ardiente a su Hijo Jesús, único objeto de todos sus afectos, y a todo cuanto se producía en él, interior y exteriormente, en su divinidad y humanidad.

Gracias a este amor, Jesús vivía y reinaba en su Corazón, ya que este es el secreto para atraerlo y conservarlo en nosotros, según sus palabras: *Si alguno me ama, vendremos a él y haremos en él nuestra morada* (Jn. 14, 23).

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO, «LA DEVOCIÓN AL SANTÍSIMO CORAZÓN». 1, 3: Oeuvres Complètes 8, 429-43L)

82. El Corazón de María, maravilloso manantial

Yo mismo he hecho brotar esta fuente: allí he establecido mi morada, y la he colmado de bienes infinitos para ustedes.

Una imagen del Corazón bendito de la Virgen es aquella fuente maravillosa que Dios hizo brotar de la tierra en el comienzo del mundo, como lo narra el capítulo segundo del Génesis: *Una fuente salía del suelo y regaba la superficie del campo* (Gn. 2, 6).

Leo en tu Evangelio, Jesús, que un día, cuando permanecías visiblemente entre nosotros, yendo a pie de ciudad en ciudad y de aldea en aldea para llevar a los pueblos la palabra de tu Padre, te sentaste fatigado al borde del pozo de Jacob. Allí te encontré una pobre mujer que iba a sacar agua. Y tú aprovechaste la ocasión para catequizarla. Y entre las muchas instrucciones que le diste, le hiciste saber que tenías un agua viva capaz de quitar para siempre la sed, es decir, la sed de las aguas envenenadas que el mundo da a sus seguidores.

Leo también en tu Evangelio que otro día te encontrabas en el templo de Jerusalén en medio de una gran multitud con un gran deseo de dar a todos esta agua viva y gritabas con fuerte voz: *El que tenga sed que venga a mí y beba*. Lo que hacías entonces, Señor mío, lo sigues haciendo todos los días. Porque te veo, no ya en el borde del pozo de Jacob, sino en medio de esta divina fuente de que estamos hablando y te oigo gritar sin cansarte:

«El que tenga sed que venga a mí y beba. Vengan a mí todos los que están cansados y sedientos, acosados de trabajos y miserias. Vengan a Mí, aquí, no a la fuente de Jacob, sino al Corazón de mi dignísima madre: aquí me encontrarán porque en él he puesto mi morada para siempre. Yo mismo he hecho brotar esta fuente, y con un amor mucho más grande por mis hijos que cuando hice salir aquella otra que regaba el paraíso para los hijos de Adán.

Yo la he hecho brotar y la he llenado de bienes infinitos para ustedes. Allí estoy yo para mostrarles y distribuirles los tesoros inmensos que en ella he escondido. Allí estoy para refrescarlos, fortalecerlos y darles una vida nueva con las aguas que de ella desbordan. Allí estoy para alimentarlos con la leche y miel que de ella manan. Vengan, pues, a mí». Hace mucho tiempo, Salvador mío, que estás clamando así; pero pocas personas abren sus oídos a tu voz. Si el mundo no escucha al Maestro, ¿cómo prestará oídos al servidor? Pero no importa: permíteme gritar contigo, para que el siervo imite a su Señor. ¡Quién me diera una voz suficientemente poderosa que se dejara oír en los cuatro rincones del mundo, para gritar a los oídos de todos los hombres: Oigan, sedientos

todos, acudan por agua, también los que no tienen dinero: vengan, compren trigo, coman sin pagar, vino y leche de balde! (Is 55, 1).

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PEESBÍTERO, «SOBRE EL ADMIRABLE CORAZÓN DE JESÚS». 2, 5: Oeuvres Complètes 6, 168. 187-189.)

83. El Corazón de la Madre de misericordia

Madre misericordiosa: vuelve tus ojos hacia tantos hijos miserables, enfermos y angustiados.

¡Virgen tierna y misericordiosa! Contempla con tus ojos benignos tantas miserias y tantos miserables que llenan la tierra, tantos pobres, viudas, huérfanos, enfermos, prisioneros; tantos hombres golpeados y perseguidos por la malicia humana, tantos indefensos, aplastados por la violencia de los que ejercen poder sobre ellos, tantos viajeros y peregrinos rodeados de peligros; tantos obreros evangélicos expuestos a mil riesgos para salvar las almas que se pierden; tantos espíritus y corazones afligidos, tantos hermanos atormentados por diversas tentaciones, tantas almas que padecen las penas del purgatorio.

Contempla, sobre todo, tantas almas víctimas del pecado y en estado de perdición, que es la más espantosa de todas las miserias.

Mira, en fin, Virgen bondadosa, el número casi infinito de desventurados del universo cuyas miserias innumerables les hacen clamar: «Madre de misericordia, consoladora de los afligidos, refugio de los pecadores, contempla, con tus ojos clementes, nuestra desolación. Abre los oídos de tu misericordia y escucha nuestras súplicas. Somos los desterrados hijos de Eva, expulsados de la casa de su Padre celestial, que gimen y lloran en este valle de lágrimas, y que acuden a tu incomparable bondad. Escucha nuestros suspiros y clamores y mira nuestro llanto. Muéstranos, tú que eres la poderosa y bondadosa abogada, que verdaderamente eres la Madre de misericordia. Vuelve a nosotros tus ojos maternos, para que no seamos desdichados en este mundo y en el otro: que después de este destierro tengamos la felicidad de ver el rostro de Jesús, el fruto bendito de tu seno virginal. ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!»

Haz que sintamos, misericordiosa María, las señales de tu clemencia. Ten compasión de nosotros y permítenos saborear la dulzura inefable de tu Corazón.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBÍTERO, «SOBRE EL ADMIRABLE CORAZÓN DE JESÚS». 5, 2: Oeuvres Complètes 7, 32-33.)

84. La «Madre admirable»

Te saludo, María, madre admirable.

Con razón, María, te llaman Madre Admirable porque lo eres en todas las cosas y en todas las maneras.

Admirable eres por la belleza y pureza angélicas de tu cuerpo virginal. Admirable por la santidad eminente de tu alma bendita. Admirable en tus facultades corporales y espirituales, santamente empleadas en dar gloria al Santo de los santos.

Admirable eres en tus pensamientos, palabras y acciones. Porque sólo te ha preocupado agradar a Dios. Porque tus palabras han sido como palabras de Dios, conforme al divino precepto: *El que toma la palabra que hable palabra de Dios* (1Pe 4, 11). Y tus acciones todas han estado consagradas a la divina majestad.

Eres admirable en tus sufrimientos que te han hecho digna de verte asociada con el Salvador en la redención del mundo. Admirable eres en todos los estados y misterios de tu vida, que son abismos profundos de maravillas. Admirable eres en tu concepción inmaculada y en tu nacimiento, causa de alegría indecible y eterna para todo el universo. Admirable en tu santo nombre de María.

Eres admirable en tu diálogo con el arcángel san Gabriel cuando te anunciaba el misterio inefable de la encarnación, y en las grandes cosas que sucedieron en ti en el momento feliz en que este misterio incomparable tenía su cumplimiento. Admirable eres en cada momento de los nueve meses de permanencia del Verbo encarnado, en su condición de Hijo único de María, en tus benditas entrañas. Admirable eres en cada una de las palabras del divino cántico que entonaste al visitar a tu prima Isabel.

Eres admirable en cada paso que te llevaba a Belén para alumbrar allí al Salvador del mundo. Admirable eres en el misterio de su epifanía cuando se manifestó a los santos Reyes que hallaron al niño en Belén con María, su madre y lo adoraron junto con ella. Admirable eres en tu santa convivencia con tu Hijo amadísimo, especialmente en los treinta primeros años de su vida. Admirable eres en la parte que tuvo tu caridad en el primer milagro de Jesús en las bodas de Caná. Admirable eres en la comunión que él te ha dado con su cruz y sus padecimientos y en el sacrificio que hiciste de tu hijo junto al patíbulo.

Admirable eres por todo cuanto sucedió en ti cuando te visitó después de su resurrección. Admirable apareces en las disposiciones con que recibiste al Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Admirable eres en tu santa muerte, en tu gloriosa ascensión y en la vida dichosa que llevas en el cielo. Admirable eres, finalmente, por todas las perfecciones con que Dios te ha adornado, como hija primogénita del Padre,

madre del Hijo de Dios, esposa del Espíritu Santo, santuario de la santa Trinidad, reina de los hombres y de los ángeles, madre de los cristianos, consoladora de los afligidos, abogada de los pecadores, refugio de todos los atribulados.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO, «SOBRE EL ADMIRABLE CORAZÓN DE JESÚS». 1: Oeuvres Complètes 6, 20-25.)

85. El Magníficat

El *Magníficat* es el cántico del Corazón de la santa Virgen.

El *Magníficat* es el cántico del Corazón de la santa Virgen por múltiples razones.

Primero, porque nació en este Corazón y de él salió antes de aparecer en sus labios.

Segundo, porque su lengua lo pronunció movida por su Corazón tanto corporal como espiritual y divino. Porque su Corazón corporal, saturado de un gozo sensible y extraordinario, movió los labios de María para que cantara este *Magníficat* con un fervor y júbilo singular. Su Corazón espiritual, arrebatado y transportado en Dios, hizo brotar de sus labios aquella palabra extática: *Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador* (Lc 1, 47). Su Corazón divino, es decir, el divino infante que estaba en sus benditas entrañas y que moraba en su Corazón como alma de su alma, espíritu de su espíritu y Corazón de su Corazón, es el principal autor de este cántico. Fue él quien le inspiró esos pensamientos y verdades y pronunció por su boca sus palabras.

En tercer lugar el *Magníficat* es el cántico del Corazón de la Madre de amor, es decir, del Espíritu Santo que es el Espíritu y Corazón del Padre y del Hijo y, al mismo tiempo, el Corazón y el Espíritu de esta Virgen Madre. De él está María tan llena y poseída que su presencia y su voz comunican este mismo Espíritu a Zacarías, Isabel y al niño que ésta lleva en sus entrañas.

Finalmente es el cántico del Corazón y del amor de esta Virgen amabilísima porque ha sido el divino amor que la abrasaba el que la hizo pronunciar todas las palabras de este poema maravilloso.

Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador

1. María se alegraba en Dios, es decir, de su infinito poder, sabiduría, bondad, justicia y misericordia y por haber hecho tan admirable despliegue de estas virtudes y atributos en el misterio de la encarnación y redención del mundo.
2. Ella se alegraba en Dios, su Salvador, porque vino a este mundo para salvarla y rescatarla de forma privilegiada, preservándola del pecado original y colmándola de sus gracias y favores, en tal plenitud, que fue hecha medianera y cooperadora con él en la salvación de todos los hombres.

3. Su Corazón desbordaba de alegría porque Dios la había mirado con ojos benignos, amando y aprobando la humildad de su sierva, en la cual hallaba singular contento y complacencia. Es ésta, dice san Agustín, la causa de la alegría de María: que Dios ha mirado la humildad de su sierva. Como si ella dijera: «Y me alegro por la gracia que el Señor me ha hecho, porque de él he recibido el motivo de esta alegría. Y me alegro en él porque amo sus dones por amor a él».
4. María se alegraba de las obras grandes que la bondad omnipotente había realizado en ella, las maravillas más excelsas que Dios pudo realizar en los siglos pasados y en todos los siglos venideros.
5. María se alegraba no solamente por las gracias que ella misma había recibido de Dios, sino también por los favores y misericordias que él ha derramado sobre todos los hombres que quieran disponerse para recibirlos.

Las palabras de este cántico nos manifiestan el gozo increíble que experimenta el Corazón de la Madre del Salvador en el instante de la encarnación del Hijo de Dios en ella y durante el resto de su vida.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO, «SOBRE EL ADMIRABLE CORAZÓN DE JESÚS». 10, 2-4: Oeuvres Complètes 8, 9-10.)

86. “El Corazón de Jesús y María”

¡Alégrate! Corazón santo,
¡Alégrate! Corazón manso,
¡Alégrate! Corazón humilde.
¡Alégrate! Corazón puro,
¡Alégrate! Corazón ferviente,
¡Alégrate! Corazón sabio.
¡Alégrate! Corazón paciente,
¡Alégrate! Corazón obediente,
¡Alégrate! Corazón solícito,
¡Alégrate! Corazón fiel,
¡Alégrate! Corazón fuente de toda felicidad.
¡Alégrate! Corazón misericordioso,

¡Alégrate! Corazón lleno de amor de Jesús y de María.

Te adoramos,
Te alabamos,
Te glorificamos,
Te damos gracias.

Te amamos con todo nuestro corazón,
Con toda nuestra alma,
Con todas nuestras fuerzas.

Te ofrecemos nuestro corazón,
Te lo entregamos,
Te lo consagramos,
Te lo inmolamos.

Acéptalo y poséelo plenamente;
Purifícalo, ilumínalo y santifícalo,
Para que en él vivas y reines,
Ahora y siempre y por los siglos de los siglos.
Amén.

(DEL LIBRO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO: Oeuvres Complètes 2, 363)

SAN JUAN EUDES

87. El testamento de san Juan Eudes

Entrego este Corazón como algo que me pertenece.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y en honor y unión del Testamento que mi Jesús hizo en el último día de su vida mortal sobre la tierra, hago el siguiente testamento, únicamente para gloria de mi Dios.

Me entrego de todo corazón a mi Salvador para unirme a la fe perfectísima de su santa madre, de sus apóstoles, de sus santos y de toda la Iglesia. Y en unión con esta fe declaro a la faz del cielo y de la tierra que quiero morir como hijo de la santa Iglesia católica, apostólica y romana, adherido a todas las verdades cristianas que ella enseña. Me ofrezco a mi Dios, dispuesto a padecer, con la ayuda de su gracia, toda clase de tormentos y de muertes para permanecer fiel a ella.

De todo corazón me entrego al amor infinito que llevó a Jesús a morir en la cruz por mí y por todos los hombres. En unión de este amor, acepto la muerte en el tiempo, lugar y manera que a él le plazca, para honrar y agradecer su santa muerte y la de su gloriosa madre. Le suplico con toda humildad, por el purísimo Corazón de su divina madre y por su Corazón traspasado de amor y dolor en la cruz por nosotros, que me conceda la gracia de morir en su amor, por su amor y para su amor.

Con toda mi voluntad me entrego al amor incomprensible por el que Jesús y mi bondadosa madre me han hecho don especial de su amabilísimo Corazón. En unión de ese amor entrego ese Corazón, como algo que me pertenece y del que puedo disponer para gloria de mi Dios, a la pequeña Congregación de Jesús y María para que sea la herencia, el tesoro, el patrono principal del corazón, la vida y la norma de los verdaderos hijos de esta Congregación, la cual a su vez entrego y dedico a ese Corazón para que esté consagrada a su honor y su alabanza en tiempo y eternidad.

Suplico y ruego a todos mis amadísimos hermanos que se esmeren por rendir a ese Corazón amantísimo y hacerle rendir todo el honor que les sea posible. Que celebren sus fiestas y oficios en los días señalados en nuestro Propio con todo el fervor y que en todas sus misiones exhorten a los fieles sobre este tema. Les pido que se esmeren por imprimir en sus corazones una imagen perfecta de las virtudes de este santísimo Corazón, considerándolo y siguiéndolo como la regla primera de sus vidas. Que se entreguen a Jesús y María en todas sus acciones y ejercicios para realizarlos con el amor, la humildad y demás disposiciones de su sagrado Corazón, para que así amen y

glorifiquen a Dios con un corazón digno de Dios, corde magno et animo volenti, y lleguen a ser conformes al Corazón de Dios e hijos verdaderos del Corazón de Jesús y de María. Igualmente hago entrega de este Corazón preciosísimo a todas mis amadas hijas las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad, a las Carmelitas de Caen y a todas mis demás hijas espirituales, especialmente a quienes tienen afecto especial por su indignísimo padre y cuyos nombres están en el libro de la vida: y los entrego a todos y cada uno a este bondadosísimo Corazón por las intenciones antes indicadas.

Les prometo que si mi Salvador me otorga la salvación como la espero de su infinita misericordia y de la caridad incomparable de su santa madre, tendré especial cuidado de ellos desde el cielo y los asistiré en la hora de su muerte, junto con esta bondadosa y santa Virgen.

Finalmente me entrego de todo corazón a mi amadísimo Jesús para unirme a las santas disposiciones con que él, su santa madre y todos sus santos han muerto, aceptando por su amor todas las penas de cuerpo y de espíritu que me vendrán en mis últimos días. Quiero que mi último suspiro sea un acto de puro amor a él y le suplico que acepte todos estos sentimientos míos y los conserve para la hora de mi muerte.

(DEL TESTAMENTO DE SAN JUAN EUDES, PRESBITERO. Oeuvres Complètes 12, 169-175.)

88. El voto del martirio, de san Juan Eudes

Elevación a Jesús para ofrecerse a él en calidad de hostia y de víctima que han de ser sacrificadas a su gloria y a su puro amor.

Te adoro y glorifico, amabilísimo Jesús, en el cruento martirio que padeciste en tu pasión y en tu cruz.

Te adoro y te bendigo, con todo mi ser, en tu estado de hostia y de víctima en el santo sacrificio del altar, en el que te ofreces continuamente a la gloria de tu Padre y por nuestro amor.

Te adoro y reverencio en el doloroso martirio de tu santa madre al pie de la cruz.

Te alabo y glorifico en los diversos martirios de tus santos que han padecido tantos y tan atroces tormentos por amor a ti.

Adoro y bendigo todos los pensamientos, los designios y el amor infinito que tienes, desde toda eternidad, hacia los bienaventurados mártires que han existido en la Iglesia desde sus comienzos y que existirán hasta el fin del mundo.

Adoro y reverencio el deseo extremo y la sed ardiente que tienes de sufrir y de morir hasta la consumación de los siglos, en tus miembros, para completar el misterio de tu

sagrada pasión y dar gloria a tu Padre, por el camino de los sufrimientos y de la muerte, hasta el fin del mundo.

En honor de todas estas cosas y en unión del inmenso amor con que te ofreciste a tu Padre desde el instante de tu encarnación, en calidad de hostia y de víctima, para ser inmolado por su gloria y por amor nuestro en el doloroso martirio de la cruz; en unión del amor de tu santa madre y de todos tus mártires, me ofrezco, me entrego y consagro a ti, Jesús, mi Señor, en el estado de hostia y de víctima.

Me ofrezco a ti para sufrir en mi cuerpo y en mi alma, según tu beneplácito y mediante tu gracia, toda clase de penas y tormentos, y aun para derramar mi sangre y hacerte el sacrificio de mi vida con el género de muerte que te plazca, sólo por tu gloria y tu puro amor.

Te hago voto, Señor Jesús, de que nunca revocaré por un acto formal esta oblación, consagración y sacrificio de mí mismo a la gloria de tu divina majestad.

Si llegara la ocasión en que me viera obligado a escoger entre morir o renunciar a mi fe en ti, o hacer algo importante contrario a tu voluntad, te hago voto y promesa, confiado en tu misericordia y en la ayuda de tu gracia, de confesarte, reconocerte, adorarte y glorificarte delante de todo el mundo, al precio de mi sangre, de mi vida y de toda clase de martirios y tormentos.

Te prometo padecer mil muertes, con todos los suplicios de la tierra y del infierno, antes que negarte o contrariar tu santa voluntad.

Recibe y acepta, Jesús, este voto y sacrificio que te hago de mi ser y de mi vida, en homenaje y por los méritos del divino sacrificio que hiciste de ti mismo a tu Padre en la cruz.

Mírame desde hoy como una hostia y una víctima destinada a ser inmolada enteramente a la gloria de tu santo nombre.

Te pido, por tu inmensa misericordia, que toda mi vida sea un perpetuo sacrificio de amor y de alabanza a ti.

Que mi vida imite y honre la tuya, la de tu excelsa madre y la de tus santos mártires.

Que no pase un día sin que yo sufra algo por amor a ti y que, finalmente, mi muerte sea la imagen de tu santa muerte.

(SAN JUAN EUDES, PRESBITERO. Oeuvres Complètes 12, 135-137.)

TEXTOS DE LA ESCUELA FRANCESA

PEDRO DE BÉRULLE (1575-1629)

89. Jesucristo, servidor y adorador del Padre

Tú eres ese servidor escogido, el único que sirve a Dios como él merece que le sirvan. Tú eres, Jesús, en la casa del Padre eterno, al mismo tiempo Hijo y servidor. Siempre Hijo y siempre servidor. Hijo único y también servidor único. Único Hijo propio y por naturaleza entre todos los hijos de Dios y único servidor escogido y singular entre todos los servidores de Dios. Tú eres ese servidor escogido, el único en quien el Padre tiene sus complacencias: *Mira a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien tengo mis complacencias* (Is 42, 1). Tú eres ese servidor escogido, el único que sirve a Dios como él merece que le sirvan, con servicio de valor infinito. El único que lo adora con adoración infinita. Porque antes de ti la majestad suprema no recibía de los hombres ni de los ángeles aquel servicio y adoración que tú ahora le rindes, según la infinitud de su grandeza, la divinidad de su esencia, la majestad de sus personas.

Desde toda eternidad había ciertamente un Dios infinitamente adorable, pero no existía aún un adorador infinito; había un Dios digno de ser infinitamente amado y servido, pero no existía hombre ni servidor capaz de servir y amar infinitamente.

Tú eres, ahora, adorador y servidor, infinito en poder, en calidad, en dignidad, capaz de cumplir plenamente este deber y de dar este divino homenaje. Tú eres ese hombre que ama, adora y sirve a la majestad suprema, como merece ser amada, servida y honrada. ¡Grandeza de Jesús, aún en su estado de abatimiento y de servidumbre, eres el único capaz de dar un homenaje perfecto a la divinidad!

Así pues, tú eres, Jesús, humilde, grande y admirable. Eres al mismo tiempo el vasallo y el soberano, el Hijo y el servidor único del Altísimo; eres Dios y eres hombre. Y estas diferentes naturalezas, estos diversos estados y cualidades se hallan y permanecen en una misma persona que yo adoro y amo y a la que quiero reconocer y servir en todas sus grandezas, oficios y voluntades.

Haz, Señor, por tu gracia y tu poder, en honor tuyo y para honrar el amor y servicio que das al Padre eterno y que te dignas dar a los mismos hombres, que éstos te conozcan, te amen y te sirvan, que contemplando tus grandezas entreguen y consagren su vida a la tuya y penetren en las maravillas y secretos de tu ser. Tú eres vida, Jesús, y tu vida es doble como tu naturaleza. Y así como cada una de tus naturalezas está santa y

divinamente viva, así tu vida está escondida de doble manera: escondida en su propia grandeza y sublimidad, y al mismo tiempo en su admirable aniquilamiento y humildad.

(DEL LIBRO DEL CARDENAL PEDRO DEBÉRULLE, «GRANDEZAS DE JESÚS».2, MIGNE, 183-184.)

90. La ofrenda de Cristo a su Padre

Al entrar en el mundo Cristo dice: «Ya estoy aquí, Dios, para cumplir tu voluntad».

Al entrar en el mundo Cristo dice: *No quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo*. Entonces dijo: *Ya estoy aquí, Dios, para cumplir tu voluntad* (Hb 10, 5-7). Hallamos en el Evangelio un diálogo celestial entre un ángel y la Virgen. Pero aquí tenemos otro diálogo mucho más celestial y más digno de meditación. El que habla es el Verbo Encarnado, y habla apenas se ha encarnado.

El tema de que habla es su encarnación, el fin y el uso de este altísimo misterio y la sustitución de la antigua alianza por la nueva. Aquel con quien habla es el Dios vivo, el Dios reconocido en el Antiguo Testamento, el Dios que estableció la fe y el culto de la antigua alianza, el Dios a quien se ofrecían los sacrificios que él ya no deseaba, para dar paso a una alianza nueva. En una palabra, es Dios, su Padre, autor del misterio de la encarnación y que en este misterio ha dado un cuerpo a su Hijo único, revistiéndolo de la naturaleza humana: Tú me has preparado un cuerpo.

Jesús le ofrece y presenta este cuerpo, destinado, consagrado y ya marcado para el servicio, la cruz y la muerte. Le ofrece este cuerpo en calidad de hostia para gloria de su Padre y para salvación del mundo como sustitución de todas las víctimas que Dios, su Padre, ha recibido hasta el presente.

Jesús, pues, que está haciendo su entrada en el mundo y que tiene tantos títulos y cualidades, parece olvidarlos y en su primer diálogo con su Padre asume su condición de hostia y se presenta a él en este estado: es éste su primer oficio para con Dios, su Padre; su primer ejercicio es sustituir a todas las víctimas que le antecedieron: Ya estoy aquí para cumplir tu voluntad. Conoce y acepta la voluntad de Dios sobre él y ajusta a ella su propia voluntad. Entra a ejercer su estado de hostia.

Así Jesús entra en el mundo y ofrece a Dios, su Padre, el primer uso de su ser, de su vida y de su voluntad, las primicias de su corazón y de sus pensamientos, los primeros frutos de este árbol de vida dignamente plantado en el paraíso de la Virgen, su primer querer que dirige todos sus deseos y todos los estados de su vida en el mundo. Y esta voluntad primera de Jesús es tan digna y de tal peso y eficacia, que la carta a los Hebreos añade: En virtud de esta voluntad, quedamos nosotros santificados (Hb 10,

10). Palabra grande que nos enseña cómo esta oblación interior y esta voluntad primera de Jesús al entrar en el mundo es el origen de nuestra salvación, es una especie de justicia original que nos viene no ya de Adán, sino de Jesús; es la nueva justicia que tenemos en el nuevo Adán: justicia mucho más excelente que la que debíamos tener en nuestro primer antepasado. Y esta voluntad mutua y recíproca del Padre acerca de su Hijo, que lo coloca en estado de hostia, y del Hijo para con su Padre, al ofrecerse a él en esta condición, es la fuente de todos aquellos bienes que poseeremos en la tierra y en el cielo y fundamenta el estado del Nuevo Testamento: abroga el régimen primero para establecer el segundo.

Adoremos y amemos esta primera oblación y voluntad del alma de Jesús. En este ejercicio y en este querer están contenidas sumaria, original y divinamente la salvación y la vida del universo. Durante todo el curso de nuestra vida el Espíritu de Jesús transmite e imprime en nuestros espíritus los efectos saludables de esta primera oblación, de esta vida interior y espiritual, de esta acción y comunicación de Jesús con Dios, su Padre. Estos efectos se nos aplican mediante la generación que Jesús nos da en el bautismo y por las acciones e instituciones de la religión cristiana que son otros tantos vínculos que nos ligan a Jesús y nos capacitan para las obras de su gracia, para participar en su vida santa y para recibir en nuestras almas su Espíritu.

(DEL LIBRO DEL CARDENAL PEDRO DE BÉRULLE, «VIDA DE JESÚS». 27, MIGNE, 488-492.)

91. El «Fiat» de la Virgen

Palabra viva y que penetra hasta el seno del Padre eterno, de donde toma al Hijo único de Dios para alejarlo en el seno virginal de María.

La Virgen asiente a la palabra del ángel, obedece a la de Dios y dice: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38). Esta palabra de la Virgen no es una palabra de piedad rutinaria y de sentido trivial. Es una humilde y célebre palabra que alegra al cielo, realiza la salvación del universo y arranca de los cielos al Verbo eterno para traerlo a la tierra. Cuando esta virgen humilde, callada y modesta abre su boca para proferirla, se encuentra en manos del Verbo eterno que la acompaña, que va a encarnarse en ella, que la desea por madre.

Es este divino Verbo el que le inspira esa palabra y le comunica esta actitud. La última palabra de la Virgen al ángel es muy diferente de la primera. Ya no es una palabra de extrañeza, como la anterior, sino de consentimiento. No es averiguación humana, sino determinación divina. No es una palabra de vacilación, sino de acatamiento vivo y

ardiente del querer y de la obra de Dios. Es una excelsa, memorable y preciosa palabra; una palabra de gracia, de amor y de vida, de una vida que nunca ha de terminar. Porque esa palabra da la vida al Dios vivo y le comunica un estado desde ahora eterno al Hijo eterno del mismo Dios.

Busquemos, no diamantes, sino corazones celestiales y espíritus divinos para grabar en ellos y eternizar esta santa palabra, imprimiéndola en un lugar digno y proporcionado a su excelsitud. Porque también está impresa en el Libro de la vida y en el Corazón divino de Jesús y de María. ¡Qué poderosa, fecunda y feliz es esta, palabra! ¡Cuántos secretos, gracias y efectos contienen! Con justa razón la Virgen la profiere en un momento para ella tan santo y feliz, en el momento de su mayor poder y de la mayor fecundidad que pueda comunicarse a una creatura, cuando ella va a concebir y producir al Verbo encarnado, que es la virtud, la luz y el poder del Padre.

Cuando la Virgen profiere esta palabra se encuentra sumergida en una gracia singular, en un estado divino, en una actitud admirable que le hace producir actos y efectos excelentes. En ese momento ella se rebaja y al rebajarse es exaltada más alto que los cielos.

Allí se pierde en las manos de su Dios como una nada ante su Creador y llega a ser madre de su mismo Creador. Entonces ella penetra en sus grandezas mediante sus humillaciones; penetra en su maternidad mediante su virginidad, penetra en la soberanía a través de la obediencia. Se hace la sierva del Señor y llega a ser la madre del Señor. Madre y sierva al mismo tiempo, siempre madre y siempre sierva, como su Hijo es Dios y hombre, siempre Dios y siempre hombre. Entonces ella también, permaneciendo virgen, llega a ser madre: dos beneficios de la corte celestial, hasta ese día incompatibles, que en ese instante se juntaron en María en atención a su misión y a su persona. De tal manera que no solamente se conserva su virginidad, sino que se sublima, se corona y florece más que nunca por esa maternidad; y su maternidad es santamente preparada, felizmente alcanzada y divinamente realizada en su virginidad. (DEL LIBRO DEL CARDENAL PEDRO DE BÉRULLE, «VIDA DE JESÚS». 15, MIGNE, 455-459.)

92. El silencio de la Virgen en el nacimiento de Jesús

El silencio de María no es balbuceo ni impotencia: es un silencio lleno de luz y de éxtasis. [En su nacimiento] el Hijo de Dios se halla silencioso y hasta imposibilitado para hablar. Por nosotros se encuentra en este humilde estado. Semejante situación de silencio que contemplo en Jesús me pasma y me sume en el silencio, como veo que extasía y sume

en el silencio a su santísima madre. Y es lo más apropiado para honrar cosas tan elevadas y profundas. De ahí que la parte de María en este santo tiempo es estar silenciosa. Es este su estado, su camino, su vida.

Su vida es silenciosa adoración de la Palabra eterna. Y al contemplar que en su seno y en sus brazos la misma Palabra, la Palabra sustancial del Padre, está muda y silenciosa, por su estado de infancia, ella se hunde en un nuevo silencio por el cual se transforma, a imagen del Verbo encarnado que es su Hijo, su Dios y su único amor.

La vida de María pasa así, de silencio a silencio: del silencio de adoración al silencio de asimilación. Su espíritu y sus sentimientos se conjugan para formar y perpetuar en ella esta vida silenciosa, por más que un motivo tan grande, tan presente y tan personal fuera bien digno de sus palabras y alabanzas.

A nadie pertenece Jesús más estrechamente que a María, que es su madre. Y lo es en forma excepcional, sin concurso de padre sobre la tierra, como Dios es su Padre en el cielo, sin concurso de madre. Nadie tiene, por consiguiente, más derecho para hablar de él que María, que hace las veces de padre y de madre y que no comparte con nadie la sustancia nueva con que lo ha plasmado.

¿Quién puede conocer mejor el estado, las grandezas, las debilidades de Jesús, que María, en cuyas entrañas reposó nueve meses y de quien tomó ese cuerpecillo que esconde la grandeza de la divinidad como una tenue nube oculta el sol, y como un velo desplegado esconde el santuario verdadero? ¿Quién podría hablar con mayor dignidad, altura y divinidad de cosas tan grandes, profundas y divinas que la madre misma del Verbo eterno, en la cual y por la cual ellas tuvieron lugar y que es la única persona escogida por la Trinidad para asociarla en la realización de estas maravillas? Sin embargo, María se encuentra silenciosa, extasiada ante el silencio de su Hijo Jesús. Y uno de los efectos sagrados y divinos del silencio de Jesús es situar a su santísima madre en una vida de silencio: silencio humilde y profundo, que adora más santa y elocuentemente a la Sabiduría encarnada que las palabras de los hombres o de los ángeles.

Este silencio de la Virgen no es balbuceo ni impotencia: es un silencio lleno de luz y de éxtasis, más elocuente que la elocuencia misma para alabar a Jesús. Es un resultado poderoso y divino en el orden de la gracia, producido por el silencio de Jesús que lo imprime en su madre, que la atrae a su propio silencio y que absorbe en su divinidad toda palabra y pensamiento de su creatura.

Es algo maravilloso que, en el estado de silencio y de infancia de Jesús, todos hablan y María no. El silencio de Jesús es más poderoso para mantener a su madre en sagrado silencio, que las palabras de los ángeles y de los santos para desatar su lengua y hacerle

hablar de aquellas cosas tan dignas de alabanza y que el cielo y la tierra unánimes celebran y adoran. Los ángeles comentan estas cosas entre sí y con los pastores, y María calla. Los pastores van corriendo y hablando, y María calla. Los reyes llegan, hablan y hacen hablar a toda la ciudad, a todo el Estado, y al Sagrado sínodo de los judíos, pero María se halla retirada y silenciosa.

En el templo hablan Simeón, la profetisa Ana y todos los que esperan la salvación de Israel, mientras María ofrece, entrega, recibe y devuelve a su Hijo en silencio. Porque el silencio de Jesús se imprime poderosa y secretamente en el espíritu y en el corazón de la Virgen y la mantiene fuerte y divinamente ocupada y extasiada en el silencio. Porque también durante todo el curso de la infancia de Jesús, sólo tenemos aquellas palabras que revelan la actitud de la Virgen y su piedad maternal para con su Hijo y con las cosas que se dicen de él y en él se cumplen: María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón (Lc 2, 19). Esa era la ocupación de la Virgen, su ejercicio y su vida respecto a Jesús en el tiempo de su santa infancia.

(DEL LIBRO DEL CARDENAL PEDRO DE BÉRULLE, «OPÚSCULOS DE PIEDAD».
EDICIÓN ROTUREAU, 60, 233-235.)

93. Jesús, realización de nuestro ser

Jesús, es la realización de nuestro ser, que solo en él subsiste, más verdaderamente que el cuerpo no tiene vida y realización propia sino en el alma y los miembros en el cuerpo y la cepa en la vid, y la parte en el todo. Pues nosotros somos parte de Jesús, y él es nuestro todo, y todo nuestro bien es estar con él, como la cepa está en la vid y de ella toma su vida y su fruto. Y esta verdad es más real y más importante, que la realidad de la cepa en la viña, que es solo una sombra una imagen.

Debemos mirar nuestro ser como un ser malogrado e imperfecto, como un vacío que tiene necesidad de ser colmado, como una parte que necesita ser completada, como una lápida reservada* que aguarda la realización de quien la ha preparado, como u primer esbozo en manos de un excelente pintor que espera los brillantes colores finales.

Y debemos mirar a Jesús como nuestra realización, pues de verdad es y lo que quiere ser, como el verbo es la plenitud de la naturaleza humana que en él subsiste...

*: O.P. 144, 1, col. 1180-1181**.

“Pues Jesús es nuestra plenitud, y debemos unirnos a Jesús, como a quien es el fundamento de nuestro ser por su divinidad, y el vínculo de nuestro ser con Dios por su humanidad, la vida de nuestra vida, la plenitud de nuestra capacidad. Nuestro primer conocimiento debe ser nuestra condición, malograda e imperfecta; y nuestro primer movimiento debe ser hacia Jesús como a nuestra realización; y en esta búsqueda de Jesús, en esta adherencia a Jesús, en esta continua y profunda dependencia de Jesús, está nuestra vida, nuestro reposo, nuestra fuerza y todo nuestro poder para obrar; y jamás debemos actuar sin estar unidos a él dirigidos por él, y animados por él”: O.P. 144, 2. col. 1181.

“Nos relacionamos con él hecho cabeza de la naturaleza humana, somos expresión suya, de él tomamos nuestras aptitudes y esperamos ser capacitados y colmados por él...Nuestra capacidad depende totalmente de él, y no hay ninguno más que pueda actuar y colmar sino él...”: O.P. 144, 3 col, 1182.

“Y solo debemos soportarnos a nosotros mismos para procurar que Jesucristo viva en nosotros y disponga y disfrute de cuanto hay en nosotros”: O.P. 144, 7 col. 1184.

*Expresión que designa una piedra escogida para una inscripción.

**La abreviatura P.P. designa sus opúsculos de piedad en la colección MIGNE.

94. Los misterios y los estados de Jesús

“Pensamos algunas veces en los misterios del Hijo de Dios, sin considerarlos suficientemente; y no nos aplicamos en ellos ni los profundizamos bastante...”

Todos los misterios y todos los estados del Hijo de Dios, tienen efectos en las almas. Tales efectos son conforme a los estados; y según eso, el misterio, el estado y la vida gloriosa del Hijo de Dios deberían obrar en nosotros un efecto de gloria muy particular, una vida completa de gracia, una manera de comunicarnos con el Hijo de Dios del todo especial. Pero nosotros no somos dignos de ello. Es para el cielo. Lo digo solamente para mostrar cuán lejos estamos de ello, y para incitarnos a tener una mayor comunicación y una relación más especial con el Hijo de Dios.

Debemos buscar disposiciones conforme al estado glorioso del Hijo de Dios, para recibir algún efecto en nosotros y honrarle más. Estas disposiciones deben ser: adoración, amor y comunicación o participación. Adoración, pues todos los misterios del Hijo de Dios son adorables. Amor, por cuanto estamos obligados a amar al Hijo de Dios y sus misterios son adorables, también son amables. Comunicación o participación, pidiendo

al Hijo de Dios que nos comunique algún efecto de ese misterio y nos haga participar del mismo”.

Texto inédito, citado por M. Dupuy, op. cit. pp. 132-133.

95. María y Jesús

Texto inédito, los términos en *itálica* están subrayados en el texto original.

“Ella es siempre madre, pero no siempre en ejercicio, ni en el mismo oficio de madre. Ella está siempre en actitud, en santidad, en amor de madre, en relación natural y espiritual de madre. El Hijo la mira siempre como a su Madre; y ella siempre lo mira como a su Hijo; esa mirada nunca se pierde, como relación natural, ha permanecido siempre. Y aunque el Hijo tenga otras cualidades, Verbo, Dios, Soberano, etc., ella lo mira perfectamente. Pero no pierde esa primera mirada que subsiste y se conserva entre todas las otras.

Lo que se debe a la perfección de la mirada y la inclinación de María hacia Jesús, del obrar perfecto de Jesús hacia María, que hace en ella esa relación, esa mirada y esa inclinación perfecta. Así los santos en el cielo, viendo a Dios perfectamente, ven todo lo que hay en Dios, todas sus perfecciones-nos dice el tratado de la bienaventuranza-, no solo una perfección, sino cada una y todas en cada una, porque la visión es perfecta y contiene la esencia y las personas, etc. De la misma manera, María, al ver perfectamente a Cristo, ve todas sus perfecciones, condiciones y cualidades, y en todas ve la calidad de hijo que él tiene respecto de ella: Dios hijo, Verbo hijo, Soberano Hijo, etc....Ella lo ve en todas sus grandezas y oficios, pero lo ve siempre como su hijo, ve que es su hijo en sus grandezas y a pesar de las mismas lo ve, lo siente, lo ama, lo mira como su hijo.

¡Oh mirada santa de María hacia Jesús y de Jesús hacia María! ¡Oh mirada vivificante! ¡Oh mirada divina! ¡Oh mirada perpetua! ¡Oh mirada imitadora del Padre al Hijo y del Hijo al Padre en la eternidad! ¡Cómo ésta filiación y maternidad temporal imita la filiación y paternidad eterna de Dios! Y por eso, esta mirada es santa, es perpetua, es mutua, es poderosa, es divina y como divina y poderosa. Produce un amor recíproco del Hijo a la Madre y de la Madre al Hijo, como autor producido en la divinidad es un amor producido, procedente y personal, además del amor esencial que está en la naturaleza divina por esencia. Hay que notar: estos dos amores de María, natural y producido; como los dos amores en la divinidad, amor esencial y procedente o personal”.

Texto inédito, citado por M. Dupuy, op. cit. pp., 150-151.

96. El silencio de Jesús infante y de María

“Me gustaría mucho más oír hablar de Jesús, que hablar de Jesús. Pues el estado de silencio que veo en Jesús me fascina y me lleva al silencio a su santísima Madre. Y yo elegiría de muy buena gana hacer compañía a Jesús y a María en su silencio, más que a todo el resto del cielo y de la tierra, y que a los mismos que, según el Evangelio, hablan de manera tan elevada y divina de las maravillas sucedidas en aquellos días. Este sagrado silencio es más propio para honrar cosas tan grandes y tan profundas y para reverenciar dignamente las grandezas de Jesús ocultas en sus pequeñeces, su divinidad velada en nuestra humanidad y su poder y sapiencia increadas, cubiertas por la impotencia y la infancia que perciben nuestros ojos.

Es también la participación de la Virgen en ese tiempo santo de silencio. Es su estado, es su camino, es su vida. Su vida es una vida de silencio que adora la Palabra eterna. Viendo ante sus ojos, en su seno, es sus brazos, esta misma Palabra, la Palabra substancial del Padre, estar muda y reducida al silencio por su estado de infancia, ella entra en un silencio nuevo y en él es transformada, a ejemplo del verbo encarnado, que es su Hijo, su Dios y su amor único. Y su vida así pasa de silencio en silencio, de silencio de adoración en silencio de transformación; su espíritu y sus sentidos conspiran igualmente para formar y perpetuar en ella esta vida de silencio (...). Y siempre está ella en silencio, absorta por el silencio de su Hijo Jesús. Y es uno de los efectos sagrados y divinos del silencio de Jesús, llevar a la santísima Madre de Jesús a vida de silencio; silencio humilde, profundo, que adora más santa y elocuentemente la sapiencia encarnada que las palabras de los hombres y de los ángeles.

El silencio de la Virgen no es un silencio balbuciente y de incapacidad, es un silencio de luces y de arrobamiento, es un silencio más elocuente en alabanzas de Jesús, que la elocuencia misma (...).

Es también una maravilla ver que es este estado de silencio y de infancia de Jesús, todos hablan y María no habla, teniendo el silencio de Jesús más poder para tenerla en su sagrado silencio, que ni las palabras de los ángeles y de los santos tienen fuerza para incitarla y hacerla hablar de cosas tan dignas de alabanza y que el cielo y la tierra celebran y adoran unánimemente.

Los Ángeles hablan de ellas entre ellas y los pastores; y María está en silencio. Llegan los reyes, hablan y hacen hablar a toda la ciudad, a todo el Estado y a todo el sagrado sínodo de Judea; y María está en retiro y en silencio. Todo el Estado está conmovido,

y cada uno habla del nuevo Rey; y María sigue en su reposo y en su sagrario. Simeón habla en el templo, y hablan todos los que aguardan la salvación de Israel; y María ofrece, da, recibe y presenta a su Hijo en silencio. Tanto poder impresión secreta tiene el silencio de Jesús sobre el espíritu y el corazón de la Virgen, y la mantiene poderosa y divinamente ocupada y absorta en silencio. Pues de todo el tiempo de su infancia no tenemos otras palabras que las que no son referidas de la conducta de la Virgen, y de su piedad para con su Hijo, y que las cosas que de él se dicen y en él se cumplen: “María conservaba estos recuerdos y los meditaba en su corazón”: LC, II, 19. He aquí el estado y la ocupación de la Virgen, he aquí su ejercicio y su vida con relación a Jesús durante su santa infancia”.

Obras de piedad, N°. 39, col. 987-989 de la edición de Migne.

97. Voto de esclavitud (primera redacción)

Los términos en negrita están subrayados en el texto.

“Yo hago voto a Dios de esclavitud perpetua a Jesucristo; a su humanidad deificada y a su Divinidad humanizada, según la intención de nuestro R.P. Superior; y por ello en honor de la unidad del Hijo con el Padre y el Espíritu Santo y de la unión del Hijo con la naturaleza humana, que ha tomado y unido a su propia persona...

Yo ligo mi ser a Jesús y a su humanidad deificada, por el vínculo de la esclavitud perpetua; y hago este enlace total de parte mía, con toda mi fuerza y le suplico aumentar mi fuerza para unirme a él con unión mayor y más estrecho, en honor de los vínculos santos y sagrados que quiere él tener con nosotros en la tierra y en el cielo, en la vida de gracia y de gloria.

Venero y adoro la vida y el anonadamiento de la divinidad en esta humanidad; y la vida, la subsistencia y la deificación de esta humanidad en la divinidad, todas las acciones humanamente divinas, divinamente humanas que han procedido de esta vida nueva y mutua del hombre-Dios en su doble esencia, eterna y temporal, divina y humana. Y le dedico y consagro mi vida y mis acciones de naturaleza y de gracia, como vida y acciones de su esclavo para siempre (...).

¡Oh grande y admirable Jesús! Me rindo a perpetuidad como esclavo de vuestra humanidad adorable. En honor del estado y forma de servidor que vos habéis tomado y a la que habéis querido reducir vuestra divinidad en el estado y la forma de vida, que ella ha llevado en la tierra; y establezco una relación de dependencia y de esclavitud de mi alma, de mi estado y de mi vida, ante vos y ante vuestra humanidad deificada; y quiero que mi vida de naturaleza y de gracia y todas mis acciones sean como cosa

que le pertenecen, por mi estado y condición de servidumbre la cual le consagro ahora.

Así refiero, oh Jesús, mi vida y mis acciones en homenaje y honor de vuestra humanidad sagrada, y a ella las refiero como vida y acciones de un esclavo suyo por la más humilde y estrecha relación que conozca, como es la relación de servidumbre. Y a ella las refiero como cosa debida, tanto a la grandeza del estado, como el exceso y humillación voluntaria a la cual se redujo para salvación y gloria mía. Y le refiero así mi vida y mis acciones en honor de la vida oculta y desconocida aún para los ángeles y para toda la naturaleza creada, fuera de la manifestación de la gloria, vida escondida, y desconocida de la divinidad en esta humanidad, y en honor de todas las acciones dependientes de esta doble vida. Y quiero que por la intención presente cada momento de mi vida y cada acción de la misma os pertenezca, oh Jesús, y a nuestra humanidad sagrada, como si las ofreciera todas en particular (...). Suplico el alma santa de Jesús que se digne tomar ella misma el poder que yo no puedo daros, y que me haga su esclavo como ella sabe y no sé yo. Y me haga estar en ella y servirle, no solamente por mis acciones, sino también por el estado y condición de mi ser y de mi vida interior y exterior. Y le suplico que me sostenga y me trate en la tierra como su esclavo que se abandona a todos los deseos de su voluntad y a todos los efectos de su soberanía sobre lo que le pertenece”.

Archivos del Oratorio, cartón II, texto citado en M. Duppy, Pedro de Bérulle, París
Bloud y Gay, 1964, pp. 111-115.

98. Jesús, Hijo, servidor y adorador del Padre

“Vos sois, oh Jesús, en la casa del Padre eterno, Hijo y servidor al mismo tiempo: siempre Hijo y siempre servidor, también Hijo único y servidor único, el solo Hijo propio y por naturaleza entre todos los Hijos de Dios y el solo servidor elegido y singular entre todos los servidores de Dios.

Vos sois el servidor elegido, en el cual solo el Padre se complace: miren a mi siervo, a quien sostengo, mi elegido a quien prefiero: Is 42, 1. Vos sois el siervo escogido que solo servirá a Dios como lo merece, es decir, con un servicio infinito, y sólo lo adoras con una adoración infinita, como es él infinitamente digno de ser servido y adorado: pues antes que vos la majestad suprema no podía ser servida y adorada ni por los hombres ni por los ángeles, con esta clase de servicio, por la cual es ella animada y adorada según la infinitud de su grandeza, según la divinidad de su esencia y según la majestad de sus personas. Desde toda la eternidad existía un Dios digno de ser

infinitamente amado y servido, más no había ningún hombre ni servidor infinito capaz de ofrecer un servicio y un amor infinito.

Vos sois ahora, oh Jesús, este adorador, este hombre, este siervo infinito en poder, en calidad, en dignidad, para satisfacer plenamente ese deber y para rendir ese divino homenaje. Vos sois este hombre amante, adorador y servidor de la majestad supremo como es ella digna de ser amada, servida y honrada. ¡Oh grandeza de Jesús, aun en su estado de humillación y de servidumbre, la sola digna de rendir homenaje a la divinidad!

Así pues, ¡oh Jesús, vos sois humilde, grande y admirable ¡Así sois vos el vasallo y a la vez el soberano! ¡Así vos sois el hijo y el siervo único del altísimo! ¡Y así sois vos Dios y sois hombre! y estas diferentes naturalezas, estos diversos estados y cualidades no son y no subsisten sino en una misma persona que yo adoro, que yo amo y yo quiero reconocer y servir en todas sus grandezas, en todos sus oficios y en todos sus querer. Haced por vuestra gracia y poder, haced en vuestro honor y en honor del amor y servicio que rendís al Padre eterno y que os dignáis aún rendir a los hombres mismos, que los hombres os conozcan, os amen y os sirvan; que los hombres contemplen vuestras grandezas, que los hombres den y consagren su vida a vuestra vida, que los hombres penetren las maravillas y los secretos de vuestra vida”.

Grandezas de Jesús, Migne, 183-184

99. Bérulle y el misterio del verbo encarnado.

Disposición del alma frente al misterio de la Encarnación

“La mirada del alma a Dios y a su obra de la Encarnación será una mirada de humildad, de sencillez, de adoración, de adoración, de admiración y de efecto comunicativo, amoroso y autocomplaciente en Dios y en su obra.

Mirada de humildad por la grandeza del objeto completado y la indignidad del alma que lo mira.

Mirada de sencillez opuesta a la curiosidad, por la sublimidad del objeto contemplado y la impotencia del alma que lo mira.

Mirad de adoración, sin otro designio que mirar por homenaje, y no para conocer y penetrar, y sin pretender otra cosa que tal adoración por tal mirada, y sin entender.

Mirada de afecto, pues el amor de Dios y de su obra es el fin de esta mirada humilde y sencilla, amor comunicativo y autocomplaciente en Dios y en su obra.

El deseo del alma en la contemplación de este misterio será un deseo de homenaje y de pertenencia y de comunicación con la Santísima Trinidad, con Jesús, con María y con San Gabriel”.

Obras de piedad, XXII, ed. Migne, col. 946-947. El texto representa probablemente el resumen de una conferencia.

100. “Los sacerdotes de Jesús” según Bérulle

“Lo mismo que somos hechos miembros de Cristo por el sacramento del bautismo, explica Bérulle a los oratorianos, “por el sacerdocio de Cristo, de igual modo, nos revestimos de la persona de Cristo y obramos en su nombre y lugar: así se realiza como una maravillosa de nuestra persona por Cristo, a fin de que obremos las maravillas de Cristo”: AO, I bis, 12, 5. Los ministros de su único sacerdocio no son pues sacerdotes solamente, sino “sacerdotes de Jesús”; y esta condición les crea un deber especial de ponerse “del todo en sus manos como órganos de su Espíritu e instrumentos de su gracia, como Él es en su humanidad el instrumento unido personalmente a la Divinidad”: OP, 192, 1271. Pues Jesús no quiere servirse de sus ministros como de instrumentos inertes. Él los trata como amigos y quiere hacerlos comulgar en sus propias intenciones (en su estado interior) de Sumo sacerdote. No tiene deseo más apremiante que verlos perderse en su triple mirada, a Dios su Padre para glorificarlo; así mismo para sacrificarse, a nuestras almas para santificarlas”: Bourgoing citando Coll, 65. “Preparémonos pues a la gracia y dispongámonos a ser instrumentos vivos, animados por el Espíritu de Jesús, para realizar las obras de Jesús en la tierra: Mem. 813. No debemos obrar más que por el Espíritu de Jesús”: AO, I, bis, 12, 9”.

Textos de Bérulle presentados por P. Cochis, Bérulle, pp., 129-130.

101. El estado del sacerdocio, vocación a la santidad según el Cardenal de Bérulle

“¡Y qué! ¿Será posible que Nuestro Señor haya deseado una perfección tan grande de todas sus órdenes religiosas y que no la haya exigido de su propia orden, que es el Orden Sacerdotal? Pues es la orden que él instituyó personalmente, es la Orden de quienes son sus embajadores sobre la tierra, que hablan en su persona, que actúan en su poder, que dispensan sus misterios, que anuncian sus verdades, que dan su sagrado cuerpo, que comunican su espíritu, que, en su nombre, atan y desatan las

almas, abren y cierran las puertas de los cielos; y mientras los religiosos se consagran por votos que son su propia operación, aunque si santa y loable, los sacerdotes por la operación de Jesucristo mismo, que les comunica también el Espíritu santo, según estas palabras: recibid el Espíritu Santo”.

Fragmento IV, C. 1618.

102. Dirigir un alma es dirigir un mundo

La dirección de las almas según Bérulle

“Dirigir un alma, es dirigir un mundo y un mundo que tiene más secretos y diversidades, más perfecciones y rarezas que el mundo que vemos...este mundo que pesa menos ante Dios que una sola alma, cuya dignidad, estado e importancia son tan grandes...Pues Dios no hizo este mundo para el mundo, sino para las almas que están en él, y las cuales dedica su solicitud y providencia.

...El arte de las artes es dirigir las almas: Pastoral de San Gregorio. Tal arte es una ciencia no de memoria, sino de espíritu; no de estudio, sino de oración; no de teoría, sino de práctica; no de satisfacción, sino de humildad; no de especulación, sino de amor de Jesús que se entregó y se abandonó, se olvidó y se consumió a sí mismo por la salvación de las almas. Esta ciencia es parte de la ciencia de los santos, como dice la escritura; ciencia espiritual, ciencia emanada del Padre de los espíritus, del Padre de las luces; ciencia que conviene a los santos, hace a los santos y dirige a los santos por los caminos eternos; ciencia cuya luz no es la luz de la naturaleza, humana o angélica, sino la luz de la vida...Luz de vida que surgió de aquel que es la vida, y solo es dada por él; y no la da sino a quienes están unidos a él y a su espíritu, que es espíritu de amor y de humildad; espíritu bien lejano del espíritu frio y seco, orgullosos y terreno de los que estudian no en la escuela del cielo sino en la escuela de la tierra.

Esta ciencia más que en los libros y en las academias se aprende en el libro de la vida y al pie de la cruz, unidos a Jesús, unidos a sus sendas, unidos a su amor...Esta ciencia es propiamente espiritual, ya que es propia del Espíritu de Dios, y de las cosas de verdad espirituales y divinas, y de las cosas de verdad espirituales y divinas, y más aún vuelve espiritual a su poseedor por ser emanación de esta gran luz: luz verdadera, dice san Juan, luz del Padre, luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo y transforma en sí misma y en su claridad a quienes se acercan a ella. Ciencia propia de los cristianos

por la gracia de Jesús y sin embargo tan rara entre los cristianos; ciencia propia de los superiores entre los cristianos y tan rara aun entre los superiores; ciencia que tiene la luz y no la corteza, el espíritu y no la tierra de las cosas; ciencia dada por Jesús, y cómo emanada de Jesús crucificado, pero que en él y en su cruz reconoce todas las cosas y llega al fin de todas las cosas que es Jesús, el Alfa y la Omega.

Aspiremos pues a esta ciencia santa, divina y saludable: es hija de la oración, discípula de la humildad, madre de la discreción; busca discípulos que quieran, no solamente aprender, sino también poner en práctica lo que han aprendido. Tiene la propiedad de que quien se piensa sentir el maestro es discípulo, y el primer discípulo de su escuela, y se instruye instruyendo a los otros y se santifica santificando a los otros. Y Jesús es de verdad el único maestro de esta ciencia”.

Memorial de algunos puntos útiles para la dirección de los Superiores, I, 810; XI-XII, 818-819.

CARLOS DE CONDREN (1588-1641)

103. Cómo prepararnos a celebrar la misa

Debemos ser en esta acción solamente miembros de Jesús.

Comienza siempre tu preparación en presencia de Jesucristo (que es el sumo Sacerdote y la fuente del espíritu sacerdotal), purificándote mediante la renuncia al pecado, a ti mismo y al mundo presente, tres cosas que pueden ocupar en nosotros el puesto de Jesús, llenándonos a expensas suyas.

Después de hacer un acto de humillación, de contrición y de abnegación por causa de estos tres impedimentos, pide a Jesús que te purifique él mismo. Antes de la primera eucaristía él lavó los pies de sus apóstoles y dijo a Pedro que si no se dejaba lavar no tendría parte con él. Si Cristo no nos lava en su sangre y si nosotros mismos no nos purificamos espiritualmente en ella, no seremos dignos de participar en su sacrificio.

Luego te entregarás a Jesús, no sólo para ofrecerlo en sacrificio con sus intenciones y en su espíritu, sino también en su nombre y representación; porque en esta acción debemos desaparecer para ser solamente miembros de Jesucristo que ofrecemos y realizamos lo que él ofrece y realiza, como si no fuéramos nosotros mismos. Nunca nos

olvidaremos suficientemente en este santo ministerio, para poder decir con suficiente naturalidad: Esto es mi cuerpo.

En tercer lugar ofrecerás a Jesús a la divina majestad, en honor de todo lo que él es; en acción de gracias por los beneficios que ha concedido a su Iglesia y a toda creatura; y en satisfacción por todas las ofensas de los hombres, para que Dios reciba, en Jesucristo, el homenaje y el culto que merecen sus infinitas perfecciones, la acción de gracias digna de su amor y la reparación de su honor ofendido. Ofrécelo también como la oración de la Iglesia y la tuya, ya que Jesús es y contiene todo lo que nosotros podemos desear y pedir a Dios; y nuestra petición más perfecta y ferviente debe ser que Cristo se realice en nosotros y en los demás. Debes recordar que el sacrificio que tú ofreces no es solamente el sacrificio del Hijo de Dios, sino el de la Cabeza con sus miembros, del Cristo completo que incluye a su Iglesia, a la que comunica su sacerdocio, para que ella lo ofrezca con él y él con ella.

No estás, pues, en el altar solamente como miembro de Cristo, sino también unido a la santa Virgen, a todos los santos y santas del cielo y a todos los fieles de la tierra. Por eso debes olvidarte a ti mismo para ser lo que ellos son y actuar en su nombre y representación, con sus intenciones y su espíritu para ser en el altar, en espíritu, no tú mismo, sino lo que ellos son.

(DE LAS CARTAS DE CARLOS DE CONDREN. EDICIÓN AUVRAY, 126-128.)

104. La comunión eucarística

En la comunión recibimos a Jesucristo, pero también nosotros nos entregamos a él.

1. Debemos acercarnos a la santa comunión en primer lugar para que Jesucristo sea todo lo que debe ser en nosotros, dejando de ser nosotros mismos para identificarnos con él. Comulgamos para que Cristo venga a destruir lo que en nosotros se opone a Dios, como nuestra condición de hijos de Adán, y su rebeldía, el reino del pecado y del demonio y nuestra autonomía que hemos usurpado por amor propio.

Para qué Jesús venga a ejercer exacta justicia, crucificando al hombre viejo y estableciendo el reino de Dios. Y así nuestras mismas imperfecciones deben hacernos desear la comunión por el mismo celo que sentimos contra ellas. Nos llevan también a comulgar los dones y gracias que place a Dios comunicarnos,

para que nuestro Señor venga a nosotros a tomar posesión de ellos, no sea que por nuestra malignidad usurpemos su dominio y su uso.

Debemos acercarnos a la comunión para obedecer al deseo de Jesucristo de recibirnos en él, en su vida y en su ser, destruyendo el ser y la vida presente y haciendo que seamos lo que él es, a saber, vida, amor, verdad, virtud para Dios; y también en obediencia al deseo que tiene de tenernos por miembros en los que él viva para su Padre y por los que siga actuando a lo largo de los tiempos como durante su vida mortal. Aunque la utilidad espiritual pueda invitarnos a la comunión frecuente, no debe ser ésta la principal y dominante intención.

Porque ante todo debemos obediencia al deseo de Jesucristo del recibirnos y poseernos, ya que en la comunión no sólo recibimos a Jesucristo, sino que también nos entregamos a él. Él nos dice, en efecto, que todo aquel que lo recibe permanece en él. Y este deseo que él tiene de recibirnos es tan grande como su amor y como el derecho que él tiene sobre todos nosotros a causa de sus méritos. Sería gran infidelidad defraudar estos deseos de Jesucristo si no hay un impedimento ajeno a nuestra voluntad.

2. San Pablo nos advierte que nosotros somos la plenitud de Jesucristo, el cual se completa con nosotros y crece en nosotros como en sus miembros espirituales.

Podemos servirnos de la comparación con el alma de un niño que no crece sustancialmente, que es inmortal e invariable, pero que llega a su perfección y plenitud cuando el cuerpo del niño, por el alimento ordinario, adquiere su crecimiento y llena la capacidad que tiene el alma de vivificar y gobernar. De la misma manera, por la comunión, nuestro Señor se llena de nosotros y lo perjudicamos cuando no comulgamos: como quien quitara el alimento al niño impidiéndole crecer perjudicaría al alma mermándole la plenitud de su capacidad.

3. El Hijo de Dios no se contenta con que lo ofrezcan a su Padre en un solo lugar: quiere ser ofrecido en muchos sitios, porque, aunque se trate de un mismo sacrificio,

Dios recibe honor no sólo por el sacrificio mismo, sino por su extensión. Ahora bien, el alma que lo recibe por la comunión es, en realidad, un altar que contiene

a Jesucristo y lo ofrece a Dios continuamente, no sólo en intención y pensamiento, como se le puede ofrecer sin recibirle, sino real y verdaderamente en sí mismo. Y es motivo de alegría para Cristo y de gloria para Dios el verse ofrecido así en todas las almas, más que en todos los altares del mundo.

(DE LOS ESCRITOS DIVERSOS DE CARLOS DE CONDREN. EDICIÓN AUVRAY, 541-543).

105. El Espíritu Santo

El Espíritu Santo nos hace penetrar en la gracia del Hijo de Dios y de todos los misterios.

Debemos considerar Pentecostés como la principal de todas las fiestas del año. Es verdad que si pensamos en las grandezas de Dios, la fiesta de la santa Trinidad es la primera. Si tenemos en cuenta la que el mundo solemniza más, la de Pascua es la más grande. Pero si se trata de la que tiene mayor utilidad, la de Pentecostés ocupa el primer lugar. Porque inútilmente y sin provecho se habría revestido el Hijo de Dios de nuestra humanidad y habría derramado su sangre por nosotros si no se nos hubiera dado el Espíritu Santo. Porque sin él nada podríamos hacer por nuestra salvación, ni hubiéramos podido recibir las gracias que Jesucristo nos mereció. Es el Espíritu Santo el que las aplica y nos hace penetrar en la gracia del Hijo de Dios y de todos estos misterios. Debemos, pues, considerar la grandeza de este don para prepararnos a recibirlo. Pero necesitamos la fe para adquirir el conocimiento de este Espíritu.

Si alguien nos prometiera el espíritu de Aristóteles, de Salomón, de Adán o de algún otro personaje señalado por sus cualidades naturales, lo consideraríamos gran privilegio; si avanzara un poco más y quisiera darnos el espíritu de un ángel, para que pudiéramos vivir como ángeles entre los hombres, o el espíritu de un serafín, juzgaríamos, sin duda, este beneficio tan grande que no podríamos agradecerlo jamás debidamente. Pues bien, Dios nos da, en esta fiesta, no ya el espíritu de un gran personaje o de un ángel, sino el suyo propio. Porque se trata de la tercera persona de la Trinidad, del Espíritu del Padre y del Verbo eternos.

Es también el Espíritu del Hombre-Dios en cuanto procede de la persona que sostiene y mantiene la humanidad santa de Jesús. Y así el Espíritu Santo es el Espíritu de Jesús. Y al darnos Dios su Espíritu nos da el Espíritu de Jesús crucificado, de Jesús niño, de Jesús agonizante. De manera que el Espíritu que recibimos no es sólo de poder y de

gloria, sino también de mortificación, de humildad y abatimiento. Por eso, si queremos que el Espíritu venga a nosotros, lo primero que debemos hacer es renunciarnos a nosotros mismos para colocarnos bajo la dirección de este Espíritu: porque si sólo estamos llenos de nosotros mismos nunca viviremos en el Espíritu de Jesús.

Deseo que hagas tres cosas con motivo de esta fiesta de Pentecostés:

1. Adora al Espíritu Santo, en primer lugar en sí mismo, en cuanto procede del Padre y del Hijo, en su bondad, caridad, amor y demás perfecciones que le son propias. Adóralo luego en todos sus efectos: porque no se produce fruto alguno ni obra buena que no implique una misión del Espíritu Santo. Así en la encarnación del Verbo hay misión del Espíritu Santo, la más digna de todas, como también en el nacimiento y demás estados de la vida del Hijo de Dios. Hay misión del Espíritu Santo en la santificación de cada alma en particular y de toda la Iglesia en general. Y debemos adorar todas las misiones del Espíritu Santo y honrar los efectos consiguientes.
2. En segundo lugar debes renunciar a ti mismo para revestirte de las disposiciones e inclinaciones de Jesús, rogando al Espíritu Santo que te haga entrar en ellas mediante la total abnegación de tus propias iniciativas.
3. Finalmente debes orar para que se realicen los intereses del Espíritu Santo y no los tuyos. Pide para que el mundo se disponga a recibirlo dignamente en Pentecostés: que su nombre sea santificado en las almas mediante su reino en ellas, y que te perdone por haber sido infiel a sus gracias e inspiraciones.

(DE LAS CARTAS DE CARLOS DE CONDREN. EDICION AUVRAY, 457-460.)

106. Un concierto de admiración

“Imagínense, escribe Nicolás Goulas en sus Memorias, a propósito de Condren, el espíritu más perfecto y el alma más noble de todo el mundo: él poseía todas las artes y todas las ciencias, tenía los secretos más escondidos, y de los misterios de la naturaleza no ignoraba nada de lo que pueden conocer los hombres; razonaba como Salomón, desde el cedro hasta el hisopo; hablaba con facilidad y bien, escribía igualmente...”.

Amelote por su parte señala que “tenía el espíritu tan agradable que no había nada más atractivo que su conversación. Sabía mil cosas divertidas que decía para preparar los espíritus a los temas más serios...Hago notar ahora que se complacía de ordinario en sus conversaciones familiares; pero lo hacía con tal inocencia que ni su espíritu ni el de

las personas a las cuales hablaba jamás se disipaban. Al contrario, esa alegría tan sencilla e ingenua, semejante a la de los niños, abría el espíritu a todos los que veían y los disponía insensiblemente a la piedad”.

En la misma línea añadía Nicolas Goulas: “Su conversación era tan dulce y agradable que uno salía encantado. Le gustaba reír durante la hora del recreo, y, si sus discursos, entonces no llevaban directamente a Dios, siempre alejaban de la tierra; más cuando tocaba temas de piedad, parecía haber sido instruido por los ángeles...”.

Cartas del Padre Carlos de Condren, ed. Auvray y Jouffrey, París, Cerf, 1943,
introducción, 19-20.

107. Sacrificio y anonadamiento

“Basta hacer notar que su gracia más viva, y la que marca más la vía por la cual Dios se daba a su alma purísima, era la del sacrificio. Era el amor de la santidad y pureza de Dios, era el deseo de su propio anonadamiento para glorificar estas perfecciones divinas, era el espíritu de muerte a la vida de Adán y a su mundo, era la religión continua, y la sociedad con Jesucristo hostia. Desde su concepción y nacimiento parecía bien que Dios lo había destinado a esta participación del sacrificio de su Hijo”.

Amelote, la vida del Padre Carlos de Condren, 1643, 1, pp. 43-44

108. El ideal del Oratorio

Antes de la Revolución, el Oratorio, preocupado por la flexibilidad institucional, no tuvo más “Constituciones” que los textos de sus padres fundadores y las decisiones de sus Asambleas. El acento inicial fue puesto en la restauración del sacerdocio por el enriquecimiento de la vida espiritual de los sacerdotes. Tal es el sentido de estas líneas del P. Condren comentando la Bula de institución del oratorio.

“Las casas del Oratorio de Jesús deben ser, en relación con los otros sacerdotes, lo que los monasterios son en relación con los laicos, pues como en la decadencia y el enfriamiento del primer fervor del cristianismo, Dios infundió en varios laicos el espíritu de retiro y de soledad, de donde surgieron los monasterios que surgieron de asilo no

solo a los pecadores penitentes, sino también a los laicos más fieles, que allí se retiraron para conservar la pureza de la fe de la religión y de las costumbres del cristianismo y excitar por su ejemplo la tibieza de los laicos imperfectos; igualmente habiendo perdido el orden sacerdotal en varios lugares su primera perfección, Dios suscito a san Felipe Neri en Italia y al Cardenal de Bérulle en Francia para formar una Congregación de sacerdotes que, no solamente hacen profesión de buscar la perfección sacerdotal, sino que se apartan de todo lo que de ello puede desviarlos...para ser, en relación con los otros eclesiásticos, lo que los religiosos son en relación con los laicos.

Viviendo en Jesucristo y según él, seremos en verdad sus religiosos. Y, sin estar ligados por ningún voto solemne o particular, viviremos religiosamente. No hemos pues de ocultarnos a nosotros mismos que la obediencia debe ser pronta y exacta en una Congregación en la cual el amor debe mandar y el amor debe obedecer; la pureza debe ser inviolable donde todo es consagrado a la pureza divina; que el espíritu de pobreza debe reinar entre nosotros, si es cierto que nuestro corazón no está apegado sino a Jesucristo y que rechaza todo lo que no es Dios. es decir que debemos seguir a la letra la oración del Hijo de Dios, honrar por nuestro estado su vida de religión y hacer de la oración nuestra ocupación continua y principal. El Espíritu de oración es por tanto el espíritu propio del Oratorio y que nos da el nombre”.

Archivos del Oratorio

109. Carta a un misionero del Oratorio

(Probablemente en 1637)

Es de notar la fórmula del comienzo que retomará la oración del Señor Olier, y el sentido “Cristocéntrico” de la misión.

“Suplico a Jesucristo Nuestro Señor que viva en Ud. Con la perfección de sus caminos, con la plenitud de su virtud y con la santidad de su Espíritu (...). Le doy gracias a Nuestro Señor de todo corazón por el éxito que le ha concedido en su misión, es un testimonio agradable que tiene de que le sirva en tal ocupación; las visitas sin embargo por ser bien cristianas no deben ser continuas. El Hijo de Dios se retiraba con frecuencia delante del Padre, ya en las montañas, ya en los desiertos, aunque él no tuviera la necesidad que debemos tener nosotros de renovación en el espíritu de Dios, y de reparar lo que el tiempo y la ocupación exterior puede haber disipado el fondo interior, que precisa tener

para hablar y obrar con Dios. Él ha querido con esto hacer lo que teníamos que hacer; y como él es el origen de la perfección. Él ha dicho: como el Padre me envió, yo los envío a ustedes”. La caridad que nos ha dejado y debe ser la vida de las verdaderas misiones se refiere a Dios más que al pueblo, y al pueblo por el amor que de él tomamos: por eso hemos de entretenernos con frecuencia con Dios solo porque él es nuestro Dios, y porque nuestro amor se refiere a Él sobre todas las cosas y porque con él tenemos nuestros deberes principales y Él es el comienzo y el fin de todos nuestros ejercicios, y de Él debemos tomar lo que tenemos que hacer para su gloria, y a Él referirnos y darle gracias cuando se haya cumplido (...).

Creo que, dentro de algún tiempo, cuando le haya dado un espíritu nuevo y lo haya dispuesto para una segunda misión, le será muy grato que Ud. siga la caridad que le ha dado a favor de las provincias arruinadas por la herejía, que me nombra en una de sus cartas. Entre tanto sería bueno que estudie las formas más populares y más claras y eficaces de tratar las controversias; no es necesario un estudio muy profundo, como si adquirir la claridad y limpieza para proponer y resolver las cosas”.

Cartas del padre Carlos de Condren, ed. Auvray y Jouffrey, Paris, Cerf. 1943 pp. 350-353.

110. Los misterios de Dios y de Jesús

“Dedíquense a Dios y a sus misterios que son las fuentes de la gracia, y donde la debe encontrar (...). La Iglesia se los propone a lo largo del año: en primer lugar, a fin de que le rinda el homenaje y el honor que les son debidos. En segundo lugar, a fin de que entre en la virtud y en la gracia que contienen y de que por su influencia en Ud. sea ayudado en su debilidad. En tercer lugar, a fin de que Ud. le colabore trabajando con la oración, y las obras, en la medida en que Dios le proporcione los medios, en la perfección de sus efectos en este mundo, en su cumplimiento en la Iglesia de Dios: pues hasta el fin tiempo que Dios ha dado a su Iglesia en la tierra estos misterios se cumplen en ella y en sus santos. Así san Pablo dice a los Efesios, cap. 1: que Jesucristo se realiza en su Iglesia; y en el capítulo IV, que todos aportamos a la perfección de Jesucristo, y a la edad de su plenitud. Esta edad es su edad mística, que solo se cumplirá el día del juicio. Y en el cap. III, habla de la plenitud de Dios que se realiza en nosotros. Y en colosenses, cap. I, dice que completa en su cuerpo la pasión del Hijo de Dios.

La Iglesia nos propone el viernes Santo el misterio de la muerte y pasión del Hijo de Dios. Debe en primer lugar rendir tributo de adoración no sólo a Jesucristo, sino a todo el misterio, y por consiguiente tiene la obligación de adorar a Dios que juzga a su Hijo, y de rendir homenaje soberano a su justicia y a sus juicios sobre Él, a su conducción y a todos sus caminos, y para decirlo, en una palabra, a todo lo que Dios es para Jesús que sufre y muere. También debe adorar a Jesucristo en sus sufrimientos, en su ignominia y en su muerte, y en todo lo que en Él está oculto a la conciencia de los hombres. La dignidad soberana del Hijo de Dios nos impone este primer deber, aun cuando no aprovecháramos nada.

Debemos, en segundo lugar, entregarnos a Jesús crucificado para entrar en su virtud, y en su gracia, es decir, para entrar por la gracia que está en Él, y no por nuestras propias fuerzas, en su paciencia, en su humildad y en la oblación que Él ha hecho de su vida a su Padre, en el sacrificio de sí mismo y en su oración santa (...). Debemos también orar por los efectos e intenciones de este misterio, ofrecernos a Jesucristo crucificado para servir en Él y cooperarle, suplicarle que nos haga fieles a Él. Podríamos hacer otro tanto respecto de los otros misterios. Así rindiéndole nuestro tributo, en ellos tomamos la gracia y vamos a Dios, no por nuestra propia fuerza, sino por los caminos que Él mismo nos ha dado”.

Carta 56 de Condren de la cual se encuentran pasajes en Juan Eudes, vida y Reinado de Jesús. Los términos anuncian el método de oración del Sr. Olier- en las cartas del P. Carlos de Condren, ed. Auvray y Jouffrey, Paris, 1943, pp. 185-187).

111. El sacrificio según Condren

“El sacrificio responde...a todo lo que es Dios. Es un deber esencial de la religión, como la religión para con Dios es una obligación que la criatura espiritual lleva grabada en el fondo de su ser. Ni siquiera el ángel mismo está dispensando, por más lejos que este por su naturaleza de las cosas que ordinariamente parecen necesarias a los sacrificios (...).

El sacrificio es instituido primeramente para adorar a Dios, para reconocer su grandeza y para rendir homenaje a sus perfecciones divinas, particularmente a tres. Es, ante todo, para honrar la santidad de Dios...Es para declarar que la criatura no es digna de que la

mire Dios, tan santo es Él, que ella es destruida y consumida en su presencia...En segundo lugar, es para honrar su dominio soberano, no solo sobre la vida y la muerte, sino sobre el ser mismo. Pues solo Dios es el autor del ser...En tercer lugar, el sacrificio es para reconocer y para honrar la plenitud de Dios, es decir, que Dios se basta a sí mismo y que ninguna criatura le es necesaria.

Jesucristo se ofrece y con él ofrece a todos los santos como miembros suyos a la Santísima Trinidad, y los santos se ofrecen también y con ellos ofrecen a Jesucristo su cabeza, por Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo mismo (...)."

"Es Él quien se ofreció a Dios como un total y perfecto holocausto, del cual no quedo nada que no fuera consumido en el horno ardiente de la divinidad.

Debemos estar...en Dios en esta intención de Jesucristo, con el fin de que Él nos consuma completamente en él y con el propósito de perder todo lo que somos, pero particularmente todo lo que es del viejo Adán (...)."

Carlos de Condren. La idea del sacerdocio y del sacrificio de Jesucristo, París, ed. 1901, pp. 35, 41, 79. Consideraciones sobre los misterios, París, 1882, p. 75.

112. El Cristo total

Este texto es sacado de un manuscrito que reproduce Conferencias de Condren o de su discípulo Dionisio Amelote:

¿Qué es el Cristo de Dios?

- La palabra "Cristo", que se encuentra muy a menudo en las santas Escrituras, no siempre se entiende de Nuestro Señor Jesús ¿entiendes tú alguna otra cosa?
- Yo te responderé pues que la palabra "Cristo" en la Biblia y en los Padres significa dos cosas: Primero, significa la persona de Jesucristo Nuestro Señor, Hijo de Dios y verdadero hombre.

En segundo lugar, la palabra "Cristo" es muy amplia y significa el Cristo de Dios, es decir, según san Pablo, el Cristo total y completo; y, más claramente, la asamblea de todos los elegidos que se juntarán con Jesucristo Nuestro Señor y con él harán todos

juntos una sola persona, que es el Cristo todo entero, el hombre perfecto, como dice el Apóstol, que está compuesto de Jesucristo y de su Iglesia, es decir de los fieles.

Este Cristo es pues un cuerpo, no a la manera de un cuerpo humano, sino de manera no inteligible, en la cual Jesucristo Nuestro Señor es la cabeza y los fieles son las otras partes y miembros. Jesucristo es el alma, la vida, el corazón y, en una palabra, el que hace vivir todo el resto. Más aun, Él es la persona, Él es quien hace subsistir todo el cuerpo de Cristo: si Cristo alaba a Dios, hay que decir que es Jesucristo quien alaba a Dios; si habla, si sufre, es Jesucristo el que habla, el que sufre... ¿Quieren una prueba de que es Jesucristo el que habla en mí? Dice san Pablo...Yo vivo, pero es Jesucristo quien vive en mí, ya no soy yo. Es Él quien sufre...Saulo, Saulo, -clama de lo alto del cielo- ¿tú maltratas a los cristianos, por qué me persigues? Yo soy Jesús de Nazaret, aquel a quien tu persigues.

El gran designio de Dios fue hacer este admirable Cristo completo. Y hoy, todo lo que hacemos en este mundo, es la composición de ese Cristo. Todos los santos trabajan para ello. Para la obra del ministerio, a fin de edificar el cuerpo de Cristo –dice san Pablo: Ef. 4, 13 y 16- hasta que todos juntos componamos un hombre perfecto, según la medida completa de la edad del Cristo...Crezcamos en aquel que es la cabeza, de quien todo el cuerpo toma el crecimiento para su edificación, por toda la conexión hecha por su ministerio, en este cuerpo así edificado y unido. San Agustín- en el salmo 86-dice que tal construcción se llama el Cristo...Este Cristo es el designio admirable de Dios, es su Reino, su imagen, su Hijo y sus delicias, etc....”

Teología cristiana, archivos san Sulpicio, ms 347. Pp. 574 ss.

JUAN BAUTISTA NOULLEAU (1604-1672)

113. La vida cristiana es una incorporación a Jesucristo

El que quiere ir a Dios debe estar unido e incorporado a Jesucristo, como una parte suya, para ir junto con él.

Para entender en qué consiste toda la religión cristiana he aquí tres expresiones que convergen todas en un mismo punto: la unión íntima de cada alma a Jesucristo y por Jesucristo a Dios.

La primera expresión nos dice que la religión cristiana consiste, para hablar con propiedad, en mirar perpetuamente a Jesucristo y en la relación y tránsito constante desde Jesucristo a Dios.

La segunda es que toda la religión cristiana consiste en adorar a Dios según el espíritu de Jesucristo y en amarlo según el Corazón de Jesucristo. Esta es la verdadera adoración de los cristianos en espíritu y en verdad. Porque no hay otro medio de adorar a Dios como él quiere ser adorado, sino en el Espíritu de Jesucristo. Ni se le puede amar de verdad, como Dios merece ser amado, sino con el Corazón mismo de Jesucristo que nos pertenece. Por eso lo podemos utilizar, lo mismo que toda su persona, para adorar con este Espíritu y este Corazón, que son más nuestros que nosotros mismos, como él ha adorado; para amar como él ha amado, para sufrir como él ha sufrido, vivir como él ha vivido y morir como él murió. La tercera expresión que califica la religión cristiana es que en todas las cosas revistamos los sentimientos, inclinaciones y actitudes de Jesucristo, para no pensar sino lo que él ha pensado, no querer sino lo que él quiere, no hacer sino lo que él ha hecho. Así seremos interior y exteriormente copias perfectas de ese gran prototipo de las almas cristianas.

Yo actúo, pero ya no soy yo, como si lo hiciera por mi propia virtud es Jesucristo el que obra en mí. Me presento sin cesar a Dios como una creatura que no puede vivir sin él: pero ya no soy yo quien me presento, sino Jesucristo que se presenta en mí como en uno de sus miembros.

Para entender bien estas expresiones y formarnos una idea de la dignidad de Jesucristo en cuanto es el carácter, la impronta y la forma de toda la perfección y santidad de los cristianos, debemos representarnos siempre vivamente que Jesucristo es ese hombre, esa creatura única en el mundo en quien Dios ha puesto y condensado como en un punto central todo su espíritu, sus pensamientos y cuidados, su corazón, todo su amor, sus gracias y tesoros. Dios lo ha puesto todo en este hombre, allí lo ha vertido todo, lo ha agotado todo.

De esta manera el que quiere ser mirado por Dios debe hallarse en este hombre que es el objeto único de todas las miradas de Dios, que no tiene ojos sino para verlo a él.

Quien quiere ser amado por Dios debe estar en Jesucristo, único objeto de todo el amor de Dios, que no tiene corazón sino para amarlo a él. Quien quiere ir a Dios debe estar unido e incorporado a Jesucristo, como una parte suya, para ir junto con él. Porque así como Dios no ama sino a Jesucristo, tampoco atrae a sí sino a Jesucristo. Finalmente, el que quiere tener parte con Dios, en sus gracias y misericordias infinitas, debe estar totalmente en este hombre, en su espíritu y en su corazón.

(DEL LIBRO DE JUAN BAUTISTA NOULLEAU, ORATORIANO, «EL ESPÍRITU DEL CRISTIANISMO» [1664], 525-534.)

JUAN JACOBO OLIER (1608-1657)

114. Un misionero funda un seminario

“Nos hemos juntado hace algunos años varios individuos que, después de haber trabajado por los pueblos en las misiones y parroquias, reconocen que el trabajo en su favor es inútil si no se trabaja antes en purificar la fuente de su santificación que son los sacerdotes. De donde resulta que se retiraron para cultivar las nuevas plantas puestas en sus manos, que parecen ser llamadas al sacerdocio”.

Olier, Escritos diversos 1, 71.

“Veo que ahora debe haber cantidad de párrocos y casi por toda la Iglesia que se van a reformar...Esa es la Orden de Jesucristo, el primer Pastor de las almas, que se debe reformar ahora para la reforma de la Iglesia universal.”

Olier, Memorias, II, 332-333.

115. De la religión de Jesucristo

El primer capítulo de la Introducción a la vida y las virtudes cristianas que Juan Jacobo Olier publica en 1657 está consagrado a lo que él considera lo más fundamental: la religión de Jesucristo. Este capítulo expone la finalidad de la Encarnación, de la incorporación del cristianismo a Cristo y de la comunión eucarística.

“NUESTO SEÑOR JESUCRISTO vino a este mundo para traer el respeto y el amor de su Padre, y para establecer en él su reino y su religión. Él no le pidió otra cosa durante su vida; y fue lo que fundó durante los treinta y tres años que vivió sobre la tierra, y lo que deseó incesantemente provocar en el espíritu y el corazón de los fieles, que preveía serían ordenados para extender en ellos su misma religión, a fin de honrar a su Padre en ellos, como lo hacía en sí mismo.

Él pidió esta gracia para los hombres, y la mereció para ellos durante su vida; y lo mismo hizo en su muerte; en la cual al tiempo que pidió tal gracia para ellos, dio testimonio del respeto y del amor a su Padre, las dos cosas que comprende la religión.

Con ello da ejemplo a los cristianos que hacen profesión de su misma religión, de su mismo respeto y de su mismo amor. Ellos no deben ahorrar nada para dar testimonio de los verdaderos sentimientos que en tal ocasión los deben llevar hasta el sacrificio, estando más seguros de ofrecer su sacrificio real que de contentarse con la simple disposición, con frecuencia engañosa.

Nuestro Señor continuo después de su muerte dando a los hombres esta religión para con Dios por todas las invenciones de su amor; y les ha dado su mismo Espíritu, que es el de DIOS que vive en Él, para restablecer en ellos los mismos sentimientos de su alma, a fin de que, dilatando su santa religión, haga de él y de todos los cristianos un solo religioso de Dios.

...En fin, Nuestro Señor, para dilatar su santa religión para con DIOS, y para multiplicarla en nuestras almas, viene a nosotros, y se deja en la tierra en las manos de los sacerdotes como hostia de alabanza, para hacernos comulgar en su espíritu de hostia, consagrarnos a su alabanza y comunicarnos interiormente los sentimientos de su religión. Él penetra en nosotros, se insinúa en nosotros, embalsama nuestra alma y la llena de las disposiciones interiores de su espíritu religioso de tal manera que de nuestra alma y de la suya, hace una sola que anima del espíritu de respeto, de amor, de alabanza y de sacrificio interior y exterior de todas las cosas para la gloria de DIOS su Padre; y se pone nuestra alma en comunión con su religión, para hacer de nosotros en Él, como dijimos, un verdadero religioso de su Padre”.

J.J. Olier, *Introducción a la vida y a las virtudes cristianas*, ed. Amiot, 1954, pp. 7-9. Se habrá notado que el Sr. Olier escribe siempre DIOS en mayúsculas. Igualmente emplea las mayúsculas cuando habla de JESÚS.

116. Cristo, pan de vida

Lo que antes pertenecía solamente a Jesucristo llega a ser común con nosotros. Debemos considerar el santísimo sacramento del altar no como un pan muerto, sino como un pan vivo: *Yo soy el pan de vida* (Jn.6, 48). Pero este pan sagrado no sólo santifica nuestra alma y le da un aumento de gracia: si así fuera, sólo sería una comunión con la gracia de Jesucristo y no con todo Jesucristo, el cual dice de sí mismo en san Juan (6, 57), como lo interpreta san Hilario, que nos hace comulgar con todo él, así como su Padre hace comulgar a Jesús con todo su ser.

El alma que está en comunión con Jesucristo participa de su amor a Dios y al prójimo; en ella se aumenta la caridad hacia Dios y hacia toda su Iglesia. Lo que antes pertenecía solamente a Jesucristo llega a ser común con nosotros, de suerte que esta vida de Jesús anima nuestros corazones, dilata nuestros pechos, hace que nos intereseamos vivamente en las necesidades de la Iglesia. Así el alma que antes era disminuida en el amor a sus hermanos se hace ferviente por su unión con Jesús. Y como Jesús es un pan vivo y vivificante, penetra en la intención de aquel a quien vivifica y alimenta, ve sus necesidades y deseos, nutre la parte que anhela la vida y fortalece el apetito que le llama y le desea. Los peregrinos de Emaús, al comulgar con Cristo, quedaron iluminados por él. Porque es propio de la luz arrojar claridad en las tinieblas.

Al venir Jesucristo a nuestras almas envueltas en la ignorancia, nos ilumina, nos hace descubrir las necesidades de nuestros hermanos, nos hace comprender la miseria de su estado y nos llena de ternura y compasión por ellos.

La religión se identifica ante todo con Jesucristo y reside en plenitud en su alma divina: porque Jesús es el único y verdadero religioso de Dios, su Padre; y como fundador augusto de la religión cristiana la establece en la tierra como participación de la suya. Si alguien es un verdadero adorador es porque participa de la adoración y alabanza de Cristo. Si alguien ora de verdad es por participación y comunión con su oración. De manera que la cumbre de nuestra perfección y de nuestra religión es entrar en comunión con Jesucristo, que hace de su interior y del nuestro una misma cosa por participación. Esto lo realiza la eucaristía: por eso los Padres de la iglesia dicen de este sacramento que es nuestro último perfeccionamiento, porque en él la adoración de Jesucristo llega a ser la nuestra, y su santa oración al penetrar en nuestro interior nos convierte en seres que oran con su divina plegaria.

(DE LAS CARTAS DE JUAN JACOBO OLIER.293: 2, 121-125.)

117. Cristo, hostia viva que nos transforma en Él

Cristo nos comunica los sentimientos de su propio corazón.

Nuestro Señor, en el santo sacramento, es una hostia que ora, alaba y adora a su Padre; una hostia que se ofrece para satisfacer a la justicia de Dios y darle todos los homenajes de la religión. Es también una hostia que se une a los seres humanos para darles, con su persona, sus sentimientos que los capaciten para ser víctimas que tributen a la divina majestad los mismos homenajes.

La comunión es, en efecto, el verdadero medio por el que los cristianos pueden cumplir sus deberes para con Dios. Nuestro Señor ama, ora y adora, y se ofrece en el alma que lo recibe como sobre un nuevo altar y en una nueva patena. Le comunica los sentimientos de su propio Corazón. Como todos ellos están dirigidos a la gloria de Dios, el cristiano que los hace suyos en toda su extensión llega a ser perfecto religioso de la divina majestad. Las disposiciones de oración, de penitencia, de acción de gracias y demás que nuestro Señor le inspira y que le permiten revestir los sentimientos de hostia lo capacitan para cumplir plenamente todos sus deberes para con Dios.

De esta manera el divino Salvador obra en el cristiano una consumación espiritual, en espera de una consumación corporal; una consumación de disposición interior, mientras llega la absoluta plenitud. Cuando ésta se produzca, el alma estará totalmente revestida de Jesucristo y de su gloria y totalmente transformada en él, por la unión perfecta, por la identidad de dones, de gracia, de gloria, de espíritu, quedando un solo Cristo. Entonces llegará a su cumbre la religión cristiana.

Todos los miembros de Jesucristo honrarán a Dios en él, como las hostias consagradas lo honran con la misma sustancia que es el Hijo de Dios escondido bajo las especies sacramentales. Todos los santos en la gloria tendrán su consumación en él, como la misma llama al quemar varios pabilos de una misma antorcha hace que todos se abrasen en el mismo fuego.

El divino Salvador comienza acá abajo esta maravilla, por la santa comunión, al hacer que todos los cristianos formen una sola hostia para gloria de Dios. Si pudiéramos contemplar el interior del alma que acaba de recibirlo descubriríamos allí a Jesús como un grano de oro o una flor en medio de un cristal. Allí Cristo alaba, bendice y glorifica a

su Padre como en un tabernáculo viviente en el que se goza mucho más que sobre un altar o un copón de oro.

Porque Jesús, no contento con haber honrado a su Padre durante su vida mortal, con haberle ofrecido su sacrificio en el Calvario y con seguir tributándole sus homenajes en su propia persona, entra en los corazones por la santa eucaristía y encuentra en esta acción cumbre de su amor el medio de satisfacer todas las exigencias de su religión y de anunciar por todo lugar la gloria de su Padre.

(DEL LIBRO DE JUAN JACOBO OLIER «PENSAMIENTOS ESCOGIDOS».EDICIÓN
LETOURNEAU, 58-61.)

118. La vida de Jesús en María

Jesucristo, al sacrificar su vida humana a Dios, su Padre, recibió de él el privilegio de ser en la Iglesia una fuente desbordante de vida divina para todos sus hijos. Él es para ellos su vida, su gracia y su virtud y todo cuanto reciben de Dios; el cual, siendo en Jesús todo en todas las cosas, perfecciona en él toda la creación.

Pues bien, lo que nuestro Señor es para la Iglesia, lo es, por excelencia, para su santísima madre. Por eso le da toda la plenitud y la sobreabundancia de vida que conviene a tan vasto sujeto de amor, tan intensamente capaz de recibir su devoción y su vida divina.

Es menester, por consiguiente, considerar al que es nuestro todo, a Jesucristo, que vive en la santa Virgen con la plenitud de la vida de Dios. En ella él exhibe todos los tesoros de sus riquezas, el esplendor de su belleza y las delicias de su vida divina.

En ella vemos, como en una síntesis, la gloria que las ignominias de su pasión ha producido en la Iglesia, la alegría y felicidad que él le ha adquirido con sus padecimientos y todas las riquezas que nos ha merecido con la miseria y pobreza de su cruz. En María, Jesucristo triunfa con sus dones; en, ella se gloria de su obra maestra; allí está su alegría.

¡Qué, admirable residencia la de Jesús en María! No hay nada tan maravilloso como esta vida de Cristo en su madre, esta vida santa que él continuamente comunica, esta vida divina con que la anima, amando, alabando y adorando en ella a Dios, su Padre, como en una digna prolongación de su Corazón en la cual deleitosamente se amplifica.

Toda la vida de Jesús y todo su amor en el resto de su Iglesia, aun en los apóstoles y en los más amados discípulos, no son nada en comparación con lo que él es en el Corazón de María. Allí habita él en plenitud: allí actúa en toda la extensión de su divino Espíritu, hasta no tener sino un corazón, un alma y una vida con ella.

Nada hay más admirable que esta unión: es una maravilla tan perfecta y consumada que nunca podrá comprenderse, y, para nuestro consuelo, esta obra maestra de Dios está destinada a durar eternamente.

¡Cuán admirable es Jesús en su madre! Nunca se puede entender lo que él es en ella y de qué manera Dios hace que Cristo le pertenezca. Es una obra de fe que cuanto más exige nuestra fe más santa y divina es y produce mayor dulzura en el interior del alma.

Es un abismo de amor y de caridad que no se puede imaginar: Porque no podemos conocer ni la extensión del amor de Jesús por María ni la fuerza y la pureza del amor de María por Jesús. Por eso debemos compenetrarnos completamente con él para ser todo lo que él es en relación con su Padre y con su divina madre.

(DE LOS OPÚSCULOS DE JUAN JACOBO OLIER «DE LA VIDA DE JESÚS EN MARÍA. EL DÍA CRISTIANO». París 1925, 321-326.)

119.El sacrificio de Jesús según J.J Olier

“Nuestro Señor no se contenta con inmolarse en la cruz por amor a su Padre, esto no basta a su amor: de consumir su vida, pues en Él queda algo del ser de su primera generación, teniendo aún el cuerpo recibido de su madre. Es preciso que se consuma por la gloria de su Padre. Es preciso que todo lo que tiene de su primera generación sea consumido para Dios. Y por eso el sacrificio de la Cruz, que alcanza el precio de nuestra redención, no es el término de la religión de Nuestro Señor que no está satisfecho hasta que haya sacrificado, aniquilado

y consumado enteramente todo lo que es suyo y de su primer estado, a la gloria de su Padre, como antes por el sacrificio perfecto del holocausto, en el cual toda la víctima era consumada en el fuego: No es suficiente que esta víctima haya sido degollada y que haya derramado toda su sangre. Es preciso que pasara completamente toda a la naturaleza del fuego, que representaba a Dios, el cual como un fuego ardiente debía algún día consumir a Nuestro Señor en él y hacerlo pasar a su naturaleza el día de la resurrección, en el cual JESUCRISTO nuestro maestro no tiene nada de su fragilidad, del estado de su carne, no parece ya hijo del hombre, sino verdadero hijo de Dios, engendrado aquel día por su Padre en perfecta semejanza a él y como imagen viva de su bondad”.

Diversos escritos, II, 157-158.

120. Carta de Condren a un Neo-sacerdote

“Entrégate por siempre a Jesucristo, no solamente para sacrificarlo según su intención y su espíritu, sino también en su nombre y en su persona; pues debemos aniquilarnos en esta acción, y ser en ella miembros de Jesucristo, ofreciendo y haciendo lo que él ofrece y hace como si no fuéramos nosotros. No sabríamos olvidarnos suficientemente en este santo misterio, ni decir con bastante sencillez en Jesucristo: Este es mi cuerpo. En tercer lugar, ofrece a la divina Majestad su hostia en honor de todo lo que es Él; en acción de gracias de todos los beneficios a la Iglesia, y aun a toda criatura; y en satisfacción de todas sus ofensas, con fin de que ella reciba en Jesucristo el homenaje y el culto debidos a sus perfecciones infinitas, la acción de gracias condigna a su calidad, y la reparación de su honor lesionado. Ofrécelo también como oración tuya y de la Iglesia, pues Jesús es y contiene todo lo que podemos desear y pedir a Dios: y nuestra oración más perfecta y plegaria debe ser que Él se realice en nosotros y en los demás. Él es toda nuestra virtud en la perfección que debemos pedirle. En Él están comprendidas las más santas intenciones de Dios y también las nuestras. Tienes que recordar que el sacrificio que tu ofreces no es el sacrificio solitario del Hijo de Dios, sino de la Cabeza y de los Miembros, de Jesucristo completo que contiene a su Iglesia: pues Él le comunica el sacerdocio y ella lo ofrece con Él, y por ella”.

120. Condren y Olier en Oración

La “Pequeña Oración” de Condren

“Ven, Señor Jesús y vive en tu servidor
En la plenitud de virtud,
En la perfección de tus caminos
Y en la santidad de tu espíritu
Y domina sobre todo poder
Enemigo con la fuerza
De tu Espíritu
Para gloria de tu Padre”.

Según J.J. Olier. *Memorias II, 120.*

La Oración del Señor Olier

Jesús que vives en María
Ven y vive en tus siervos
En tu espíritu de santidad,
En la plenitud de tu fuerza,
En la perfección de tus caminos,
En la verdad de tus virtudes;
En la comunión de tus misterios;
Domina sobre toda potestad enemiga,
En tu Espíritu
Para gloria del Padre”

De Jornada Cristiana, París, 1655.

Otra forma de la Oración del Señor Olier

Jesús que vives en María,
En la belleza de tus virtudes,
En la eminencia de tus poderes,
En el esplendor de tus riquezas
Eternas y divinas,
Danos participar en tu santidad
Para referirla únicamente a Dios;
Danos comulgar en el celo
Que ella tiene por su Iglesia.
En fin, revístenos a todos de ti
Para no ser nada en nosotros,
Para vivir únicamente en tu ESPÍRITU,
Como ella,
Para gloria de tu PADRE.

Texto autógrafo. Archivos de San Sulpicio.

121. Una carta de dirección

A la Señora de Saujon, Julio 20 de 1651

“Muy amada y estimada hija,

La naturaleza se cansa en algunas veces en su dicha y echa de menos su placer, pero la caridad jamás dice basta: ella se fortalece, se renueva y se aumenta en la posesión de lo que ama. ¡Qué gozo en Jesús que vive y conversa con su Madre en el mundo! ¡Qué consuelo ver la complacencia de su Padre sobre sus conversaciones, y el fuego del Espíritu divino que obra siempre en ellos nuevos efectos de amor y de gracia! Un día desafía al otro en el ejercicio del amor, y el primero se veía siempre separado por el segundo, siempre crecían en gracia, en sabiduría delante de Dios y de los hombres. Ahí está el modelo perfecto del amor

santo que produce el mismo efecto en los corazones abandonados al Espíritu Santo.

Nuestro Señor Jesucristo vive sobre la tierra en las almas, y en ella crece según las operaciones de su gracia, como lo hacía en otro tiempo conversando en su infancia con su Madre, y Él continua su vida interior en nosotros cuando le pertenecemos a Él únicamente. Lo que ha comenzado en sí, lo continua en su Iglesia; de manera que la vida divina que le comunica y que es tan gloriosa para Dios su Padre, jamás tendrá fin en la eternidad. Él desea que toda la tierra se llene de su fuego, y no lo envió acá sino para que devore el mundo. ¿No quiere dejarse consumir por el amor? Yo la hubiera invitado desde ayer por la mañana, cuando me encontraba inflamado por la caridad de Jesucristo que me apremia; recordando que le había dado suficiente tema y materia para dedicarse y renovarse en el amor de María para con Jesús, yo quise dejarle la satisfacción de leer todo dejando para hoy el estimularla o progresar continuamente en el santo amor.

Paseando ayer tarde y viendo la puesta del sol, consideraba cuantos pasos había dado ese gran astro, visitando todo el mundo en un día; y decía para mí: ¡Que gozo sería para un alma que hubiera adelantado y se hubiera consagrado a su deber como él!

Tenemos en nosotros el Espíritu de Dios y a Jesucristo mismo, que es comparado con el sol y llamado gigante, cuyos pasos y procesos son del cielo a la tierra y de la tierra al cielo. ¿Y no es extraño que detengamos su fuerza, y que le impidamos avanzar en sus caminos? En nombre de Dios no detenga un momento el recorrido de su Espíritu, y la velocidad con la cual él quisiera llevar su alma. Dígale que Ud. Es una niña débil y pequeña que no puede avanzar como Él, pero si Él concederle la gracia de alzarla con su fuerza, y de llevarla en su seno, Ud. Caminará como Él a grandes pazos, avanzará siempre en la velocidad de su carrera, Ud. Llegará felizmente con Él. La dejo con este santo sentimiento, que hallará conforme al de Nuestro Señor, quien estimulando a la Iglesia a toda hora le dice, que se levante y avance prontamente sin buscar descanso en sus caminos, los cuales están todos en paz y en consuelo en medio de su velocidad y rapidez.

Nada hay más dulce ni que dé más reposos, más gozo y más consolación al alma, que ser transportado fuera de sí mismo por Jesucristo y su divino Espíritu; que para ello no tiene necesidad del carro de fuego de Elías, cuya memoria honramos hoy, pero que por su sola fuerza nos eleva en la tierra al cielo, y del fondo de nosotros mismos nos transporta al seno de Dios. Yo sería infiel a Jesús, su esposo, si no apremiara incesantemente a su alma para impedirle descansar un solo momento en sí misma. Es la única aprehensión del amante que quiere que su amada se apoye y descanse en él, según los términos de la Escritura que dice que la Iglesia, esposa de Jesucristo, elevándose al cielo, se apoya sobre su bien amado”.

Olier, Cartas ed. Levesque, t. 1227, Paris, 1935 pp. 561-563.

122. Actos para el Oficio divino (recitación del breviario)

“...Dios mío, que tienes tus delicias y tus complacencias en Nuestro Señor Jesucristo, que te rinde él solo, por la fuerza de tu divino Espíritu del cual ha sido colmado, todo lo que los santos profetas y patriarcas, todo lo que los apóstoles y sus discípulos, todo lo que los ángeles del cielo y los santos de la tierra te han rendido en honor y en alabanzas; expresa en tu alma y en toda la extensión de tu Iglesia cuanto él solo te ofrece perfectamente en el cielo.

Que la Iglesia, oh mi Señor Jesús, dilate cuanto has encerrado en ti solo, y que ella exprese más allá de sí misma esta religión divina que tú tienes para tu Padre en el secreto de tu Corazón, en el cielo y sobre nuestros altares. Oh ¡qué cielo! ¡qué música! ¡qué santa armonía en estos lugares santos ¡Oh que la fe me hace escuchar a través de estos tabernáculos canticos maravillosos, que el alma de Jesucristo rinde a Dios con todos los ángeles y los santos que allí le acompañan!

Por tanto, oh mi Dios, que todas estas alabanzas y todos estos canticos, estos salmos y estos himnos que en tu honor vamos a cantar sean la expresión del

interior de Jesucristo, y que mi boca te diga lo que el alma de mi Salvador te dice en ella misma.

Unido pues a tu Espíritu, oh mi Señor Jesús, que eres la vida de nuestra religión, yo deseo rendir a tu Padre todos los homenajes y todos los tributos que le son debidos, que tú solo comprendes, y que tu solo le rindes a tu santuario.

Anonadado, Dios mío, en mí mismo que soy un miserable e infame pecador, adoro a tu Hijo, el verdadero, el único y el perfecto religioso de tu nombre; y me uno a tu espíritu por la más pura porción de mi alma, para glorificarte en Él”.

J.J. Olier, Jornada Cristiana, 1655, ed. Amiot, París, 1954, p. 123.

123. Manera de meditar sobre las virtudes

“El método que Nuestro Señor enseña a sus discípulos solo se da en vez de los cuidados más particulares del Espíritu, que conduce a sus hijos en la oración.

Cuando los tiene en el abandono, y que no saben que caminos seguir, se encuentran muy impedidos entonces, si no son retenidos y guiados por algún santo modelo que los conduzca.

Propondremos aquí uno fácil, y que es conforme al designio mismo de Dios Padre, expresado antes en la Ley. Consiste en tener a Nuestro Señor ante los ojos, en el corazón y en las manos. Así, por orden de Dios, los judíos debían llevar la ley. “Estas palabras estarán en tu corazón. Y tú las ataras a tu muñeca como guardaras en tu memoria un signo y serán en tu frente una señal.: Dt. 6, 6-8.

El cristianismo consiste en estos tres puntos, y en ellos está comprendido todo este método de Oración: saber mirar a Jesús, unirse a Jesús y obrar a Jesús. El primero conduce al respeto y a la religión; el segundo a la unión o a la unidad en Él; el tercero, a la acción, no solitaria, sino unida a la virtud de JESUCRISTO,

que hemos atraído a nosotros por la oración. El primero se llama Adoración, el segundo comunión; el tercero Cooperación.

Para poder, pues, aplicar fácilmente este ejercicio a todas las virtudes daremos aquí un modelo sobre la virtud de la penitencia.

Punto primero: Tengamos a Nuestro Señor ante los ojos.

Es decir, consideremos con respecto a JESUCRISTO, penitente por nuestros pecados. Honremos en Él el Santo Espíritu de penitencia que lo animó en el curso de toda su vida, y que colmo el corazón de todos los penitentes de la Iglesia.

Mantengamos reverentes y respetuosos ante cosa tan divina y tan santa, y luego que nuestro corazón se haya deshecho en amor, en alabanzas y en otras expresiones, permanezcamos algún tiempo en silencio ante Él, en estas mismas disposiciones y sentimientos religiosos en el fondo de nuestra alma.

Punto segundo: tengamos a Nuestro Señor en el corazón.

Luego de haber rendido nuestros respetos a JESUCRISTO y a su santo espíritu de penitencia, pasaremos un tiempo suspirando por este divino Espíritu. Suplicaremos más al Espíritu, el único a quien corresponde darnos un corazón nuevo y formar un alma penitente, que se digne descender a nosotros. Lo conjuraremos por todas las invenciones del amor, que se digne venir a nuestra alma para hacernos conformes a JESUCRISTO penitente, para continuar en nosotros la penitencia que comenzó en él y para llevar la parte y la medida de la pena debida a un cuerpo lleno de pecados como el nuestro.

Nos entregamos a Él para ser poseídos y animados por su virtud; luego permaneceremos algún tiempo en silencio a su lado, para dejarnos fortalecer interiormente por su unión divina, con el fin de que nos conduzca al ejercicio de mortificación que a Él le plazca.

El tercer punto de la meditación es llevar a Nuestro Señor Jesucristo en las manos, es decir, querer que su divina voluntad se cumpla en nosotros, que somos miembros suyos, que debemos estar unidos a nuestra Cabeza, y que no debemos tener otro movimiento que el que nos comunica JESUCRISTO, nuestra vida y nuestro todo; quien al llenar nuestra alma de su Espíritu, de su virtud y de su fuerza, debe obrar en nosotros y por nosotros todo lo que él desea.

Él es en los pastores, Pastor; en los sacerdotes, sacerdote; en los religiosos, Religioso; en los penitentes, Penitente; y por ellos debe realizar las obras de su vocación; debe por tanto realizar en nosotros efectos de penitencia; y nosotros debemos estar en el Espíritu en cooperación fiel con todo lo que Él quiere hacer en nosotros y obrar por medio de nosotros. Así, como tercer ejercicio, nos entregamos al Espíritu, que hemos atraído sobre nosotros en el punto segundo, para realizar por él a lo largo del día las obras de penitencia, deseando vivir en Él sin descanso, ya que por eso lo hemos deseado en la meditación.

Y no solamente nos entregamos al divino Espíritu para realizar en Él las obras de penitencia, que no puede haber fuera de su unión, nos abandonaremos a Él enteramente, a fin de que haga en nosotros y de nosotros todo lo que quiera para satisfacer a Dios...Nuestro Señor se ha dilatado al dilatar el cuerpo de su Iglesia, y carga los sufrimientos de sus miembros, ya que está inserto e insinuado en ellos por el Espíritu. Él anima su alma, fortalece su espíritu y su corazón por su presencia y su virtud; y así es más penitente en ellos de lo que ellos lo son en sí mismos. Es el Espíritu de JESUCRISTO penitente en sus almas el que los hace penitentes”.

Introducción a la vida y a las virtudes cristianas, ed. Amiot, Paris, le Remeau, 1954, pp. 22-26.

124. Como sacramentos que lo llevan

"He ahí una admirable invención del Amor, que a diferencia de antes que estaba en un lugar, al vivir e nuestra carne para glorificar a Dios, ahora está en cien mil; no podía predicar sino en un pueblo cada vez, y ahora al habitar en el pecho de

sus predicadores, predica en todo el mundo al mismo tiempo, y, pudiendo Él solo inspirar pensamientos a mil bocas por la amplitud de su ciencia y de su capacidad, pone palabras en cien mil al tiempo para hacer honrar a DIOS”.

Memorias, II, 314.

125. Del espíritu cristiano

Del Espíritu y de dos vidas de Nuestro Señor Jesucristo

“Pregunta: ¿Quién merece llamarse cristiano?

Respuesta: El que tiene el Espíritu de Jesucristo.

P. ¿Qué entiendes tú por el espíritu de Jesucristo?

R. No entiendo su alma sino el Espíritu Santo que habita en él.

P. ¿En que se conoce que alguien tiene el Espíritu de Jesucristo?

R. Se conoce en las inclinaciones que tiene semejantes a las suyas, por las cuales vive como Él.

P. ¿Cuál es la vida de Jesucristo de la cual hablas tu?

R. Es la vida santa que nos presenta la Escritura y sobre todo el nuevo Testamento.

P. ¿Cuántas vidas hay en Jesucristo?

R. Hay dos, la vida interior y la vida exterior.

P. ¿En qué consiste la vida interior de Jesucristo?

R. En sus disposiciones y sentimientos interiores para con todas las cosas: por ejemplo, en su religión respecto a Dios, en su amor para con el prójimo, en su anonadamiento de sí mismo, en su horror al pecado, y en su condenación del mundo y sus máximas.

P. ¿En qué consiste la vida exterior?

Consiste en sus acciones sensibles y en las prácticas visibles de sus virtudes emanadas del fondo en su interior divino.

P. ¿Es preciso pues, para ser un buen cristiano, tener en nosotros al Espíritu Santo, que nos haga vivir interior y exteriormente como Jesucristo?

R. Sí.

P. ¿Pero eso es muy difícil?

R. Sí para quien ha recibido el santo bautismo, en el cual el Espíritu Santo de Jesucristo nos es dado para hacernos vivir como Él”.

J.J. Olier, Catecismo cristiano para la vida interior, lección I, ed. Amiot, París, Le Rameau, pp. 111-12.

126. Toda la Iglesia es un solo Cristo

“Así toda la Iglesia es un solo Cristo, toda la Iglesia es Cristo por doquier, expresado sin embargo de manera diversa, por diversas personas, que representan todas algo de Él. Y muy feliz la criatura que representa la mínima cosa de su grandeza y su perfección oculta bajo aquel a quien Él destina para representarla. Así tenía razón David al decir que toda la belleza de la Iglesia estaba en su interior, puesto que su interior es JESUCRISTO que es la belleza más, pero una belleza tan admirable, tan encantadora, tan fecunda y tan diversa que abarca toda una Iglesia, es decir cien mil y cien mil millones de criaturas que figuran- y a penas a medias- pues todo lo que la Iglesia representa de Nuestro Señor al lado de lo que es Él en sí mismo, es como comparar la luna con el sol: con cuya luz brilla la Iglesia como la luna con el sol.

La Iglesia en su belleza está llena de manchas y de arrugas, el Hijo de Dios es un espejo sin sombras; la luna no tiene en sí misma ninguna luz que no sea prestada, la Iglesia no tiene más claridad que la prestada del sol; en breve, la luna no tiene nada por sí misma, no es nada y nada puede sin JESUCRISTO Nuestro Señor”.

Olier, Memorias

127. El corazón del sacerdote, tan grande como la Iglesia

“El Espíritu del sacerdote es un espíritu muy diferente al de un particular entre los cristianos, es el espíritu de toda la Iglesia junta encerrada en el sacerdote solo.

El sacerdote es que asume los intereses de la Iglesia y aparece como tal delante de DIOS. Es el siervo de la Iglesia, se pierde en sus intereses (...).

Para el espíritu de oración y de religión, Él debe ser universal y general, en sí mismo como lo es el espíritu de penitencia. De tal manera que es preciso que el sacerdote ore por todos. De manera que el Espíritu de DIOS se abra y se dilate tanto más en lo que haría en toda la Iglesia junta y todos los pueblos en nombre de los cuales es puesto Dios para orarle, alabarle y honrarlo.

El corazón del sacerdote debe ser tan grande como la Iglesia. Está obligado a orar por toda la Iglesia junta y tanto como toda la Iglesia unida, no solamente en asiduidad, orando más frecuentemente, más puramente y más confiadamente que toda la Iglesia junta en sus individuos.

¡Oh alma del sacerdote, quien eres tú! ¿Dónde encontrar una extensión y una dilatación tal como la debes tener en ti? ¡Oh que pocos sacerdotes hay, y cómo me siento confundido al escribir lo que hago, siendo tan miserable, tan impuro, tan alejado del estado al cual veo que nos llama el sacerdocio santo y divino!

Si tu gracia y tu vocación es apostólica, debes por tanto preocuparte por todo el mundo. Que, si eres limitado como pastor, sepas en que particular eres limitado y reducido por obligación al pueblo que miras como tuyo. Y por eso mismo San Pablo pone la dignidad y gracia de pastor en el número de los últimos, poniendo la gracia apostólica y la de sacerdote que se siente llamado al amor y al servicio de toda la Iglesia, en el rasgo de las primeras gracias y dignidades de las de JESUCRISTO en la tierra que él distribuyó diferentemente a los hombres”.

Olier, Memorias, VII, 27-33.

128. Un modelo de carta de dirección

A la Marquesa de Portes (verano de 1649)

“Muy amada hija mía, caminemos por las sendas sencillas, humildes, desconocidas a todo mundo. Nuestro Señor funda así su reino. Sus andares, hija mía no son como creen en este tiempo muchas personas que escriben grandes libros para decir que hay que andar por tales vías. Oh Hija mía, no hay una sola alma que no tenga su senda preparada por Dios y que no sea necesario adorar profundamente en silencio, para someterse en la forma particular que Dios lo quiere. En nombre de Dios, hija mía, amé únicamente a su amado, amé al esposo de su corazón que la ha llevado hasta ahora por sus sendas y sus caminos. Entréguese a él, hija mía, cómo él lo quiere, y él no dejará de manifestarse todo a Usted.

Le diré en confianza que una de las palabras del Evangelio que más me ha tocado en mi vida, es la de Jesucristo que dice a san Juan: a quien me ame, me manifestare todo a él. Hija mía, a eso aspiramos por nuestros sufrimientos, nuestras humillaciones y nuestros atajos, a que seamos tan felices de poder recibir la luz de Jesucristo para servirle y serle fiel. Aténganse pues a ello, pertenecer a Jesucristo y vivir en él, en sus virtudes y en su gracia.

No colme su espíritu, querida hija, de cosas discutidas, no se enrede con ningún argumento; eso no es más que discusión, y según san Pablo, asuntos que solo engendran querellas y alteración de la caridad, por algo que prohíbe la Iglesia y el mismo Dios que quiere ocultarnos cosas que queremos conocer. Él quiere que hagamos de eso un sacrificio total y perfecto adorando el misterio desconocido de la gracia que expresamente ha mantenido oculto en la majestad de Dios y que la santa Iglesia ha tenido siempre en suspenso más bien que querernos mezclar en su decisión y exponernos a un juicio diferente al de Dios, e ir así más allá de los designios de Jesucristo y de su Padre que se reservó el revelarnos el día del juicio, el misterio santo de la Santísima Trinidad, el conocimiento de su gracia por el cual vive Él en nosotros y nosotros en Él como vive Él en su Padre y su Padre en Él. Estas son las palabras del Hijo de Dios en san Juan: Aquel día (y no ahora) entenderán que yo vivo y obro en Uds. Por la gracia, como estoy en mi Padre y mi Padre está en mí.

Hija mía, no sabría Ud. Creer que poderoso es el silencio de estas cosas y cuanta libertad da al alma, cuanta humildad y sencillez, y, por el contrario, que confuso, ácido y engreído se siente el corazón secretamente por la curiosidad, la búsqueda y la ocupación que no son de nuestra competencia y para tratar lo cual no tenemos la gracia.

Usted sabe, hija mía, que conviene que Jesús esté en todo; tiene que estar en nuestras palabras como en nuestros pensamientos y en nuestras obras; so él no es el autor de todo, no hay nada más que un efecto malo de nuestra carne y de nuestro propio obrar que es sólo la vanidad, soberbia y amor propio y que confunde e infecta siempre. Solo hay que permitir en nosotros la operación de la gracia y adherirse a él íntimamente; y vera Ud. Por experiencia que, durante la más íntima unión de su corazón y el más profundo recogimiento en Dios, Él aniquilará siempre toda mirada semejante; y solo la llevará al amor de Él mismo, sin permitir que Ud. Se distraiga en examinar la naturaleza del amor que la posee, pues tanto quiere Él y ama un corazón sencillo, anonadado y abismado e sí mismo y nada fuera de Él: porque sólo una cosa es necesaria.

Es preciso, hija mía, tener cuidado en esto por el gran interés de su alma, que sufrirá y se desgastará mucho por las ocupaciones menores de su corazón y de su espíritu propio en cosas que estarán fue de Dios.

Hermana mía, ¡cuánto quiero que sea santa en Jesús nuestro todo y nuestro amor (y que debe serlo de todos)! ¡Cuánto deseo que viva en caridad y bajo la operación del solo Espíritu! ¡Cuánto odio el espíritu propio, como enemigo jurado de la fe y luego de la caridad! ¡Cuánto deseo que Ud. Viva en fe como el justo según san Pablo y el profeta! ¡Oh, cuán vanos son los pensamientos y las opiniones de los hombres que no tienen la ciencia de Dios como apoyo, como soporte y como regla segura, dice Salomón! Hija mía, la fe para todo. Es la venda del espíritu propio, es la que impide sus producciones inútiles, vanas y desordenadas. Hija mía, el Espíritu del hombre solo es bueno para hacer de él un único sacrificio. Es bueno que sea inmolado, crucificado, vetado, absorbido en la fe y la sabiduría divinas como el corazón y la voluntad deben ser consumados, por todos sus deseos, en la santa caridad de Jesucristo Nuestro Señor. Oh, ¡cuán apacible es el alma transformada y consumada en Jesús! ¡Qué

gozosa es, libre, independiente de toda fantasía e imaginación humana! ¡Cómo va creciendo en la luz solidad de Jesucristo! ¡Cómo se va purificando, santificando y abandonándose en Dios! Fuera de Jesús, hija mía, fuera de su fe y de su amor, no se detenga ni se distraiga en nada. Lea todos los días los santos evangelios de Jesucristo con profundo respeto, desprendimiento de su espíritu y de su razón humana. Déjese nutrir, embeber y penetrar de las virtudes cristianas. Lea a santa teresa, a M. de Ginebra, a Gerson, todos esos libros benditos y que aprueba la Iglesia universal, en los cuales no se discute nada.

Deseo que todo lo superfluo le sea quitado; deseo que lo vil sea separado de lo precisos, como lo quiere Nuestro Señor, que pide a sus almas escogidas la santidad perfecta y que no puede permitir que nada se mezcle con su espíritu de pureza”.

Olier, Cartas, Ed. Levesque, t. I. 177, París, 1935, pp. 443-446.

129. La oración de Jesús en la Iglesia

Actos para el Santo Oficio

“Que la Iglesia, oh Señor Jesús, dilate lo que tú encerraste en tu interior, y que exprese fuera de sí misma la religión divina que tú fuera de sí misma la religión divina que tú tienes para con tu Padre en la intimidad de tu corazón, en el cielo y en los altares.”

“Por tanto, Dios mío, que todas las alabanzas y cánticos, los salmos e himnos que cantamos en tu honor expresen la intimidad de Jesucristo y que mi boca sólo te diga lo que el alma de mi Salvador te digan en ella.

“Unido pues a tu Espíritu, oh Jesús mi Señor, que eres la vida de nuestra religión, deseo rendir a tu Padre todos los homenajes y deberes que le son debidos, que sólo tu comprendes, y que tú solo le rindes en tu santuario”.

SAN VICENTE DE PAÚL(1581-1660)

130. La caridad

Deben saber que el amor de Dios se ejercita de doble manera, afectiva y efectiva.

El amor afectivo nace del corazón. La persona que ama está llena de gusto y de ternura, siente de continuo presente a Dios, halla su gozo en pensar en él y pasa insensiblemente su vida en esta contemplación.

Gracias a este amor ella cumple sin molestia y aun con placer las cosas más difíciles y busca cuidadosamente todo lo que pueda hacerla grata a Dios. Finalmente, se baña en este amor divino y no encuentra dulzuras en otros pensamientos.

El amor afectivo es la ternura en el amor. Ustedes deben amar a nuestro Señor tiernamente como un niño que no puede separarse de su madre y que apenas la ve alejarse la llama gritándole: « ¡Mamá!» Así, un corazón que ama a nuestro Señor no puede soportar su ausencia y tiene que aferrarse de él mediante este amor afectivo que conduce al amor efectivo.

El amor efectivo consiste en poner por obra aquellas cosas que la persona amada ordena o desea. De este amor dice nuestro Señor: *Si alguno me ama, guardará mi palabra* (Jn 14, 23). Hay amor efectivo cuando se obra por Dios, aunque no se sientan sus dulzuras. El alma no percibe ni siente este amor pero él no deja de producir sus efectos y de traducirse en actos.

Seguramente hay entre ustedes algunos que no sienten a Dios o que nunca han sentido ni conocen lo que significa experimentar gusto en la oración, y por ello creen no tener devoción; sin embargo, no dejan de orar, de practicar las virtudes y leyes de su estado, de trabajar sin descanso aunque no sientan atractivo. Ciertamente, éstos no han dejado de amar a Dios, porque realizan todo lo que hacen los demás y con un amor tanto más fuerte cuanto menos lo sienten. Es este el amor efectivo que no deja de actuar aunque no se haga notar.

El amor afectivo no basta: hay que dar paso al amor efectivo, que es el ejercicio de las obras de caridad, el servicio de los pobres emprendido con gozo, con valentía, constancia y amor.

Amemos a Dios, mis hermanos, amemos a Dios, pero a expensas de nuestros brazos, con el sudor de nuestras frentes. Porque a menudo muchos actos de amor a Dios, de complacencia, de benevolencia y otros afectos semejantes y prácticas interiores, frutos de un corazón tierno, aunque sean muy buenos y deseables resultan sospechosos, cuando no se traducen en la práctica del amor efectivo. «En esto, dice nuestro Señor, recibe gloria mi Padre, en que produzcan mucho fruto».

Y en ello debemos poner especial atención: porque hay muchos que llevan un exterior muy correcto y el interior lleno de grandes sentimientos de Dios, pero se detienen allí y cuando se presenta la ocasión de actuar se quedan cortos. Se glorían de su imaginación calenturienta, se contentan con los tiernos coloquios. Que tienen con Dios en la oración y hablan de ellos como ángeles. Pero, al salir de allí, si se trata de trabajar por Dios, de sufrir, de mortificarse, de instruir a los pobres, de ir en busca de la oveja perdida, de estar contentos careciendo de algo, de aceptar las enfermedades o cualquier otra molestia, ya no dan la cara; el valor les hace falta.

(DE LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAÚL, PRESBITERO. 9, 475-476.
593; 11, 43-44. 475-477).

131. El servicio a los pobres

Lo que Dios les pide de manera especial es que tengan gran preocupación por servir a los pobres, que son nuestros señores. Porque, de verdad, ellos son nuestros amos. Deben servirles no sólo corporal, sino espiritualmente. No harían lo suficiente por Dios y por el prójimo dando alimentos y medicinas a los pobres, si no les prestan ayuda, según el querer de Dios, mediante el servicio espiritual que les debemos.

Un medio para hacerlo como Dios quiere es hacerlo en caridad. Es esto lo que hace excelente su servicio.

Pero ¿qué significa hacerlo en caridad? Es hacerlo en Dios, porque Dios es caridad, es hacerlo exclusivamente por Dios; es hacerlo en gracia de Dios, pues el pecado nos

aparta de la caridad de Dios. Y esto no puede hacerse si no purifican sus intenciones y motivos, si no desarraigan sus costumbres viciosas, si no se desprenden de sus apegos personales.

Imitarán, pues, a Jesucristo que servía a los pobres en el cuerpo y en el espíritu: iba de un lado para otro, curaba los enfermos y los instruía sobre su salvación. Cuando sirven a los pobres están sirviendo a Jesucristo.

¡Qué cierto es que sirven a Jesucristo en la persona de los pobres!

Una hermana puede ir diez veces al día a visitar a los enfermos y diez veces por día encontrará allí a Dios.

Como dice san Agustín: «Lo que vemos no es tan seguro porque nuestros sentidos pueden engañarnos: pero las verdades de Dios no engañan jamás».

Vayan a visitar a los pobres presidiarios: en ellos encontrarán a Dios; sirvan a los pequeñuelos: en ellos encontrarán a Dios. Qué prometedor es todo esto: ustedes van a casas miserables, pero allí encontrarán a Dios.

A los pobres deben tratarlos con dulzura y respeto. Con dulzura, pensando que ellos les abren el cielo. Porque ese es el privilegio de los pobres: abrir el cielo. Eso es lo que dice nuestro Señor: Hagan amigos con sus riquezas, para que ellos los reciban en las mansiones eternas (Lc 16, 9).

Hay que tratar a los pobres con dulzura y respeto recordando que ese servicio lo prestan a nuestro Señor, pues él lo considera hecho a sí mismo. Suplico a Dios, fuente de caridad, que les dé la gracia de que aprendan a servir a los pobres, corporal y espiritualmente en su espíritu y en imitación perfecta del espíritu de su Hijo.

(DE LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAÚL, PRESBITERO. 9, 59-60. 119. 249-252; 10, 679-680.)

132. Los peores enemigos de la Iglesia

Uno se pregunta si no todos los desórdenes que vemos en el mundo se deben atribuir a los sacerdotes. Esto podrá escandalizar a algunos, pero el asunto requiere que yo

muestre, por la magnitud del mal, la importancia del remedio. Se han hecho varias conferencias sobre esta cuestión que se ha tratado a fondo, para descubrir los orígenes de tantas desgracias; pero el resultado ha sido que la Iglesia no tiene peores enemigos que los sacerdotes. De ellos han venido las herejías; testigos estos dos herejes Lutero y Calvino, que eran sacerdotes; y por los sacerdotes han prevalecido los herejes, el vicio ha reinado y la ignorancia ha establecido su trono en medio del pueblo pobre; y esto por su propio desorden y por no oponerse con todas sus fuerzas, según sus obligaciones, a las tres tormentas que han inundado la tierra.

¡Qué sacrificio, señores, hacen ustedes a Dios, trabajando por su formación, de suerte que ellos vivan según la altura y dignidad de su condición y que la Iglesia se recupere así del oprobio y de la desolación en que está!

San Vicente de Paúl, Conversaciones espirituales, ed. Dodin, París, Seuil. 1960, p.p. 501-502.

133. Las dos realidades inseparables: el servicio al Evangelio y a los pobres

Conferencia de san Vicente a los sacerdotes de la Misión

Evangelizar a los pobres es un ejercicio tan elevado que es, por excelencia, el oficio del Hijo de Dios. Y nosotros nos ocupamos de Él como instrumentos por medio de los cuales el Hijo de Dios sigue haciendo en el cielo lo que hizo sobre la tierra.

Gran tema, hermanos míos, para alabar a Dios y agradecerle incesantemente esa gracia. Ciertamente, es cosa digna de un misionero tener y conservar ese deseo de ir a las misiones, aguzar ese acicate de asistir al pueblo pobre en la forma en que Nuestro Señor mismo lo asistiría, si estuvieran aun sobre la tierra, y finalmente dirigir su atención para vivir y morir en ese santo ejercicio.

Ir a evangelizar a los pobres no se entiende solamente para enseñar los misterios necesarios a la salvación, sino para hacer las cosas predichas y figuradas por los profetas, hacer efectivo el Evangelio.

Que los sacerdotes se apliquen al cuidado de los pobres ¿no ha sido acaso ese el oficio de Nuestro Señor y de muchos grandes santos que no solamente han recomendado a los pobres, sino que ellos mismos los han consolado, aliviado y curado? ¿los pobres no son acaso los miembros afligidos de Nuestro Señor? ¿No son nuestros hermanos? Y si los sacerdotes los abandonan, ¿quién queréis vosotros que los asista? De suerte que, si hay entre nosotros algunos que piensen que están en la Misión para evangelizar a los pobres y no para aliviarlos, para remediar sus necesidades espirituales y no las temporales, les respondo que los debemos asistir y hacer asistir en todas las formas, por nosotros mismos y por otros, si queremos escuchar esas agradables palabras del soberano juez de los vivos y los muertos: “Venid, bien amados de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado, porque tuve hambre y me disteis de comer, estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me asististeis”.

Hacer eso, es evangelizar por palabras y por obras, y eso es lo más perfecto y es también lo que nuestro Señor practico y lo que deben hacer aquellos que lo representan sobre la tierra por oficio y por carácter, como los presbíteros.

Por eso debemos preferir esa función a todas las funciones y empleos en el mundo, estimarnos sinceramente los más felices de los hombres.

[Del propio de san Sulpicio en el oficio de lectura del 27 de septiembre]

134. El servicio a los pobres ha de ser preferido a todo

“Cristo quiso nacer pobre, llamo junto a sí a unos discípulos pobres, y de tal modo se identificó con ellos, que dijo que se considerará como hecho a él mismo todo el bien o el mal que se hiciera a los pobres.

Porque Dios ama a los pobres y, por lo mismo, ama también a los que aman a los pobres, ya que, cuando alguien tiene un efecto especial a una persona, extiende este afecto a los que dan a aquella persona muestras de amistad o de servicio”.

“El servicio a los pobres ha de ser preferido a todo, y hay que prestarlo sin demora. Por esto, si en el momento de la oración hay que llevar a algún pobre un medicamento o un auxilio cualquiera, id a él con el ánimo bien tranquilo y haced lo que convenga, ofreciéndolo a Dios como una prolongación de la oración. Y no tengáis ningún escrúpulo

ni remordimiento de conciencia si, por prestar algún servicio a los pobres habéis dejado la oración; salir de la presencia de Dios por alguna de las casusas enumeradas no es ningún desprecio a Dios, ya que es por él por quien lo hacemos”.

“La caridad es la máxima norma a la que todos deben tender; ella es una ilustre señora, y hay que cumplir lo que ordena. Renovemos, pues nuestro espíritu de servicio a los pobres, principalmente para con los abandonados y desamparados, ya que ellos nos han sido dados para que les sirvamos como a Señores”.

[LITURGIA DE LAS HORAS, tomo IV, de la memoria de S. Vicente de Paul, 27 de septiembre en el oficio de lectura Carta 2546]

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE (1651-1719)

135. El ministerio de los Hermanos, ministerio de los Apóstoles

“De lo que hay que hacer para que su ministerio sea útil a la Iglesia”.

“Consideren que como deben trabajar en su tarea en el edificio de la Iglesia, sobre el fundamento puesto sobre los santos apóstoles, instruyendo a los niños que Dios ha confiado a sus cuidados, y que entran en la estructura del edificio; es preciso que ejerzan su tarea como los apóstoles se entregaban a su ministerio, del cual se dice en los Hechos de los Apóstoles que no cesaban de enseñar todos los días y de anunciar a Jesucristo en el templo y en las casas, lo que hacía que el Señor aumentara todos los días el número de los fieles y de la unión de los que se salvaban.

Ustedes pues han sucedido a los apóstoles en su tarea de catequizar y de instruir a los pobres, si quieren que su ministerio sea útil a la Iglesia en cuanto posible, deben todos los días hacerles el catecismo enseñándoles las verdades fundamentales de nuestra religión, siguiendo en ello su ejemplo, que es el de Jesucristo mismo, quien se dedicaba todos los días a esta función.

Uds. Deben como ellos retirarse, para dedicarse a la lectura y la oración, a fin de instruirse ustedes mismos a fondo en las verdades y en las máximas santas que quieren enseñarles, y para atraer sobre Uds. Por la oración las gracias de Dios de las cuales necesitan en el ejercicio de esta tarea, según el espíritu y el designio de la Iglesia, que les ha confiado tal encargo”.

Meditaciones, ed. 1982, pp. 595-597: octava meditación para el tiempo del retiro.

136. Los Hermanos, embajadores de Jesucristo

“Como ustedes son los ministros y los embajadores de Jesucristo en la función que ejercen, deben realizarla como representantes de Jesucristo mismo. Él quiere que sus discípulos los miren como a Él mismo, que reciban sus instrucciones como si fuera él quien las da; debiendo estar persuadidos que es la verdad de Jesucristo que habla por su boca, que en su nombre las enseñan y que es Él quien les da autoridad sobre ellos y que ellos mismos son la carta que les ha dictado y que Ud. Escriben todos los días en sus corazones, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo que obra en Uds., por la virtud de Jesucristo, que les hace triunfar de todos los obstáculos que se oponen a la salvación de estos niños, iluminándolos en la persona de Jesucristo, para hacerles evitar todo lo que pueda desagradarle.

Para dedicarse a este deber con tanta perfección y exactitud cómo lo pide Dios de Ustedes, entregarse con frecuencia al Espíritu de Nuestro Señor, a fin de obrar e ello solo por Él y que lo suyo no tenga en ello parte; y que así por el Espíritu Santo que se difunde en ellos, puedan poseer plenamente el espíritu del cristianismo.

Meditaciones, ed. 1982, pp. 557-578: tercera meditación para el tiempo de retiro.

137. La oración apostólica del educador

“Deben por tanto dedicarse mucho a la oración para tener éxito en su ministerio, presentado continuamente a Jesucristo las necesidades de sus discípulos, exponiéndole las dificultades que han encontrado en su conducción; Jesucristo al ver que lo miran en su función como el que todo lo puede, y se ve Uds. Como un instrumento que sólo debe moverse por Él, no dejará de concederles lo que le pidan...

Para desempeñar bien su ministerio no bastará ejercer sus funciones para con los niños, conformándose solamente a Jesucristo en su condición y en la conversión de las almas, si no entran en su visión y en sus intenciones. El vino a la tierra como lo dice él mismo, solo para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia; por eso dice en otro lugar que sus palabras son espíritu y vida, es decir que procuran la verdadera vida, que es la del alma, a quienes las escuchan, y después de haberlas escuchado voluntariamente, las practican con amor.

Esta debe ser su intención cuando instruyan a sus discípulos, hacer que vivan una vida cristiana y que sus palabras sean espíritu y vida para ellos.

1. Porque ellas serán el fruto del espíritu de Dios, que reside en ustedes.
2. Porque ellas le procuraran al espíritu cristiano, y poseyendo este espíritu que es el espíritu de Jesucristo mismo, vivirán de esta vida verdadera que es tan ventajosa para el hombre que lo conduce con seguridad a la vida eterna...

Tengan pues en su función intenciones totalmente puras como las de Jesucristo mismo, y por este medio atraerán sobre Uds. Y sobre sus trabajos, sus bendiciones y sus gracias”.

Meditaciones, ed. 1982, pp. 580. Y 581-582: cuarta meditación para el tiempo de retiro.

138. Un auténtico Beruliano

Método de Oración

Acto de unión a Jesús

“Se hace un acto de Nuestro Señor, uniéndose interiormente a su espíritu en este misterio, y a las disposiciones interiores que ha tenido él; pidiéndole que nos participe en este espíritu y estas disposiciones, y rogándole insistentemente que nos conceda la gracia de entrar en el espíritu de este misterio, y en la práctica de las virtudes en él halladas...”

Rogamos a Nuestro Señor que nos una a sus disposiciones. Es lo que se puede hacer por el acto de unión, así: “Me uno a ti, divino Jesús, Niño Dios, con un gran deseo de participar del espíritu de tu santa infancia, de tus disposiciones, y de la gracia que me has merecido en el misterio de tu nacimiento. Te suplico muy humildemente, amable Niño Jesús, que tú mismo me atraigas a tu divino corazón; que me unas a tu Espíritu Santo, y las disposiciones que tenías en el establo de Belén reclinado en el pesebre sobre el heno y la paja, o bien entre los brazos de tu Santa Madre. Te ruego insistentemente que me comuniques los sentimientos y afectos de humildad, docilidad, sumisión, obediencia, que tenías para con tu Padre del cielo, para con tu Santa Madre y tu padre adoptivo, el gran san José. Que tenga yo, Señor, para con tu gracia, estos afectos para con aquellos que tienen derecho a mandarme; que este incluso listo y dispuesto a someterme con sencillez a cualquier persona, a ejemplo tuyo.

“Haz, Señor, te ruego, que en ti participe plenamente de tus santos afectos por la pobreza, la mortificación y los sufrimientos; que los ame y los practique con mirada de fe, en unión con tu espíritu y tus disposiciones, y por los motivos y efectos de tu santa gracia, que actúa y obra en mí, con la cual te prometo cooperar cuanto me sea posible”.

“Ayúdame eficazmente, te ruego, mi buen salvador, pues soy débil. Haz que en ti llegue a ser una nueva creatura, que no viva ni actúe ya como hijo de hombre

pecador, sino como hijo de Dios, regenerado y adoptado en ti por el Padre eterno. Imprime en mí, Señor, como un sello en la cera; que yo esté en ti y que tu estés en mi verdadera y eficazmente; que no viva yo en mí y por mí, sino en ti y por ti, de suerte que seas tú el que vives y obras en mí. Dame, Señor, tu espíritu de niño que me dé la confianza de clamar a Dios, en unión contigo: ¡Abba Padre!

Explicación del método de oración, ed. 1898, pp. 99-101

139. “Soportar los defectos de sus hermanos”

“No es posible que varias personas vivan juntas, que no tengan que soportarse los unos a los otros. El uno tendrá un humor difícil, el otro un humor contrario; otro tendrá modales desagradables, otro espíritu repelente, otro espíritu demasiado complaciente, otro dirá con demasiada facilidad lo que piensa, otro será muy reservado y disimulado, otro tendrá espíritu demasiado crítico. Es raro que humores tan diversos, que espíritus tan diferentes no causen dificultades entre los hermanos; y, si la gracia no viene en ayuda, es casi imposible que se acomoden los unos con los otros, y que la caridad no sufra infinitamente.

Lo que aún debe comprometerlos a soportar los defectos de sus hermanos, es la obligación que les ha impuesto Dios. Cuando Dios les ha puesto en comunidad, Él les ha cargado un peso difícil de llevar, y ¿Cuál es tal peso? Los defectos de los otros. Por más pesada que sea esta carga, san Pablo quiere que la llevemos, si queremos cumplir la ley de Jesucristo. ¿Entienden bien esta lección? ¿La comprenden bien? Practíquena pues: Dios mismo les da ejemplo, Él que tanto sufrió por Ustedes, y que tanto sufre aun todos los días”.

Meditaciones, ed. 1982, pp. 223-225.

140. La unión de los Hermanos en el Corazón de Jesús

Esta meditación sobre el cap. 17 de san Juan es propuesta por el fundador para la vigilia de la Ascensión: “Lo que se ha de pedir a Dios en la oración”. Aquí se

presenta el tercer punto de esta meditación que se refiere a la unión de los apóstoles entre ellos. Esta unión fraterna, fundada en la unión de las tres personas divinas era el objeto de la oración de Jesús. Debe ser la oración de los Hermanos. Las últimas líneas de tal texto constituyen su cumbre:

“...La tercera cosa que Jesucristo pide al Padre eterno para sus santos apóstoles, es la oración que hacía en el evangelio de este día, es una gran unión entre ellos, que sea tan íntima y estable, que quiere que se asemeje a las tres personas divinas; no en todo, ya que las tres tienen una misma esencia, sino por participación, y de tal forma que la unión de espíritu y de corazón que Jesucristo deseaba entre sus apóstoles, tenga el mismo efecto que la unión esencial que hay entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; es decir, que no tengan juntos sino una misma voluntad, los mismos afectos, las mismas máximas y las mismas prácticas. Es lo que recomienda san Pablo a los fieles a los cuales escribe. Es también lo que se ha notado en los santos apóstoles y en los primeros discípulos de Jesucristo, como lo reporta san Lucas en los Hechos de los apóstoles, que eran todos un solo corazón y una sola alma.

Habiéndoles Dios hecho la gracia de llamarlos a vivir en comunidad, nada hay que deban pedirle con más insistencia en esta unión de espíritu y de corazón con sus Hermanos; pues solo por medio de esta unión logran la paz, que debe constituir toda la felicidad de su vida. Apremien pues al Dios de los corazones para que del suyo y de sus hermanos haga uno solo con el de Jesús”.

Meditaciones, ed. 1982, pp. 128-129

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONFORT (1673-1716)

141. En honor y unión de Jesús

“Salvador nuestro Jesucristo, te ofrecemos nuestro sueño en honor y unión del tuyo, de tu muerte y tu sepultura, y nuestro despertar de mañana, en honor y unión del tuyo y de tu santísima resurrección. Adoramos tus santísimas

disposiciones en uno y otro estado y te pedimos la gracia de tener también en nosotros disposiciones semejantes a las tuyas”.

Obras Completas, Bogotá, 2003, p. 833.

142. Métodos para rezar el rosario

“Me uno a todos los santos del cielo, a todos los justos de la tierra y a todas las almas fieles de este lugar. Me uno a ti, Jesús mío, para alabar dignamente a tu Santísima Madre y alabarte en ella por Ella” ...

Para la primera docena de los misterios gozosos: “te ofrecemos, Señor Jesús, esta primera decena en honor de tu Encarnación en el Seno de María. Y te pedimos, por este misterio y por intercesión de ella, una profunda humildad de corazón.

1 Padre Nuestro, 10 Ave Marías, Gloria al Padre”.

Un método más corto invita a agregar después de cada Ave María “una palabrita que nos traiga a la memoria el misterio que se celebra en cada decena; y se añada la palabra de Jesús:

1 Decena, Y bendito el fruto de tu vientre: Jesús encarnado

2 Decena, Jesús santificador

3 Decena, Jesús Niño pobre

4 Decena, Jesús sacrificado

5 Decena, Jesús santo de los santos

Luego, al final del primer misterio se dice: ¡Gracias de los misterios gozosos, descende a nuestras almas y hazlas verdaderamente santas! Al final del segundo: Gracias de los misterios dolorosos; descende a nuestras almas y hazlas verdaderamente pacientes. Al final del tercero: Gracia de los misterios gloriosos, descende a nuestras almas y hazlas eternamente bienaventuradas. R/Amén”

143. Jesús que vive y reina en María

“El principal misterio que se honra y celebra en esta devoción es el misterio de la Encarnación. En él Jesucristo se halla presente y encarnado en el seno de María. Por ello es mejor decir la esclavitud de Jesús en María, de Jesús que resida y reina en María; según aquella plegaria de tantas y tan excelentes almas: “Oh Jesús, que vives en maría, ven a vivir en nosotros con tu espíritu de santidad!

Esta manera de hablar manifiesta mejor la unión íntima que hay entre Jesús y María. Ellos se hallan tan íntimamente unidos, que el uno está totalmente en el otro: Jesús está todo en María, y María toda en Jesús; o mejor, no vive en ella, sino solo Jesús en ella. Antes separaremos la luz del sol que a María de Jesús. De suerte que a Nuestro Señor se le puede llamar Jesús de María, y a la Santísima Virgen, María de Jesús.

El tiempo no me permite detenerme aquí para explicar las excelencias y grandezas del misterio de Jesús que vive y reina en María, es decir, de la encarnación del Verbo. Me contentaré con decir en dos palabras que éste es el primer misterio de Jesucristo, el más oculto, el más elevado y menos conocido; que en este misterio Jesús en el seno de María, al que por ello denominan los santos Sala de los sacramentos, la sala de los secretos de Dios, escogió, de acuerdo con ella, a todos los elegidos; que en este misterio realizó todos los demás misterios de su vida por la aceptación que hizo de ellos. Por eso, al entrar en el mundo, dice él: “Aquí estoy yo para realizar tu voluntad...; y, por consiguiente, que este misterio es el trono de la misericordia, generosidad y gloria de Dios. Es el trono de la misericordia divina con nosotros, porque, dado que no podemos acercarnos a Jesús sino por María, no podemos ver a Jesús ni hablarle sino por medio de Ella. Ahora bien, Jesús, que siempre, complace a su querida Madre, otorga siempre allí su gracia y misericordia a los pobres pecadores”.

VD (Verdadera Devoción) 246-248: Obras completas, Bogotá, 2003, pp. 493-494.

144. Grignon en Chartres

“Llegado a Chartres, fue de prisa, a postrarse a los pies de la Santísima Virgen que allí se venera en la Capilla subterránea...Su corazón estaba contento...Los movimientos eran breves. Permanecía allí con gran gozo, y salía con pesar. Se apresuraba a regresar. Al día siguiente...comulgó...y permaneció en oración 6 u 8 horas seguidas, es decir, desde la mañana hasta medio día, de rodillas, inmóvil y como extasiado. Después del almuerzo..., una nueva meditación duro, en la misma postura y con igual devoción, tanto tiempo como en la mañana, es decir, hasta la hora de la tarde, cuando fue advertido que había que retirarse”.

BLAIN, resumen de la vida..., pp. 184-185; Centro internacional Monfortiano

145. Carta de un joven sacerdote a su director (Dic. 6, 1700)

Grignon está entonces en Nantes, decepcionado de no encontrar allí lo que le esperaba, y expresa sus deseos apostólicos.

“Al Señor Leschassier, Superior del Seminario de San Sulpicio, en París. Señor mío, ¡El puro amor de Dios reine en nuestros corazones!

Anhelaba al igual que usted, prepararme para las misiones, y sobre todo dar el catecismo a las gentes sencillas, que es lo que más me atrae. Pero no puedo hacer nada de esto. Ni sé siquiera si podré lograrlo algún día, pues el personal que hay es escaso y falta de experiencia, excepto el Señor Lévêque, el cual-a causa de su avanzada edad-no se halla en condiciones de dar misiones...

No hay aquí ni la mitad del orden y observancia del reglamento que reinan en san Sulpicio. Siendo ello así me siento, desde mi llegada, como perplejo entre

dos sentimientos al parecer opuestos. Por una parte, experimento una inclinación secreta al silencio y a la vida escondida, para aniquilar y combatir mi naturaleza corrompida, deseosa de manifestarse. Por otra, siendo grandes anhelos de hacer amar a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, de correr en forma pobre y sencilla a dar el catecismo a los pobres del campo y de excitar a los pecadores a la devoción a la Santísima Virgen. Es lo que hacía un piadoso sacerdote muerto aquí hace poco en olor de santidad; iba de parroquia en parroquia ensañando el catecismo a la gente del campo a expensas de la Providencia.

En verdad, mi querido Padre, no soy digno de un oficio tan honroso, pero, viendo las necesidades de la Iglesia, no puedo menos de pedir continuamente con gemidos una pequeña y pobre compañía de buenos sacerdotes que ejerzan su ministerio bajo el estandarte y la protección de la Santísima Virgen. Me esfuerzo, sin embargo, aunque con dolor, por aplacar estos buenos y continuos deseos, por medio de un completo olvido de lo que me concierne y me arrojo en los brazos de la Divina Providencia, y por medio de una perfecta obediencia a sus consejos que siempre serán para mí como mandatos.

Al igual que cuando estaba en París, me asaltan deseos de unirme al Señor Leduger, maestro de teología de Saint-Brieuc, excelente misionero y hombre de mucha experiencia, o de trasladarme a Rennes y retirarme al Hospital General al lado de un sacerdote ejemplar, conocido mío, a fin de dedicarme a obras de caridad entre los pobres. Pero rechazo todos estos anhelos sometiéndolos al querer divino-mientras espero los consejos de Ud., sea que me ordene permanecer aquí, aunque no siento inclinación alguna a ello, sea que me envíe a otra parte. En la paz de Nuestro Señor y de su santísima Madre, me atrevo a suscribirse totalmente sumiso a sus órdenes.

Me tomo la libertad de saludar al Padre Brenier, a quien expongo- si Ud. Lo cree oportuno-todo esto.

Grignon, sacerdote e indigno esclavo de Jesús y María!

146. La Cruz de la Sabiduría

Renunciar

A

Si mismo

Cargar

Su cruz

Para

Seguir a

Jesucristo

SI SE AVERGUEZAN DE LA CRUZ DE JESUCRISTO
ÉL SE AVERGONZARÁ DE USTEDES DELANTE DE SU PADRE

Amor

De la cruz

Deseo de

Cruces

Desprecio

Dolores

Ultrajes

Oprobios

Persecuciones

Humillaciones

Calumnias

Enfermedades

Injurias

Viva Jesús

Viva su cruz

Amor

Divino

Humildad

Sumisión

Paciencia

Obediencia

Total

Pronta

Gozosa

Ciega

Perseverante.

147. El amor de la sabiduría Eterna

Capítulo I

Para amar y buscar a la sabiduría es necesario conocerla
¿Se puede acaso amar lo que no se conoce? ¿Se puede amar con ardor lo que sólo se conoce imperfectamente? ¿Por qué es tan poco amada la sabiduría eterna y encarnada, al adorable Jesús? ¡Porque poco o nada se le conoce!

Capítulo VI

Apremiantes deseos de la divina sabiduría de comunicarse a los seres humanos.

Existe un vínculo de amistad tan estrecho en la sabiduría eterna y el ser humano, que resulta incomprensible: la Sabiduría es para el ser humano, y el ser humano para la sabiduría. Es un tesoro inagotable para los seres humanos, no para los ángeles ni para las demás criaturas.

Esta amistad de la Sabiduría con el humano proviene de qué éste fue en la creación el compendio de las maravillas, el pequeño y gran mundo, la imagen viviente y el lugarteniente de la Sabiduría sobre la tierra. Y desde que, en exceso de amor por él, se hizo semejante al ser humano al encarnarse y se entregó a la muerte para salvarlo, lo ama como a un hermano, un amigo, un discípulo, un alumno, el precio de su sangre y el coheredero de su reino. De modo que se le hace infinita violencia rehusándole o robándole el corazón de un ser humano.

I. La Carta de Amor a la Sabiduría eterna

Esta eterna y regiamente amable belleza tiene deseo tan vivo de la amistad del ser humano, que para conquistarlo ha escrito expresamente un libro, manifestando en él sus excelencias y los deseos que tiene de los seres humanos. Libro que es como una carta de la amante a su amado para ganar su afecto. Los deseos de poseer el corazón del ser humano que manifiesta en él son tan apremiantes, la solicitud que revela para ganarse su amistad es tan delicada, sus llamadas y anhelos son tan amorosos, que-al oírla hablar-se diría

que no es la reina del cielo y de la tierra y que para ser feliz necesita de los seres humanos”.

Obras completas, Bogotá, 2003, pp. 185-186.

148. La perfecta consagración a Jesucristo

La plenitud de nuestra perfección consiste en asemejarnos, vivir unidos y consagrados a Jesucristo. Por consiguiente, la más perfecta de todas las devociones es, sin duda alguna, la que nos asemeja, une y consagra perfectamente a Jesucristo. Ahora bien, María es la criatura más semejante a Jesucristo. Por consiguiente, la devoción que mejor nos consagra y hace semejantes a Nuestro Señor es la devoción a su Santísima Madre. Y cuanto más te consagres a María, tanto más te unirás a Jesucristo.

La perfecta consagración a Jesucristo es, por lo mismo, una perfecta y total consagración de sí mismo a la Santísima Virgen. Esta es la devoción que yo enseño y que consiste-en otras palabras- en una perfecta renovación de los votos y promesas bautismales.

Consiste, pues, esta devoción, en una entrega total a la Santísima Virgen, para permanecer por medio de ella, totalmente a Jesucristo. Hay que entregarle:

1. El cuerpo con todos sus sentidos y miembros;
2. El alma con todas sus facultades;
3. Los bienes exteriores, llamados de fortuna-presentes y futuros-;
4. Los bienes interiores y espirituales, o sea, los méritos, virtudes y buenas obras pasadas, presentes y futuras”.

*Tratado de Verdadera Devoción 120-121, en Obras Completas, Bogotá, 2003,
pp. 426-427.*

149. Cántico de honor de Jesús que vive en María durante la encarnación

1. Adoremos Juntos al Verbo encarnado;

En el seno de María

Donde Dios de ha humillado.

Adoremos al Niño Jesús,

Que nos salva con cariño.

2. Aquel seno es el santuario

Donde encuentra sus delicias,

Un celo en el que fulguran

Su justicia y su clemencia

Y un asilo en que los santos

La fuerza de Dios hallan.

3. En tan divino santuario

Halla Dios sus complacencias,

Allí del alma de María

Se inflama como hoguera, intercambio portentoso

tan excelso y amoroso.

4. ¡Cuán generoso se muestra

Jesús con la virgen María!

Su seno es tabernáculo,

Su trono real y excelso,

De gracias mana un raudal

En su pecho virginal.

5. Cadenas indestructibles

Atan su corazón;

Al que nunca mancha alguna

De pecado ensombreció;

Allí su imagen mejor

Imprimió; ¡con que primor!

6. Un vínculo de amor santo

Une tan fuerte sus almas,

Que a ser víctimas de Dios
Llegan y se ofrecen ambas,
Al rayo su amor detiene
Cuando contra el hombre viene.

7. En tan divino misterio
Nacen en gracia las almas,
Se hacen hijas de María
Y de Jesucristo hermanas;
Toman parte en sus virtudes,
Su amor, poder y actitudes.

8. ¡Oh dicha maravillosa!
¡Oh éxtasis portentoso!
¿Cómo narrar los transportes
De pechos tan generosos?
¡Son secretos inefables
Solo al cielo descifrables!

9. ¡Los dos parecen fundirse!
¡Oh! ¡Qué alianza tan hermosa!
¡María vive toda en el Hijo
El amor en que rebosa;
Vive en ella solo Cristo,
Y Ella sola en el ungido!

10. En estos dos corazones
Derritamos nuestro frío;
Tomemos parte en sus llamas,
Sus virtudes y sus gracias,
Allí encontraremos sitio,
Para olvidar el pecado.

11. Madre del amor divino
Y riquísimo santuario,
Llevas al Soberano,
Llevas al Salvador.
¡Haz que venga a nuestras almas
Este cordero de Dios!

12. Jesús, nuestro amante esposo,
Nuestro Dios y nuestro hermano,
Ven a vivir en nosotros
Por tu santísima Madre,
Para que contigo podamos
Al Padre eterno llegar.

13. Ven, ven, y por tu humildad
Retornamos a la infancia;
Ven, y por tu santidad,
Devuélvenos la inconsciencia;
Ven, y por tu caridad
Reina en nosotros, Señor.

DIOS SOLO,

Cantico 87, Obras Completas, Bogotá, 2004, pp. 1258-1260.

N.B. Conocemos 164 cánticos del Grignion. Nos revelan su pedagogía y su doctrina espiritual. Cantados en las misiones o procesiones con música de canciones populares, facilitaban la asimilación de las verdades enseñadas por los misioneros.

TEXTOS DE SANTA MARÍA EUFRASIA PELLETIER

150. El celo apostólico

¿Qué hacemos en este mundo y para qué estamos en él si no es para contribuir a la salvación de nuestros hermanos?

Jesús los ama y muestra sin cesar a su Padre las heridas recibidas por su salvación. Esas almas le pertenecen por tantos títulos que quiere que todas se salven y permanezcan suyas. Él vino a la tierra para rescatarlas, para salvarlas. Y el cielo se conmovió, atónito, cuando vio cumplirse este incomprensible misterio de amor, misterio en el cual tomó parte cada una de las personas de la santa Trinidad.

El Padre eterno dio lo que tenía de más querido: a su propio Hijo; y para que esta misión de amor pudiera realizarse, envió a la tierra un mensajero a la santísima Virgen, en la persona del arcángel Gabriel.

El Espíritu Santo sólo espera el asentimiento de la Virgen purísima para descender en ella y cubrirla con su virtud. Entonces se obran aquellos prodigios que nuestra débil inteligencia no podrá comprender jamás.

¿Y en favor de quién ha hecho el Señor semejantes maravillas? ¿Acaso para almas escogidas, para sus preferidas? ¡No, no, queridas hijas! Todo lo ha hecho únicamente para creaturas depravadas que se habían perdido, abandonando su camino. Vean cuál es el amor de un Dios que nos ama perdidamente. ¿Y nosotros no haremos jamás nada por él? ¿Nada le daremos en reciprocidad? ¡Sí, sí! Le rescataremos algunas de estas almas tan gratas a su Corazón.

Todas ustedes, sin excepción, en este Instituto, están trabajando en la salvación de las almas o al menos tienen la vocación para ello. Aun las que están empleadas en labores de jardín, de panadería, o ropería o en cualquier otro oficio y lugar, todas trabajan en salvar las almas.

Las hermanas que oran y las que en lugar de oraciones ofrecen a Dios el trabajo más fatigante de la casa, o las enfermas en su lecho de dolor, trabajan, a menudo, más eficazmente por la salvación de las almas que las hermanas que desempeñan cargos en las clases.

Es posible que la religiosa que tiene el empleo más humilde, la que pasa más inadvertida, sea la que, por el fervor de sus buenos deseos, alcance la conversión de las almas, mientras que las otras, que parecen llevarse todo el mérito, sólo tienen en ello una mínima parte.

Amen, hermanas, esta preciosa vocación que deben agradecer infinitamente a la bondad inefable de nuestro Dios. Y cualquiera que sea su actividad, recuerden que su intención debe ser siempre la de trabajar en la salvación de las almas. Ustedes saben cuál ha sido la misión del Hijo de Dios en este mundo. Piensen, pues, con orgullo, que tienen en cierta manera el privilegio de una vocación semejante a la suya. Vivan prendadas de la noble empresa que se les ha confiado.

Presentemos a nuestro Señor las almas que le han costado su sangre y su vida como prenda de nuestro amor y como un título para la recompensa eterna que él nos prepara.

(DE LAS PLÁTICAS DE SANTA MARÍA EUFRASIA PELLETIER. 4 y 62: ANGERS 1907, 29-31.360).

151. Imitación del Buen Pastor

Jesucristo, el Buen Pastor, es el modelo que debemos tratar de imitar para adquirir la perfección de nuestro estado. Puesto que él se dignó asociarnos a su obra y nos ha colocado, para hacer sus veces, en el redil en donde ha reunido tantas ovejas infortunadas, es deber nuestro formarnos según su espíritu y vivir su misma vida.

No pueden hacer el bien, queridas hijas, ni tienen el espíritu de su vocación sino cuando tengan los pensamientos, sentimientos, afectos del Buen Pastor. De él deben ser imágenes vivientes.

Ahora bien, ¿qué ha dicho Cristo de sí mismo? He venido a salvar lo que estaba perdido (Lc 19, 10)? Y ¿qué ha hecho? Ha seguido en pos de los pecadores con solicitud de padre, ha soportado toda clase de fatigas para hacerlos regresar a él.

¡Recuerden la bondad inefable con que acogió a la Magdalena! Véanlo sentado sobre el borde del pozo de Jacob; está fatigado y descansa un poco; es que está esperando un alma; quiere convertir a la samaritana.

Considérenlo después de su resurrección: sigue ejerciendo su oficio de Buen Pastor; va en busca de dos ovejas que, desconsoladas y tristes, abandonan Jerusalén, la ciudad de la paz, para irse a Emaús, castillo de confusión. Se junta con los dos discípulos cuya alma estaba consternada y su fe vacilante, y marcha con ellos, sin ir más aprisa ni más lento. Toma parte en su conversación, se adapta a su debilidad, para instruirlos e iluminar las tinieblas de su espíritu.

Este es el ejemplo, amadas hijas, que debemos imitar, porque están destinadas a llegar a ser otros tantos buenos pastores. Es necesario que imiten la abnegación, el espíritu de caridad y de celo del mismo Jesucristo. Como él irán a Emaús a buscar ovejas fugitivas y, cumpliendo con ellas las funciones de buen pastor, volverlas al redil.

Su tarea es difícil, pero es grande, noble y divina, a los ojos de la fe. No deben acobardarse por los obstáculos. A veces Dios mismo los pone ante nosotros para reavivar nuestro celo cuando nos tienta la tibieza. El objeto de nuestros pensamientos,

deseos, palabras y acciones debe ser la salvación de nuestras queridas ovejas, a ejemplo de nuestro Salvador, cuyos pensamientos, deseos, palabras y obras no tenían otra meta.

Por lo demás, las maravillas que obra a menudo en ellas nos muestran claramente cuánto desea su salvación. Estén, pues, llenas de un celo santo para salvar estas almas confiadas a sus cuidados. Que ésta sea la ocupación de su vida. Que este pensamiento las acompañe en sus oraciones y las haga más fervientes, en sus comuniones para animarlas de los más santos afectos, en el cumplimiento de sus deberes para que ardan siempre más con el fuego de la caridad y del celo.

No olviden que para trabajar útilmente en la santificación de las almas es preciso ser santo, ser todo de Dios, no pensar en sí mismo ni en las criaturas. Jesucristo las ha escogido, las ha asociado a su misión en medio de los pueblos para que produzcan frutos: frutos de conversión y de salvación.

Así atraerán sobre ustedes bendiciones y gracias abundantes. Háganse, pues, dignas de su sublime vocación mediante un celo ardiente, activo, vigilante, y por una caridad sin límites, tomando siempre como modelo al Pastor de los pastores.

(DE LAS PLÁTICAS DE SANTA MARÍA EUFRASIA PELLETIER. 6: ANGERS 1907,
39-41..)

152. Las renunciaciones del Apóstol

¿Qué hace un buen pastor? Se olvida de sí mismo, soporta a menudo hambre, sed, fatiga, penalidades.

¡Qué importa! Está contento si las ovejas no sufren y si encuentra las que se habían extraviado. ¡Cuántos cuidados prodiga para conducir el rebaño a buenos pastos! Durante el verano va en busca de sitios frescos y provistos de agua. Durante el invierno lo conduce a sitios más abrigados y de pastos más abundantes. Si descubre plantas nocivas se apresura a arrancarlas. Vela día y noche para que el lobo no se acerque y por ello nunca se abandona totalmente al descanso.

Pues bien, esto mismo deben hacer ustedes por las personas, por las hijas cuya custodia Dios les ha confiado. Velen cuidadosamente sobre ellas, descubriendo sus

necesidades espirituales y corporales, conduciéndolas prudentemente a los pastos del espíritu, propios del estado y condición de cada una de ellas. Por eso es esencial que estén vivamente penetradas del espíritu de nuestro Instituto, el cual les sugerirá la manera exacta de desempeñar una misión de tanta importancia.

Cuando los pastos escasean en el lugar en que el pastor se había establecido, enrolla su tienda, busca, si es preciso, la ayuda de otros pastores y va a buscar otro sitio de mejores recursos, aunque personalmente se encuentre muy mal, y tenga que abandonar a sus padres y amigos para dirigirse a una comarca extranjera. No tiene en cuenta sus sufrimientos con tal que las ovejas se apacienten.

Pues bien, lo que hacen los pastores por su rebaño, ¿no lo haríamos nosotras por estas almas que han costado la sangre de nuestro Señor y que por lo mismo deben sernos tan queridas? Ustedes irán a plantar su tienda de un extremo a otro de la tierra. Una ciudad o una fundación no deben bastar a su celo: es preciso que se extienda al mundo entero.

San Pablo decía: « No soy ni griego, ni romano, yo soy de todos los países». Y san Francisco Javier: «No soy solamente español, sino también hindú, chino, japonés. Soy, en fin, de todos los lugares en los que tengo la suerte de anunciar el Evangelio».

Estos mismos sentimientos, amadas hijas, los deben tener ustedes. Estas son las disposiciones de las que quiere vivir conforme a nuestro Instituto. Es preciso despertarnos y ponernos en camino. Puesto que todas nosotras somos pastores, no debemos permitir que nos aprisione un pedazo de tierra.

En cuanto a mí ya no quiero que digan que soy francesa: soy italiana, inglesa, alemana, española, americana, hindú, etc.; soy de todos los países en donde haya almas que salvar.

No debemos temer llevar nuestras tiendas a lejanas riberas cuando allí se encuentren también ovejas para reintegrar en el redil. Ovejas de Italia, de Baviera, de todas las regiones de Europa; ovejas de América, de África, de Asia, de Oceanía: hay que buscarlas a todas.

(DE LAS PLÁTICAS DE SANTA MARÍA EUFRASIA PELLETIER. 6: ANGERS 1907, 42-43.)